

**José María Alvarado**



**Jaime Mendoza**

**El Macizo Andino**



## BIBLIOTECA DIGITAL

### TEXTOS SOBRE BOLIVIA

TEATRO, BIBLIOGRAFÍA, LITERATURA, AUTORES, SUS OBRAS Y LO ESCRITO  
SOBRE LOS MISMOS, MASONERÍA BOLIVIANA

#### LITERATURA

#### AUTORES, SUS OBRAS Y TEXTOS QUE COMENTAN SUS LIBROS

#### FICHA DEL TEXTO

Número de identificación del texto en clasificación Bolivia: 5618

Número del texto en clasificación por autores: 11534

Título del libro: Jaime Mendoza. El macizo andino

Autor (es): José María Alvarado

Editor: Editorial EL Siglo

Derechos de autor: Depósito Legal: 2209 — 1976

Año: 1977

Ciudad y País: La Paz - Bolivia

Número total de páginas: 319

Fuente: *Digitalizado por la Fundación*

Temática: Jaime Mendoza

con cariño fraternal

J. M. Alvarado

JOSE MARIA ALVARADO

La Paz, 19 agosto 1989

**J A I M E M E N D O Z A**

**EL MACIZO ANDINO**

Prólogo de  
Eduardo Ocampo Moscoso

La Paz — Bolivia  
1977

**DEL MISMO AUTOR:**

**Belisario Diaz Romero. Un filósofo olvidado.** Ensayo biográfico. Editorial Renovación. La Paz - Bolivia. 1968.

**PROXIMAMENTE:**

- 1) **Historia de la Psiquiatría en Bolivia.**
- 2) **Manual de Higiene Mental.**

**EN PREPARACION:**

Con Rolando Costa Arduz. **Historia de la Medicina en Bolivia.** (Tres tomos).

---

**ES PROPIEDAD DEL AUTOR.**

Impreso en Bolivia.

Registro Legal 2209 — 1976

Editorial "EL SIGLO" Junín 744

La Paz - Bolivia.

**JAIME MENDOZA**

**EL MACIZO ANDINO**

*A LA MEMORIA DE HILDITA  
que en su viaje definitivo, en octubre  
9 de noviembre, me dejó con el  
dolor más grande que —como nin-  
gún otro sufrimiento, absolutamen-  
te, ninguna—, puede experimentar la  
plenitud de ser padre,  
CONMOVIDA Y  
ENTRANABLEMENTE.*

## PROLOGO

El género biográfico es la literatura pública más y más recientemente poseída por las culturas de jerarquía. En el mundo latino no debe sorprender a nadie porque las tareas propias de sus órdenes de la producción intelectual, fuertes y bien determinadas por las dificultades inherentes a un incipiente desarrollo social, económica, institucional y cultural. De ahí que el tiempo hubiera ahorrado, a lo largo de nuestra historia, una punta paucísima de personalidades integrales capaces de figurar en una desiguales escala de contemporaneidad.

Entre los escritores, las contribuciones de sus caracteres de los que, en un mundo tan complejo, se le requiere de una alta capacidad de adaptación y de una gran flexibilidad.

### A LA MEMORIA DE HILDITA

que en su viaje definitivo, un aciago  
9 de noviembre, me dejó con el  
dolor más grande que —como nin-  
gún otro infortunio, absolutamen-  
te, ninguno—, puede desmedrar la  
plenitud de ser padre,

CONMOVIDA Y  
ENTRAÑABLEMENTE.

Carlos Medina  
Cien años de la independencia de Bolivia a nuestros pueblos y a sus  
luchas sociales, dedicados al culto al pueblo. Igualmente se magnifi-  
có a quienes, al fin de sus vidas infernales y de incalculable dolor  
de figuración, encierran las cimas del poder y cruzaron los umbrales  
de la posteridad, llevando consigo en sus espaldas, como la roca de  
Salto, el peso feroz de sus desicciones, traiciones, crímenes e igno-  
minias. Y de nada sirvieron a su memoria los desahosos ni las arbi-  
trarias excoletas con que postularon vindictas los beneficiarios de su  
prebenda y su orgullo.

## P R O L O G O

El género biográfico en la literatura boliviana tuvo y tiene relativamente pocos cultores de jerarquía. Tan limitado índice no debe sorprender a nadie porque las tareas insitas en ese orden de la producción intelectual, fueron y son determinadas por las dificultades inherentes a un incipiente desarrollo social, económico, institucional y cultural. De ahí que tampoco hubiese aflorado, a lo largo de nuestro proceso histórico, una suma ponderable de personalidades integérrimas dignas de figurar en una depurada escala de consagraciones axiológicas.

Consiguientemente, las contribuciones de ese carácter derivaron, salvo muy pocas excepciones, en la redacción de biografías noveladas, delectación soslayante y proclive a sublimaciones románticas; en "retratos históricos" conformados por apariencias externas, o semblanzas al desgaire y carentes de significación epinicia.

Biografistas nacionales, acordes con sus inclinaciones literarias, se dedicaron a ponderar el paso fugáz, por el escenario histórico, de personas o personajes que actuaron en fuerza del azar o de circunstancias imprevistas, o a exaltar cometidos pasibles todavía de un definitivo enjuiciamiento.

Carlos Medinaceli observó, con amplia justificación, que se glorificaron desmesuradamente en Bolivia a caudillos políticos o a militares audaces, rindiéndose así culto al coraje. Igualmente se magnificó a quienes, al filo de ambiciones enfermizas o de incontenible afán de figuración, escalaron las cimas del poder y cruzaron los umbrales de la posteridad, llevando empero en sus espaldas, como la roca de Sísifo, el pesado fardo de sus desaciertos, traiciones, crímenes e ignominias. Y de nada sirvieron a su memoria los ditirambos ni las artificiosas aureolas con que pretendieron rodearla los beneficiarios de sus prebendas y canongías.

*En el presente caso, nos encontramos frente a un libro que resume una armoniosa conjunción de virtualidades equivalentes que emergen de la propia envergadura moral e intelectual del biografiado y de las calidades y aciertos puestos de relieve por su probo e inteligente biógrafo.*

*El ensayo del doctor José María Alvarado acerca de la personalidad múltiple del autor de EL FACTOR GEOGRAFICO EN LA CREACION DE LA NACIONALIDAD BOLIVIANA, es una penetrante relación de la infancia y juventud de don Jaime Mendoza, un perspicuo recuento de sus contrastes y vicisitudes en el aristado campo del ejercicio médico; de su incesante consagración al bienestar de la colectividad; de sus notables intuiciones precursoras en el ámbito de la novela regional y realista indoamericana; de sus sorprendentes aportaciones a la geo-historiografía boliviana; de su alta calidad humana y de su exquisita sensibilidad estética, y, finalmente, de su avezado conocimiento de la Psicología y la Psiquiatría, que le hicieron concebir la sugestiva teoría del "trípode psíquico", poco conocida en Bolivia, pero comentada en su época por estudiosos del extranjero.*

*Oportuno es puntualizar que el doctor José María Alvarado, siguiendo la ruta trazada por Belisario Díaz Romero y Jaime Mendoza, dignos antecesores suyos en la enseñanza de esas dos apasionantes disciplinas hipocráticas en nuestro país, estableció y ejerció con brillo e indiscutible autoridad intelectual, las mencionadas cátedras en la Universidad Mayor de San Andrés de La Paz, encontrando, precisamente, en la Psiquiatría, tan estrechamente vinculada con la Filosofía, promisorio horizonte para dar vuelo a sus dilecciones de sutil explorador del complejo mundo anímico.*

*Confluyen al bien ensamblado contexto de esta Biografía, la ver-sación humanista del doctor Alvarado y su reconocida capacidad de hombre de ciencia. El enfoque rigurosamente dialéctico de la vida y obra de don Jaime Mendoza se manifiesta, además, en el acertado enjuiciamiento crítico de su producción literaria, en la jerarquización de su fervor eminentemente bolivianista que dimana, como de inagotable manantial, de su fecundo decurso vital; en la aprehensión analítica de su denodada actuación en el terreno de las rudas y riesgosas confrontaciones cívicas, políticas, intelectuales e institucionales, ora desde su curul parlamentario o de promotor de la medicina social*

*al servicio de las clases humildes y desposeídas; ora, a través de sus infatigables andanzas por todos los caminos de la Patria, o bien desde el poyo de su retiro solariego, mudo confidente de sus melancólicas remembranzas o de su renovado optimismo por la suerte y los destinos de la Nación.*

*El libro del doctor José María Alvarado, llamado a perennizar, por su parte, la ejecutoria estelífera de ese gran repúblico que fue don Jaime Mendoza, marca un novísimo rumbo para las letras bolivianas. Es la sazónada expresión de las inquietudes de un cultor del pensamiento que superando los moldes puramente retóricos, reconstruye con sabiduría y alta capacidad interpretativa, el cuadro real de los aconteceres y vivencias que circundaron la generosa existencia de su ilustre biografiado.*

*José María Alvarado, espíritu de acendrada verticalidad, pertenece a ese selecto y reducido núcleo de intelectuales que abrevaron su cultura en las fuentes del saber científico y del materialismo dialéctico que tanto pavor causa en las mentes oscurecidas de los actuales sirvientes y epígonos del neo-colonialismo y a cuya sombra seguirán obteniendo, todavía, falaces nombradías y sinecuras confortables. Pertenece a esa categoría de escritores que, lejos de esas cerradas capillas literarias o de esos artificiales consorcios del ditirambo mutualista, se encuentra consubstanciado con la problemática nacional y con las angustias de la Patria escarnecida por la simulación, la improvisación, el latrocinio, la indignidad y la claudicación.*

*Consiguientemente y pese a ese clima hostil que asedia a los hombres libres y a esos gonfaloneros de las más nobles causas humanas, José María Alvarado tiene conquistado ya sitio de honor como uno de los auténticos exponentes del intelecto boliviano de nuestro tiempo.*

*Tales son los méritos indiscutibles del autor de esa magnífica biografía de don Jaime Mendoza.*

EDUARDO OCAMPO MOSCOSO

Cochabamba, diciembre de 1975

## JUSTIFICACION

*Al elaborar el ensayo biográfico de Belisario Díaz Romero, que publicamos en 1969, ya teníamos acumuladas muchas bases documentales para ocuparnos más tarde —como lo hacemos ahora— de la personalidad y de la obra de Jaime Mendoza, figura casi gemela a aquel, como dijimos en el último capítulo del mencionado ensayo.*

*Igual que en Díaz Romero, en el análisis de la trayectoria mendociana, cumplimos una promesa con nosotros mismos, y un anhelo muy anteriormente acariciado para perfilarla, por las mismas razones que nos indujeron a ocuparnos del autor de Ecclesia versus Scientia. Si éste era casi totalmente desconocido, entre los labradores de la cultura boliviana, Mendoza, por el contrario fué conocido prácticamente casi al mismo tiempo, dentro y fuera del país, con la publicación de En tierras del Potosí. Sin embargo, esta nombradía fué unilateral, de comienzo, en el solo campo de las bellas letras. Sólo posteriormente y en forma muy parcial se difundió su obra, relacionada con la historiografía nacional y sobre todo con sus cantos en el desierto, como puede calificarse, su insistente y casi obsesiva preocupación de que el país ejerza la real soberanía de su dominio, con la penetración del sudeste y La Ruta Atlántica, que desgraciadamente para tragedia nacional nadie tuvo la sensatez de escucharle. Habló y escribió, decimos, por eso, en el desierto. Muchísimo menos, pudieron prestarle oídos los encumbrados en la primera magistratura de la Nación —con honrosísimas excepciones, ciertamente— habilísimos sólo para amasar fortunas delictivas a costa de los magrísimos recursos del tesoro nacional y para escarnecer aún más la desmedrada “democracia representativa”. Una democracia tan cara a los usufructuarios del orden social que agoniza, bajo la bursatilidad de sus contradicciones y la teatralidad discriminativa y eternamente impopular de la mayor parte de sus instituciones.*

*De otro lado, muchos sectores de opinión conocen sólo de oídas, la obra de Mendoza y —como sucede con frecuencia entre nosotros, deplorablemente— muchos personajes que debieran informarse con seriedad elemental sobre lo que pretenden pontificar para la “opinión pública”, escriben con ligereza y ausencia de veracidad imperdonables. Así ya lo señaló Enrique Vargas Sivila, como subrayamos en uno de los próximos capítulos, sobre algún caso de la llamada intelectualidad boliviana, con su higiénica y profiláctica causticidad crítica, de ilustre galeno al cabo.*

*Respecto a Mendoza, podemos señalar un caso análogo de tal ligereza y de tal falta de veracidad, mucho más deplorable por provenir de personajes reputados de historiadores, seguramente académicos de la respectiva disciplina, que pretendieron una semblanza de Jaime Mendoza, sin conocer su obra, o conociéndola solamente de nombre. Pues, para sorpresa nuestra, se comenta por ejemplo Figuras del pasado, y no se conoce dicha obra, ni por el forro, como dice Pedro Grullo. Pues ella es —ni más ni menos— la sola biografía del ex-presidente Gregorio Pacheco que se la examina como referente a las figuras de los constructores de la nacionalidad. Y lo peor del caso es que se vuelve a incurrir en la misma ausencia de sindéresis, con otro comentario precipitado de aquella obra y todavía mucho más, adjudicando a Mendoza una serie de inexactitudes en un apresurado homenaje con motivo del centenario de su nacimiento, publicado hace algún tiempo. En dicha precipitación, se dice por ejemplo que “en sus actividades políticas supo descollar como diputado o como senador por Chuquisaca, hasta llegar a ser candidato a la Presidencia de la República. Y continúa, así, la sarta de inexactitudes, afirmando, con lamentable ausencia de seriedad, hechos que no han ocurrido, como que tampoco llegó a ser decano de la Facultad de Medicina de Sucre. Los subrayados son nuestros, porque justamente son las inexactitudes estampadas tan sensiblemente en el suelto que comentamos. Pues la benevolencia de pasar por alto, experiencias como las que anotamos puede objetarnos de que se trata de detalles que no hacen al caso, ni menguan la autenticidad del personaje. En respuesta a tal benevolencia, diríamos que ella deviene complicidad con el error y posibilidad que deliberadamente incurriéramos en otro error, mayor o menor que tal, pero siempre desliz al cabo. Detalles son detalles, de que “así se escribe la historia”, como ya se dijo entre nosotros, o por lo menos, infunden fundada desconfianza en todo el resto de lo que pudo hacer, —mucho más, probablemente de bueno— quien se nos muestra en semejante y reiterado agravio a la verdad de los hechos.*

Por otra parte, consideramos que muchísimos bolivianos han de coincidir con nosotros, en que mostrar —como síntesis y esencia; resumen y espejo de la bolivianidad que quisiéramos infundir en las mentes mozas que en el futuro han de constituirse en los timoneles de la conducción nacional— la trayectoria de Jaime Mendoza como algo dignamente imitable e incomparable recurso de incitación patriótica, es el mejor homenaje que puede tributarse a su memoria epónima. En esa tarea, no ha de pesar, seguramente, el quantum de su producción intelectual —que sin embargo tiene tanto de calidad excepcional, como hemos de examinar a lo largo de estas páginas— cuanto el espejo ustório de su conducta en las polifacéticas vertientes de su derrotero germinal y fecundante.

Ese esfuerzo que deviene uno de los mejores instrumentos para robustecer la vida nacional, nunca pudo tener mayor significación, como el balance casi arquetípico, de la personalidad de Mendoza y su trascendencia en la segunda mitad de nuestra centuria. No podemos omitir en el punto, efectivamente, que desde 1952, y como yerbas cotrosivas que germinan en el inevitable desajuste de las transformaciones sociales, casi, diríamos que se ha conformado con impresionante continuidad y —lo peor— con sucesiva intensificación, una conducta ciudadana bifronte, como las dos caras del dios Jano, en muchísimos regímenes que desde aquella época —con las debidas excepciones— ha hecho una prédica insolviente y risible de defensa del patrimonio del estado, de “salvación nacional”, de preocupación insomne por la mejor suerte de los trabajadores bolivianos, por las reivindicaciones de estos, etc., etc., por un lado; y, por el otro, una verdadera institucionalización del saqueo del denario público, con el enriquecimiento ilícito y el usufructo doloso en las más encumbradas funciones públicas, sin que —como siempre, en la sociedad tajantemente dividida entre poseyentes y desposeídos, de cualquier latitud y de cualquier etapa histórica— haya jamás la menor sanción para los opulentos rapaces de la cosa pública. Absolutamente todo lo contrario. Todo lo más indecoroso, porque ante la mirada estupefacta de los más, en el país, que son los que nada tienen, los cófrades de Caco que están a la vista, a la diestra y a la siniestra de toda la Nación, lucen con impavidéz de heroísmo de veras legendario, su impunidad y su conducta —exhibición de bienes mal habidos— de incitación y de acicate para

la concusión re-editada, corregida y aumentada. Auri sacra fames! como ya apostrofó el genio de Virgilio, esa añeja malandanza ingénita de los hijos putativos de la Patria.

Jaime Mendoza, como ha de probarse a través de las páginas que vienen, hizo en cambio de su vida, un sendero iluminado de excelsas y patrióticas sugerencias en el que jamás —en sesgo alguno del dinamismo constructivo y siempre didáctico de su existencia— podía mostrar aquella desenvoltura de lesa patria que, cual expresión condigna del orden social vigente, sólo reserva la punición del presidio para los indefensos, porque son pobres y para los pobres que son indefensos. Es conocida de todos los bolivianos la severidad unilateral de la justicia cuya ceguera —simbólico auto-retrato de la clase dominante— carece de visión escrutadora, pero pulsa en cambio una balanza —dignísimo emblema de su tortuosa ejecutoria— en la que el peso tostón de los treinta dineros, generalmente decide sin rebozo la vigencia tarifada de la ley.

Aparte de todo lo anotado, hay finalmente algo más y extraordinariamente aleccionador en la travesía tribunicia de Mendoza que nos ha sugerido el homenaje del ensayo biográfico que presentamos. Tal es la visión omnilateral con que se ocupó de todos y cada uno de los problemas de interés colectivo que concitaron su atención y sus investigaciones. La vertebración de las lejanas y diferentes poblaciones del país, con la estructura vial que señaló sucesivamente, hasta con detalles ingenieriles en el norte, en el sud, en el oriente y en el occidente de la República. Su insistencia, casi obsesiva en la posesión boliviana del litoral del río Paraguay, con nuestro dominio y soberanía efectivos en el sudeste, como vía de acceso a la navegación atlántica, cancelada que fue, con la guerra del Pacífico, nuestra salida al océano, etc., etc., y otras demostraciones que hemos de examinar en las páginas que vienen.

Jaime Mendoza, por todo eso, estuvo muy lejos de las perspectivas municipales que infunde la mentalidad comarcana o caudillista de muchos hombres públicos que han logrado vigencia al solo expediente de sus preocupaciones ciegamente parroquiales, en el rezago global de la nacionalidad. Las reiteradas referencias a Charcas y Chuquisaca en su producción historiográfica, no tienen ninguna de aquellas limitaciones lugareñas, sino la categórica implicación que el ordenamiento legal de la colonia otorgó a la antigua Charcas —hoy Sucre, la cuna del Sembrador Mendoza—, como cabeza de todo el territorio de la Real Audiencia del mismo nombre. Así, en todo lo que

se refiere a Charcas en sus escritos, no alude sólo a la actual ciudad de Sucre, sino al conjunto —Chuquisaca, La Paz, Cochabamba, Santa Cruz, Potosí, Oruro, Tarija, Beni y Pando— de las circunscripciones que constituyeron el Kollasuyo, que devino a su vez, nuestro presente patrimonio nacional. De ahí que, su encendido fervor por Charcas es el sentimiento filial de su apego a la totalidad del solar boliviano; de su patriotismo integral y de su bolivianidad acendrada. Diríase, sin hipérbole alguna que, cual cóndor majestuoso que señorea en las célicas alturas de nuestros espacios cordilleranos, Mendoza vivió oteando desde las más encumbradas cimas del macizo andino, las desplegadas posibilidades de lo mucho que atesora la Nación, y soñando en el vilo de su patriótica vigilia de siempre, un futuro radioso para los bolivianos.

LLL

\* \* \*

Al concluir este proemio, debemos significar nuestro más cálido reconocimiento y gratitud a quienes nos han cooperado en una u otra forma, en la culminación de esta obra. En primer lugar a Martha y Gunnar Mendoza por la enorme y decisiva cooperación que nos han prestado para esta tarea, sin cuyo respaldo no habríamos logrado nuestro cometido. A aquella, hija mayor del Maestro, por las informaciones familiares de valor inestimable que nos ha remitido y a Gunnar por habernos permitido el acceso al fichero de la producción mendociana que, —con su admirable y benedictina prolijidad de experto en las tareas bibliográficas, como nadie en el país—, ha elaborado con fervoroso sentimiento filial. A ambos llegue nuestra gratitud cordial con nuestro entero aprecio, extensivo a todos y cada uno de los suyos que a su turno y en sus respectivos quehaceres han honrado el lustre de su apellido.

A Luis Carranza Siles y Gastón Vilar, ilustres y entrañables amigos de siempre, por habernos hecho muchos reparos y correcciones en la forma del trabajo. Después, a nuestro apreciadísimo amigo, compañero y colega Rolando Costa Ardúz —el primer médico legista seriamente formado con que cuenta el país, neurólogo y culto historiador de la medicina que, desde el exilio y desde su misma concepción ha contribuido a estas páginas, con sugerencias de alto valor, desconocidas aún entre nosotros, sobre el pensamiento médico boliviano.

Enorme agradecimiento debemos subrayar a la colaboración del bibliógrafo y escritor Arturo Costa de La Torre, padre del anterior,

por habernos proporcionado de su realmente gigantesca biblioteca privada, muchas producciones ya agotadas de Mendoza.

Luego, merece mención, a parte de la catarsis familiar, el aliento de mi hermana Alicia —sacrificada y ejemplar hija, hermana, esposa, madre, abuela y bisabuela— que, inclusive, con su extraordinaria memoria, ha concurrido a reconstruir totalmente el verso del poeta Max Grillo, inserto en el capítulo primero. Finalmente, una gratitud inmensa al eminente intelectual y finísimo escritor Eduardo Ocampo Moscoso, por haber honrado con su prosa selecta la afectuosa presentación que ha hecho de las páginas que vienen.

## Capítulo Primero

### INFANCIA Y JUVENTUD

En los cinco primeros lustros de Jaime Mendoza, es decir, durante todo el lapso de su infancia y su temprana juventud, transcurren etapas de incomparable trascendencia para su medio, que necesariamente tienen que influir en la inter-relación genético-experimental que constituye, por antonomasia, la vida humana.

El auge de la naciente industria minera nacional, con el apogeo de la plata en los yacimientos de Oplaca y lugares adyacentes, y la residencia del poder central de la Nación en la tierra de su nacimiento, hasta fines del siglo XIX, entre otros factores, otorgan a ésta una importancia de verdadera primacía en el concierto nacional. Desgraciadamente tal ventaja ha de ir en descenso, posteriormente, por las múltiples causas que luego analizaremos. Entre éstas debe anotarse el inicio de la explotación estañífera, con la concentración de la vida económica en el norte del país y posteriormente el traslado de la sede del gobierno, que son causas invocadas a menudo, como mayor fuerza determinante de aquel descenso. Sin desconocer la importancia y las ventajas de la residencia del gobierno central del país, — que para nosotros constituye un factor adjetivo— no debe dejar de acentuarse el primer hecho señalado, respecto al florecimiento de la minería estañífera, y más que ninguno a juicio nuestro, la absoluta desubicación de la fundación de

Pedro Anzures. Alejada de la costa oceánica, lejos de cualquier arteria fluvial navegable, completamente distantes — y aún totalmente desconocidas, entonces, por ausencia de caminos— sus zonas de mayor posibilidad agro—pecuaria y sobre todo a trasmano de las principales vías de comunicación más directa con los centros que devienen, capitales de los actuales países vecinos. Es por eso, y en absoluta ratificación de lo que acabamos de sentar, que la población sucreña oscila en disminuciones alarmantes durante no sólo las primeras décadas del presente siglo, sino aún en las últimas del pasado en forma que contraviene las apreciaciones y los índices de cualquier crecimiento demográfico, según las ciencias estadísticas. Pues sólo allí — y en países tan postergados como el nuestro puede darse el caso de que en cincuenta años: de 1880 con 15.404 habitantes para tal época, a 1931, con 27.508, no haya llegado a un mayor crecimiento. Aunque ciertamente, el crecimiento demográfico de un país pobre o subdesarrollado es más acelerado que el de los países altamente industrializados, en el caso de Sucre, su merma demográfica esencialmente se debe a varias causas. En primer lugar a la ausencia de estructuras productivas que sufre la ciudad, hecho que ha determinado su ninguna importancia económica. Posteriormente a no haber sido ya la sede del gobierno central desde el comienzo del siglo y finalmente al continuado y masivo éxodo de sus hijos a distintos lugares del país o del extranjero.

La edificación urbana, era por supuesto muchísimo menor. Menos de la cuarta parte de su actual extensión. La mismísima ciudad constituía un casal p<sup>er</sup>queñísimo que no excedía los trescientos metros más allá de la Plaza 25 de mayo, en las cuatro direcciones cardinales. La erección de los templos antiguos, un poco alejados de aquella histórica plaza, ratifica este aserto. La antigua catedral que fue el actual templo de San Lázaro, quizá haga una excepción a la mencionada distancia del centro de la ciudad, ubicada a unos cuatrocientos metros de éste. No sucede lo mismo con otros templos, como el de San Agustín remo-

delado recientemente en 1896 por la congregación salesiana y que anteriormente pasó "mil vicisitudes, al decir de Alfredo Jáuregui Rosquellas, siendo sucesivamente caballeriza, depósito, cuartel, teatro y tambo". Igual puede decirse del monasterio de Santa Clara, refaccionado sustancialmente sólo en 1910, desde su añeja fundación en enero de 1639 y del convento de Carmelitas descalzas de Santa Teresa, fundado en 1665.

Frente a tan imponderables desventajas, sin embargo, la pequeña y luminosa ciudad de Sucre que meció la cuna de Mendoza, contaba con el embrujo de sus dones telúricos,— que luego hemos de analizar— los mismos que seguramente motivaron la decisión de establecerla, hecho que pudo explicarse y justificarse, posteriormente con la mayor proximidad a las explotaciones minerales que se iniciaron en los fabulosos yacimientos de Potosí, Porco y lugares circunvecinos. La hostilidad glacial del clima y del aire rarefacto de las montañas, cuyas ubres encandilaron y arraigaron con la atracción de sus entrañas a los primeros hombres de la conquista, tenía por fuerza que inducirlos al mismo tiempo, a la búsqueda y ubicación de parajes más atractivos y acogedores para su equilibrio vital, ya alterado o amenazado por la obvia desadaptación de ambiente, la inseguridad física y la incertidumbre del futuro inmediato, junto a la escasez de alimentación de vivienda y de indumento.

Tenían que buscar, entonces, lugares no solo de alternativo descanso para la dura permanencia en las "montañas de plata", sino también para establecer la sede y los organismos del trabajo instrumental en el ordenamiento jurídico, educativo y socio-económico de las jurisdicciones respectivas. Un clima de veras excepcional, como nos confirmaba hace tiempo un súbdito alemán que en misiones de trabajo internacional había recorrido muchos países de Europa, de América y de Africa, en total cerca a una veintena de experiencias y que estuvo entre La Paz, Sucre y Cochabamba, durante dos años de vivencias bolivianas. Cabe en el punto breve transcripción de Gabriel René Moreno, sobre la singularidad telúrica, que hemos señalado de la villa, en esa época:

“Bellísimo, aún más que ahora, era el sitio, por las selvas que poblaban sus contornos cuando, en 1539, llegó allí Pedro Anzures a fundar villa por orden del Marqués Pizarro. Su plano está atravesado por el divortium aquarum del Alto Perú; línea admirable adonde, cuando llueve, dos gotas que venían juntas suelen separarse, una rodando a las cabeceras del más poderoso río del continente, y otra yendo a los tributarios del mayor caudal de aguas que corre en el globo. Dos cerros cónicos de pórvido, a manera de esfinges misteriosas, uno junto a otro se empinan con aspecto singular tras los arrabales del sud y del sud—este. La línea del divortium aquarum divide sus bases con tal exactitud, que los arroyos que bajan del uno son vertientes del Amazonas, y los que bajan del otro, cabecera del río de La Plata”.

Así, la tierra que acunó a Mendoza, en su conformación citadina corresponde a un plano directamente inclinado de sud—este a nor—oeste donde se yerguen aquellas dos moles de simbólica alusión sucreña que son el Churuquilla y el Sicasica, llamados también el cerro hembra y el cerro macho, respectivamente.

Ambos constituyen una de las últimas estribaciones de la cordillera de Sombreros, llamada también de Mandinga, que es una de las varias bifurcaciones en que se disgrega la cordillera Real u Oriental del macizo andino.

Los “días radiosos de Sucre” que calificó con exactitud de psicólogo y de artista el poeta Max Grillo, tienen una temperatura media anual de 13o centígrados. La máxima anual es de 21o y la mínima de 7o, según la monografía de Nicanor Mallo y Faustino Suárez que epiloga la *Historia de Chuquisaca*, de Valentín Abecia, cuyas cifras seguramente han variado en nuestros días.

Respecto a la altitud de Sucre, el mismo Jaúregui Rosqueñas, sin haber constatado otras discrepancias,— es cierto que de pocos metros más o menos— escribe lo siguiente, en cabal pintura de otras de las particularidades de nuestra tierra: la discusión de todo y para todo. “La altura métrica de Sucre, dice, no ha sido discutida, por una rara casualidad en un país en que to-

do se discute, y nadie ha señalado ni más ni menos de 2.845 metros en el centro de la plaza 25 de mayo, con 27 metros de diferencia en la plaza de la Recoleta". Párrafos más adelante, consigna otros datos: "La presión barométrica es de 546 a 551.5, y la declinación magnética de 90 2' 30" E. El clima de la ciudad es sumamente agradable y sano, pudiendo decirse que es el de una perpétua primavera. Su sequedad es notable, habiéndose presentado casos en que baja el psicrómetro hasta 0o lo que quizá no sucede nunca en otras partes.

La atmósfera es generalmente diáfana y sólo en época de lluvias se satura de electricidad descargando muchas veces sobre la ciudad fuertes tempestades de rayos...Las observaciones meteorológicas en un lapso de quince años, han dado como promedio anual para la lluvia 702 milímetros, siendo los meses más lluviosos enero, febrero, marzo, octubre, noviembre y diciembre. El viento dominante es del E. Es cálido y seco", con seguras modificaciones actuales, como hemos señalado a las cifras respectivas en los anteriores párrafos.

De esa manera se puede ensayar una explicación de los factores que pudieron haber influido para la posterior creación de la Universidad de San Francisco Xavier, de la Audiencia de Charcas y de la Academia Carolina, como subraya Alfredo Jáuregui Rosquellas, uno de los sobresalientes hijos de Sucre y otro de los historiógrafos bolivianos injustamente olvidado — como el legendario y bondadoso Nicanor Mallo —, por el aislamiento señalado del terruño.

En una de las obras de su proficua producción intelectual, —igualmente no sopesada por miopía parroquial de sus coetáneos y la versatilidad del medio— ha señalado las etapas de la "ciudad de los cuatro nombres" y con indudable acierto interpretativo, nos ha hecho conocer el porqué de la denominación cambiante de la ciudad universitaria. Aunque su obra — examinada al lente del rigor epistemológico de nuestro

tiempo— acuse aristas anfractuosas imputables a la ausencia de recursos documentales, a la postergación del medio, al atraso de la época y porqué no decirlo a las limitaciones de su análisis sociológico, es elementalmente justo reconocerle,—aún en medio de su patente empirismo y quizá por ello, precisamente — un esfuerzo y un trabajo de titanes.

Después de examinar las denominaciones de Charcas (por el nombre tribal de los primitivos habitantes), Chuquisaca, (por la riqueza mineral de sus alrededores, especialmente de areniscas de oro, según el Padre Calancha), y La Plata (por los yacimientos circunvecinos), Jáuregui, en el capítulo VII del mencionado libro, hace una extensa y utilísima relación de la vida social en aquella época, en la villa. Allí, en efecto y probablemente por los ventajosos factores climáticos ya referidos se estableció la concentración de la clase dominante, en un género y tales expresiones de vida que —guardando las distancias de tiempo, lugar y circunstancias o particularidades vernaculares—estaban vigentes, análogamente, en la sede limeña del virreynato: un pechoñismo ultramontano y narcotizante, jolgorios y francachelas frecuentes y destinados a la sola expansión de los círculos privilegiados y de los infaltables palaciegos, etc.

Destacamos este hecho, para hacer posteriormente una breve referencia que se impone sobre la psicología social lugareña, donde se ha conservado, como en ninguna de las demás ciudades bolivianas, las fisuras de la influencia peninsular española. En ninguna otra población nacional han campeado tanto los prejuicios sociales, el artificio en la exteriorización de la vida cotidiana, la estolidez de los títulos nobiliarios y de la “nobleza de sangre”, así como la más aldeana desnaturalización del vocablo *décencia*, como sinónimo de tal supuesta *nobleza*. Y por remate de tanta oquedad espiritual, como condigno colofón por supuesto, una aterradora ignorancia ecuménica y humanista de las mencionadas castas.

Posteriormente, ya en nuestra época, y desde las postrimerías del siglo XIX, aquellas formas de vida que retratan con manifiesta objetividad el misoneísmo y la sandez de la clase dominante, se acentúan durante el primer-cuarto del siglo, formando una conciencia social que aún subsiste hasta el fin de la primera mitad de la centuria que corremos. Una inconfundible expresión de la obsesiva inquietud aristocratizante de la época y del medio, constituye la singularísima erección del principado de La Glorieta, como mansión real de una pareja mestiza acaudalada que supo explotar el error — flaqueza humana al cabo, aunque se trate de personajes que hicieron época en la historia de la civilización, como en el caso— de León XIII, el Sumo Pontífice de la Rerum Novarum, que tuvo la debilidad de otorgar un título nobiliario a cambio de un pago de todo punto injustificable.

La tradición de los privilegiados y altos personeros del régimen peninsular en la ciudad de La Plata (Siglos XVI, XVII y XVIII) que hacían jactancia alternativamente de su mayor proximidad a la real parentela madrileña; de su influencia familiar en el virreynato; de sus menguados títulos nobiliarios o de su condición de clase dominante, se vió pues robustecida a fines del ochocientos con el vernacular “principado” de La Glorieta, síntesis y esencia, resumen y espejo de la mentalidad y de las posibilidades de la clase dominante.

En epílogo de tal principado, se liquidó una inmensa fortuna dejada por los mencionados “príncipes”, cuyos descendientes no fueron capaces de acrecentarla ni tener idea de los vuelos que ya alcanzaba la industria moderna, ni mucho menos preocuparse de la postergación del terruño que pudo alcanzar repuntes incalculables con una inteligente y planificada inversión del ingente legado principesco. Lejos de ello, solo sirvió para re—editar las lacras frecuentes en la aldea: una teatralidad mediterránea en su vida vegetativa, la simulación de posturas u ostentaciones o status de subsistencia y remedos condales.

No obstante, pese al obscurantismo inherente a la clase dominante que impera en la pasada centuria, y como expresión de las contradicciones que surgen en el seno mismo de las castas dirigentes conservadoras, al influjo del auge argentífero de las minas de Oplaca y de la difusión atrasada del positivismo comtiano, insurge en el orden político y como una fuerza de renovación — iconoclasta, avasalladora y con toda la pujanza que representa la única alternativa, frente a la caducidad ochocentista — el partido liberal, cuyos primeros expositores son considerados como la resurrección de la blasfemia luterana, como personificación del Anticristo o de la vera presencia de Belcebú.

Los primeros liberales que concurrieron a conformar el partido del general Eliodoro Camacho, fueron perseguidos y sindicados de “enemigos de la patria”, de querer “provocar la disolución nacional”, de “importar ideas foráneas”, de “atentar contra nuestras instituciones tutelares”, etc. etc. y de otra serie de ignaras y análogas monsergas como las que hoy, — mutatis mutandis — pretenden descalificar la vigencia y la vitalidad inexpugnable de la conciencia anti-imperialista, hecha combatividad y sangre viva de la inmensa mayoría de la clase obrera, la única institución tutelar, incubadora de la grandeza nacional.

Sin embargo, pese a la rudeza y a la sistemática persecución de las primeras posturas liberales que sufrieron de los coetáneos defensores del gastado “orden público” de siempre — que llegaron a contar, hasta con la beligerante solidaridad o dirección de Miguel de los Santos Taborga — Primado de la Iglesia boliviana por entonces, y un talentoso y cultísimo franciscano que aún no ha tenido émulo alguno hasta el día que vivimos— los liberales llegaron nomás al poder. ¡Pese a quién pese! — como enésima demostración de la ineluctabilidad de la dinámica social, de que la historia no retrocede y de que la caducidad del orden social vigente tiene nomás que dar paso a un orden más justo, sin explotados ni claques explotadoras—sobrevino el régimen liberal, por lo menos, como contrapeso y susti-

tución de la atmósfera asfixiante que caracterizaba el pensamiento boliviano. Entre los primeros liberales, adherentes o no de la nueva organización partidista que insurgieron difundiendo la aportación revolucionaria, para esos tiempos, de Augusto Comte, ha hecho época la magnífica trayectoria de Benjamín Fernández, llamado por Guillermo Francovich, el Comte boliviano y a quién hemos dedicado la extensión que merece en nuestro ensayo biográfico de Belisario Díaz Romero.

En esa forma adquiere carácter vernacular la eterna disyuntiva de las ideas: frente al conservadorismo ochocentista, los postulados y las fuerzas nuevas del positivismo liberal que pugnan por ganar la conciencia y la hegemonía de la Nación. Frente a ese duelo, que es la contienda permanente de las ideas como expresión de los intereses socio-económicos de los beligerantes, en la "lucha constante, velada unas veces, y otras franca y abierta; lucha que terminó siempre con la transformación revolucionaria de toda la sociedad", como sostuvieron con antelación primeriza y genial los expositores del Manifiesto de 1848, en aportación imposible de ser superada en la historia del pensamiento humano ¿cuál pudo ser la ubicación principista de Jaime Mendoza? ¿Cuán hondas sus reflexiones sobre aquella contienda que devino la "cuestión social", como discusión categórica, — y es el mérito que le pertenece — sobre su significación que planteó a fines del siglo XIX el Presidente Baptista? ¿Cuán vigorosas fueron las vivencias y la aprehensión certera que tuvo al patentizar la explotación medioeval de los sirringeros del noroeste, la explosión potencial de la desigualdad social que constató en las minas de Llallagua y en que medida pudo influir en su personalidad y en el derrotero de su espíritu las sosas ñoñadas del sofocante aristocratismo lugareño?

En la respuesta a estas interrogaciones, hay que sopesar la falta de información en el país mediterráneo, casi en todo plano y que, en el orden político e ideológico se hace extensiva, inclusive hasta el inicio de la segunda mitad de nuestro siglo. Pues só-

lo con el asombroso progreso de las comunicaciones, pasada la II guerra mundial, — y sobre todo con la apertura que impone para el reciente conocimiento de la realidad soviética, el incuestionable triunfo de ese país en la gran conflagración — es que se dispone de informaciones recientes y veraces sobre las tendencias políticas y sociales del mundo moderno. Influye asimismo, en ese conocimiento, en forma elocuente y objetiva la insurgencia vigorosa del mundo socialista, como demostración inobjetable de la solidez del sistema que fué capaz de vencer la mayor crisis bélica — mucho más grave que la más severa crisis económica — en la historia universal.

Tales limitaciones que, en algunos detalles de la vida social, patentizaban un atraso de un siglo por lo menos, sobre todo en las dos primeras décadas del siglo, nudieron mantener la apreciación de novedad o de posiciones de avanzada que concitaba el liberalismo boliviano, hecho hegemonía gobernante al expirar el siglo XIX. Es en elocuente definición ideológica que Jaime Mendoza, pudo, entonces, hacerse liberal o adherente del partido de Camacho y Montes. No tenemos ninguna noticia de la fecha, ni la época probable en que se incorporó a esa colectividad política, problema que hemos de volver a analizar con mayor extensión en el capítulo VII.

No obstante, pese a la bipolaridad de aquellas influencias oscilantes en el ambiente, el temperamento introvertido de Jaime Mendoza robustece su capacidad de observación, siempre inquisitiva que, por la singularidad de su intelecto, lo mantiene alejado de los prejuicios, de las facciones y porqué no decirlo del orgullo localista que impacta a todos los estratos de su ciudad, como confirmación sociológica de que las ideas — legítimas super-estructuras — de los sectores poseyentes, cobran vigencia aún en las mismas capas de la clase media y los niveles más desamparados de la población.

La sociología, —y nunca la historia, como se repite con difundida versatilidad— se re—edita al cabo, sin que tal aserto niegue de otro lado, la vitalidad y la justeza excepcionales de personalidades, como Mendoza en el caso, que van contra la corriente del gregarismo localista y coetáneo. En el vigor de su selecta humanidad, no ha podido cuajar la jactancia nobiliaria, ni la presuntuosa posesión de sangre azul, tan común en el medio de su nacimiento, así sea en poblanos de las más modestas procedencias o extracciones. Mucho menos pudo cuadrarle la sosa exteriorización de las apariencias o el alarde de lo que justamente carecía, como fluye en la conciencia social del pueblo diminuto

El orgullo social no podía detenerse en las pretendidas jerarquías familiares o individuales, sino que fue hecho extensivo aún a las peculiaridades orográficas de la villa. Así, por ejemplo, si la Ciudad Eterna cuenta en la historia romana con la originalidad de las siete colinas — el Palatino, el Esquilino, el Celio, el Quirinal, el Viminal, el Capitolio y el Aventino— que registra su pasado milenario, Chuquisaca no podía dejar de contar con las suyas. Sus siete “ patas” o colinas: Surapata, Munaypata, Alalaypata, Charquipata, Khuripata, Huairapata y Khonchupata. Todo aquello se tradujo aún algo más tarde, amenísima y anecdóticamente es cierto, con el bautizo del ingenio sucreño a lo que se dió en llamar la re—aparición de los Siete Sabios, que, a semejanza de los Siete legendarios griegos —Tales de Mileto, Bias o Biante de Priene, Solón de Salamina, Pítaco de Militene, Quilón de Esparta, Cléobulo de Lindos y Periandro de Corinto— se conocieron en la Ciudad Blanca, ya casi en nuestra época, los Siete Sabios de Sucre: Guillermo Francovich, Manuel Alberto Zelada, Carlos Gerke, Carlos Alberto Salinas Baldiviezo, Mariano Deuer, Joaquín Gantier y Germán Orozco., que aún se los recuerda en función de tales.

Además, a parte de la influencia y la conducta aprendida de los chapetones, en la psicología social del medio hay algo que

reivindica la pre—eminencia de un factor quizá genético, por la re—aparición de algunos rasgos de los más lejanos antecesores peninsulares. Pues, en determinado enfoque psicológico, la comunidad sucreña es la más castellana de todas las demás de la República, por su frialdad en el juicio sobre los hijos de la misma tierra. Como cotejo, por eso, cabe como ninguno el aserto de Juan Ramón Jiménez en la inauguración del Ateneo Americano de Washington D. C. en octubre de 1949. “Es cosa sabida, dijo el autor de Georgina Hubner, de todo el mundo, la dureza ibérica, gemela de la espartana, con que España y los españoles de todos los países, hijos, hermanos, o como se quiera llamar, han tratado siempre lo suyo: “Castiella que faz los homes e los desfáz”. Por eso, no hay sucreño —quizá desconocemos algunas excepciones— que no juzgue con desmesurada severidad a otro hijo del terruño, quizá por el profundo afecto por los hijos de la misma madre, que se siente de transfondo, y ¡ay si se trata de sopesar los yerros! Los del ajeno, por más descomunales que fueran, son juzgados con más benevolencia que los del conterráneo. Por eso, es allí donde el éxito del amigo, no es motivo de emulación tonificante, sino irritación de propio menoscabo que hay que liquidar, y si no se puede hacerlo, ahí va, por lo menos el apodo de descalificación o de befa y agravio del que quedan excluidos, sin embargo, solo los que en la propia tierra impusieron el valor y el peso incontestables, como Jaime Mendoza, de su jerarquía humana y de su valimiento intelectual.

Pese a la apretada síntesis que ensayamos con el mayor esfuerzo de objetividad, la pluralidad sucreña se encuentra a sí misma, sin embargo, en la postguerra mundial, en pos de su verdadero destino. Y lejos de la ciudad inolvidable es más cordial que nunca con los mismos hijos de la patria chica que avizora un porvenir mejor. Un porvenir de trabajo acrecentado y multidisciplinario de los suyos, basado en sus propias y exclusivas fuerzas, y alejado de los enervantes prejuicios con que amputó en el pasado, sus magníficas posibilidades, la inutilidad de sus castas conservadoras.

Es en aquel dintorno que , como en el rezago de las más desoladas localidades provinciales de la República actual, retoza la infancia e insurge la adolescencia de Mendoza que nació el 25 de julio de 1874, del connubio de José María Mendoza y Gabina Gonzáles, quienes habitaban la actual casa No. 3 de la Plaza libertad. Sus progenitores — por el polifacético despliegue espiritual de todos sus vástagos,— se ve que contaron con una vigorosa veta intelectual y artística, que justifica experimentalmente sus sobresalientes condiciones hechas carne y hueso, hasta en la segunda generación — que podemos comprobarlo por lo menos— de sus descendientes. El padre fué abogado y poeta,—probablemente más poeta y bohemio, que abogado—conocido de su medio. La madre, mujer de reconocida y clara inteligencia, tuvo ocho descendientes entre los cuales Jaime ocupa el tercer lugar. Sus siete hermanos, también se nutrieron de la fecundidad intelectual y artística de sus antecesores: la mayor de todos, Escilda fué maestra e igualmente escritora que alcanzó niveles directivos en la educación pública de su tiempo. Isabel, fue asimismo poetiza y escritora. Natividad, transitoriamente profesora porque tuvo que cuidar de la crianza, con manos maternas, de sus sobrinas Martha y Aida. Carmen, madre de esta última, fue también maestra, inspirada guitarrista y poetiza cuya producción rimada, lamentablemente ha quedado inédita. Teodecilda, “maestra, inspectora de educación, escritora, polemista y ardiente defensora de las causas justas; por su valentía y soltura de expresión, su obra fue elogiosamente comentada por Alcides Arguedas”. Raúl, farmacéutico y dibujante autodidacta, fallecido relativamente joven y por último Germán, conocido ampliamente en nuestro tiempo, por sus relevantes condiciones de civilista, — autor de un anteproyecto de Código Civil boliviano— que profesó la asignatura en las Universidades de La Paz y Sucre.

Cabe aquí la cita de un trabajo de Jorge Garret Ayllón, sobre la infancia de Jaime Mendoza. Garret, actualmente co-

nocido y prestigioso urólogo, residente en Santa Cruz, ganó el primer premio de un concurso sobre la biografía de aquel, convocado por la Facultad de Medicina de Sucre en 1948, entre los estudiantes de la misma. En ese trabajo titulado *Don Jaime Mendoza*, el entonces estudiante Garret, sostuvo que “antes de 1900 Sucre, tenía una febril vida social, con motivo de la residencia del gobierno en esa ciudad y la presencia de numerosos personeros—embajadores, ministros, etc.— de países extranjeros acreditados ante el mismo; es así cómo menudeaban las fiestas, recepciones, bailes, etc. a los que solía casi siempre, asistir nuestro personaje. En una de estas oportunidades y estando Jaime tocando la guitarra, detrás de la cual casi se perdía, en casa del ministro argentino Guezalaga, éste que se preciaba de buen fisonomista, escogió al azar una persona para predecir sobre ella; esa persona fue Mendoza, a quién recién conocía y dijo, refiriéndose a él: “aquel, el más pequeñito, será en el porvenir algo muy grande”. Tenía pocos amigos, prosigue Garret, y entre ellos se contaban especialmente Manuel Céspedes, Francisco Avila y Ramón Frías, el primero de los cuales, que era el que más convivía con él, su confidente, y que tenía las mismas inclinaciones artísticas, llegó posteriormente a brillar en el campo de las letras nacionales (donde más se lo conoce como al famoso Man Césped), inscribió en un pequeño álbum suyo estas palabras: “Los ojos son las ventanas por donde mira el alma. Que esa sombra de gigante que he visto en los tuyos, sea realidad en el porvenir.”

Muy tempranamente la vida le sonríe, adversa; “por diversas circunstancias— escribe Fernando Ortíz Sanz — que quiebran la cuantiosa fortuna familiar, doña Gabina, la madre, marcha con los hijos a Yanani, una finca de ovejas y trigales que es todo lo que queda. Allí comienza la pobreza. Don Jaime entre estudios universitarios interrumpidos y dando lecciones de guitarra, ayuda cuando puede hasta recibirse de médico en 1901”. Aquí no puede omitirse un comentario pertinente al

relato de Ortíz S., que acabamos de transcribir, como evaluación de otra de las incontables singularidades del autor de *Páginas Bárbaras*. Las desventajas, a veces aplastantes de la penuria económica, no hicieron de Mendoza — lo que resulta en buena cuantía de gente atenazada por las estrecheces materiales en la infancia y la adolescencia—, no podían hacer de él, el desclasado sandio, ni el impaciente rastacuero del arribismo social que personifican, como con lente de aumento para claridad meridiana del aserto sociológico, los poquísimos hijos de la clase obrera que— en el medio — en el mundo de la oferta y la demanda, devienen doctores, ingenieros o economistas, renegados de su laya.

Sin embargo, “desde pequeño —anota Garret en el trabajo ya citado,— demostró un espíritu inquieto...y es desde entonces, que comienza a vislumbrarse, claramente, su gran atracción por las masas, los desvalidos y los desamparados, a los que no abandonaría jamás en todos los años de su vida. Su “primer encuentro con la cuestión social”, como él mismo dice, sería cuando tenía tres años, más o menos, y está representado por aquel beso impreso en la boca arrugada y sucia de coca y tierra del hortelano “Lanchico”, un indígena “rengo, esquelético, astroso y sumamente reilón” que pinta en *Apuntes de un médico*.

A los nueve años ingresó a cursar estudios de humanidades en el Colegio de San Cristóbal de esa época en Sucre, y el último de dicho ciclo en el Liceo Bolívar de la misma ciudad. “Es allí donde comienzan —al decir de Gunnar Mendoza— sus primeras manos de poeta y periodista, con algunos versos y la fundación de un periódico manuscrito”. Sus travesuras lúdicas ocurren en Yanani, propiedad rústica de sus antepasados, ubicada en Poroma, actual segunda sección de la provincia Oropeza del departamento de Chuquisaca. Por entonces, dicha circunscripción estaba comprendida aún en la antigua provincia Yamparáez, quedando incorporada a aquella—creada recién en la legislación de 1912 y bautizada en homenaje al juriconsulto Sa-

muel Oropeza, que tuvo destacada actuación pública en los comienzos del régimen liberal, — junto con Yotala, capital de su primera sección actual.

Yanani, está a siete kilómetros y medio del pueblo de Poroma y es allí donde transcurre la mayor parte de su infancia. “Esto influye decisivamente en la fijación de su temperamento,— añade Gunnar Mendoza,— de allí arranca su amor a la naturaleza, su sentido de lo telúrico, su comprensión de los seres humildes como el indio”. Poroma, lamentablemente tiene una triste tradición en las disputas electorales de la siempre escamoteada democracia boliviana, que creemos tiene interés anecdótico referirla. Esa tradición, se conoce como *el poromazo*, por el golpe fraudulento que registraba y registra votos imaginarios y siempre muy superiores al número de los escasos habitantes del lugar con que falseaban y aún falsean todavía la “democracia representativa”, los gobernantes de turno de la clase dominante. Ese conocido recurso electoral que ocurre en todas las poblaciones alejadas del país, donde no puede haber o no se permite el control de los partidos ajenos al oficialismo, tiene una añeja ejecutoria que Tristán Marof, en su auto-biografía titulada *La novela de un hombre*, (Tomo I) atribuye sólo al liberalismo, en frases que refuerzan nuestro aserto. “Fuí a Poroma, —dice, donde alguna vez estuvo como delegado electoral del republicanismo—. Era este un pueblito famoso en los tiempos del liberalismo por las iniquidades electorales que se cometían; se falsificaba votos, se hacía votar a los muertos y se llenaban las ánforas de votos de papel en lugar de ciudadanos, porque apenas existían unas docenas que se morían de necesidad, comidos por la viruela y el paludismo. ¡Al partido oficial le daba mil sufragios!” —A la cita de Maroff, hay que añadir solamente una frase: a más de medio siglo de su constatación, “el partido oficial”—cualquiera que sea el pelaje con que se cubra la clase dominante, así se disfrace de revolucionarismo, como ha ocurrido en el penúltimo cuarto del siglo,—sigue obteniendo en Poroma (como en todas las localidades alejadas

del territorio nacional), los consabidos ¡mil sufragios! imaginarios. Y los obtuvieron, por supuesto, acrecentados, los sucesivos políticos republicanos, sucesores del repudiado liberalismo en cuyas sinecuras usufructuaron cuando eran obsecuentes adherentes liberales, antes de su posterior conversión “republicana”, sin que importe una vírgula para el caso, que ésta se haya tornado después, “saavedrista” o (genuina) “salamanquista”. Esa es la tradición del poromazo, no imputable en todocaso, al abandonado y desierto lugarejo, sino a la incapacidad de las clases dirigentes durante el pasado siglo y lo que va de transcurrido en el presente.

Trasladado más tarde y ya flamante médico de la Universidad de Chuquisaca, al distrito minero de Llallagua, Mendoza rinde su juventud a los encantos de doña Matilde Loza, su esposa y compañera, que descende de conocidas familias potosinas, quién le dió cinco vástagos de condiciones también singulares, sobradamente conocidos en el país: 1o. Martha, maestra, periodista y escritora que es la que más ha escudriñado la trayectoria de su padre. 2o. Tula, pianista, compositora y poetiza, que con las galas poéticas y artísticas —en la ejecución de la guitarra— de su hija Matilde Casasola, nos acaba de plantear la interminable y siempre sugerente discusión de los factores genéticos o experimentales en el coeficiente intelectual, en las propensiones artísticas y los sesgos de la personalidad humana. 3o. Minna: de clara vocación intelectual, a quien conocimos en plena adolescencia, tempranamente fallecida. 4o. Gunnar: escritor, bibliófilo, bibliógrafo e historiador por herencia y experiencia paternas, y 5o. Lucía, prematuramente fallecida que, desde su adolescencia, cuando la conocimos, ya se desempeñaba como bibliotecaria del Instituto Médico “Sucre”.

La peculiar adustez de Mendoza, por su aparente hosquedad, ocultaba la infinita ternura que tenía, como bonísimo padre, por sus pequeñuelos. Hace muchísimos años —algo que nos permite probar tal aserto— publicó justamente en *El País* de Sucre (No.1064), de 15 de junio de 1932, en la sección Letras y

ítulo: *Las estrellas. Cartas de un padre a su hijo ausente*, una misiva a su hijo, pequeño entonces:

Mi querido Gunnar: En la edición pasada de *El País*, publiqué una carta que te escribí a La Paz, hablándote de nuestras amigas, las estrellas; la misma que junto con esta y otras que pienso escribirte, Dios mediante, pasarán a formar parte de aquella colección de pequeños escritos míos que tú conoces y que serán el libro al que he puesto el mismo nombre: "Las estrellas".

Sensiblemente ese trabajo, que sepamos, no ha llegado a ser editado. Y continuando la carta que glosamos, con la misma curiosidad del filósofo ateniense que se hizo impercedero por sus diálogos sobre los motivos de reflexión de los hombres, traduce su conmovedora preocupación por los niños pobres y por los pequeñitos más necesitados que nadie, en los párrafos que siguen:

...“Precisamente, en uno de mis últimos regresos de La Paz a Sucre, bajando del tren nocturno en la estación de Oruro, oí allí a dos chicos algo menores que tú, que discutían sobre si una constelación que se estaba poniendo a esa hora (cerca de las 23) en el confín de la altiplanicie occidental, sería Orión. Tal era el interés que mostraban esos niños, que yo, agarrado de mi maleta, no pude menos de detenerme para oírles. El cielo de Oruro, relumbraba con sus estrellas. La constelación ya medio puesta, que miraban esos niños, era realmente Orión. Y así se los dije, yo de paso. Y aún añadí algo que ellos escucharon absortos. Y al despedirme les dije “hasta mañana”, como si todavía hubiésemos de encontrarnos al otro día...

...Las estrellas enseñan. Son también maestras nobles y buenas para los niños. En alguna de esas cartas que te escribo con lápiz, y hasta en medio de las cosas prosaicas de que debo hablarte, yo te decía eso...Las estrellas son también maestras sublimes. Y el cielo es una escuela. Y allí está ese gran libro colmado de láminas excelsas que se abre cada noche para que las miren regaladamente aún los seres más ínfimos y desvalidos...

...Ahí en lo más profundo de esas almitas primitivas, estaba ya la maestra celestial: la belleza. Era el hada generosa que arrastrando su clámide floreada de estrellas se daba toda entera a los niños indígenas. Ellos no pisarían jamás alguna de las escuelas de nuestras ciudades. No tenían quién les abriese el libro de figuras iluminadas para enseñarles lo útil y lo bueno y lo bello; pero tenían por aula sus montañas, y por libro el cielo, en el cual, de día, el padre sol era su maestro, y de noche las estrellas eran, sus madrecitas, o mejor eran con sus constelaciones, otros tantos grupos de niños jugando deleitosamente en las praderas del cielo”.

Al finalizar nuestra primera década, la postergación sucreña, recibe un vigoroso impulso de progreso, —que también lo es para toda la Nación, como uno de los mayores aciertos del régimen liberal— con la fundación de la primera escuela normal, gracias al empeño y la visión del ministro de Educación Daniel Sánchez Bustamante. La creación de ese plantel, a parte de robustecer la esmirriada economía de la Ciudad Blanca, aportó el influjo y la mayor promoción intelectual que pudo contar el medio, en sus últimos cincuenta años de vida..

Tal significó la llegada de la misión pedagógica belga, en la que se destacaron Adhemar Gehain — que ha contribuido hasta 1928, a la educación pública y a la cultura boliviana en general— Constantin Lurquin y Julia Degand, y aunque con menores virtudes, otros componentes de la misma misión, como Raimundo Thirión, Emile Jacobs y Julián Fischer. A los nombrados no puede dejar de añadirse, sobre todo a los tres primeros por su actuación sobresaliente, la personalidad de Georges Rouma llegado al país posteriormente a la creación de la Escuela Normal de Sucre, donde fue inicialmente destinado a la enseñanza del idioma francés.

Jaime Mendoza llegaba pocos años más tarde a la tierra de su nacimiento, después de haber adquirido “experiencia universal” en un fructífero recorrido por Chile, Europa (Francia, Alemania e Inglaterra), y de haber publicado en Barcelona su primera novela *En tierras del Potosí*, amén de haber tenido la privilegiada vivencia de la vida minera en los ingenios de Lla-lagua y posteriormente, de compenetrarse, de la subsistencia feudal, — en los albores del siglo XX — de los trabajadores de la goma en el noroeste de la República.

Por la evidencia de los hechos, relatados por el mismo y por algunos coetáneos como Adolfo Costa Du Rels, antes que dedicarse a promover los estancados niveles de su oficio, sabemos que se entregó a robustecer las actividades iniciales de al-

gunos núcleos culturales de su medio. Poeta, ya consagrado escritor y novelista y artista — pues tocaba violín, guitarra, cítara, piano, mandolina y violoncello — no encontró nada mejor en las limitaciones ambientales, como regazo para las inquietudes de su espíritu, ahito de los deleites que inspira la cultura, que las novísimas reuniones de la Universidad Femenina. Esta fue fundada en Sucre a principios de marzo de 1915 y a instancias de Adhemar Gehain —aquel cultísimo pedagogo, de quien hemos hecho mención en los anteriores párrafos— y en su propia casa de la calle Ayacucho, “en su casita, — recuerda posteriormente Adolfo Costa Du Rels, —conocida entonces por “la casa de Bassoli”—congregando a un animoso grupo de jóvenes intelectuales ansiosos de vencer el ambiente soporífero, “anhelantes de dotar a la mujer de ciertos elementos de cultura, poniéndola frente al panorama intelectual del mundo, inculcándole ciertas ideas generales que son la base de toda educación”.

No puede negarse que se trataba de un grupo calificado de intelectuales—Ignacio Prudencio Bustillo, Alberto Ostria Gutiérrez y el mismo Costa — que con paso firme, comenzaban a rubricar la trayectoria que, posteriormente, ha de fisonomizarlos con caracteres de calidad indiscutible en la cultura boliviana, y que “anhelaban familiarizarse con las grandes concepciones filosóficas, literarias y científicas. En suma, nuestra agrupación, añade Costa Du Rels, era una copia de la Universidad de los Annales de París”. Tampoco se puede omitir que el mencionado cenáculo por la extracción social de sus entusiastas componentes, con excepción de Mendoza, era una élite de lo que con manifiesta unilateralidad y ausencia de justificación, se denomina “intelectuales puros”, evasivos de los problemas troncales de la filosofía y ajenos, por su misma procedencia, a las primarias requisitorias educativas de una comunidad mediterránea, postergada y paupérrima. La misma denominación —Universidad Femenina— demuestra que su entusiasmo y sus posibilidades de verdadera selección para la época y para el medio, dignos de mayores

y diferenciados auditorios, estaba circunscrito, nada más y nada menos que para solaz de no más de una docena de jovencitas adolescentes,— eso sí, de disputantes pre-eminencias nobiliarias entre ellas mismas— como las poquísimas familias de la “sociedad”, nombre con el que también se ha llegado a escamotear la pureza del idioma, haciendo de tal vocablo —que no significa sino comunidad, colectividad o agregado social— sinónimo de casta, de linaje o de grupo aristocrático.

A falta de otros círculos y agrupaciones, inexistentes por la mísera demografía de la villa de Sucre, Jaime Mendoza se incorporó al núcleo, diríamos docente, de la Universidad Femenina, donde encontró ciertamente la expansión de sus arrestos intelectuales. Costa Du Rels, que reiteradamente acabamos de citar, en el prólogo que ha suscrito a *Páginas dispersas*, de Ignacio Prudencio Bustillo, nos ha actualizado en sentidas frases aquella entidad y el medio, así como la participación de Mendoza en la misma en párrafos que no nos resistimos a transcribir: “Encendamos ahora la linterna mágica del recuerdo. Proyectemos algunas siluetas. El decano: Jaime Mendoza. Andaba por entonces en los cuarenta largos. Había publicado, algunos años antes, su novela *En las tierras del Potosí*, recibiendo en París, de Rubén Darío, un nuevo nombre de pila: el Gorki boliviano. Era ya célebre en el exterior, pero sus compatriotas, que suelen colmar de halagos al orador, al político o al militar, consideraban a Mendoza como a un hombre raro. Solo alcanzaron a comprenderlo, en las postrimerias de su vida, cuando lanzó su valiente grito de alarma frente a la guerra del Chaco. Miradlo. Es pequeñín, enjuto; su rostro apergaminado de anciano precóz, es inexpresivo, tal vez hermético. Un antejo mal equilibrado sobre la nariz algo chata queda ligado a la oreja por una cadenita. Enlace simbólico, en aquel médico escritor, de dos sentidos indispensables: la vista y el oído, patentizando así una de sus más altas cualidades: el don de la observación. Mendoza era de apariencia grave, casi hosca”.

Aquí cabe un paréntesis de rectificación a Costa Du Rels, a quién seguramente “le traicionaron aquí sus recuerdos. Basta una mirada a cualquier fotografía— nos ha dicho Gunnar Mendoza al respecto— para advertir que la nariz aguileña era uno de los rasgos salientes de su rostro”.

“Era tímido —proseguimos con Costa Du Rels— pero un tímido valiente cuya pluma era un escalpelo y su escalpelo, una pluma. Dotado de una sensibilidad exquisita pasó su vida ocultándola, como se oculta una debilidad, un defecto. (No olvidaré nunca el día en que —suprema prueba de amistad— me refirió el asesinato de su madre por los indios alzados de la hacienda. Este terrible acontecimiento— del que no hablaba jamás— había dejado indeleble huella en su alma). Más, el materialismo de su profesión, al atemperar aquella sensibilidad lo había dotado de alegrías fulminantes”.

Aquí tenemos la primicia de insertar una carta escrita por Jaime Mendoza, a poco de la muerte de su madre, en probable respuesta a la condolencia que le hizo llegar de Cochabamba, su amigo Pablo Céspedes A. La copia de ese documento— cuyo original pertenece al archivo personal de Eduardo Ocampo Moscoso— nos ha sido gentilmente remitida por nuestro prologuista indicándonos que la “carta autógrafa en papel membretado de luto, la conserva como preciada joya”, por su admiración al Hombre. Se la había obsequiado a Ocampo un amigo desaparecido hace veinte años. La referida misiva, confirma la “exquisita sensibilidad” así como el efecto que tuvo en el Sembrador la muerte de su madre que impresionó a Costa Du Rels. La misma, dice a la letra:

“Llallagua 10 de julio de 1902. Sr. Dr. Pablo Céspedes A. Cochabamba. Mi recordado amigo: He recorrido con gratitud su carta de 10. del mes que corre. Gracias mi generoso amigo. Efectivamente mi madre ha muerto. Ha muerto: y ya van muchas veces que me he arrastrado miserablemente sobre su tumba sin acabar de convencerme de esto. Mi madre ha muerto, i sin embargo yo todavía vivo. !Y disfruto de salud y no he perdido la razón! Mi destino fatal no ha querido matarme también con este

horrible golpe, como si en su ensañamiento quisiera dejarme a mí mismo esta triste tarea, este último recurso. Amigo mío: soy un hombre perdido. Yo que apenas concluí mi carrera, i haciendo a un lado mis antiguas inclinaciones, me había propuesto entregarme a una vida de actividad i de trabajo, hoy me quedo suspenso en mi camino, yo que aburrido del mundo hastiado de amores efímeros, me había acogido al amor incomparable, hoy me encuentro sin él. ¿Qué haré? ¿A donde iré? Me siento sin estímulo para nada. Todos mis propósitos, mis esperanzas, mis aspiraciones, mis energías están donde está mi madre, en la tumba. Mi vida es pues una vida sin objeto, inexplicable, absurda. El mismo porvenir que, según las gentes "ha de cerrar esta herida", el porvenir, ya no me ofrece nada, ni siquiera el dolor, algún nuevo dolor que pudiera desalojar o al menos atenuar el que hoy llena mi corazón, continuaré llenándolo para siempre sin hacer campo a ningún otro. La misma amistad, tan solícita y buena como es conmigo, ya no puede darme ningún consuelo.

Perdone Ud. mi franqueza. Me veo absolutamente solo, totalmente desamparado, i por más que esté rodeado de las gentes comprendo que mi abandono i mi soledad son irremediables.

Tal es, querido amigo, mi situación. Suyo. JAIME MENDOZA.

"Mendoza era un humorista eximio — continúa el recuerdo de Costa Du Rels—, que disecaba los caracteres con la misma tranquilidad risueña que disecaba los cuerpos. Sus observaciones eran puntualizadas por breves carcajadas contenidas de inmediato por un gesto de la mano que terminaba acicalando un incipiente bigote descolorido...Desde niño había amado la música, formando parte de ciertas célebres estudiantinas, tan de moda en Chuquisaca alrededor de 1900. Tocaba la guitarra y la cítara, y estos instrumentos habían acompañado la eclosión de sus sueños juveniles. La primera conferencia de Mendoza — en la Universidad femenina— despertó inmenso interés. Habló de su famosa novela. Refirió cómo la había concebido, y cómo pudo hacerla publicar, a raíz de un viaje a Europa costado con sus economías de médico de Llallagua, mineral donde la había escrito. Mendoza no era orador, ni tenía tampoco facilidad de palabra...Leía mal, con voz sorda. La monotonía de su entonación acababa por fatigar a sus oyentes. Así es que sus conferencias posteriores, que versaron sobre temas diversos que, como su persona, eran graves y austeros, no tuvieron éxito. Los pro-

blemas de psiquiatría le interesaban entre todos; trajo, pues, a la Universidad Femenina el fruto de sus investigaciones, procurando ponerlo al alcance de sus oyentes. Si alguno de éstos lo calificó de “aburrido” incurrió en una gran injusticia. Para aquilatar el esfuerzo de Mendoza y los resultados obtenidos, era menester no ignorar todo lo que aquello le había costado. Mendoza —fue un estoico— hubo de vencer el infortunio, sufriendo estrecheces de toda índole, en un ambiente envenenado por la política y los prejuicios sociales. Tuvo una grandeza de alma insopechada; fue ella la base de su admirable talento de patriota y escritor”.

La última frase que acabamos de transcribir de Costa Du Rels, nos lleva de la mano a otra faceta del dinamismo polimorfo de su personalidad que, como inicio de su ingerencia, también singular en la vida pública, arranca al mismo tiempo con su actividad periodística, que aunque no haya sido sistemática, la ha perfilado — y este es otro rasgo de su relevante trayectoria — siempre en pos de un objetivo y progreso nacionales, con la visión estratégica de determinado logro para la comunidad y por supuesto, sin que por tal trabajo, haya pensado en la retribución ineludible para la pitanza que persigue el periodista profesional de ogaño.

Es así que, funda en 1917, en Sucre, *La República*, un bisemanario que aparecía los jueves y domingos. Aunque no tuvo mayor longevidad, como todo lo efímero de la vida boliviana, *La República*, con la dirección del propio Jaime Mendoza, agrupó un núcleo intelectual conocido del medio: Adolfo Costa Du Rels, Ezequiel L. Osorio, Ignacio Prudencio Bustillo. Desaparecido por causas que ignoramos, dicho periódico, dos años más tarde en 1919, Mendoza volvió a las lides periodísticas con *Nuevas Rutas*, esta vez un semanario del que sólo se publicaron, “al parecer” según la bibliografía del Hombre compilada por Gunnar Mendoza, “sólo cuatro números”. Pese a la filiación li-

beral del bisemanario *La República*, en su actuación coetánea a la aparición de los mencionados periódicos, y sobre todo en la visión porvenirista que caracterizaba sus constantes enfoques de los problemas médico—sociales que tanto le inquietaban, se percibe una tácita posición, mucho más avanzada que los postulados oficiales del liberalismo boliviano. Casi, diríamos, un liberal avanzado de Europa, en la segunda mitad del siglo o un socialista intuitivo que llega a señalar la caducidad del orden social vigente y su sustitución, por otro más justo y más humano, como única e integral solución para la tragedia que vive la niñez de las clases desposeídas en el país, punto que corresponde y que hemos de explayar, como merece la importancia del tema, en las próximas páginas.

Después de su trabajo en aquellos organos de prensa, y con brevísimas interrupciones, probablemente, no dejó de lado su inclinación y sus labores periodísticas en diversos voceros como *La Capital*, *La Prensa*, y *El País* de Sucre, en las décadas de los años veinte y treinta, así como esporádicamente en muchos diarios de La Paz: *La República*, *Ultima Hora*, *El Diario* y *La Razón*.

Este capítulo no puede tener remate, sin acentuarse la que-  
rencia de Mendoza por su suelo nativo. Es cierto, sin embargo, que este apego es ingénito de la hechura humana, que no involucra precisamente la circunstancia y el accidente del propio nacimiento. Seguramente influye más en la hondura y en la perennidad de ese sentimiento la añoranza de los lapsos más risueños y exultantes de la vida, cuando la criatura humana — capullo de aroma lactescente y de pétalos virgíneos— es más feliz que nunca, en el ensueño y el vilo de los trástulos y los cuentos primeros de los trasgos, las frases balbucientes y los primos andares de su viaje batallante y dilatado de vivir.

Después, tampoco dejan de esculpirse, indelebles, en la mente de los hombres — por el enternecido recuerdo que en las

miseses de los soles vesperales se desparrama en loor de su transcurso emocionado— la candorosa albura de la puericia y la exuberancia floral de la adolescencia, cuando Juvencio, de torno apolíneo y en sueños de rosadas y turgentes majas, despunta a conjugar el verbo del Cantar de los Cantares y a entonar — icónoclasta, inconforme y levantisco— el cántico sonoro de su vitalidad olímpica.

Todo aquello es reminiscencia del pretérito lejano, cuya retrospección pasado el medio siglo, anuda la garganta y anega los ojos, cuando la especie humana, otorga calidades de excepción a todo cuando atañe al remoto escenario donde aprendiera el dulzor alternado del salobre paladeo de la contienda cotidiana de la vida. Se explican tales hechos, por el conmovido recuerdo del Sembrador por todas las cosas, los sucesos y las gentes de su tierra sucreña. Y no solamente como explicación de cada quién, sino justificación plena, como en el propio caso, en razón de la crianza y el nacimiento análogos en la Ciudad Blanca, la más blanca de todas las de América, como dijo de ella el poeta Max Grillo, que aún siendo forastero, supo pintar sus encantos en las estrofas armoniosas del poema inolvidable que le cantara:

Los Incas en tus cerros, plantaron los pendones,  
del fabuloso Imperio de los hijos del Sol.  
Te dió Castilla escudo de garridos leones,  
y mujeres cual rosas del jardín español.

En un día radioso, coronado de lauros,  
de tu seno fecundo nació la libertad.  
En otro coronaste, de mirto a los centauros  
de Córdovas y Laras, ¡Oh ínclita ciudad!

Con ingenuas guirnaldas y en carroza dorada,  
tus doncellas ofrecen un sitio al luchador.  
La cuadriga es de vírgenes y en el cielo extasiada  
un águila —la gloria— contempla al vencedor.

El Mariscal entonces, con el gentil decoro  
de un Príncipe de Hadas, un punto vaciló,  
y luego con el gesto de grande, cual tesoro  
en la carroza egregia la espada colocó.

Alígeras conducen las vírgenes el hierro  
cual símbolo supremo de justiciera lid  
y luego, repetido, voló de cerro en cerro,  
el nombre del eugénico, magnánimo adalid.

Por contemplar el polvo de próceras victorias  
y sentir los latidos de vuestro corazón,  
porque sois mis hermanos en unas mismas glorias  
y ha de ser, en los tiempos, uno nuestro blazón.

Yo trovador obscuro, más corazón sincero,  
nacido bajo el cielo de Colombia ideal  
como al santuario llegase el tímido romero  
he venido a la Sucre del noble Mariscal.

Tejido con las flores del Funza y Magdalena  
! oh, mujeres de Sucre, mi guirnalda acoged!  
La luz de vuestros ojos, misteriosa y serena  
la hará brillante y pura cual las zarzas de Oreb.

Circundan la cuna de Mendoza, las vistosas serranías que besan con sus cimas el azul sedefino de su firmamento. Por el sud-este se dibuja la montaña cuya visión acaba de pintar en un bellísimo homenaje al Sembrador, José Felipe Costas Arguedas, uno de sus escritores más esclarecidos y que en frase rutilante, recuerda la diaria caminata de Jaime Mendoza que se trasladaba “desde el sur de la calle Bolívar. La cordillera de los Frailes que preside la mitra pétreo del Obispo con su majestad cerúlea, parecía telón de fondo a la diaria aparición del Hombre hacia sus atareados quehaceres”.

Por el nor-oeste, bajo un dombo de celajes arrebolados que frecuentan la agonía de las tardes sucreñas, se yergue aquella Chataquila,— que vió flanquear la garganta de sus acantilados, a las huestes de Tomas Catari y sus hermanos, en la famo-

sa rebelión campesina del siglo XVIII— cual si fuera una permanente incitación a los arrestos levantiscos que fisonomizan a las promociones mozas de la ciudad universitaria.

Dentro de ese contorno, el dintorno de la Ciudad Blanca, destaca el mayúsculo monumento que posee y el sagrario principal de la bolivianidad: aquel salón de la Asamblea Deliberante de 1825, donde bajo la égida señera del Mariscal de Ayacucho, se firmó el Acta de la Independencia y la creación de nuestra institucionalidad patria. Además de ese palacio secular que vió señorear a los libertadores, hay en la cuna de Mendoza muchos otros lugares y motivos de historia y de culto nacionales que huelga referir en el punto.

Sus privilegios telúricos, han contribuído a su encanto ciudadano con el único Camposanto donde llegan los futuros ciudadanos a repasar las lecciones de sus aulas, atraídos por la fragancia balsámica y el espectro florido de sus pétalos. Tal es el único cementerio, donde los cipreses no solo entonan el doliente y quejumbroso rumor de su custodia de siempre, sino la armonía melar que hechiza las cuitas de las parejas mozas que allí se convocan en lisonjas de Cupido.

La villa de Pedro Anzures asimismo ha acunado y ha visto retozar la infancia de Gregorio Reynolds, de Ricardo Mujía, de Man Céspedes, de Alberto Ostria Gutiérrez, de Adolfo Costa Du Rels, de Carlos Medinaceli, de Guillermo Franco-vich, de Nicolás Ortíz Pacheco, de Carlos Gerke, de Manuel Alberto Zelada, de Roberto Guzmán Téllez, de Joaquín Gantier, de Zenón Sandi C., de Luis Felipe Lira y Girón, de José Felipe Costas Arguedas, de Enrique Reyes Barrón, de Carlos Morales y Ugarte, de Ismael y Adolfo Vilar, de Luis S. Wáyar, de Ramón Chumacero Vargas, de Manuel Barea y muchas otras figuras representativas de las letras bolivianas.

Sus vergélicos jardines de claveles han inspirado las perlas teclas filarmónicas que desgranaron las primorosas manos de Simeón Roncal y el plectro diamantino de Claudio Peña-

randa, cantor inigualado aún en el macizo andino, del sesgo románticista que inmortalizara Lamartine, encandilado exégeta de la figura seductora de su Graziela.

Simeón Roncal y Claudio Peñaranda, artistas de fascinantes castálidas y en incomparable dueto de orfebres, han perpetuado más de un centenar de finísimos y bellos bailes y cuecas que constituyen la cima del folklore nacional, máxime si vibraron —por la excelsa calidad gemela de la letra y la música— en las cuerdas filigranas de Julio Rendón, Tomás Romero, Enrique Arandia y otras guitarras de sucreña jerarquía.

Finalmente, el abolengo pensante de la cuna de Mendoza, ha nutrido la filosofía más alquitarada de la inspiración boliviana,— no sólo por la cuantía sino por el medúleo contenido de sus títulos impresos— con Ignacio Prudencio Bustillo, Guillermo Francovich y Luis Carranza Siles, como simbólica y efectiva disidencia de posiciones, además, —que no podía dejar de darse en el pensamiento sucreño— de las dos vertientes del manantial filosófico que despunta con sus linfas milenarias, en la omniciencia esplendorosa del raciocinio griego.

Tales son algunos de los dones y las dotes de la villa de Peranzurez, que en necesaria y resumida síntesis, podemos evocar. Es en esa tierra de torres y campanas toledanas, donde trabajó, donde cantó, donde amó y soñó el polígrafo Jaime Mendoza. Apenas llegado a sus sesenta y cinco años, se despidió de nuestro mundo el 26 de enero de 1939, en medio de la consternación general de sus conterráneos y de los intelectuales y trabajadores de la Nación que conocían el sendero de ejemplaridad y de incitación que trazó en su vida.

Sufrió de un declinio precóz, pues aparentaba un lapso de vida superior a su edad cronológica. Su descenso vital comenzó “con una colitis, recrudecieron sus achaques de hemorroides y de próstata, luego una antigua estrechez esofági-

ca le bloqueó casi por completo la ingestión de alimentos y un accidente circulatorio”, finalmente determinó su deceso.

Fernando Ortíz Sanz, en el sentido homenaje al Centenario de su nacimiento que ha publicado en *El Diario*, en 1974, revela que en sus últimos años, alejado de todo trabajo funcionario, confrontaba severas limitaciones económicas. “Resulta conmovedor,—dice el referido poeta—encontrar en sus memorias una disculpa consignada al final. Estas anotaciones referentes a mi vida y a mi obra,—dice más o menos—parecen vanidosas, pero no son así, las he escrito porque estoy enfermo y mi hija Martha está indagando en La Paz a ver si pueden darme una pensión que necesito para la familia, y con estas anotaciones de mis servicios deseo respaldar sus esfuerzos. Otro registro,—continúa Ortíz S.,—expresa un sueño crepuscular, una voz de tierna flaqueza: si tuviera — dice más o menos — un modesto pasar asegurado, iría al campo, todavía puedo escribir, dar algo a la patria: un banco rústico en un huerto, pero sin preocupaciones, yo pudiera escribir.—No estamos citando sino recordando sus ideas, concluye el poeta Ortíz Sanz.,—quienes somos nosotros para entrecomillar las almas grandes?”.

Las mencionadas limitaciones que, como factores traumáticos de prima importancia, minan la vitalidad de mayor contextura física, con mayor destructividad que los morbos más virulentos, han debido, seguramente, precipitar el deceso del Sembrador que murió, así, sin haber acumulado fortuna, ni siquiera en la prosaica legalidad del oficio, que se precia generalmente de tal hazaña en la sociedad de consumo. Mucho menos pudo acumularla, como ocurre ogaño — ya lo hemos dicho y urge recalcarlo incansablemente—cuando cada quisque se saca la parte del león, sustrayendo de los magros recursos del denario nacional. Jaime Mendoza, así, no se tiznó las manos con el enriquecimiento ilícito a la sombra del poder público o de la función administrativa, como ocurre ahora, desde hace un cuarto de siglo, con la inmensa, casi con la totalidad de los nuevos ricos que en pocos meses de burocracia influyente, devienen opulentos.

Al solo expediente de su servilismo a los improvisados estadistas, bajo cuya incapacidad y prepotencia gime la Nación, acumulan ingente riqueza para simular distinción, decencia a su tortuosa manera de proceder, buscando, finalmente ubicaciones de primera fila en el arribismo social que roe las entrañas de la burguesía autóctona, de la clase media "amorfa, anfibia y delicuescente" o de los desclazados para los que su extracción y procedencia populares, constituyen uno de los mayores y más pungentes complejos que no señaló, en su epidérmica unilateralidad, la mitología jungiana.

Los planes gubernamentales y estadísticos elaborados de acuerdo a la cultura boliviana en general y en la actualidad en particular, se basan en el sistema de valores que ha sido heredado de la civilización inca, más que de la europea en el futuro — en sus fundamentos — de la cultura europea, heredada por los europeos occidentales y algunos latinoamericanos, sobre el origen de la civilización incaica. Ello no cambia la naturaleza de nuestra civilización y sus valores esenciales, que se afirman sobre una determinación cultural. Tampoco se cambia el significado de la cultura de los europeos occidentales que, por influencia de los países europeos en general, han sido. Por una evolución experimental experimental del estado de desarrollo. Tanto como había sido el caso de las antiguas familias la propiedad y la propiedad propiamente de la historia boliviana, que en el pasado representaba el "ser el quechua en la guerra". La cultura inca, una cultura que se basa en el sistema de valores que ha sido heredado por los europeos occidentales, sobre el origen de la civilización incaica. Ello no cambia la naturaleza de nuestra civilización y sus valores esenciales, que se afirman sobre una determinación cultural. Tampoco se cambia el significado de la cultura de los europeos occidentales que, por influencia de los países europeos en general, han sido. Por una evolución experimental experimental del estado de desarrollo.

La cultura de los europeos y del pueblo y los intereses fundamentales — económicos humanos — de cada uno de los países — en general — se basan en el sistema de valores que ha sido heredado de la civilización inca, más que de la europea en el futuro — en sus fundamentos — de la cultura europea, heredada por los europeos occidentales y algunos latinoamericanos, sobre el origen de la civilización incaica. Ello no cambia la naturaleza de nuestra civilización y sus valores esenciales, que se afirman sobre una determinación cultural. Tampoco se cambia el significado de la cultura de los europeos occidentales que, por influencia de los países europeos en general, han sido. Por una evolución experimental experimental del estado de desarrollo.

## Capítulo Segundo

### EL MEDICO. LA CARRERA Y LA DOCENCIA MEDICAS

Con pleno conocimiento y manifiesta modestia de su significación en la cultura boliviana en general y en la medicina nacional, en particular — al mismo tiempo que hacía una ineludible contribución, para que se la enjuicie en el futuro— en sus *A-puntes de un Médico*, Jaime Mendoza nos ha dejado anecdóticas y sabrosas referencias sobre el inicio de su formación médica. El no amaba la medicina ni sentía la discutida y discutible vocación, que se afirma, sobre una determinada carrera. Tampoco le atraía el sacerdocio ni la carrera de leyes, únicas profesiones que por entonces se podían estudiar en Sucre. Aún más. Por una intuición rigurosamente experimental detestaba el derecho. Tanto daño había inferido a su patrimonio familiar la venalidad y la insolencia proverbiales de la justicia boliviana, que sus figuras representativas, “se le quedaron en la garganta”. “Un juez, dice, me parecía casi un asesino. Un abogado, aunque tuviera una simpática prestancia, se me antojaba feo. Y un alguacil, con sus papeles manidos bajo el brazo, producíanme una impresión escalofriante”.

La catatimia del agravio y del perjuicio a los intereses familiares,—respuesta humana al cabo, ante estímulos negativos reiterados— le hacía generalizar lamentablemente aquellas expresiones, sin tener en cuenta, por los excesos emocionales de la edad adolescente, que en tales yerros — no solamente exclusivos de la justicia y la abogacía bolivianas,— se cuenta en las de-

más actividades profesionales, y que también el error médico — privilegiado en el punto, porque lo cubre la tierra de las sepulturas— puede infundir la misma aversión a la medicina, cuando el deceso de algún miembro de la familia, es atribuido al desacierto de alguno de sus cófrades, hecho que no pudo aún tener en cuenta, el galeno en ciernes de entonces.

“En 1888, dice Jorge Garret, recibió el título de bachiller en Ciencias y Letras, y tuvo que confrontar el problema de escoger una carrera”. Decidido a seguir los estudios de medicina que le eran indiferentes, pronto encontró la aridez de la anatomía que ha causado cierto desencanto a incontables médicos en el comienzo de su carrera. Afortunadamente, como igual experiencia casi universal, lo ratifica, pronto el dinamismo y la palpitante objetividad de la fisiología hizo que se entusiasmara por los quehaceres hipocráticos, con el posterior robustecimiento de tal interés, gracias a los incitantes problemas de la patología, entre los que concitaron su mayor dedicación, los relativos a la tuberculosis y la sífilis cuya incidencia posterior en el país le demandaría tan variadas y reiteradas publicaciones que luego analizaremos.

Es justamente y respecto a *La tuberculosis en Sucre*, que presentó su tesis, para optar el título de médico que logró en 1901. “ El 13 de abril de 1901, — escribe Jorge Garret A., — rindió su examen de clínica médica...y a los dos meses, el 22 de junio, dió lectura a su tesis de doctorado, sobre la que nos ocuparemos después, “aprobado honoríficamente con veinte números”. Su padrino de tesis, Valentín Abecia, al felicitarlo en el acto de colación de grado, se refirió a su ahijado en términos elogiosos, vaticinándole futuros éxitos en la profesión. A propósito de esta tesis el Dr. Manuel Cuéllar, en otro discurso, declaró que “era la primera vez que a la Universidad se había llevado un estudio propiamente original y sobre un tema netamente boliviano”.

Flamante discípulo de Esculapio, se marchó al distrito minero de Llagua en 1902, donde cumplió amplísima labor en el oficio, siendo el fundador del hospital Santa Albina de Uncia. Allí no se limitó, ni mucho menos, a la labor meramente curativa que, generalmente desempeña el facultativo en muchos lugares de trabajo físico y duro, como en los distritos mineros. Con la intuición más certera de los alcances que su oficio lograría en el futuro, señaló adecuadas medidas de seguridad social, de seguridad industrial y protección a las penosas labores de extracción mineral. Impugnó las jornadas prolongadas e inhumanas de trabajo, de doce, veinticuatro y hasta treinta y seis horas.

El médico de probada sensibilidad social, no pudo detenerse, inclusive, ante la explotación de los niños, y condenó la altísima mortalidad infantil que constituye una de las más graves epidemias de la salud pública nacional, sin una solución real ni atisbo de un apronte científico económico y social, aún en nuestros mismos días, a más de medio siglo de las requisitorias mendocianas en favor de los trabajadores de las minas y de su trato más humano y equitativo.

Desempeñándose como médico de trabajadores mineros fue sorprendido con el luctuoso sacudido de la pérdida de su madre, en Yanani, de que hemos dado cuenta en el capítulo anterior. "Presa de tremenda crisis afectiva, por ese contraste", escribe Gunnar Mendoza en su resumen biográfico del Hombre, se alistó en un contingente militar que marchaba, a la sazón, a la contienda del Acre, donde el filibusterismo brasileño, irrumpió para cercenar el patrimonio territorial del país, en 1903—1905.

En el nor—oeste, asimismo contribuyó en las limitadas posibilidades del médico expedicionario, a mejorar la suerte de los trabajadores sirgueros, cuyas feudales condiciones de vida y de trabajo están dramáticamente pintadas en su novela *Páginas Bárbaras*, que nos ha de ocupar en el capítulo IV.

Regreso a Llalagua en 1905. "No había olvidado las tierras y las gentes entre las cuales inicié mi carrera — escribe y continúa—. Apenas libre, después de la expedición del Acre y cuando bien pude escoger otras mejores situaciones que se me ofrecían, preferí regresar modestamente a Llalagua, a seguir trabajando entre seres anónimos y desheredados".

"En 1906, viaja a Chile, dice Jorge Garret A.,— hecho que explayamos más adelante—, y sigue unos cursos de repetición en Obstetricia. Conoce a Gabriel René Moreno y escribe una semblanza periodística sobre él. A su regreso es nombrado médico titular de la provincia Abaroa, con residencia en Challapata. Es aquí que continúa escribiendo algunos capítulos más de su novela *El lago enigmático*, que comenzara años antes sin poder continuarla, porque no se atrevía a describir paisajes lacustres (el lago Poopó), ni el altiplano mismo, que no conocía bien".

Estuvo allí hasta 1915, año en que retornó a Sucre, para luego asumir en 1916 hasta 1920 y sucesivamente, la enseñanza de las asignaturas de Patología Médica y de Pediatría en la Facultad de Medicina de aquella ciudad. Su docencia en esta última disciplina probablemente, junto a los inolvidables recuerdos de Valentín Abecía, uno de sus mejores maestros, así como su constatación de las desventajosas condiciones de vida de la infancia boliviana, en su práctica anterior en las minas y en el nor-oeste del país, le infundieron una preocupación por los niños, tampoco igualada hasta hoy, por ninguna de las autoridades pediátricas que han profesado tal asignatura. Todas aquellas experiencias, seguramente, le dieron la visión no solo desventajosa, sino de veras desesperada y desesperante de los niños, procedentes de la clase obrera.

Empero, en la permanente preocupación de Mendoza por la infancia boliviana desvalida, no sólo resaltan los quilates de su índole, sino la robusta sensibilidad social de su actividad médica, que no consideraba concluida fuera de la consulta facultati-

va, ni de las labores deontológicas del trabajo funcionario del oficio. Sólo así se explica su inmensa dedicación por la mejor suerte y el bienestar de los niños, “de los más pequeñitos, de los más indefensos”, como decía, y como si tuviera siempre en la mente la humanidad diminuta y cautivante de los bolivianos del futuro, así como la necesidad de amenguar, por lo menos, con esporádicos recursos paliativos, la injusticia social que ennegrece la albura de la infancia, y la sonrisa enternecedora de las tibias cabecitas que requieren tanta mayor responsabilidad y solidaridad de los gobernantes, cuanto mayores son las limitaciones de sus progenitores.

Es por aquella responsabilidad mancomunada de sus deberes ciudadanos y humanos, con el alto concepto que demostraba en sus menesteres hipocráticos, que no cejó ni un momento, sin exageración alguna, en más de un cuarto de siglo, de sacudir la conciencia de sus conciudadanos y exigir la responsabilidad de los poderes públicos, sobre la situación verdaderamente letal de la mayor parte de la infancia boliviana. Y tal, no es un decir. Mendoza, en efecto, refiere sobre el punto la enorme influencia, como estímulo impactante que significó para él, la insistencia que—entre sus maestros más recordados, ya lo hemos dicho—hacía Valentín Abecia, sobre los altos índices de la mortalidad infantil en Sucre, en sus épocas de estudiante a fines del pasado siglo y no obstante del clima benigno de esa ciudad en relación al páramo de los distritos mineros.

Posteriormente, tuvo pues, reiteradas ocasiones de comprobar tal información en sus labores de oficio sucesivamente desenvueltas en Llallagua y en el nor-oeste.

En todas esas circunstancias, patentizó como las enfermedades adquieren mayor severidad con los organismos más vulnerables, vale decir, como si el morbo se cebara, ensañándose con los más febles, con los niños más desamparados por sus precarias condiciones de vida. Entre estas quizá, como lugares

comunes para la divulgación médica formalista y tecnocrática, quepa destacar superlativamente, lo que señalaba el Sembrador con sobradísimas razones, respecto a las formas sub-humanas y recursos de alimentación, indumento y habitanza de los niños procedentes de hogares desposeídos.

Y para colofón desventurado del análisis de este problema, aún resulta casi trágico decir, que tres cuartos de siglo después de las primeras referencias que Mendoza escuchara de su Maestro Abecia sobre la mortalidad infantil, es decir, cerca del siglo transcurrido desde aquella memorable incitación, el asunto no ha mejorado en ninguna forma. Por el contrario, la mortalidad infantil en Bolivia, es una de las más altas entre todas las estadísticas sanitarias de la Organización Mundial de la Salud. Tenemos el privilegio triste en este orden, a la altura de mediados de los años setenta, de disputar con Haití,— la infortunada satrapía de la tribu Duvalier— el último lugar entre las naciones explotadas que el eufemismo de la sociología “cepalista”, denomina sub-desarrolladas o marginales. Numerosas comunicaciones científicas de autoridades pediátricas bolivianas, que huelga citar en este párrafo, en nuestros propios días, respaldan inapelablemente ese aserto.

Para aliviar tan insostenible y masiva situación, Jaime Mendoza pugnaba por dar vigencia a las medidas de la epidemiología moderna que, apenas se vislumbraban en el país, paralelamente a las casas-cuna que había tenido oportunidad de conocer en países más prósperos que el nuestro como Francia Inglaterra y Alemania, cuya protección a la infancia, soñaba con transplantar aquende los Andes, como lo testimonian muchas páginas de sus *Apuntes de un médico*, hace cerca de medio siglo.

Mucho después, residente en Sucre y aún sin labores activas en los quehaceres médicos, como heraldo de mejores tiempos y como el más celoso defensor de la infancia boliviana des-

valida que, aún así, es el futuro capital humano de la Nación, no dejó pasar la oportunidad del congreso pan-americano del niño que en 1917, se reunió en Montevideo. A dicho conclave concurrió como delegado boliviano, José Manuel Ramírez, antiguo médico, uno de nuestro primeros pediatras, profesor de Mendoza y uno de los más conocidos dirigentes del partido republicano, a quién dirigió el Hombre una extensa comunicación, que traduce con nitidez impresionante su permanente inquietud por la subsistencia de la infancia obrera y campesina. Poniendo de manifiesto una vez más su orientación sociológica consecuente, en el enfoque de los complejos problemas de la niñez boliviana, señala en la nota a que aludimos, los factores primarios del malestar de la comunidad que, generalmente, se los subestima o se los pone de lado— con posturas de cientificismo digno de mejores análisis— en detalles de unilateralidad semiotécnica, formas de presentación o variedades clínicas, etc. etc. con absoluta omisión de las condiciones de vida. Y como no podía ser de otra manera, tampoco dejaba de referirse, con la constancia inspirada en sus anteriores experiencias de trabajo, a los hogares obreros y campesinos, en cuya subsistencia precaria ejemplificaba sus observaciones y su apremio de soluciones, por lo menos paliativas. En debido homenaje al enfoque omnilateral y verdaderamente epistemológico de todo cuanto anota, transcribimos algunos párrafos de la comunicación antes mencionada:

“Otro factor importante en la mortalidad y morbilidad infantiles, es la mala alimentación. La alimentación, siempre es deficiente para el niño de las minas. Aún en los niños criados exclusivamente con la leche materna, hay que tener que ésta se halla maldada por el estado de penuria moral y material que la madre —la obrera—, por los pésimos alimentos que ella es obligada a usar y, con harta frecuencia, por el alcohol.

Ahora, si el niño no puede tomar la leche materna, peor. La lactancia artificial esta rodeada de dificultades y peligros. La leche de vaca, de cabra, o de oveja jamás casi se hallan al alcance de las obreras, pues aún para las gentes acomodadas es difícil y cara su consecución.

..En cuanto al vestido con que se cubre a los niños en esos lugares, si se les cubre, es también de lo mas lamentable. Algún inmundo guñapo que casi nunca se cambia les sirve de traje. Y les sirven de pañales, cualesquiera otros andrajos de tela grosera y dura que tampoco se renuevan sino por excepción.

Y como tales ropas están continuamente humedecidas por las deyecciones del infante o endurecidas por la desecación de las mismas, bien se echa de ver cuanto daño deben causar a los delicados cuerpecitos.

Rara vez se les baña o se les baña mal, y en general, los pobres niños se hallan con los tegumentos revestidos de una gruesa capa de mugre que a la larga les sirve de protectora cubierta.

Y que diremos del alojamiento en que el obrero tiene que criar a su hijo? Casuchas estrechas, lóbregas, sucias, mal protegidas contra las inclemencias del ambiente, sirviendo a la vez de dormitorio, de comedor, y aún de corral donde habitan en asquerosa promiscuidad seres humanos, perros, gallinas, conejos, cerdos y otros animales. Y aún eso, es estar bien para muchos. Con frecuencia se vé todavía, en las más ricas minas de Bolivia, gentes trabajadoras habitando, a modo de fieras, en los huecos de las peñas o en téticas cavernas que abrieron ellos mismos o que fraguó la mano del tiempo.

Y así tiene que nacer el niño y desarrollarse. Si dentro de su alojamiento en un ambiente confinado, en medio del hacinamiento de gentes y animales de la lobreguez del humo, de las inmundicias; si fuera, expuesto a todas las rabiosas acometidas de un ambiente glacial. No hay, pues, para el niño de las minas las facilidades que siquiera por la benignidad del clima y mayores recursos alimenticios, encuentra el niño pobre de los valles. La rudeza del aire y la falta de higiene le azotan sin piedad desde que nace. Necesita, en verdad, venir al mundo armado de una fuerza y una resistencia que solo una procreación sana y robusta podía darle. Pero como eso mismo es raro, según ya lo he dicho, lo que sucede es que en su mayoría los niños nacen enclenques, desmirriados, ineptos para una vida difícil; y por lo mismo o mueren prematuramente, o viven una vida a medias, claudicante, brumosa, estando siempre expuestos a ser pasto de las enfermedades y de la muerte.

En las minas es espectáculo de cada día ver mujeres, cargadas de sus niños, caminando hasta a veces cuatro y cinco kilómetros entre las serranías para ir a los puntos en que están los trabajos, sea cualquiera el tiempo que haga, así nieve, llueva o granice, o se desaten los vientos. Otras veces las madres que trabajan tienen que dejar, mientras van a sus faenas, a sus pequeños, al cuidado de manos extrañas.

Allá junto a las bocaminas, en alturas estupendas de cuatro a cinco mil metros sobre el nivel del mar, sufriendo las rúdas intemperies, desde las seis de la mañana

hasta las seis de la tarde, se vé a las pobres mujeres,—las palliris, las lavadoras, las peonas—llenando su penoso oficio, muchas veces teniendo al hombro, o a su lado, a sus pequeños hijos. Otras hay que se hallan en estado grávido, y aun en visperas del parto siguen trabajando.

...Mal concebido el niño, mal tratado en el claustro materno y fuera de él, mal alimentado, mal vestido y mal alojado tiene que ser necesariamente la presa fácil de las enfermedades. El cólera infantil hace allí estragos. Y lo hacen las atrepsias, las bronquitis, la coqueluche, el sarampión y otras infecciones generales. El parasitismo se halla muy generalizado. Rara es la criatura que no sea víctima de afectos cutáneos como el impétigo, la sarna, pediculosis, prurigos, etc. etc.

...Ahora bien, los medios para conjurar tal situación es que son múltiples y abarcan un campo complicado y extenso, empezando por remover el orden social presente, elevar el nivel económico y cultural del obrero, dominar esos azotes universales —la miseria, el alcoholismo, la prostitución, etc. (el subrayado es nuestro: J. M. A.)

Así, con la claridad y la entereza que es inherente a los cultores sobresalientes de Esculapio; con plena conciencia de su responsabilidad social, Mendoza llegó hasta a plantear, la estrategia de un nuevo orden social, para la solución integral de los pungentes problemas que señalaba. ¡Cuán lejos estaba del escamoteo de la realidad política y social que hace la medicina tecnocrática de los “clínicos” o de los salubristas ideológicamente amorfos, delicuescentes” y escurridizos, como diría Tamayo!

Además, todo el cuadro escalofriante y dramático que Mendoza sintetizaba sobre la infancia de los hogares mineros, se refería a su experiencia circunscrita de la flamante Empresa Patiño de Catavi y sus aldeaños que era lo mejor en relación a los ingenios más atrasados y pobres de otras distritos. No puede dejarse de acentuar que desde entonces y casi hasta nuestros días, esos lugares de trabajo han sido los de mayor progreso, sin que sus ventajas hayan tenido, tampoco las más mínimas condiciones de admisibilidad. ¡Cómo serían — y todavía, cómo serán ogaño— las peculiaridades análogas en los restantes distritos mineros del país! Y todavía lo son, mucho más angustiosas,

las condiciones de vida de los pequeñuelos de los hogares campesinos, por la práctica miseria de sus progenitores.

La inmensidad primorosamente patriótica de sus desvelos por la mejor suerte de la infancia obrera y campesina, no podía dejar de abarcar las dimensiones nacionales del problema y por eso, concretamente al finalizar la nota que consideramos involucra a los niños de los trabajadores de la goma en las siguientes frases:

...“Y si fijáramos la vista más lejos, allá, a nuestras fronteras del N.O. donde existe otra gran industria que enriquece al país, nos encontramos también con grandes multitudes de obreros cuyos hijos no debieran ser desamparados por los poderes públicos. Me retiro a los siringueros, a los obreros del lejano país de la goma Y usted, mi querido maestro, los conoce muy bien.

Ud., como yo, estuvo allí en la última campaña del Acre de 1903 y pudo apreciar de visu cómo es de miserable la condición de los niños de esa región, de esos pequeños seres que forman copiosas legiones en las barracas. Ud., sabe muy bien de los niños palúdicos, de los espundiosos, de los atrépsicos, de los geófagos, etc. Y Ud., sabe los múltiples trabajos que debe desarrollar la mujer, la madre, que es a la vez la esposa y la esclava, la “picadora”, la peona, la tripulante, la agricultora...”

Finalmente, en el extenso oficio que se acaba de glosar, Mendoza sugiere a José Manuel Ramírez, la instalación con carácter prioritario, en relación a otros sectores sociales, de casas-cunas, donde puedan lograr una atención aceptable, por lo menos, los hijos de los trabajadores mineros de Lallagua, Uncía, Oploca, Aramayo—Franck y de los siringales del N. O., como solución transitoria y atenuante de su postergada situación.

Veinte años más tarde y no obstante la unilateralidad de su enfoque, y quizá con posiciones de mayor definición ideológica, alquitaradas por su dilatada experiencia, volvió a traducir su constante inquietud respecto a la desventura del mundo infantil del macizo andino. En esa ocasión, su voz admonitoria y su crítica fecunda, señalaban el verbalismo demagógico y la improvisación gubernativa de siempre y que en tal ocasión, ésta, devi-

no un tácito mimetismo socializante, para cubrir la ominosa irresponsabilidad de los autores y actores de la derrota del Chaco. Tampoco podemos dejar de transcribir los párrafos pertinentes de lo que anotamos, que publicó en *La defensa de los niños*, en la edición de septiembre (No. 65) de 1937, de la Revista del Instituto Médico "Sucre":

...“Pero, —decía el Sembrador, incansable batallador por la mejor subsistencia de los bolivianos del futuro— la defensa de nuestros niños es de suyo harto difícil y no se circunscribe al solo campo sanitario, sino que constituye un punto gravísimo del problema social. En tal sentido, decíamos al año pasado, en el libro *Apuntes de un medico*, estas palabras:... “y estampaba lo que hemos transcrito y subrayado en anteriores párrafos, respecto a “remover los mismos cimientos de nuestra presente estructura social” Y continuaba:

“A poco de escrito eso, el gobierno civil de Tejada Sorzano, cedía el campo a una junta militar que había proclamado la revolución social. Se abría, pues, una nueva puerta. Observemos que, a la sazón el estado de la niñez había empeorado notablemente en Bolivia, como consecuencia de la guerra del Chaco; y no sólo tratándose de los huérfanos de guerra, sino en general de todos los hijos de hogares pobres en los cuales la campaña repercutía desastrosamente.

Y lo cierto es que, hasta el presente, aún no se advierte ese mejoramiento. Se ha creado un organismo sanitario llamado dirección general de Higiene y Salubridad, de donde salen diversas disposiciones referentes a la protección de la madre y el niño, establecimiento de casas—cunas, patronato de menores, etc. Es decir, continuamos perdidos en la fronda papelista; y, en el hecho, la situación de nuestros niños sigue tan mal como antes, o peor si cabe.

Bastan para probarlo algunas noticias sobre tres aspectos, muy importantes, de la situación de la niñez en Bolivia”.

En aquellos “tres aspectos”, Mendoza aludía a los tres factores primarios del más elemental nivel humano de vida: alimentación, vivienda y el indumento. En cuanto al primero de aquellos, insiste en la desnutrición total de la infancia debido a los bajos salarios de sus progenitores. “Las consecuencias de todo esto, —concluye en la primera observación— podemos resumirlas en una palabra siniestra: hambre. Hambre que aún sin ser confesada, existe en el organismo que no asimila el núme-

ro de calorías que requiere para vivir según las exigencias de la edad, sexo y otras circunstancias; hambre fisiológica, usando una fórmula ya común en el vocabulario médico”.

Respecto al vestido, su acendrado interés por demostrar la justeza de su planteamiento, en favor de la infancia obrera y campesina, llega hasta el detalle de examinar el valor de las telas más baratas y usuales que los hogares obreros pueden adquirir, con máxima estrechez en el mercado de la sociedad de consumo, cuyos precios son “sencillamente prohibitivos”, como anota textualmente para aquellos.

En referencia a la vivienda, el médico sociólogo, tampoco puede dejar de subrayar los detalles, pequeños—grandes detalles de su inaccesibilidad para las familias desposeídas. Es así, que compara la astronómica desproporción de alquileres en moradas aceptables, con los salarios de indigencia de los trabajadores bolivianos.

En torno a la segunda década del siglo, tal como sucedía paralelamente en la Universidad de La Paz, en la Facultad de Medicina de Sucre,— como en análogos planteles del exterior— no tenía vigencia alguna la especialización médica, normada y sistematizada, recién en nuestros días. El ejercicio de la medicina general, era atributo de todos los facultativos, con la sola diferencia de la mayor dedicación de algunos de ellos, por determinadas actividades médicas.

La cátedra universitaria, era servida al azar o a la elección anual que se hacía de ella, por cada uno de los docentes designados por el ministerio de Instrucción pública y Agricultura.

Posteriormente desempeñó la docencia en las asignaturas de Psiquiatría y Neurología, cuyo análisis nos ocupará en el próximo capítulo, así como las sucesivas publicaciones que hizo, respecto a tales disciplinas.

Su porfiada preocupación por la infancia boliviana, justificó ampliamente su docencia pediátrica en la Facultad de Medicina de Sucre. Con el atraso inherente a la medicina nacional, en aquellos tiempos, que culminaron con la catástrofe del Chaco, no se podía ni se puede exigir mayores aportaciones a la pediatría de esos tiempos. Sin embargo, Mendoza con el más sagacísimo criterio del médico humanista y solidario con su pueblo, volvió a señalar en posteriores publicaciones las desventajosas condiciones de vida de los niños de hogares obreros y campesinos. En loable consecuencia con sus desvelos paidológicos, fundó en 1917 en el hospital de Santa Bárbara de Sucre, el primer servicio de Pediatría en aquella ciudad, destinado a los niños de hogares desposeídos, “como un pequeño pabellón para niños pobres”, dice el mismo Mendoza que, al recordarlo, subraya que allí encontró un predominio manifiesto de incidencia tuberculosa, en relación a otras enfermedades de la infancia.

En 1918, profesó la asignatura de Medicina Legal en la Facultad de Derecho de Sucre. De esa docencia surgió su trabajo *Lecciones de Medicina Legal*, que posteriormente fue publicado en *Archivos Bolivianos de Medicina*, (Sucre, 1946).

En una nota debida a Alberto Echazú, al pie de su título; se registra que fueron dictadas aquel año y que “la reproducción se ha efectuado sobre la base de apuntes tomados en aulas, por algunos alumnos. Constituyen, dice Echazú,— como el *Curso de Medicina Legal*, de Agustín Aspiazú, publicado en el tomo anterior —principalmente un extracto de autores franceses, Vivert, sobre todo — hecho con criterio pedagógico y con sencillez y la claridad características del Hombre. Aunque es muy posterior al de Aspiazú, que data de 1860, tampoco es posible exigir de este autor originalidad en la materia, toda vez que los medios de investigación eran nulos en la cátedra de entonces, 1918, como lo son poco más o menos en la de hoy. Es de notar, empero, el interés con que Mendoza señaló los aspectos

bolivianos de diversas cuestiones relativas a la medicina legal, como las deficiencias legislativas, atraso de los estudios., etc., proponiendo su enmienda”.

A diferencia de muchísimos o de casi todos los facultativos coetáneos, Mendoza no tuvo ninguna inclinación al “ejercicio privado y lucrativo de la medicina. Esto mismo subrayó Garret, al decir: “Adelantándose a su siglo y como visionario sorprendente, se dió cuenta de que la medicina era función del estado. Así lo expresó y sostuvo siempre. No fue partidario del ejercicio de la profesión como un medio de simple lucro y de reunir fortuna. Para él, el médico se debía a la sociedad, antes que así mismo. Consideró también necesario que el médico debía salir de los estrechos límites de la profesión y ser ante todo un humanista”. Finalmente y respecto a este mismo tópico anota atinadamente Vargas Sibila, en el prólogo que suscribe de *Apuntes de un médico*, esas frases:

...“Se dijo con ligereza, que el autor había abdicado de su carrera primitiva; pero él, con picaresca sonrisa, nos tiende hoy precisamente el fruto maduro de su larga labor en tal terreno. Y es que, lo que abandonó, fue simplemente la profesión como medio de vida o de acrecentar fortuna, pero nunca la medicina. Y qué le importaba aquello? No era él, acaso, un consagrado del reino del espíritu? Y espíritu y, no materia, es este sugerente libro de ensayos de Mendoza; es la rectificación emocionante de un imaginado e imaginable divorciado de su ciencia, que tiene tanto de arte. Aquí Las notas sobre Geografía Médica, constituyen el aporte nuevo de esta parte de Indoamérica, al estudio de una rama de la medicina, tan elevada, como impresionante. Aquí la trilogía morbosa del paludismo, la tuberculosis y la sífilis cobran, por la acción formidable del cosmos, original fisonomía”.

La transcripción anterior, reitera con sobrada elocuencia, no sólo la orientación sociológica de su trabajo médico, sino también el conocimiento maduro de los problemas específicos que, de su pueblo y de su medio, tenía respecto a su oficio, así como su ejemplar patriotismo y el rigor epistemológico que guiaba sus quehaceres hipocráticos —más preventivos e higiénicos o profilácticos que curativos— al señalar la prelación con que debían ser afrontados los más pungentes problemas de la

salud pública. Por la envergadura que cada uno de aquellos ha adquirido hasta nuestros días, consideramos que urge examinar separadamente aquellas endemias, con la síntesis que el género de este trabajo impone.

Y comenzamos por su insistencia en relación a la incidencia o morbilidad tuberculosa. En homenaje a la verdad de los hechos,—sin mengua alguna de la jerárquica trayectoria del Hombre,— debe establecerse, que antes de la campaña del Chaco, y aún hasta poco después de la II guerra mundial, entre nosotros, estaba difundida la noción de que “la radiación solar de nuestras zonas altiplánicas, era un escudo contra la difusión de la peste blanca”. Tiempos y niveles propicios para la vigencia de ideas discutidas y discutibles, hicieron que se sostuviera por diversas autoridades médicas aquella “barrera” contra la morbilidad tuberculosa, que también —Hombre de su tiempo al cabo—suscribió Mendoza en varias páginas de *Apuntes de un médico*. Tales afirmaciones, pudieron ser impugnadas en aquellas épocas, como carentes de validez científica. Sin embargo, justo es reconocer actualmente que el Hombre no estuvo descaminado, ni mucho menos, con esas observaciones. Pues, como una paradoja epidemiológica se reconoce en nuestros días la menor contaminación o difusión tuberculosa en las áreas rurales, y particularmente en las parcelas altiplánicas, por el menor contacto humano que por el contrario y casi llegando hasta la promiscuidad, se patentiza en las áreas densamente pobladas. De otro lado, tampoco se puede desconocer la gravedad de todas las formas tuberculosas y particularmente de los cuadros pulmonares en las zonas de clima tórrido, que señala la práctica médica, aún cuando no se cuente todavía, con cifras inapelables de respaldo estadístico al respecto. Finalmente,—y como hecho que también comprueba concluyentemente la ciencia de ogaño—debe anotarse que Mendoza, puntualizaba certeramente la acción benéfica de la radicación solar que implica con los rayos ultravioleta, una acción probadamente antibacteriana.

Al señalar esos innegables aciertos de su análisis sobre la peste blanca, debe hacerse notar que hasta antes de la guerra del Chaco, no existía en Bolivia ninguna información ni actividad de salud pública, ni siquiera el trabajo específico de la medicina preventiva, como labor médica especializada, ni como actividad concreta de ningún organismo fiscal o particular, fuera de las labores de la Rockefeller Co., en su campaña antipalúdica, directamente relacionada con las zonas petrolíferas y las concesiones otorgadas a dicho trust internacional. Por todo lo que se acaba de sentar, lo verdaderamente admirable, en la preocupación del médico humanista, es su insistencia, lindante en la reiteración obsesiva, sobre la difusión y el peligro de la tuberculosis en Bolivia.

Ahí están, desde su tesis doctoral ya mencionada, sus posteriores publicaciones al respecto: *La tuberculosis en Bolivia*, (Revista del Instituto Médico "Sucre". No. 55, de diciembre de 1929). *La lucha antituberculosa en Bolivia*. (la misma publicación, en 1936. No. 62), *Nuevas apostillas sobre la tuberculosis*, (publicada en la misma revista, en diciembre de 1936. No. 63), *Epidemia tuberculosa*, (publicada en la misma revista, en junio de 1937, No. 64), *Más notas sobre la tuberculosis en Sucre*, (difundida en la misma publicación en marzo de 1938, No. 67).

Y como otra confirmación póstuma a la patriótica persistencia de Mendoza en su continuado señalamiento de la difusión y peligro tuberculosos debe añadirse que la bio-estadística nacional más o menos aceptable a partir de la década pasada, establece la mortalidad del mal de Kock en sesenta a ochenta mil por año, y que en Bolivia a diferencia de muchos países, la tuberculosis es una de las cinco primeras causas de muerte. (Boletín Informativo del INET, de 1974).

El continuado y loable interés de Mendoza, por la gravedad y la mortalidad de la peste blanca, lo indujo a tratar de precisar su difusión mediante una encuesta que hizo circular

entre muchos profesionales de Sucre, a fines de 1929. Ese trabajo publicado posteriormente en la Revista del Instituto Médico "Sucre" (marzo-abril-mayo de 1930), traduce en forma cristalina el deplorable atraso de la medicina boliviana. Por eso y en interés de actualizar ese verdadero aporte documental para el enjuiciamiento histórico de la evolución del trabajo médico en el país, es que lo traemos a cuento, ya que las respuestas recibidas por Mendoza, sin excepción alguna, contienen meras suposiciones y el subjetivismo mas superficial en la emisión del juicio médico y del pensamiento científico que, de veras, dista de ser tal. Los médicos que respondieron a la inquietud mendociana,— entre los que había varios de alto coturno — contestaron con frases extraordinariamente coincidentes como "creo", "pienso", "debe haber aumentado" (la morbilidad tuberculosa), "supongo que ha aumentado", etc. etc. sin el más mínimo respaldo, absolutamente ninguno, en todos ellos, de las razones, bases documentales, observaciones o la elemental casuística de unas historias clínicas, siquiera como técnica de muestreo admitida aún por la seriedad de las ciencias estadísticas, desconocidas probablemente por entonces, en el medio.

En el mismo propósito de documentar, como aporte a la futura elaboración sistemática de la historia de la medicina en Bolivia, sobre las limitaciones del conocimiento y la información del mundo médico, debemos anotar que mucho más antes, se publicó otro de los trabajos de Mendoza sobre la patología tropical de la Nación. Tal es el que se ocupa de *La espiundia*, difundido en la Revista del Instituto Médico "Sucre", (junio de 1906).

Como expresión del signo de los tiempos, hasta esa época no llegó a Bolivia, ninguna noticia sobre la histórica investigación del cirujano militar inglés William Boog Leishman, quién ha dado su nombre a la entidad que actualmente conocemos como leishmaniosis o leishmaniasis, por su descubrimien-

to llevado a cabo en 1903, sólo tres años antes de aquella publicación. Pues, así, el desconocimiento en nuestro medio — y aún fuera de él, probablemente de tal hallazgo inglés— hizo que se hable y se escriba sobre dicha leishmaniasis, como de “una úlcera cualquiera”, y sin ninguna alusión a su procedencia etiológica (causal), en cuya génesis gracias al logro del mencionado investigador inglés, actualmente se reconoce la presencia de un protozoario que, parasitando en el organismo da lugar a semejante entidad, cuya frecuencia caracteriza el atraso de los países afectados por tal endemia.

En refuerzo de la postergación que acabamos de señalar, el mismo Mendoza comienza su referido trabajo, con esta frase: “He aquí una enfermedad que ha dado lugar a algunas apreciaciones contradictorias”. Tiempos proclives al error y las suposiciones, como hemos anotado, el mencionado aporte transcribe, muy útilmente para nuestro propósito, las opiniones de las autoridades médicas del medio, de entonces, como Elías Sagárnaga, Arturo Ballivián Otero y Arano Peredo (este último de Villa Bella), en las que abundan las conjeturas y el subjetivismo señalado antes, respecto a tal entidad endémica de nuestras circunscripciones tropicales. Quizá Sagárnaga estuvo más próximo a la verdad, ya que en la publicación que glosamos, “identifica la espundia con la enfermedad llamada en los libros de patología exótica: úlcera fagedénica de los países cálidos. Cree también el Dr. Sagárnaga,— continúa nuestro biografiado— que es indispensable la existencia de una herida para adquirir la espundia, y de consiguiente que ésta es secundaria”. Luego, glosa la posición de Ballivián Otero, quién “no cree en la identidad de la espundia y el fagedenismo de los países cálidos, ni en la existencia previa de una herida como una condición indispensable para el desarrollo de aquella”. Continuando su trabajo el Hombre ratifica las ideas coetáneas que se conocía aún lejos del país: “La espundia es una úlcera cualquiera. En el oriente y noroeste los indígenas de la región usan la palabra espundia, para significar diversas ulceraciones, sean cutáneas o

mucosas, primitivas o secundarias, simples o asociadas a otra enfermedad. Y del lenguaje indígena ha pasado esta palabra al lenguaje médico, dando lugar a conceptos distintos y en veces contradictorios". Para concluir la recensión de aquella enfermedad parasitaria, es interesante subrayar cómo Jaime Mendoza señala los caracteres atípicos de esa parasitosis al sostener: "En efecto, no hay unidad en esta afección. Espundia es un término que también se aplica a una úlcera varicosa, o sifilítica, o trofo-neurótica, o tuberculosa, etc. El fagedenismo que se ha invocado como un carácter especial, clásico de la espundia, falta en muchos casos".

Pues a fines del pasado siglo e inicios del presente el mundo médico, por sus limitaciones en todo orden, denominaba fagedénico, toda úlcera, sin referencia alguna a su origen, pero que evolucionaba acelerada y corrosivamente sobre el tegumento cutáneo. Y sobre todo, es de interés decimos, el parentesco que establece con las variedades delimitadas por el descubrimiento del investigador Leishman, cuando apunta: "Cosa igual puede decirse de una enfermedad constituida por pápulas (denominación genérica de elevaciones cutáneas eruptivas), de carácter crónico, análoga a la llamada Botón de Oriente", sin tener ciertamente, ningún conocimiento aún de que la disciplina que se ocupa de la acción de los parásitos en el hombre, muy poco después, clasificaría tres formas de leishmaniasis: 1o. el llamado Kalá-azar, que es la forma identificada poco después de Leishman por el Mayor Charles Donovan, en la India, entidad muy peculiar de los países del Lejano Oriente, denominada por eso, leishmaniasis o leishmaniosis donovani. 2o. La leishmaniasis muco-cutánea americana, que es la variedad más conocida en América Latina producida, como en nuestros Yungas, por la leishmania brasiliensis y 3o. El Botón de Oriente, que—para los lectores no entendidos en el culto de Hipócrates— "es la forma menos grave de la enfermedad", que como ulceración de la cara se halla preferentemente en los países lindantes del mediterráneo oriental, como señalan en nuestros días, los investigadores norteamericanos James J. Plorde e Ivan L. Bennett Jr.

La preocupación de Mendoza por la endemia palúdica que durante muchas décadas ha asolado extensas parcelas del territorio nacional, se encuentra también ampliamente documentada en *Apuntes de un médico*, con la seriedad que no dejaba de respaldar su producción. Tan insistente y justificada fue su inquietud sobre la difusión de la malaria que lamentablemente,— gajes del país sub-desarrollado y ominosamente dependiente— no se logra la total erradicación de aquella otra endemia, cerca de medio siglo después que la señalara en la publicación que venimos examinando. Estableciendo un neto enfoque de geografía médica, los dos capítulos dedicados al paludismo en el ya mencionado libro, traducen su privilegiado conocimiento del territorio nacional y, para el caso, las cuencias hidrográficas con el máximo detalle que examina, para ubicar los focos endémicos de la malaria.

Confinado en julio de 1930 en el valle de Sorata, no deja de lado la propicia ocasión, para estudiar en esa región, la incidencia del mal palúdico, y —perennemente soñador, como fue el poeta y el médico de romántico desprendimiento,— llega todavía, ¡entonces! a sugerir la instalación al pie del Illampu, por su acentuada morbilidad palúdica, de diversos servicios públicos destinados a la erradicación de la enfermedad de Laverán:

“Sorata, dice en aquel capítulo, está justamente en las puertas de la enorme zona palúdica de los ríos Mapiri, Beni y Madre de Dios que van hasta el Amazonas. Y se está codeando con la otra gran zona de la quina que se extiende tras los estribos del Illampu. Por allí, hoy mismo pasa parte de la producción quinera del Mapiri hacia La Paz, y ulteriormente hacia el Pacífico. Sorata ya está ligada a la urbe de la altiplanicie por una carretera, y lo estará pronto al Mapiri, o sea a la gran zona de la quina. Y, en fin Sorata, por sus condiciones excepcionales de clima, se presta igualmente para establecer allí, servicios de observación y estudio del paludismo: laboratorios, clínicas, hospitales, sanatorios, etc.”

Las posibilidades de la medicina nacional, se patentizan entre otros problemas, cuando Mendoza refiere la “frecuente confusión que en el nor-oeste, durante la campaña del Acre, se

hacia del paludismo con el beri—beri. No obstante de que ya en el siglo XVII, los holandeses Bontius y Tulp, habían descrito con lujo de detalles el beri—beri (avitaminosis B 1) y que otros investigadores posteriormente ya caracterizaron su origen carencial, la postergación nacional, como en muchos países latino—americanos y la dificultad de las comunicaciones en esa época hicieron que tales informaciones no llegaran todavía al altiplano boliviano. Lo mismo puede decirse del paludismo, a pesar de que la relación de las “fiebres palúdicas con los terrenos pantanosos” ya había sido categóricamente señalada por Hipócrates y Empédocles de Agrigento en la añeja Grecia y no obstante de que ya en el mismo siglo XVII, el farmacólogo de Módena, Francisco Torti, acuñara para tales fiebres el nombre de “mal aria” (mal aire o aire malo). Mucho menos pudo difundirse aún en la Bolivia de aquella época el descubrimiento del hematocario por Alfonso Laverán, el 6 de noviembre de 1880, en Argelia. Tampoco se apreciaba,— mucho menos con propósitos de industrialización del producto, que el mismo Mendoza, ya señalara entonces — nuestra riqueza de la quina, ni su empleo, como “el león terapéutico” contra la malaria, según la denominación de Trousseau, el famoso clínico francés de fines del pasado siglo.

Su sagacidad hipocrática, en otro enfoque de la morbosa trilogía que subrayara Vargas Sivila, le permitió otro de sus principales señalamientos al apuntar la morbilidad de la sífilis, mucho antes de la campaña del Chaco, inolvidable tragedia nacional que difundió, como en ninguna otra época en nuestra historia, tal enfermedad con curvas estadísticas convincentes y altísimas como probó una investigación de Nestor Orihuela Montero, uno de los más calificados urólogos del país. Pues, la experiencia clínica y pedagógica que recogió en la sala de niños del Hospital Santa Bárbara de Sucre, le permitió constatar la difusión superlativa de aquel mal venereo. De ahí surgieron otras publicaciones sobre esta enfermedad y sus formas congénitas, de mayor relación con la patología mental y nerviosa que ha de ser objeto del próximo capítulo.

Respecto a la sífilis, vale la pena referirse en este párrafo a otro suceso que marcó la personalidad porvenirista de Jaime Mendoza, con otra de sus tantas anticipaciones en el acontecer nacional. Tal hecho fue motivado por una encuesta que a diversas autoridades ibero—americanas envió desde París el profesor Balthazard, conocida figura de la medicina francesa que presidió la cátedra de Medicina Legal de París. Dicho especialista hizo la encuesta mencionada, mediante el doctor Mathé, también de la capital francesa. En Bolivia, entre los que respondieron a la mencionada distinción, solo sabemos,—pues si hubieron otros, lamentablemente no llegó a información de nadie — que sepamos, por no haberse publicado— las respuestas, que enviaron, el entonces presidente del Instituto Médico “Sucre” Ezequiel L. Osorio y Jaime Mendoza. Ambos documentos se difundieron en la revista de la misma corporación científica, correspondiente a mayo—junio de 1928 y de ellos surge la impresión clara de que en tal ocasión tuvo lugar una interesante confrontación de ideas entre aquellos facultativos que, consideramos necesario detallar, por la implicación de la morbilidad universal que —pese a su aparente erradicación en muchos países, antes o después de la II guerra mundial— ocasiona aún la sífilis.

El punto central de la encuesta que recordamos, se refería al secreto médico; a las ventajas o desventajas y a la inexistencia o realidad de su vigencia. Mendoza, en unas páginas que devienen ahora, honra de la medicina boliviana, exployó su criterio fundándolo sobre todo en la relación secreto médico y sífilis. La permanente trascendencia y el interés social de estos dos problemas que implican múltiples facetas —jurídicas, éticas, epidemiológicas, etc.— de superlativa envergadura para la comunidad de nuestros días y aún seguramente en un futuro lejano todavía, nos imponen la necesidad de extendernos en aquella controversia.

Al comenzar el tercer decenio del siglo, la postergación de la medicina boliviana hizo que sus modestos niveles se hicieran

manifiestos en la campaña del Chaco. Ese rezago pudimos comprobarlo personal y objetivamente en nuestra situación de modestos combatientes de la campaña. Allí, por ejemplo, todas las enfermedades y lesiones de la piel, recibían el diagnóstico standart y común de "Piodermitis". Las afecciones por infarto ganglionar cervical (tumefacción de los ganglios del cuello) que los expertos en neumología, posteriormente calificaron como adenitis de primo—infección bacilar (hinchazón de inicio tuberculoso en el cuello), se incidían sistemáticamente, dejando en los desventurados enfermos, fístulas crónicas y resumantes que en la casi totalidad de los casos ha dejado cicatrices deformantes. Los muchísimos trastornos intestinales que semejaban desórdenes coleriformes, por la frecuencia y clara presencia sanguínea en las deyecciones, tenían el diagnóstico de enteritis bacilar, etc.

No es por ello sorprendente que las ideas vigentes en el mundo médico nuestro, trasuntadas en la opinión del presidente del Instituto Médico "Sucre", determinaran hasta cierto punto, la reacción polémica de Mendoza sobre aquellos tópicos. En efecto, como ocurre aún en nuestros días, en esos tiempos, para la pluralidad de la profesión médica, es decir, para aquel elemento que concebía a ésta, solamente como instrumento y finalidad de beneficio privado, tal apreciación emparejaba, — como empareja ahora mismo— la adhesión a posturas anacrónicas y el enjuiciamiento del oficio con sentido de casta misoneísta, omnisciente, por un lado, y por otro, deplorablemente expresiva de un bajísimo coeficiente cultural. Tal se traduce en todos los tiempos y en todas las latitudes, donde la murga médica no ha sido sacudida por las conmociones sociales que testimonian la caducidad del orden social vigente. Ayer, como hoy, aquella en sus limitaciones filosóficas, no podía sopesar la hondura ni la amplitud de la moral médica ni de su histórica y sociológica relatividad, respecto al legado hipocrático. El tabú de su mismo juramento, en razón de haber sido elaborado hace más de dos milenios, y para una sociedad esclavista, com-

pletamente diferente a la institucionalidad de todos los países, absolutamente de todos y sin excepción ninguna de oriente y occidente, es algo que requiere un enjuiciamiento digno del siglo y de las cambiantes realidades sociológicas que vivimos.

Condigna casi de todo lo expresado, se aprecia en aquellas ocasiones la alusión acariciada a la clientela tradicional, que perfila al médico amante del sólo ejercicio curativo y privado, como gérmen reverdecido del más bursátil abolengo fenicio. Ninguna valoración reflexiva del carácter social de la enfermedad venérea en el examen que nos ocupa, ni de la relatividad eterna o de la fragilidad de las posiciones moralistas o moralizantes que escamotean las condiciones concretas de vida y de trabajo o de que el análisis histórico debe tener prelación en el examen de cualquier calificación ética. No podemos dejar de transcribir, en consecuencia, las tajantes consideraciones de Jaime Mendoza, como categórico disentiendo e impugnación de los lugares comunes y de la teatralidad que hemos señalado:

“Nosotros creemos que en la actualidad ya no se ajustan al grado de evolución que han llegado a tener los pueblos, ciertas prácticas explicables y aún necesarias para los antiguos, como ésta que se refiere al secreto médico.

La humanidad de hoy exige nuevos cánones éticos y jurídicos sobre tal asunto. La misma ciencia médica señala otros derroteros en los que, forzosamente, el médico debe ser más explícito y rotundo, y, por el mismo hecho de serlo se ve en el caso de romper los moldes rígidos que le impusieron las costumbres de otras épocas.

Y por eso, nosotros hemos dicho, en nuestra contestación a la referida encuesta, que el secreto debiera limitarse a casos muy contados y restringirse y aún desaparecer en otros, habiendo citado concretamente entre los últimos, por razón de su enorme trascendencia social, esa enfermedad que tan impropriamente hemos dado en llamar secreta: la sífilis.

Y ahora bien, siempre refiriéndonos en la presente ocasión al caso de la sífilis en sus relaciones con el secreto médico continuaremos puntualizando nuestras ideas.

Quizá, más que en ninguna otra enfermedad, es en esta de la sífilis, que el médico se ve entorpecido en su libertad de acción social por culpa del secreto médico. El conforme al rigorismo de la doctrina francesa, no puede revelar la naturaleza de la enfermedad que trata, ni al mismo enfermo interesado en conocerla para los fines de la curación, ni a los demás para evitar el contagio.

Tiene que callar. Callar, aunque sus mismas recetas estén gritando cuál es la enfermedad. El no debe decir a la nodriza sana que el niño que trata de amamantar es sífilítico. Ni a la inversa puede declarar la sífilis de la nodriza, ante la familia del niño sano. El no puede oponerse a un matrimonio denunciando la sífilis de uno de los contrayentes. En estos y otros casos, el médico, para evitar los males consiguientes, tiene que valerse de expedientes oblicuos, acudir al disimulo, usar de supercherias, en una palabra, mentir. Y así, mintiendo el médico, es muchas veces el autor o cómplice de males irreparables.

! Que tal moral ! (Los subrayados son nuestros: J. M. A.)

En sus obras literarias y concretamente en sus novelas *En tierras del Potosí* y *Memorias de un estudiante*, Mendoza reivindica para sí y para la Nación, una anticipación de veras impresionante, en cuanto al problema de la importancia y la influencia causal de los factores emocionales en muchísimos trastornos aparentemente orgánicos, que, en un alarde de contribución a la medicina universal o de inicio de una nueva era en las ciencias médicas, señalaron algunos psicoanalistas, en torno a los años treinta, dando lugar al discutido y también discutible movimiento denominado "medicina psicosomática". Si bien es cierto que la difusión de esa actividad ha contribuido en algo al desarrollo de la medicina, no debe dejar de acentuarse que tal movimiento acaudillado por Flanders Dunbar, Franz Alexander, Thomas French y otros investigadores posteriormente congregados en el Instituto Psicoanalítico de Chicago, han subestimado o han desconocido una fecunda tradición en la historia de la medicina que arrancando de Hipócrates, su progenitor, no ha dejado de rubricar magníficos y sucesivos aportes, como comprobación de la mayor vigencia o de la expresión predominantemente emocional de algunos desórdenes somáticos de la patología humana. Ahí está la obra impecable de Corvi-

sart, médico del emperador Napoleón, y el primer cardiólogo de la historia; ahí está, entre otros, otro clínico francés como Raynaud, y mucho antes que ellos todavía, el persa Rhazés, considerado el primer pediatra de occidente.

Lo que en el punto cabe destacar, en consecuencia, es que mucho antes de 1930, y todavía en los mismos inicios de la presente centuria, Jaime Mendoza destacó concretamente, entre nosotros, la pretendida novedad que la "medicina psicosomática", ha difundido como supuesto descubrimiento. Y nuestro biografiado, por supuesto, lo hizo —sin los postines y pandeetas con que aquella ha alardeado su ilusorio hallazgo,— con la seguridad y la sencillez de que aportaba, como observación local y personal, algo que ya había sido reiteradamente subrayado por las grandes figuras de la medicina en el clímax de todas sus etapas evolutivas. Ese aporte concreto y tácito de Mendoza, se encuentra, como una lección nítida de psicología médica en *En tierras del Potosí*. donde educativamente resalta la sugerente autocrítica y la agilidad del médico que reacciona en instantánea rectificación de alguna expresión negativa de su conducta que, por tal pudo ser yatrogénica para el enfermo. Allí hay un pasaje, como monólogo, de sus recuerdos, donde el médico —autor y actor de la novela— hace el elogio de Lucas, poco después de su inhumación, evocando en homenaje admirativo del difunto, la magnífica solidaridad humana que desplegó en su modesta y malograda existencia. En prueba de aquella virtud del infortunado Lucas, rememora que éste, una vez lo persuadió y lo condujo a asistir a un hombre,—ajeno a la empresa y que por tal motivo no tenía derecho a ninguna asistencia del médico de ésta— seriamente lesionado por flagelación a manos de los guardianes de la compañía. El afectado era uno de los muchos llamados "ladrones" de la empresa — que solo así, en la praxis del juqueo, puede ganarse el sustento cotidiano — que obraba como lo hacía el mismo Lucas, según éste hizo saber al facultativo, en referencia confidencial y justificativa de su solicitud de asistencia médica inmediata.

Sin embargo, la llamada doctrina de la medicina psicosomática está más claramente anticipada en *Una historia clínica*, que constituye una de las tres novelas que engloba *Memorias de un estudiante*. En esa obra, el personaje central es Valentín, un joven oriundo de Tarija que concurría diariamente al Hospital de Santa Bárbara de Sucre, en busca de atención médica. En vista de las recargadas labores de los médicos de mayor renombre a quienes buscaba y, no pudiendo lograr su objetivo, rápidamente contó con la cooperación de Mendoza, entonces estudiante de medicina que se brindó a absolver la consulta de Valentín. Con el ya aceptable bagaje del oficio que cuenta todo futuro médico en los dos últimos años de su carrera, rápidamente se persuadió de que el joven visitante no padecía de ningún trastorno orgánico, es decir, delimitable a la clínica general, entendida a sabor de las postrimerías del pasado siglo, sino que sufría de un desorden funcional, sine materia, o de lo que hoy, repetimos, se denominan problemas de medicina psicosomática.

En la misma novela y con la misma anticipación que puntualizamos, es interesante percibir con la claridad que se refiere al asunto, como Mendoza, ya desde estudiante de sus cursos postrimeros, y por supuesto sin ninguna sugerencia de las lecciones oficiales de las aulas, indagaba y reconocía la influencia de la miseria económica de sus pacientes, sobre su estado general, aunque estos tuvieran un atuendo e indumento expresivos de mejores posibilidades, sin esperar como el médico de ogaño, — tal como ocurre en plena era atómica y sideral — que aquellos enfermos presenten los caracteres consuntivos y extenuantes de la caquexia (decaimiento físico máximo, casi pre-agónico) para la apreciación de su precaria subsistencia y seguramente de la sub-alimentación tributaria de su pobreza.

“Después de la revolución del año veinte —según Jorge Garret A.— al año siguiente, viaja a Uyuni, donde se hace cargo del hospital municipal y , al mismo tiempo, algunos meses,

pasa a desempeñar el cargo de médico de la "Compañía Aramayo de Minas", en el "Buen Retiro", donde igualmente, permanece poco tiempo yendo a establecerse en Llallagua, a trabajar particularmente, hasta principios de 1923".

Respecto a otros tópicos de su legado médico, puede decirse que la nutrida producción historiográfica de Mendoza, hacía suponer y esperar, con el amplísimo fundamento de su vocación y elaboraciones sobre la ciencia de Herodoto, que se abocaría posteriormente al trabajo de una historia de la medicina en Bolivia, inexistente hasta su lamentable deceso. Nadie como él, efectivamente, en las primeras cinco décadas de este siglo tenía las posibilidades y condiciones de acometer la vasta empresa que tal labor implica, fuera del fragmentario y panorámico trabajo de Abecia, a inicios de este siglo.

La prematura desaparición de Mendoza, a los sesenta y cinco años, privó a la medicina nacional de esa contribución que habría sido excepcional, como todo lo vertido por su alta penetración. Es quizá consciente de la necesidad de ese aporte que de él se esperaba, por la inmensa envergadura del tema,— que requiere una improba y continuada labor de manchar y empolvarse los dedos en los archivos nacionales, por lo menos,— no ha dejado de brindarnos algo que se halla, como uno de los capítulos de mayor cooperación documental para un amplio trabajo del futuro sobre el tema, bajo el título de *Algo sobre la historia del Instituto Médico "Sucre"*.

Aunque la *Historia de la medicina en Bolivia*, publicada por nuestro malogrado amigo Juan Manuel Balcázar, en torno a los años cincuenta, tiene el mérito superlativo de haber sido el primer esfuerzo en ese orden, ha demostrado, por otro lado, acentuadas limitaciones, con la mayor benevolencia que se pueda juzgarla y sobre todo inexcusables omisiones en torno al extenso lapso del régimen colonial, donde se encuentran verdaderos aportes educativos, desparramados por las congregaciones religiosas primerizas, posteriores a la conquista.

Y en cuanto a la institución cuya exégesis nos ha dejado Mendoza, no sólo de mayor extensión que Balcázar, hay que subrayar para orientación de todo lo que el devenir nos pueda proporcionar como algo orgánico y sistematizado o como trabajo fragmentario en ese terreno, que aquella no sólo fue una contribución local o distrital, al siempre loable empeño de promover la ciencia y el arte del Maestro de Cos, entre nosotros.

El Instituto Médico "Sucre", enjuiciado con el transfondo de las realidades coetáneas de la Nación, en su inicio, y del necesario contexto filosófico y sociológico del medio, debe ser examinado no solamente a través de la trayectoria de sus cuadros pioneros, tarea que también cumple Mendoza con creces, en esa elaboración, sino en la proyección que aquellos quisieron darle y que lograron efectivamente, en las primeras dos o tres décadas de nuestra centuria.

El mérito sobresaliente de nuestro biografiado en el punto que tocamos es el de haber señalado la significación de aquel plantel, que devino en 1892, o mejor, a partir de ese año, la facultad de medicina de Chuquisaca, debidamente organizada y dando término a los eventuales esfuerzos de funcionamiento que periódicamente logró, antes del 3 de febrero de 1895, año en que se funda el mencionado Instituto en homenaje al centenario del nacimiento del Mariscal de Ayacucho.

Las prestigiosas figuras que fundaron la indicada institución — Valentín Abecia, Gerardo Vaca Guzmán, Cupertino Arteaga, Angel Ponce, y Manuel Cuéllar — que sucesivamente examina, no sólo demostraron excelencia en el trabajo específicamente clínico del oficio, sino que armados de experiencia y cultura universales, dotaron al país, influyendo en la administración del Presidente Baptista, de una de las primeras serias disposiciones normativas de los estudios médicos y de reorganización universitaria en general, hecho que vino a conjugar

perfectamente con una nueva era en nuestro proceso institucional, si se tiene en cuenta que durante las dos últimas décadas del siglo pasado, irrumpe en el país, el capital británico, interesado en la explotación de las minas de Oploca y Huanchaca. Por eso, no deja de tener evidencia el justificado criterio de que es en esa época a la que corresponde en verdad, el límite entre el verdadero nacimiento de la República y el fin de la arquitectura e institucionalidad de la colonia que en numerosísimos detalles —y en el orden médico y sanitario, con la subsistencia de los organismos del protomedicato medioeval y renacentista— permanecen vigentes hasta el último cuarto del ochocientos.

Prosiguiendo el escrutinio del Instituto Médico “Sucre”, Mendoza exhuma del injusto olvido de los bolivianos y particularmente de sus élites médicas, tan sólo dadas a la artesanía del oficio, los nombres de aquellos precursores de la ciencia médica entre nosotros, quienes fueron los primeros en señalar la trascendencia esencial de las bio—estadísticas para el trabajo hipocrático; en preocuparse y comprobar, asimismo, su importancia iniciando la investigación de las condiciones telúricas del medio, desde 1882, particularmente Valentín Abecia y Gerardo Vaca Guzmán, que parecen haber sido los cuadros aglutinantes del selecto conjunto, por su mayor acervo y vigor intelectuales. Especialmente el primero de estos, que publicó bajo auspicios municipales en Sucre, durante varios años, unos boletines con el nombre de *Démografía y Estadística boliviana*, que fue el trabajo primicial sobre tales tópicos. A parte de lo dicho, Valentín Abecia, como médico de selección y alejado de la bursatilidad de los adictos a la práctica privada exclusiva, poseía una magnífica sensibilidad social. Después, Mendoza recalca la cultura integral que poseía pues era, además, melómano como él mismo se reconocía. Aún todavía más. Abecia fue uno de los fundadores de la Sociedad Geográfica e Histórica de Sucre en 1887. Su *Historia de Chuquisaca* es un trabajo de singular esfuerzo y de prolija documentación que patentiza

sobradamente su convicción, —análoga a la de los hombres de mayor tradición y ejecutoria en la historia de la medicina, en cualquier país— de que no puede haber en el facultativo un bagaje de cultura omnilateral, por pequeño que sea, que no esté robustecido y ornado por una seria adquisición, lo más vigorosa posible y permanente, de los conocimientos con que la ciencia de Herodoto, promueve al calidad global del discípulo de Galeno.

Entre otros merecimientos desconocidos de Abecia, está el haber sido propulsor de uno de los primeros observatorios metereológicos en el país que instaló el mismo Instituto de sus más caras devociones, al inaugurar sus actividades. Un recuerdo objetivo de ese esfuerzo es la pequeña torre —destinada con poca sagacidad, al esparcimiento sucreño, posteriormente— que a imitación minúscula de la torre Eifel de París y actualmente ubicada en el centro del parque Bolívar, se instaló en el patio trasero del edificio que aún posee, desmedrado, el Instituto Médico “Sucre”, en la misma ciudad.

Ese mismo plantel, instaló, al inaugurar sus actividades un museo de Anatomía patológica, el primero de su género en la Nación, hecho que también destaca Jaime Mendoza, adquirido en París que, deplorablemente por ausencia de recursos financieros, no ha tenido incremento posterior.

Finalmente, nuestro biografiado, en merecido homenaje a aquella venerable corporación científica que hasta nuestros días, — y cerca del centenario de su fundación que se celebra dentro de veinte años,— no ha sido emulada en sus fecunda realizaciones, refiere que también inauguró la elaboración de la vacuna anti—variolosa en Bolivia, como una demostración concluyente de la alta calidad humana de sus componentes . Pues, hasta entonces y como en todos los países del planeta, mucho antes, la viruela constituía una de las mayores causas de mortalidad. El patriótico empeño de los científicos fundadores del

Instituto Médico "Sucre", como con razón acentúa Mendoza, inició así, una obra ciertamente imperecedera, mucho más valiosa por tratarse de una conquista —una de las primeras, igualmente entre nosotros— de medicina preventiva auspiciada por galenos sobresalientes, cuya actividad específica, no se reducía ni mucho menos a su praxis curativa sino a un amplio esfuerzo higiénico y profiláctico, por lo visto, a parte de la estabilización y promoción de la enseñanza médica que llevaron a feliz término.

Otro detalle de su interés por la historia de la medicina, es una pequeña aportación que hizo en la revista del Instituto Médico "Sucre", correspondiente al año XXV de dicha publicación, sobre el deceso del Presidente Adolfo Ballivián, cuya causa de muerte, como sabemos, fué discutida por los facultativos —Manuel Antonio Vaca Díez, Manuel Montalvo y Zenón Dalence— que lo asistieron en su última enfermedad.

El advenimiento del conflicto del Chaco y el desencadenamiento posterior de la guerra misma, corresponden, en cuanto a análisis de la actuación pública de Mendoza al Cap. VI. En este, sin embargo, debemos ocuparnos de la conducta del médico frente a aquella, sin hacer dicotomía alguna, de la personalidad del Hombre al respecto. En tal forma se examina su postura frente al drama bélico, al que concienencial y documentalmente fué adverso, desde muchos años antes de la iniciación de las hostilidades.

No obstante, sobrevenido el campo de Agramante en el sud-este, Mendoza consideró inexcusable su concurrencia, en ejercicio de su condición facultativa. Es así, como a fines de 1934, llegó a Tarija de paso al destino que le habían fijado las autoridades de la sanidad militar en campaña. Este brevísimo interregno, creemos que es anecdótico documentarlo, con una pincelada evocativa de Vargas Sivila que tuvo la fortuna de departir, entonces, como siempre, con el Hombre.

“Lo vimos temprano al día siguiente de su llegada, Salía del Hotel Atenas. Después de las primeras palabras cordiales, nos dijo que estaba preocupado por la hora, pues precisamente en el viaje su reloj funcionaba mal, y que deseaba llevarlo a componer. Lo condujimos al instante a una relojería. Nos atendió una muchacha que a las primeras palabras de don Jaime —un coronel de Sanidad, que hablaba de tener prisa, pero con mucha cortesía— perdió un tantico el control, se ruborizó y al momento desapareció en la habitación al fondo del taller, para “consultar”...

Aprovechó don Jaime para llamarnos, casi al oído, la atención acerca de los grandes ojos de la desaparecida... “Vió usted, cómo en Tarija todas las mujeres tienen ojos tan bellos. Reparó usted en esas pestañas?”. —No sabríamos decir de nuestra respuesta. Pero, al abandonar la relojería —sin el reloj arreglado— ambos reparamos, una vez más, en aquellos ojos. Tenía razón Don Jaime”.

Muy pocos días después, quizá, de la referencia transcrita otro facultativo en ciernes entonces, dilecto y común amigo nuestro, Edmundo Ariñez Zapata, estudiante a la sazón de los últimos cursos de medicina, tuvo a su turno la satisfacción de una entrevista con el Macizo Andino, que nos ha referido en pocos párrafos que creemos pertinente transcribirlos: “Corría el año 1934 y las armas de la patria habían sufrido muchos contrastes en la guerra con el Paraguay, el último de los cuales, la caída de Picuiba, había desorganizado las comunicaciones y los transportes de ese, hasta entonces, sector tranquilo, alejado del foco más activo de operaciones que era Ballivián. Salido de Picuiba, debía presentarme en Villamontes para recibir nuevo destino militar en mi calidad de estudiante de medicina, movilizado en el servicio de sanidad, pero no había ningún vehículo para que me trasladara a esa localidad por lo que alguien me aconsejó ir a Boyuibe donde con seguridad encontraría camiones que, transportando gasolina, iban a Villamontes.

Obedecí el consejo y llegué a ese poblacho al atardecer de un día, pesado por el viaje y por la intranquilidad de no saber si encontraría vehículo disponible. Apenas desembarcado del camión, ví un viejo coronel de sanidad, pequeño de estatura, de magra contextura ciertamente, que portaba anteojos. A la pregunta que hice a algún circunstante, me respondió que era el doctor Jaime Mendoza. Seguro que era la mejor oportunidad de conocerlo personalmente, me acerqué saludándolo como su camarada de la sanidad en campaña y admirador de su obra intelectual que ya la conocía, afortunadamente, en su mayor parte. Me acogió el Hombre, con entera cordialidad, dispensándome un trato sencillo que incitaba a mayor conversación y al comentario doloroso de los sucesos bélicos. Ingresamos a un local, quizá el único por esos días disponible en Boyuibe, a servirnos una taza de café, donde hablamos extensamente de la situación en que se encontraba el país, después de la sucesión de derrotas militares; de la obligación de la ciudadanía, especialmente de la juventud, de superar el colapso y la frustración que sobrevendrían después de la pérdida del territorio que habíamos ido a defender, casi inútilmente.

Absorto escuché la ponderación de sus razonamientos y compartí el dolor del alma que revelaba, por la adversidad del país en sus grandes empresas nacionales.

En el punto, irrumpió a la modesta posada donde alternábamos, acompañado de un hombre joven, pariente de un alto jefe del ejército un capitán de apellido MacKensen, quienes nos invitaron a libar unas copas. Don Jaime, suave y delicadamente postergó la invitación y seguimos departiendo, hasta que los insistentes anfitriones, seguramente en busca de mejor compañía para continuar bebiendo, volvieron para insistir en que debíamos acompañarlos, hasta que finalmente y cansados de nuestra persistente negativa, cancelaron su gentileza. Fué en efecto, MacKensen, quién después de pedirnos una última vez que fuéramos con ellos y visiblemente contrariado

de nuestra actitud, dijo a su acompañante: —“Déjalos a esos médicos, no son de la escuela de MacKensen...”

Poco después, Jaime Mendoza actuó como director de los hospitales de Charagua y Macharetí. “Tenía a la sazón, cincuenta y ocho años, —escribe Gunnar Mendoza, en el resumen biográfico del Hombre que ha publicado— su cuerpo era todavía ágil y todavía se mostraba erguido, pero ya estaba maltrecho por más de un accidente de trabajo, como no podía ser de menos en tan grande y constante trabajador. Con todo, él era médico y entendía que, como tal, “se debía en primer lugar a la humanidad”. Y ni en esas circunstancias, añadimos, dejaba de estudiar los problemas que consideraba más vidriosos, de las sucesivas circunscripciones que recorría. Es así, que hizo sucesivos viajes en aquella misma zona, “en dirección a Ballivián por el sur,— continúa Gunnar Mendoza— e Ingavi por el oriente. Fruto de su permanencia en aquellas regiones son sus estudios sanitarios sobre *Las micosis*, *La fiebre amarilla*; geográficas, como *Charagua*, *El Parapetí*. *El Timanés*, *Las ruinas de Ithirapucuti*; y, por último un libro de memorias inédito”.

Después de la guerra del Chaco, no asumió ninguna función médica fiscal ni privada. La improvisación de siempre, en los cargos directivos de la sanidad pública, desconoció la eficaz utilidad facultativa que aún podía prestar el Hombre al cumplir sus sesenta años y en actividades específicas —que serán examinadas en el próximo capítulo,— en las que había verdadera indigencia de recursos humanos, como ahora, donde Mendoza pudo continuar haciendo la patriótica ejecutoria pedagógica que caracterizó la parábola de su vida.

Como antes, de la contienda del Chaco, y como aún ocurre ogaño, el único expediente para el ejercicio de la función fiscal,— por “técnica” que se repunte, en el verbalismo infecundo de los sucesivos dirigentes de la cosa pública— es la regimentación gregaria, a la ineptitud partidista.

Los tres últimos años de su vida, como incansable animador de las inquietudes de sus colegas, se entregó a la labor de mantener, con todas las limitaciones que tropezaba la entidad, para cualquier investigación de las muchas que señalaba el Hombre, la constante aparición de la Revista del Instituto Médico "Sucre", que lo contó en sus años postrimeros, como director.

Desgraciadamente aquellas desventajas, a la fecha, han determinado una práctica defunción de aquella meritoria publicación que tanto tiene de documental, para la historia de la medicina en la República.

## Capítulo Tercero

### EL PSICOLOGO Y EL PSIQUIATRA

La pasión artístico-literaria de Mendoza que, sentía desde sus años mozos, no podía infundirle otra inclinación en sus estudios médicos que entregarse a los subyugantes problemas de la psicología y la psicopatología. El mismo lo subraya, al señalar como lo hemos establecido en el capítulo anterior, que después de haberle interesado la patología tuberculosa y la sífilis, se encontró "con las enfermedades del sistema nervioso, entre las que le empezaron a merecer su atención, las que en el aula el profesor les señalaba con el nombre de neurosis". Y tocamos de plano el inicio de su trayectoria psiquiátrica. No podía dejar de cautivar, al estudiante de tan vigorosas condiciones intelectuales, los universalmente atractivos tópicos de la histeria, la epilepsia, etc. sobre los que todos han escuchado decir algo, con más falsas que veraces informaciones. Lo esencial es que en el mismo inicio de su aprendizaje psiquiátrico Mendoza resultó ser el traductor del *Tratado de Psiquiatría* de Emanuel Regis, cuya obra ha de tener la perennidad de las grandes aportaciones clínicas, respecto, sobre todo a lo que hoy llamamos neurosis compulsivas. Veamos lo que él mismo dice respecto al punto, que vale la pena transcribir:

"Allí estaban el histerismo y la epilepsia, procesos ambos que tuvieron la virtud de sumergirme en las más curiosas imaginaciones por su proteiforme sintomatología que, como bien se sabe, corresponde en mucho a la psiquiatría.

Así, desapercibidamente, entré en pleno dominio de esta disciplina científica.

Debo recordar que entonces, el estudiante de veinte años, con arrestos de escritor, que ya se había ensayado forjando valientemente mamotretos sobre diversos asuntos extraños a la medicina, ahora, llegando al punto susodicho en sus estudios, atreviéndose también a pergeñar escritos que aún cuando no fuesen todavía de pura cepa médica, con todo ya tenían reminiscencias que los aproximaban a ese campo.

Tal fue, entre esos partos, el que, bajo el título de "El cerebro", constituye uno de mis ensayos primerizos de estudiante.

De esta manera, con cierto entrenamiento, o mejor, cierta inclinación, ingresé al curso siguiente, que comprendía la ciencia psiquiátrica. Ese estudio se inauguraba apenas en la escuela de medicina. De esto pasan cerca de cuarenta años. (Mendoza, decía esto, en 1936). El Dr. Nicolás Ortíz que diez años antes había sido el primer médico del manicomio fundado en Sucre, en 1884, entraba ahora a profesar en aquella cátedra.

Yo era uno de sus alumnos. Solo que en esos tiempos los estudiantes no contábamos con ninguna obra de consulta en esta materia, ni siquiera con un pequeño manual o alguno de los famosos "cursados" que se estilaban en la Universidad.

Debíamos atenernos únicamente a la palabra más o menos elocuente del catedrático, bien que, con frecuencia, ella se perdiese con la misma facilidad con que había sonado ante nosotros.

Yo, entonces, ya pude notar lo que después comprobé repetidamente: la psiquiatría no es de esas materias que atraen la atención de la clase estudiantil. En aquel tiempo se la veía casi con la misma indiferencia que ahora. De mi parte, yo era todo oídos a la palabra del maestro, ya que, como he dicho, aquello entraba directamente dentro de mis aficiones.

Y, seguramente, fue esa la razón para que el Dr. Ortíz, que un día había llevado a la clase un manual en francés, de Regis, para enseñarlo a los alumnos, me encargase a mí irlo traduciendo poco a poco, y dando a mis compañeros la traducción para sus copias.

Todo lo cual en vez de incomodarme, llenóme más bien de entusiasmo, apareciendo de esa guisa yo como el primer traductor de la obra de Regis en Bolivia. He ahí mi primer encuentro con la psiquiatría".

Quizá el desconocimiento de Mendoza, o su proverbial modestia, — más creemos, sin embargo, en lo primero— de que aun no había traducción alguna al español, a fines del pasado siglo de la mencionada obra del profesor Regis, le hacía decir solamente “primer traductor de la obra de Regis en Bolivia”, cuando en verdad era el primer traductor del famoso manual a la lengua castellana. Pues la única que se conoce, traducida a nuestro idioma, apareció recién en la segunda década del siglo, ya que en agosto de 1911, están fechadas las palabras alusivas del autor a la versión castellana de César Juarros, publicada posteriormente en Madrid (Editorial Saturnino Calleja Fernández).

El caso de Mendoza frente a la elección de la ruta especializada en el oficio, ratifica de otra parte, la experiencia universal subrayada por muchas autoridades extranjeras, de que en la pluralidad de la psiquiatría,— “por ser la única, entre las labores hipocráticas que señala y conduce a sus cófrades, a los huertos mas floridos y fragantes de la cultura universal, por la razón de su instituto”, como dijimos en el ensayo biográfico de Belisario Díaz Romero— proporcionalmente hay un porcentaje mayor, en relación a otras actividades médicas de vocación de sus cultores, por las superiores inquietudes del espíritu.

Psicólogo y psiquiatra —con tantas mayores galas en la labor de este último, cuanto mayor acervo, atesore del primero— ha demostrado, con la elocuencia de los grandes narradores y de los más inspirados bardos, como ya lo hemos subrayado, ser un psicólogo nato. Tal lo demuestran muchos pasajes de su producción novelística. Sobre todo *Páginas bárbaras*, *En tierras del Potosí* y *Memorias de un estudiante*.

En 1927 y en la revista de la Universidad de Chuquisaca, Mendoza publicó una de sus mayores contribuciones, como psicólogo, titulada *El niño boliviano*. Se trata de un trabajo de triple importancia, que debe ser examinado por eso, con el detalle necesario que merece. Es en primer lugar la primera pro-

ducción boliviana sobre la materia, que conozcamos por lo menos. Pues, en un reciente estudio sobre *La filosofía en Chuquisaca, ayer*, Max Solares Durán, al ocuparse de los hombres que cultivaron la ciencia de las ciencias en dicho departamento, se refiere a Vicente Donoso Torres, antiguo educador y alumno-fundador de la primera escuela normal creada en Sucre, bajo la segunda administración del Presidente Montes. Según ese aporte, Donoso Torres habría egresado de aquel establecimiento en 1913, "con una tesis denominada *La revolución de los intereses del niño boliviano*. Lamentablemente no sabemos que tal tesis haya sido publicada. De haberlo sido, sería el primer trabajo sobre psicología en el país ya que la aportación dejada por Belisario Díaz Romero, como expusimos en su oportunidad, está circunscrita a enfoques y análisis psicopatológicos en su mayor parte.

En segundo lugar, a parte de la prelación o lo posiblemente primicial, en relación a cualquier otra publicación nacional sobre el mismo tópico, tiene la virtud de reivindicar para el país, una tradición psicológica de la más vigorosa raigambre epistemológica, como examinaremos luego, con la prolijidad que requiere la magnitud del asunto. En tercer lugar *El niño boliviano*, comprueba una ejecutoria secular de aportación preponderante del trabajo médico a la psicología, como lo ha subrayado con la autoridad que inviste, entre los expositores de nuestra época, el investigador francés André Lalande, al subrayar que el progreso de la psicología, debe a la psicopatología, su mayor contribución, proporcionalmente a otros esfuerzos que han debido promoverla.

De otro lado, y desmenuzando aún más nuestra apreciación anterior, debemos enfatizar que en *El niño boliviano*, Mendoza delimita tácitamente su posición doctrinal y su orientación en el inmenso, polifacético y controvertido campo de la psicología contemporánea. En efecto, plenamente coincidentes con

nuestro biografiado, debemos establecer de inicio en este análisis, que no puede haber criterio psicológico solvente, que no reconozca, — aunque parezca una frase de Pedro Grullo, insistirlo, — como punto de partida en su metodología de trabajo, la ecuación genético— experimental que constituye, por antonomasia, nuestra especie. Y aún más todavía, como Mendoza sostiene tácita y expresamente en sus más importantes trabajos sobre el tema: no puede hablarse de psicología normal si se desconoce el marco esencial de referencia que es un cerebro organizado y normalmente estructurado que asegure su dinamismo equilibrado. Para quienes supongan que estos asertos, son superfluos y lugares comunes y para quienes no cuentan con una información omnilateral sobre el vastísimo espectro de la psicología universal de nuestra época, debe subrayarse, aunque vuelva a sonar como otra expresión de Perogrullo, que existen nomás y por remate pretendiendo el monopolio de la verdad científica, determinadas direcciones psicológicas para las que nada tiene que ver el inexcusable basamento anatomo—fisiológico de nuestro sistema nervioso. Ahí están las variadas “escuelas” de la llamada psicología profunda o psicologías abisales, que trabajan con absoluto desprecio de la contextura orgánica, de la realidad sociológica de poseyentes y desposeídos y de las impresionantes demostraciones de la objetividad genética. Una exposición documental de las razones que abonan esta última afirmación, desbordarían de cierta manera, el marco concreto de este ensayo biográfico.

Otra particularidad sobresaliente en *El niño boliviano*, vale decir en el pensamiento psicológico de Mendoza, es que al abordar un tema de dimensión nacional como aquel, no incurrir en la inveterada discriminación egocentrista, común entre los bolivianos de ocuparse de tal problema, con la casuística y el análisis de una mínima parte de nuestro acervo demográfico, con absoluto desdén de lo que ocurre al respecto, en más de las dos terceras partes de la población nacional, es decir con una omisión despreciativa de la clase campesina de la Nación.

*El niño boliviano*, con despliegue de una metodología inenxugnable, comienza por precisar la abstracción del concepto *niño boliviano*, dividiendo a sus progenitores en los papeles que desenvuelven en el proceso de la producción. De ahí que, delimita en primer término al *Niño aborígen*, “representado principalmente por los tipos aymara y quechua que constituyen, con mucho, dice el Hombre, la mayoría de la población total de Bolivia”. Después, en un segundo grupo caracteriza al *niño mestizo*. Y en esto quizá incurre, en error, pues en Bolivia, casi se puede hablar —como en la mayor parte de los pueblos del orbe— de un mestizaje universal. Además, alude o aludiría en tal concepto, concretamente a la infancia de la clase obrera, cuya morada describe en estos términos: “alojamiento: Es deficiente. Muy conocida es a este propósito la “tienda” donde el niño vive en promiscuidad con los animales domésticos de la familia. Con frecuencia la tienda se resuelve en la mazmorra estrecha y sucia que en cierto sentido resulta peor que la choza del indio. Es el niño de la calle. Se desarrolla entre el dintel de su tugurio, la acera y el arroyo. Cuando le llega la etapa escolar —si le llega— ella es otra forma de hacer escapar al niño de su alojamiento”.

Finalmente en la primera parte del trabajo, remata con *El niño blanco*, en el que, sin embargo ya anota una aclaración conveniente sobre la superficialidad del concepto “raza blanca”, en estos párrafos: “El tercer peldaño o superior, está ocupado en nuestra clasificación por el niño de tipo caucásico, o por lo menos, por el que responde en sus principales caracteres a este tipo,. Dentro del concepto genuinamente étnico, no hay que tomar en efecto, al pie de la letra esto del niño blanco. En este grupo puede figurar también el mestizo, cuando después de sucesivas generaciones llegan a predominar en él los rasgos caucásicos. Además, hay que recordar también que fuera del factor étnico hay otros que intervienen para que en el grupo del niño blanco, se hagan figurar aún los que antropológicamente se a-

lejan de él, como el indio mismo. Tales son los factores económicos, sociales, etc. etc., ya indicados”.

En la segunda parte, antes de fisonomizar el psiquismo del niño boliviano, refleja su criterio médico en la clasificación de la infancia, a la que divide en tres períodos; en coincidencia con algunos expositores actuales de la psicología francesa que, en tiempos de Mendoza eran completamente desconocidos en sus adquisiciones iniciales, no solo en Bolivia, sino también en muchos países extranjeros. Así, establece, o mejor delimita la primera infancia, desde el nacimiento hasta los dos o tres años., La segunda desde los dos o tres, hasta la edad escolar y la tercera infancia, desde los siete años hasta la puericia. Luego sienta su enfoque personal sobre el psiquismo en un párrafo cuya transcripción se impone:

“Nosotros consideramos el psiquismo, constituido fundamentalmente en los cuatro elementos siguientes, que los enunciamos en orden ascensional: 1) el elemento instintivo; 2) el elemento afectivo; 3) el elemento intelectual y 4) el elemento volitivo”.

El orden “ascensional” que textualmente sostiene Mendoza es digno de análisis pertinente, ya que constituye una prelación de las síntesis mentales, o mejor, de su ubicación ordenada conforme a una orientación eminentemente biológica, que se aleja del antropocentrismo en que incurre, la totalidad de los expositores de la psicología general en nuestros días. Si nos detenemos a examinar los más difundidos en el medio boliviano, por lo menos en nuestros días, y los que han sido recomendados como texto oficial o semi-oficial, inclusive, de consulta en la enseñanza de la asignatura, encontraremos la conocida *Psicología* del educador argentino, Juan Luis Guerrero, la *Psicología* de Aloys Muller, y entre las más actuales la *Psicología* de los soviéticos Smirnov y colaboradores. Entre aquellas, para no citar muchas otras, se puede patentizar coincidentemente el orden de análisis de las síntesis mentales que, indefectiblemente comienza con la llamada vida intelectual, siempre en pri-

mer término, seguida de la esfera o vida afectiva y concluyendo con la esfera o vida volitiva. No obstante, hay alguna como la Psicología de Augusto Messer que ubica los sentimientos, después de los problemas generales de la materia. Sin embargo, debe tenerse en cuenta que la comprensión, en el criterio del mencionado expositor alemán, con la discutible posición de la escuela de Wusburgo, hace completamente inactual y con muy poca vigencia, dicho criterio frente a la controversia palpitante de las posiciones filosóficas que consecuentemente van polarizando el pensamiento psicológico.

El análisis de Jaime Mendoza en cambio, coincide plenamente con el del investigador francés Roustán, que tampoco explaya en su conocido manual de psicología las razones poderosa y primariamente biológicas que subraya nuestro biografiado, para ubicar la afectividad en primer plano. Tal no es un mero detalle o si se quiere, es un pequeño—gran detalle, como todo lo que es objeto de la búsqueda y del escrutinio psicológicos, cual lo subrayó el investigador francés Henri Delacroix.

La afectividad, pues, colocada en primer plano del examen psicológico, demuestra, decimos, una orientación consecuentemente biológica, como co—relato indiscutible, del fenómeno primario de la irritabilidad en la filogenia y comprobable, como es obvio quizá recalcarlo, desde la observación de los organismos unicelulares.

Cabe sin embargo, en el punto, un paréntesis necesario de aclaración sobre la psicología soviética que acabamos de citar que, en tácita coincidencia con la posición biológica de Mendoza, parte en su basamento, de la doctrina pavloviana de los reflejos condicionados, hecho que excluye por supérflua en tal obra la ubicación de la vida emocional, como partida del análisis global de la materia. Esta apreciación tácita está sobre—entendida en la posición filosófica que la informa de inicio, con la prelación del Ser en relación al pensar, en el determinismo mate-

rialista—dialéctico que, con la obra del famoso fisiólogo encuentro su logro psicológico inicial y que actualmente padece de unilateralidad mecanicista, si su enfoque se reduce a la sola explicación anatómo—fisiológica de los problemas de la vida mental.

Continuando el examen de *El niño boliviano*, después de la fundamentación del “orden ascensional” de las síntesis psíquicas, Mendoza aborda el análisis del niño indígena y ahí cumple una labor de magnífica rectificación sociológica en torno a los prejuicios con que generalmente,— y mucho más aún antes de ahora— se apreciaba y se aprecia todavía al habitante del agro boliviano. El niño indígena tiene las mismas expresiones psicológicas aunque ciertamente ellas estén peculiarizadas por las condiciones del medio en que vive, como juiciosamente anota nuestro biografiado, con todo detalle y a lo largo de su trabajo. No faltó quién sostenga —y para el caso cita al historiador y sociólogo Alcides Arguedas— “que el indio aimara no rié jamás. Es inexacto”, afirma Mendoza, desmintiendo el prejuicio “de que el niño indígena no es alegre, y que más bien tiende a la tristeza”.

Con una objetividad inherente a la naturaleza de su trabajo, examina las alternativas de la vida infantil campesina, destacándose el sentimiento cariñoso con que la enfoca en su austeridad psicológica. Un detalle que quizá, quepa apuntar, sin demérito alguno al esfuerzo ejemplar de Mendoza en aquella tarea, es la omisión absoluta que hace, de la peculiaridad eugénica y de veras higiénica, de la tácita educación sexual del niño indígena, conforme a los cauces de la madre naturaleza, que en su exposición deviene una lección irónica y un severo reproche a la conducta y a la mentalidad severamente libidinizada de la especie en nuestra época, por múltiples factores que huelga examinar en estas páginas. Nosotros, —antes que nadie en el país— tuvimos la fortuna de haber publicado ya en 1941, en una difundida revista argentina de divulgación, un trabajo

titulado *Superioridad de la ética sexual incaica*. Aunque el título aludía a algo respecto a la civilización del Tahuantinsuyo, de entrada nos referimos a la vida sexual de nuestros núcleos autóctonos, señalando facetas ejemplarizadoras de tal actividad, a las que ya quisiera llegar la moralidad artificiosa y decadente de la llamada familia civilizada, como dijimos aquella vez.

Jaime Mendoza pudo encontrar un venero de originalidad en esa tarea, tan adecuada a su inmensa bolivianidad y a su nobilísimo apego a las cosas de nuestro magnífico acervo étnico autóctono, como revela el párrafo que a continuación transcribimos, por su expreso señalamiento de la injusticia social que sufre su pujante humanidad:

“El indio, desde pequeño, empieza a mostrarse como un ser impasible, quieto, inerte. Su actividad motriz o volitiva tiene manifestaciones tan poco aparentes, que por eso se le considera por algunos como un ser animalizado. Precisamente es lo contrario. La bestia, no se contiene. Reacciona libremente y muchas veces ferozmente ante el estímulo flagelante. El indio aguanta. Sufre sin un ¡ay! el látigo y el insulto. Quizá a ratos el instinto le empuja; pero él lo doma. Acaso la afectividad en forma de protesta y de furia quiere lanzarlo a la embestida, pero él, lacerado por dentro, se presenta impasible y hasta sonriente por fuera. Y es que su inteligencia —esa inteligencia que se regatea al indio— le está diciendo que un acto feróz de su parte, como el de la venganza, no haría sino traerle mayores males. La justicia no existe para él. Y eso empieza a comprenderlo desde su niñez...”

Inmediatamente después, Mendoza hace el examen del niño blanco y del mestizo, con mucha menos extensión de la que ha dedicado a la infancia campesina. A poco de tal, aborda el problema educativo nacional y ahí también con indudable acierto, impugna la mera instrucción que se impartía en las escuelas de su tiempo —igualmente comparable a la que tiene vigencia en nuestros días— con absoluta omisión educativa, por la pareja limitación del magisterio y de la mayor parte de los progenitores de la infancia campesina.

Agotada la primera publicación de *El niño boliviano*, en la indicada revista de la Universidad de San Francisco Xavier, posteriormente y ya en los años treinta, volvió a editar en la misma publicación ese trabajo, con tres utilísimas *Notas adicionales*. En la primera de estas, con otra de sus varias anticipaciones, Mendoza se refiere a —las influencias que gravitan extraordinariamente sobre el feto durante la vida intra—uterina— lo que más tarde, la caudalosa investigación de los norteamericanos Gessell y Amatruda, ha denominado Embriología de la conducta.

Con higiénica insistencia sobre la inmensa vulnerabilidad del nuevo ser durante los meses de la gestación, subraya la urgencia de la protección a la maternidad, cuya tarea, fuera de relevar la responsabilidad del estado y la participación del magisterio en la enseñanza pre—universitaria y escolar, también requiere del médico “penetrar hasta los últimos tugurios, no como un simple curandero, sino también como un educador de verdad, dando las indicaciones realizables en cada caso, que obra igualmente, en una forma de proyecciones sociales incalculables.”

¡Cuánta semejanza, —o mejor, diríamos, muchísima mayor claridad, inclusive — revela ese párrafo transcrito, con las recomendaciones que con pretensión de sugerencias novedosas, difunde la tecnocracia de la higiene mental, respecto al psiquiatra en la comunidad y su papel, como el principal factor de cambio o de nuevas formas de vida,...! (?)

Finalmente, como los más expertos de la psicología en nuestros días, sienta la importancia educativa, a partir de los dos años de edad y quizá antes, con el necesario énfasis sobre la jerarquía de la afectividad en el proceso educativo, en la segunda de aquellas *Notas adicionales*. En la tercera, se refiere a su trabajo sobre *El trípode psíquico*, que ha de ocuparnos en los próximos párrafos.

En la continuación de *Notas psiquiátricas*, Mendoza lamenta la brevedad del curso dictado por Nicolás Ortíz, como primer profesor de psiquiatría en Sucre y que por su cortedad satisfizo a sus condiscípulos, pero no a él, dejándolo con la frustración que acentúa. Posteriormente alejado ya de tal información, recordaba con nostalgia, como dice, su labor de traducción de Regis, sobre todo cuando viajó a Santiago, en pos de una actualización impostergable en asistencia obstétrica, atingido por sus labores de médico general en las minas de Lllallagua, en vista de las deficiencias con que había vencido la enseñanza de dicha especialidad en la Facultad de Medicina de Sucre.

En la capital chilena, sin posibilidades de tiempo para dedicarse al motivo de su vocación hipocrática y profundizar su formación psiquiátrica, apenas tuvo oportunidad como refiere, para visitar y conocer al profesor Orrego Luco, que desde mucho antes había desempeñado y por dilatado lapso en la vecina república el mismo papel de pionero en la iniciación psiquiátrica de su país.

A su retorno a Sucre, muchos años después, Mendoza cuenta lo que llamó su "segunda aventura psiquiátrica" a raíz de su incorporación como socio de número del Instituto Médico "Sucre". Conforme a disposiciones de tal corporación científica, tenía que presentar un trabajo de ingreso que, en aquella ocasión fue una conferencia sobre *La degeneración*, concepto que, por el rezago de la investigación y del conocimiento médicos, todavía estaba en auge, no solo en el atraso del país, sino aún en las más avanzadas naciones europeas, desde la exposición inicial de tal supuesta doctrina por el célebre alienista francés Morel a mediados de la pasada centura, a quien pertenece la paternidad de tal caducada teoría. La adhesión del Hombre a tal posición en el pueblo chico causó un sentimiento, y sería mejor decir, ideas de referencia de algunos personajes, con manifiesta,

y casi patológica auto-apreciación que, se sintieron aludidos provocando un pugilato periodístico intrascendente.

Posteriormente, y en París, advino lo que Mendoza denomina su “tercera aventura psiquiátrica”, en 1911. Recuerda con este motivo la pérdida de la Gioconda del Museo del Louvre que ocurrió en aquella época, hecho que consiguientemente dió lugar a un bullado periodístico que, pese a la extraordinaria difusión que tuvo, ocasionó al autor de *La ruta atlántica*, menor preocupación que la noticia de un sujeto que en estado de embriaguez patológica, había cometido un asesinato en la Ciudad Luz. Verificados los respectivos peritajes psiquiátricos, se constató la amnesia total del agresor, sobre la comisión de su delito, y lo que es más, que la víctima era una persona completamente desconocida para él, con lo que se dió paso a la absolución del acusado, por la Corte de Apelaciones. Esto, dice Mendoza, motivó una vehemente protesta del público parisino.

Impresionado por este suceso, nuestro biografiado se dió a componer una pieza dramática en la que justamente, juega el papel principal un hombre que asesina a otro en igual estado de embriaguez. Absuelto en la misma forma que el anterior, por los tribunales de justicia, señala el procedimiento equivocado de éstos, porque sin recordar absolutamente tampoco, la victimación, luego de ser restituido a su estado de lucidez y autodeterminación, manifestó que obró bien en su cometido delictivo. De esa manera sintetiza su drama inédito, titulado *El pulpo*. Ese pulpo, según el Hombre es el alcohol.

Muchos años después y solo en 1923, Jaime Mendoza se inicia en la docencia universitaria de su predilección, al asumir la cátedra de psiquiatría fines de septiembre de aquel año, por destitución, —may al estilo boliviano, en el que autoridades superiores o subalternas, y mucho más estas, confunden la función pública con el ámbito culinario de su vivienda— de que fue víctima, como asevera el mismo Mendoza, por “intri-

guillas tan frecuentes en el país”, el profesor Jenaro Villa Echazú, que a la sazón profesaba dicha cátedra, con el ejercicio simultáneo de la dirección de los manicomios nacionales.

Es de interés histórico, subrayar en la evocación de aquella docencia, que el Hombre mismo subrayaba, las tremendas desventajas en que debía cumplir su cometido docente. Limitaciones no solo provenientes de las escasas dotaciones — bibliografía, recursos hospitalarios, elementalidades de laboratorio auxiliar médico, etc. etc.— de aquellos planteles, sino —lo que es más educativo enfatizar por la trayectoria honesta que en todo sesgo de su conducta supo demostrar —“por el bagaje de sus conocimientos psicológicos, que en aquella época eran, con frecuencia deficientes”, como igual ocurría en otros predios psiquiátricos coetáneos del extranjero.

Y aún más todavía, con las mismas modalidades que estos han confrontado, se patentizaba el atraso de la asignatura, exteriorizado por el menoscabo con que se la consideraba; por la ninguna importancia que le otorgaban profesores y estudiantes; por sus programas “inscritos, como simple título” y por la ubicación que como mero anexo de la neuropatología se le daba, como se ve, con lamentable confusión de esta última disciplina que es —ni más ni menos— dominio del anatomo—patólogo dedicado a los hallazgos microscópicos y macroscópicos de las alteraciones o lesiones del neuro—eje. Y como el mismo Mendoza anota en 1923, entre nosotros, por ejemplo, hasta la patología interna de Grisolle, estaba aun vigente, no obstante que ya estuvo muy en boga entre nuestros abuelos, con lo que retrocedía unos cincuenta años atrás” de esa época, es decir hasta los años 1870.

En párrafos posteriores y ya en plena ejecutoria docente, señala que ante el casi unánime desinterés de sus alumnos por la asignatura, con excepción de dos o tres, se dió a difundir la necesidad de que “la escuela de medicina debe atender prefe-

rentemente a los jóvenes que tengan condiciones de ser médicos alienistas". Y con ello, el Hombre entonaba otro canto en el desierto, porque nadie, absolutamente nadie, tuvo el menor interés de respaldar sus inquietudes psiquiátricas. No obstante, en todos los anteriores comentarios, hemos retrocedido medio siglo, es decir a un lapso en que universalmente — con la excepción de los centros europeos y norte-americanos que siempre ejercieron rectoría en el progreso médico general — se identificaba la psiquiatría, solamente con las psicosis, es decir, con el concepto vulgar de locura, en acepción de enajenación, igual que ocurre ahora mismo, con el facultativo indocto.

A pesar de ese consenso internacional, aunque unilateral, es significativo acentuar que Mendoza, hace más de cincuenta años de nuestros días, ya delineaba el amplísimo ámbito de nuestra especialidad, de ninguna manera circunscrito a lo que Pedro Grullo, denomina la locura y por supuesto señalando que ésta es un percance y una posibilidad exclusivamente humana que no mengua la respetabilidad de nadie, ni constituye la vergüenza o el demérito que la incivilización y la ignorancia le otorgan.

Antes de 1930, — en torno a cuya década, como ya se ha sentado en el capítulo anterior, recién se inició en EE. UU., el llamado movimiento de medicina psicosomática— Jaime Mendoza ya señalaba el contenido de esa supuesta contribución psicoanalítica, lo que ni siquiera es, con verdadera sindéresis un problema psiquiátrico *strictu senso*, sino de psicología médica, cuyos inicios netos lo señalaba el hombre, como demuestra el amplio bagaje de nuestro progreso actual, en la anti-*quísima* trayectoria de Hipócrates.

Ahora nos toca examinar *El tripoae psíquico*, valioso esquema que trata de relacionar la arquitectura cerebral con nuestra vida psíquica. No sólo se trata de la contribución más lograda de Mendoza a la psicología, a la psicopatología y a la

psiquiatría, sino otra de las anticipaciones que tuvo el Hombre, adelantándose a su tiempo, en muchos predios del conocimiento que pudo abordar gracias a su erudición de verdadero polígrafo. Dicho trabajo, como deja sentado en *Notas psiquiátricas*, de *Apuntes de un médico*, fue elaborado en 1923 por las requisitorias de su labor docente en la cátedra de psiquiatría de la Universidad de Chuquisaca.

Inicia ese aporte con una reseña descriptiva de la estructura ósea craneal, hecha en un decir tan ameno y elegante que condice plenamente con la calidad de aquel. Se refiere así, a los tres compartimientos osteológicos, ya delimitados por los anatomistas, en una visión de atrás hacia adelante, donde hasta la observación profana puede diferenciar el orden señalado: el piso occipital, seguido del piso temporal y luego el piso frontal, divididos en dos mitades perfectamente simétricas y circunscritas que se reúnen en una especie de escalera extendida desde el agujero occipital, que constituye la zona de pasaje del canal raquídeo, hasta la apófisis crista galli, continuando sucesivamente por el canal basilar, la lámina cuadrilátera, la silla turca y la lámina cribosa del etmoides. "Diríase, anota el médico escritor, una soberbia escalinata subiendo en dos series de naves laterales, y llevando al centro, donde se encuentra la silla turca, como un trono axial de donde se irradian, de arriba hacia abajo las naves precitadas. He ahí, añade, una particularidad de orden puramente óseo, pero susceptible de simbolizar" el esquema precitado.

Luego, viene otra delimitación del contenido albergado por el continente descrito: cada uno de los pisos señalados, a su vez, es asiento de una porción de masa encefálica. La masa inferior, está formada por el bulbo raquídeo, la protuberancia y el cerebelo que constituyen un todo común que también se denomina, por eso, cerebro inferior o posterior. En el segundo segmento ubica los núcleos optoestriados envueltos por los lóbulos temporales, los occipitales, los lóbulos de la in-

sula y el hipocampo que denominamos cerebro central. Y, finalmente, el tercer segmento formado por el lóbulo frontal, al que denominamos cerebro anterior o superior.

Tales tres porciones, igualmente divididas en mitades simétricas, como su continente óseo, están reunidas por un eje común en el que se encuentra la cavidad endocranial con sus diversas dilataciones y órganos anexos, como la epífisis, el triángulo cerebral y la glándula pituitaria.

La división tripartita que se acaba de describir, está morfológicamente acentuada, según Mendoza, que señala como evidencia de este aserto, la presencia de estructuras que ratifican su enfoque, ya que entre los segmentos inferior y central o medio, están ubicadas hacia atrás, la tienda del cerebelo y adelante la bóveda del peñasco. Entre el cerebro medio y el superior o anterior, recalca, la gran cisura de Silvio, constituye en la base y el límite de las partes laterales, un límite neto.

Al describir la co-relación que implica el esquema de *El tripode psíquico*, el Hombre advierte las proporciones indudablemente relativas de la separación entre un segmento y otro, concordantemente con lo que la anatomía y la incipiente neuro-fisiología de su tiempo, establecieron. No obstante el paralelo morfológico funcional, prosigue señalando la sistematización de la red vascular, hecha, desde luego, por los antiguos anatomistas y es así, cómo nos recuerda igualmente la trifurcación de la circulación cerebral en los tres segmentos de su esquema: las arterias cerebral posterior, la media y la anterior, que irrigan sucesivamente los respectivos compartimientos. Señala asimismo algunos hechos de la textura cerebral que robustecen el esquema, rematando su enfoque morfológico, con el recuerdo que aporta la Embriología, también con los tres esbozos cerebrales de las tres vesículas primitivas que la anatomía del desarrollo, conoce con el nombre de romboencéfalo o vesícula inferior, correspondiente a su esque-

ma del cerebro posterior; el mesencéfalo o vesícula media, en relación igualmente directa al cerebro medio y el proencéfalo o vesícula superior o anterior. De estas, como sabemos, derivan el mielencéfalo, la protuberancia anular y el cerebelo (metencéfalo); el cerebro intermedio (diencéfalo) y el cerebro anterior, o superior o telencéfalo.

En conformidad a todo lo descrito, lo novedoso en *El trípode psíquico*, es que en cada uno de los tres segmentos descritos, estaría preponderantemente el substratum de las tres funciones básicas que a juicio del autor, constituyen el psiquismo: la función del instinto (igualmente volitiva), la de la afectividad y la vida intelectual, respectivamente. De acuerdo a ese esquema el instinto es la base del psiquismo y por tanto su localización está en la base del mismo, es decir, en el piso occipital donde asienta el bulbo raquídeo que preside las funciones de la vida vegetativa, como la circulación, la respiración, la digestión, etc. que para el Hombre son funciones instintivas. La protuberancia anular completa aquellas funciones dice, y el cerebelo, como centro del equilibrio, regula los movimientos inconscientes.

En el segundo segmento cerebral, se encontraría el substratum de la afectividad que para nuestro autor, es una modalidad de la sensibilidad general, de donde proviene su transformación en tal. Y aun más en el punto. Mendoza sostiene que aquella no sólo es función nerviosa, sensitiva sino esencialmente endocrina. Finalmente describe el piso superior cuyo segmento es asiento de la intelectualidad, en tal forma que así, se completa el trípode psíquico constituido en síntesis, por el piso occipital, donde radica el instinto, actividad esencialmente inconsciente. Luego el piso temporal, como asiento de la afectividad, cuya manifestación predominante es el sub-consciente. Y por último el piso frontal, asidero de la intelectualidad con su actividad eminentemente consciente.

Hasta aquí lo esquematizado en la doctrina mendociana de *El tripode psíquico*. En su enjuiciamiento debe tenerse en cuenta que su elaboración ha tenido lugar, justamente hace poco más de medio siglo, en una época de manifiestas limitaciones de la neuro-fisiología y la investigación cerebral —extraordinariamente promovidas en los primeros años de la década del cincuenta, por las contribuciones de Magoun y Moruzzi— desconocidas aún en el medio, hasta lo que la ciencia hasta entonces, hubo logrado en el extranjero.

No obstante, muchas afirmaciones del autor, a la luz de nuestros actuales conocimientos, tienen que tener tal salvedad en consecuencia, sin dejar de anotarse alguna anticipación de veras memorable respecto a la discusión vigente en nuestros días, sobre la predominante psicopatología o fisiopatología, en la causalidad de la esquizofrenia, por ejemplo, cuando establece en forma contundente la fisiopatología de tal entidad —asumiendo una posición a la que, la investigación de nuestros días, sin ser todavía definitiva, le otorga virtualmente las mayores justificaciones — por su experiencia personal que logró con sus pacientes fallecidos en el Manicomio Nacional Pacheco. Allí pudo constatar —fundándose en una correcta relación anatomofisiológica y clínica— la base de las alteraciones afectivas que patentizara anteriormente en los mismos enfermos, con las lesiones optoestriadas, en coincidencia, además, con los franceses Dide y Guiraud, quienes “situaban las principales lesiones del mal en la región infraóptica. ”

De otro lado, no puede dejar de acentuarse que en aquella época, no dejó de constituir una novedad innegable la concepción mendociana que nos ocupa, con la tripartición de las funciones y síntesis psíquicas y cuando además, entre nosotros, apenas se conocía de oídas, y sin el menor detalle la teoría del psicoanálisis, Tal lo subrayó en el exterior, justamente el médico y escritor chileno Juan Marin, ampliamente conocido por sus múltiples publicaciones médicas que se ocupó del

aporte de Mendoza en el capítulo titulado *Habría descubierto la medicina las localizaciones del inconsciente freudiano?* de su libro *Ensayos freudianos*. Con ese título se refiere Marín a otras explicaciones coincidentemente tripartitas del psiquismo humano entre las que cita a nuestro autor en estos términos: “Esta concepción coincide en forma notable con la del ilustre médico boliviano Jaime Mendoza, expuesta en su ensayo *El tripode psíquico*, en que describe tres planos de la psiquis correspondientes a los tres pisos de la base del cráneo”.

Pareciera que Mendoza, sin sospecharlo habría querido otorgar un asidero anatómico—fisiológico a la teoría freudiana, cuya omisión persistente hasta nuestros días, constituye precisamente una de las mayores impugnaciones al pensamiento freudiano.

En homenaje a la singularidad y anticipaciones de El tripode psíquico, debe anotarse finalmente que fué publicado en la *Revue sud-américaine de Médecine et Chirurgie*, de París, correspondiente al número de enero de 1930, de tal publicación. Poseemos la separata enviada al autor, editada por Masson et Cie. Editeurs (Le trepied psychique, par Jaime Mendoza), Extrait du No. 1, Janvier, 1930.

Si tales fueron sus anticipaciones en el aspecto de los principios, esencialmente fisiopatológicos de la especialidad, con no menos jerarquía y certera perspectiva, de lo que el tiempo se encargaría de justificarle, se refiere también expresamente al atraso de la asistencia psiquiátrica. Para esto y con mayor atención que ninguna otra de sus frases, cabe transcribir una nota que en 1923 envió a la Sociedad Humanitaria de San Vicente de Paul que, hasta 1937, tuvo a su cargo la administración y dirección de los viejos manicomios:

“Al hacerme cargo, hace seis meses, de la dirección médica de estos establecimientos, hallé que se hacía largo uso de procedimientos de fuerza en los alienados. Tales: las famosas camisas de cuero y hierro, tan del gusto de la gente de servicio; el

confinamiento en calabozos; los baños fríos a las seis de la mañana, aún en invierno, y no como recursos de curación, sino de castigo, etc. No siendo yo partidario del sistema aplicado a los locos, aunque a veces lo quisiera para muchos cuerdos, claro es que he procurado en lo posible si no abolirlo del todo, siquiera atenuarlo. He debido chocar, al hacerlo, contra frecuentes resistencias y hasta censuras e impertinencias de la servidumbre del establecimiento, singularmente en el de mujeres. Un día un sirviente me dijo que estaba yo "dando alas a las locas". Insistí. Y creo que hasta hoy se ha hecho bastante. Los empleados tratan a los locos, por lo menos en mi presencia, con más suavidad y prudencia, sin haberse tornado éstos más violentos por ello. Todo lo contrario. Estoy cierto de que los excita más el encierro, las ligaduras, los baños intempestivos, etc. Los locos, como los cuerdos, o como muchos cuerdos, son susceptibles de dejarse imponer por la benevolencia, la caridad, la sagacidad, y solo cabe emplear medios de fuerza en determinados casos".

Y todavía algo más al respecto. Mucho antes de esa época, en 1918 y cuando Mendoza nada tenía que ver con la dirección oficial de la actividad psiquiátrica en el medio, ni menos con su enseñanza universitaria, ante el ruinoso estado del manicomio nacional de mujeres, fué "comisionado por la Facultad de Medicina, para hacer propaganda en favor" de aquel establecimiento.

Lo curioso —y el hecho nos suena como deplorable complicidad de la "Facultad de Medicina" de entonces, con la incapacidad de quién a la sazón, dictaba improvisadamente la asignatura de psiquiatría es que tal defensa, que le correspondía — no la hizo, ni podía hacerla, por obvias y básicas limitaciones como desubicado docente, de esos tiempos.

El caso es que con tales antecedentes aparece suscrita por el Hombre, justamente en 1918, una crónica publicada en *La Prensa* (No. 535) de Sucre, de 10 de enero de ese año. Posteriormente, su interés por el problema hizo que se siga ocupando de lo mismo en otras ediciones del mismo periódico (Nos. 536 y 537), de 11 y 12 del mismo mes y año, así como en *La Capital* de la misma ciudad (No. 2553) de 20 de febrero de 1918. Dicha crónica, cuyos detalles verdaderamente trágicos, vale la pena exponerlos, en su breve extensión para que se pue-

da apreciar fehacientemente el trato escalofriante que recibían las enfermas psiquiátricas en 1918, es decir, más de un siglo después que las mismas condiciones ya habían sido superadas en Francia al conjuro de la gran Revolución que registra la historia universal:

“Tarea en verdad ingrata,— dice Jaime Mendoza, del cometido que le señalara la Facultad de Medicina— lamentable y hasta cierto punto asquerosa.

Si, porque hay que hablar de inmundicias, de miseria, de hacinamiento, de harapos, de mal olor y de otros horrores.

El manicomio de mujeres, no es tal manicomio,. Es una pocilga horrorosa como ayer la calificaba el propio hijo del ilustre fundador del Manicomio Pacheco.

No parece sino que se hubiese hecho un estudio especial para reunir allí todo lo peor tratándose de higiene con el fin de acorralar en semejante chiquero acerca de media centena de seres desgraciados que en él pululan como dantescos monstruos moviéndose en un antro lóbrego e infecto.

Son cincuenta y cinco locas que moran en una casucha que en rigor de buena higiene debiera apenas contener la cuarta parte.

Y no es eso lo peor.

El tal Manicomio, o como se le llame, está situado en la parte occidental del Hospital de Santa Bárbara, hacia el lado más bajo que sigue al departamento de “calabozos” y letrinas de la sección de varones, por donde se comprende que reciba por filtración las deyecciones de los enfermos de esa sección. Es decir entre esa sección de “calabozos” y letrinas y los cuartuchos habitados por las locas hay una diferencia de nivel de varios metros, y prácticamente esos cuartuchos vienen a constituir el resumi-  
dero de esas deyecciones.

¿Se nota lo horroroso de tal situación?

Hay en aquella parte fronteriza entre el hospital y el manicomio cuartuchos de unos cuatro metros cuadrados en su piso, y en esos cuartuchos se nos dice que duermen las locas, (a dos metros por persona). Los muros están filtrando, vale decir, están secretando un fluido sucio y mal oliente. El pavimento enladrillado está completamente manchado de una materia húmeda y viscosa. Fuera de estos cuartuchos se vé un lienzo de cal y ladrillo para apuntalar las paredes de los calabozos y letrinas. Y ese lienzo también parece que se hubiese hinchado bajo la presión y la humedad. Dijérase

una pared hipertrófica, una pared leprosa. La misma casa destinada a proteger a los enfermos, está también enferma.

Y aquella sección del manicomio compuesta de unos cuantos cuartuchos lúgubres y húmedos, está actualmente habitada por veintiseis mujeres.

Las restantes ocupan la otra sección en que se ven otros cuartuchos algo mayores y entre ellos, dos con doce camas cada uno.

En uno de ellos, las camas están a punto de tocarse.

Las letrinas dan a los pequeños patios donde bulle la multitud insensata. Es decir las letrinas alternan con los cuartos.

Y en realidad los mismos cuartos son también letrinas.

¿ El comedor?

Cuando nosotros paseábamos el establecimiento, se servía el almuerzo. No diremos en qué consistía éste.

Pero el es que, como capacidad, tampoco aquel pequeño local alcanza para tantas enajenadas. Véase a esas desventuradas criaturas sentadas ante las angostas mesas, apretándose unas con otras y extendiendo las manos angulosas como garras para coger los platos. Y como algunas metían directamente las manos en el caldo humeante preguntamos si no se les daba cucharas.

—“No” —se nos dijo.— “No hay más que diez y siete cucharas para las cincuenta y cinco locas”.

Lo que no es muy extraño.

“El Manicomio de hombres — se nos ha informado— no cuenta más que con quince cucharas, para más de sesenta locos”.

Pero a qué detenerse a dar estos datos?

¿Porqué no?

Estos pequeños datos pintan mejor, quizá que largos párrafos más o menos sentimentales el estado de espantosa miseria a que ha llegado ese asilo de “caridad”.

!De caridad!

Pero —por Dios— el encarcelar a unas cincuenta y cuatro criaturas dentro de semejante chiquero, no es ejercer con ellas la caridad.

Es someterlas a torturas inenarrables, fuera de la atroz tortura que de suyo les debe producir su enajenación.

El tal manicomio de mujeres es un lugar de tormentos, un foco de infección, un verdadero insulto a la cultura tan decantada de Sucre.

En los momentos en que nosotros estábamos en ese lugar siniestro, había tres mujeres aprisionadas con camisas de fuerza, camisas de suela rígida que las tenía inmovilizadas.

En uno de los cuartuchos tantas veces citados vimos de pasada otras dos mujeres de cuchillas sobre el suelo, con las ropas empapadas de orines, inmóviles, a dos pasos una de otra, mirándose fijamente. Parecían dos momias. Eran dos paráliticas, una de ellas con el antebrazo derecho roto cerca a la muñeca (probablemente una pseudoartrosis).

La hermana de la caridad con quién cambiábamos algunas palabras nos dijo que lo que veíamos era nada, comparado con lo que pasa cuando amanece el día, y la población inconsciente de aquellas partes de la casa, deja el lecho.

Es decir deja el suelo.

Porque el suelo es el lecho de esos seres miserables. Allí se extienden algunos harapos, si se extienden, y entre ellos, o sencillamente sobre la mugre del pestilente pavimento, yacen o se revuelcan durante la noche los cuerpos misérrimos de las locas insomnes.

Y cuando viene el día aquello ha quedado en un estado tan horripilante de suciedad, que la hermana no hallaba palabra para describirla y bajaba los ojos ruborizada.

Y nosotros, por hoy, digamos también basta, después de lo mal impresionados que hemos quedado con la tenebrosa visión.

Jaime Mendoza.

Enero 10 de 1918".

Por lo que se acaba de transcribir, puede apreciarse las limitaciones bolivianas, como en muchas otras facetas de nuestra vida institucional que sufrían una postergación de más de un siglo en 1923, en relación al trato que se daba a los enfermos mentales en el mundo civilizado. Pues, en la desventura de la Nación y sólo gracias a Jaime Mendoza, se hacía en 1923, repetimos, lo que ciento treinta y cuatro años antes, ya había hecho el gran Felipe Pinel en Francia, como una Revolución en el campo de la asistencia psiquiátrica, de dignísima coyuntura con la epopeya de la Bastilla al proscribir, también con violencia revolucionaria los grillos, las cadenas, los calabozos, los baños fríos de castigo, etc. etc. que entre nosotros prohibió el Sembrador.

Desgraciadamente tan auspiciosa innovación no duró sino los dos años de la vigencia de Mendoza en la dirección de los frenocomios nacionales. Pues, con estupor y al inicio de nuestros estudios médicos, en aquellos mismos establecimientos, pudimos patentizar no sólo su re-implantación en 1938, sino su progresión con la instalación de recursos más refinados que ni en tiempos anteriores a los descritos por el Hombre se había conocido, como las cajas tornantes que tuvieron su auge en la Alemania de los siglos XVII y XVIII. Estos instrumentos de tortura, eran verdaderas cajas empotradas, en posición vertical, en el muro, construídas para el tamaño de la estatura humana, media, a manera de los tornos de los antiguos conventos de clausura, donde el enfermo era colocado por la fuerza, para hacerlo rotar con manubrios de manejo exterior, hasta que abrumado por el vértigo y el mareo de tan original sistema sedativo, era conducido, sosegado, a su lecho.

La "terapéutica" de la violencia no se reducía al uso de aquellos recursos en nuestros antiguos frenocomios. De labios de Lucio Montero, antiguo y ponderado galeno que por mucho tiempo también ejerció las funciones de Mendoza, muchos años después que éste, supimos que él, a su vez, ya en sus épo-

cas de estudiante, por informaciones de los primeros funcionarios del plantel de varones, supo que desde los primeros años del siglo hasta fines de la primera y comienzos de la segunda década, no faltó un “psiquiatra” de los que continúa y sucesivamente se improvisaba para la conducción de los manicomios que, mostrando un puño bien cerrado, a los funcionarios de servicio y guiñándoles el ojo, les ordenaba con el silencio y la expresividad mímica de su imposición autoritaria, la aplicación de sendas bofetadas, como el mejor sedante, a los enfermos agitados o violentos.

No obstante, con todos los caracteres escalofrantes que pueda infundir lo relatado en cuanto al trato de los alienados, todavía resulta de menor rezago, en relación al albergue que se les daba, como ya ha traducido respecto a las alienadas el suelto transcrito de Mendoza. Ese aspecto recuerda con absoluta cabalidad lo que ya en el siglo XVI —hace cuatrocientos años— en la era del Renacimiento, condenó y trató de modificar en España el imponderable Juan Luis Vives, psicólogo penetrante y de tantas anticipaciones dentro del dominio de la psicopatología, como co-relato de la fisiopatología, en la medicina de ogaño.

En la pintura de ese ambiente, Jaime Mendoza nos hace otro legado para la historia de la psiquiatría en Bolivia, al recordar que antes de la generosa donación del Presidente Pacheco, del plantel que lleva su nombre “para asilo y tratamiento de los enfermos que han perdido la razón”, en la parte posterior del actual hospital de Santa Bárbara y donde durante la campaña del Chaco, se habilitó un pequeño hospital militar, había “una casona sombría,— son sus propias palabras— lugar de asilo, desde los días coloniales, de los seres privados de la razón. Era un chiquero humano espantoso, continua. Lindando con la sección del hospital llamada de los calabozos, porque allí se aislaba a ciertos enfermos como los leprosos, tísicos, sifilíticos en el último grado, etc. y con el departamento de

las letrinas, del que mal le separaba un muro a medio desplomarse, y situado a un nivel inferior al del hospital, como una especie de sótano, venía a ser algo parecido a una cloaca máxima de cuyas paredes resumaban líquidos infectos. Y allí estaban los locos. Diríase que se había escogido tan repulsivo rincón, para amontonar en él, a esos detritus humanos que estaban demás en el mundo”.

En explicable coyuntura con el ruinoso hospedaje, la farmacoterapia coetánea no podía sino conjugar con el desmantelamiento descrito. La sóla y socorrida pócima que se administraba a los desventurados pacientes, era una solución llamada polibromurada que, en dosis duplicada o triplicada de la de los demás, se proporcionaba diariamente, a los muchos convulsivos recludos, al margen, por supuesto, de la delimitación de las formas y causales paroxísticas.

La fructífera gestión del hombre en la dirección de la asistencia psiquiátrica nacional, que sola y ciertamente involucraba la conducción de los manicomios, lamentablemente llegó a su fin con ocasión del primer centenario de la República.

Ahí, cabe nuevamente una transcripción de sus palabras, con la que sólo podrá sopesarse debidamente la concepción de Mendoza sobre el ejercicio docente que de ninguna manera lo circunscribía, ni reducía a la mera actividad de las lecciones en las aulas, como postulaba la tecnocracia de antaño.

“El Gobierno Saavedra había dispuesto que se lo celebrase pomposamente. (Se refiere al Centenario de 1825). Pero los universitarios de Sucre se retrajeron.

El país no estaba para fiestas. Pesaba sobre él una intensa crisis económica.

Y añádanse a esto las visicitudes de la política vernácula que en Bolivia han ocupado siempre el primer plano. Pero el Gobierno que ya había decretado la alegría, se enfadó. Y vinieron las persecuciones: cárceles, confinamientos y hasta azotes.

Todo ello a mi me causó empacho. En consecuencia, dí pasos, como periodista y profesor, ante el Ministro de Instrucción, para que cesase un tal estado de cosas. El Ministro lo ofreció así con los mejores modos. Pero no lo cumplió.

Y entonces, a mi vez, yo me enfadé. Y como la manera más plástica de expresar mi enfado era declararme en huelga universitaria, pues así lo hice. Renuncié a la cátedra de psiquiatría y la dirección de los manicomios. Y adiós, entonces, los nuevos métodos que ya se había implantado en el régimen interno de aquellos, adiós el aula, adiós la clínica, adiós el Trípode psíquico. Y lo cierto es que esta huelga tenía algo de las huelgas de Gandhi. Porque, en verdad mis andanzas por los campos psiquiátricos me habían despertado el apetito.

Tenía hambre de saber más. Pero no había remedio”.

En esa forma, de otro lado, describe Mendoza su indeclinable solidaridad de siempre con las huestes universitarias, asunto que explayaremos en el capítulo VII. Así también narra lo que denominó su segunda aventura psiquiátrica.

Pese a todo, su alejamiento de las principales funciones de la asignatura de su predilección, no implicó, ni mucho menos, su abandono por todo cuanto significara alguna nueva adquisición de ésta. Su pasión por la bella ciencia que rescata a los hombres del naufragio en la enajenación, estaba lejos de las improvisaciones y de los usufructos burocráticos —tan frecuentes ogaño, como entonces, en la postergación poblana del medio— para desentenderse de lo mucho que había que hacer — y que hay que hacer aun— para la prosperidad de aquella. En ese empeño y ante la superpoblación de las enfermas mentales, sin ningún asidero especial para los varones, buscó la cooperación del único hijo, sobreviviente del fundador—donante del manicomio nacional que, a la sazón, residía en Sucre, poseedor de la inmensa fortuna dejada por el padre—expresidente.

Formado un comité de “filántropos”,— a la usanza y convicciones de los influyentes lugareños de Sucre,— se constituyó un fondo para subvenir la construcción de otro frenocomio que se entregó al servicio público, “el 8 de agosto de

1926", según Jorge Garret A., el actual manicomio nacional de Varones. En la culminación de ese logro, Mendoza no se limitó ni mucho menos, a promover la anacrónica "caridad" de los que carecen de luces para disponer los excesos de su patrimonio. Lejos de ello, pues él mismo, con la perenne objetividad de su ejemplo, aportó con los ingresos de la venta de su novela *Memorias de un estudiante*. Y obtuvo, además, que entre otros gestos dignos de recordarse, su amigo, el escritor Adolfo Costa Du Rels, aportara con el premio que había recibido, por entonces, en Chile por su obra *Al atardecer*.

Posteriormente y aún continuando sin obligación funcionaria alguna en la medicina mental de la época, en 1929 hizo una serie de publicaciones de divulgación psiquiátrica, cumpliendo una encomiable tarea de tácita higiene mental, en el amplísimo espectro de esta actividad que deben merecer detallado comentario en la historia de la psiquiatría en Bolivia, en el futuro.

Pasada la campaña del Chaco, Jaime Mendoza no tuvo ninguna función en la asistencia psiquiátrica que unilateral y muy limitadamente se inició poco después. Más claramente, debe decirse que no fue llamado a desempeñar trabajo alguno en las funciones de Salud Pública, no obstante que ya en 1937, la demagogia socializante de los gobiernos castrenses de ese período había hecho que la conducción de los manicomios nacionales,— hasta entonces en manos de la caritativa Sociedad Humanitaria de San Vicente de Paul— pasaran a depender del departamento de higiene y salubridad del Ministerio del Trabajo y Previsión Social, creado un año antes.

Es cierto que ese traspaso, significó un avance innegable en el desenvolvimiento de los manicomios, como hemos de detallar por su mayor atinencia con el punto, en nuestra próxima historia de la psiquiatría en Bolivia. Pese a ese avance que no se debe desconocer, había mucho más que hacer y se pudo hacer

en aquel momento, sin mayores realizaciones, por las ventajas que cuenta un régimen de facto. Pues, el sólo “traspaso” a tan pomposo departamento no podía producir el milagro de actualizar, como pretendieron los gestores de tal ente burocrático, la anacrónica y mínima asistencia que contaba el país.

Y paralelas a la oquedad del departamento de higiene y salubridad, vinieron las eternas improvisaciones en la función pública, así sea en servicios que por la prolongada dedicación y selección que requieren en su formación— bién pueden llamarse técnicos, como los del oficio de alienista, donde Mendoza pudo ser llamado con superlativo beneficio para los desventurados enfermos en primer término, y para la enseñanza médica ochocentista de la materia y —por qué no decirlo— así como para la subsistencia decorosa y elemental del Hombre que tampoco ejerció la consulta privada en esa época, como en ninguna otra de su trayectoria excepcional. Todo lo contrario. Reverdeció entonces, como ocurre ogaño, la doctrina caciquista del Presidente Saavedra de “gobernar con los suyos” — aunque éstos sean ilustres semovientes,— como si la cosa pública fuera un feudo de sus pasajeros usufructuarios, sin importarles absolutamente nada de la seriedad de los servicios fiscales, del progreso de la buena administración pública, etc. etc.

Es así, como vimos desfilar, —exclusivamente en función de burócratas estériles— por la dirección de los manicomios nacionales a profesionales ignaros en la incipiente especialidad psiquiátrica que apenas concurrían vegetativamente, unos minutos, a hacerse presentes en su designación inoperante para justificar su indecoroso emolumento.

A fines de 1937 o inicios de 1938, no obstante de permanecer definitivamente alejado de la docencia universitaria, donde asimismo pudo ocupar con más ventaja que las posteriores improvisaciones, la cátedra de su predilección, le escuchamos una de sus postrimeras actuaciones pedagógicas. Se trató de una

clínica de psiquiatría forense que hizo en el Manicomio Nacional Pacheco (Sección de Varones) con un alienado que cometió un bulladísimo parricidio. Ese suceso y la calidad de la víctima —un galeno sobresaliente, muy conocido del medio, por sus dotes profesionales e intelectuales— hacen que dediquemos al hecho el comentario pertinente. Algo más. El centenario rezago de la justicia boliviana hacía temer la condenación final a la pena capital —que ya se había decretado en instancias anteriores— del acusado que en verdad era un insano de absoluta inimputabilidad. No faltaron, por supuesto, en las primeras instancias del proceso judicial, profesionales médicos y abogados que sostuvieran la plena imputabilidad del paciente.. Frente a todos ellos y, coincidentemente con los más calificados facultativos que concurrieron a los varios peritajes, Jaime Mendoza, sostuvo con una magnífica co-relación de antecedentes y detalles del hecho delictivo, la enajenación del acusado, al que le asignó el diagnóstico de demencia precóz.

A parte de lo anotado, el interés que nos trae a cuento su referida actuación es que nosotros, apenas iniciados en los estudios médicos, concurrimos presurosos a la mencionada clínica que debía realizarse en los servicios del frenocomio de varones, con invitación expresa a los alumnos de las dos últimas promociones de la facultad de medicina que llevaban y que llevaron el año anterior, respectivamente, la asignatura dictada entonces por otra de las tantas improvisaciones a que hemos aludido. Quizá no sea obvio añadir que, el docente que a la sazón profesaba la asignatura, brilló por su ausencia en esa demostración clínico — pedagógica, a más de que ignoró la existencia del “caso” que en cualquier especialidad facultativa, por el contrario, concita el interés de los expertos, por lo menos de los aficionados a tal especialidad.

Como el Hombre dijera de su Maestro Ortíz, a quién escuchaba “todo oídos”, tal como hemos transcrito en páginas anteriores, nosotros no perdimos las nociones primerizas que

sobre nuestra futura especialidad escuchamos aquella vez a Jaime Mendoza, quien se expidió con pleno dominio de la situación y del tema. Fue la primera vez, en lo que había de ser nuestro derrotero especializado, que escuchamos, con el contexto instantáneo del paciente—acusado las nociones de autismo, catatonía, flexibilidad cética, etc. etc., que posteriormente habíamos de reconocer y delimitar caudalosamente en nuestra actividad del oficio. Un detalle que ya resulta por demás anecdótico, es el que en probanza de lo que él mismo Mendoza estampara en sus remembranzas ya transcritas, percibimos el absoluto desinterés de los estudiantes de aquellos últimos cursos de la escuela médica. Más de uno, casi dormitaba y los demás, con pocas excepciones, salieron al término de la actuación, comentando algo que delataba su lamentable desorientación respecto a la medicina mental.

Finalmente, para concluir este capítulo, debemos examinar la última producción psiquiátrica importante de Mendoza que elaboró, justamente poco antes de su fallecimiento, en enero de 1939. ¡Así, casi como un hecho simbólico, dedicó sus últimas manos, en su lecho de enfermo, a un trabajo psiquiátrico! Se trata de *Notas sobre la hipocondría*, como tituló el relato boliviano, en respuesta a la nota—invitación que recibió de nuestros amigos Honorio Delgado y Oscar Tréllez, —lamentablemente fallecido ya en 1969, el primero, organizadores de la II Reunión de las Jornadas neuro-psiquiátricas pan—americanas del Pacífico— para que se haga presente en el cónclave que tuvo lugar ya fallecido el Hombre, en Lima del 20 al 25 de marzo de 1939.

Cabe hacer notar, como un breve y pertinente paréntesis, que aquella reunión constituye una de las primeras asambleas internacionales de nuestra especialidad, que tuvo lugar dos años después de su primera reunión celebrada en Santiago (Chile), en 1937, gracias al esfuerzo organizativo y a la jerarquía intelectual de Oscar Fontecilla, a la sazón, profesor de psiquiatría de la Universidad de Chile.

Informados los mencionados organizadores peruanos, del lamentable deceso de Jaime Mendoza, hicieron que su trabajo fuera leído in extenso, en una de sus reuniones plenarias, con un posterior minuto de silencio que se guardó en homenaje a la memoria del eminente psiquiatra latino—americano desaparecido.

En las jornadas de Lima a que aludimos, tres fueron los ponentes del tema que ocupó a Mendoza. Fuera de éste, dos especialistas: uno mexicano y otro uruguayo, concurrieron al certamen con sendas contribuciones que se publicaron en los anales respectivos. Sin menoscabo alguno, por supuesto, para estas dos, quien tenga conocimiento de los referidos relatos no podrá menos que apreciar la singularidad de fondo y de forma que caracterizó el aporte de nuestro autor.

Desde la cita, bajo el título, como partida, del Acto I, escena V, de *El enfermo imaginario* de Molière, llevados tan oportuna y documentalmente a cuento, revelan no sólo su cultura integral, tan imprescindible a la calidad del alienista, sino el bagaje de éste, como conocimiento y experiencia clínicos del oficio.

Así prosigue su magnífico relato, describiendo de inicio el carácter de síndrome de la hipocondría, explayando este aserto en la ausencia de tal supuesta entidad en muchas clasificaciones psiquiátricas y en su descripción carente de perfiles nítidos y por el contrario pletórica de expresiones multiformes, observada desde antaño, como anota en uno de sus primeros párrafos, con un elegante y oportunísimo respaldo de su erudición que urge demostrar en esta cita:

...“ es una afección tan frecuente que ya figura, desde antiguo, en el tinglado del arte satírico o moralista: recuérdese cómo el incisivo Molière la llevó al teatro y cómo en la pintura y en el dibujo ha sido fácil pasto para que artistas de buen humor, como un Rowlandson o un Daumier nutriesen el del público hasta arrancarle a veces, gestos hilarantes tocados de burla y no poco de perversidad.

La hipocondría —dicho se está— suele ir del brazo con otros procesos morbosos: así con la parálisis general. Se halla emparejada a la neurastenia, ciertas obsesiones y fobias. Es próxima pariente de la melancolía y no faltan quienes aun entre los médicos, la confundan con ella. Sus relaciones con la histeria suelen ser más estrechas: Sydenham hacía de ambas una sólo entidad. Y, por lo demás, bien puede decirse que toda la patología humana, en sus múltiples aspectos, deriva, en determinadas condiciones hacia la hipocondría”.

En cuanto al origen de esta afección, y partiendo de sus raíces griegas, rinde homenaje a la penetración intuitiva del mundo antiguo que estableció con admirable anticipación muchas conclusiones justificadas por el conocimiento científico, más tarde. Subraya, por ejemplo, lo ocurrido en el caso “extramédico de la teoría atomística, como vulgar y conculyente. Lucrecio, prosigue, sabio y poeta, un siglo antes de Jesucristo ya habló de los primoria y de los clinamen y de los electrones, aun sin nombrarlos”. Justifica este aserto citando las contribuciones de “Hipócrates sobre la histeria y sobre la tesis humoral, que al presente, concluye, Janet, Charcot, Babinsky y Freud no han hecho sino ampliar o deformar”.

Entendemos que en el punto, cabe por la cita anterior de Freud, — por ser la única mención que hemos encontrado en toda la producción psicológico—psiquiátrica de Mendoza — preguntarnos sobre su información psicoanalítica que, con los detalles que posteriormente se difundieron, pudieron haber planteado una disyuntiva de reflexión de extraordinaria utilidad que pudo dejarnos el Hombre. Sin embargo, cabe aquí un paréntesis de orientación. Aunque Mendoza hablaba correctamente francés e inglés, idiomas en los que pudo haber encontrado algunas informaciones fidedignas, pero solamente fragmentarias de la obra de Freud, debe tenerse en cuenta que la publicación de sus obras completas no se hizo sino después de su deceso, en 1939, el mismo año que murió Mendoza, y que la única versión castellana de las obras completas, autorizada por el propio Freud es la de López Ballesteros y de Torres, aparecida en torno a 1940 y que recién llegó al altiplano en 1945.

Pues, por un lado su *Trípode psíquico* que, sin proponérselo ni mucho menos y sobre todo con visible desconocimiento aun de la teoría freudiana, ya que la primera exposición de aquel esquema,—como se ha dicho anteriormente— data de 1923 —pudo haberse constituido, como ya se ha sentado, en la verdadera base anatómica del psicoanálisis, sujeta necesariamente a la revisión impuesta por las adquisiciones posteriores de Magoun y Moruzzi, también ya mencionadas, especialmente y sobre todo a la contribución medular que acaba de revelar el especialista soviético Bassin, de los casi desconocidos trabajos de la escuela georgiana de Usnadze y sus colaboradores en la Unión Soviética.

La otra posibilidad de la disyuntiva, por lo muy remoto, pero sugerente que se traduce en la cita que acabamos de hacer, donde Mendoza expresa que Janet, Babinsky y Freud, no han hecho sino ampliar o *deformar*, (los subrayados son nuestros), sugiere que el autor de *La Ruta Atlántica*, habría discrepado diametralmente de la teoría freudiana, además, por la excesiva libidinización de sus suposiciones o interpretaciones, tan patentes y tan poco científicas, como en la obra de su discípulo Otto Fenichel, donde campea un subjetivismo desconcertante.

Así, volviendo al origen de la hipocondría, en su hipótesis etiológica, subraya la añeja intuición de los griegos, sobre el padecimiento “debajo de los cartílagos costales”, consecutivo a viejas inflamaciones viscerales, de acuerdo con el antiguo clínico francés Broussais, cuyo criterio no lo encuentra opuesto a otro autor, poco conocido del siglo XVIII, Villerman, que habría sido el primero en denominar neurosis el padecimiento hipocondriaco, aunque la denominación de hipocondría, ya aparece en el siglo XVII, con la exposición de treinta casos de tal afección, hecha por Bonet y que subraya Zilboorg en su *Historia de la Psicología Médica*.

Después de hacer el homenaje que merecen las mencionadas suposiciones de la medicina francesa de antaño, en la in-

roducción de su trabajo, Mendoza con manifiesto énfasis, señala la participación preponderante de la afectividad y con ésta —sustentando una tácita ubicación principista psicológico-psiquiátrica,— la influencia de los “factores de la vida neuroglandular”, que a su juicio juegan un papel fundamental en la hipocondría, no sin antes hacer un recuerdo anatomo-fisiológico de las relaciones de los núcleos de la base del cerebro con la corteza cerebral y el papel directivo de la hipófisis y todo el area hipotalámica en el dinamismo de aquella síntesis psíquica.

En un párrafo a parte, anota el factor de pre-disposición, en el que, como nosotros ahora, reconocemos las causas multívocas que, con mayor o menor influencia condicionan “diversas enfermedades psiquiátricas”, como el aporte genético, las influencias del medio en las vastedad de sus implicaciones, y por supuesto la participación endocrina y esencialmente para esta misma, el sistema nervioso.

En un capítulo especial examina el “dolor psíquico”, sine materia, que caracteriza el síndrome hipocondriaco, al que señala como “dolor virtual y no real, como un dolor de la imaginación”. El dolor está presidido por lo que Mendoza llama *El otro*, como denomina así, el subconsciente que según el esquema de *El tripode psíquico*, ya descrito corresponde a la afectividad.

Es pues en la esfera afectiva, donde radica el substracto del dolor hipocondriaco, como clara alusión a la neuro-fisiología y al determinismo reflejo condicionado que muy posteriormente a esa época, recién se ha difundido en los precisos y minuciosos detalles con que ha contribuido al progreso de la psicología y la psicopatología, la investigación iniciada por Pavlov y sobre todo las variadas vertientes de fecundación a que ha dado lugar la difusión —inicialmente mecanista— de dicha doctrina a la sistematización de la psicología.



## Capítulo Cuarto

### EL NOVELISTA

Como un reiterado suceso en la, literatura boliviana — a más de cincuenta años de su indiscutible consagración que señala Enrique Vargas Sivila, en su comentario a la obra, escrito en Catamarca en 1961 — podemos hablar de *En tierras del Potosí*, en el centenario del nacimiento del Hombre, como la “obra clave” de Mendoza, entre sus novelas, al decir de aquel, y de la crítica autorizada en el país.

Publicada en 1911, en la imprenta Tasso de Barcelona, y con sentido y bello prólogo de Alcides Arguedas, *En tierras del Potosí*, ha sido un reiterado suceso, repetimos, no sólo en su aparición, sino en la perduración que le reconoce con sobradas razones el mismo Vargas Sivila, por varios factores inherentes al tema. En primer término se dá el caso singular de que siendo la obra más lograda en el género, alcanza al mismo tiempo, una celebridad sancionada y aureolada por el cetro inapelable del dios Cronos. Es reiterado suceso, porque es la primera vez en el país, y con grande y sencillísimo atuendo que un médico, oficia como cófrade en los altares del pensamiento boliviano, destruyendo el prejuicio — aun difundido en contadas mentalidades del vulgo, así sea de extracción universitaria, todavía — de que el Médico, con mayúscula, es ajeno o incapaz de ocuparse de los encantos y los quehaceres de las Musas del Parnaso y de dialogar con las Nereidas a la vera del imperio de Neptuno o de cantar a las estrellas, pulsando la lira de Minerva.

Es reiterado suceso, finalmente, porque la obra devino la primera producción novelística que fisonomizó tácitamente el realismo social en el continente.

Respecto a la edición y título original de esta novela, consideramos útil y anecdótico transcribir lo que Julio Alvarado escribiera en *La personalidad de Jaime Mendoza*, publicado en febrero de 1939, como homenaje a su memoria, al mes de su deceso.

“*Martín Martínez*, debía llamarse la novela que estudiaba las andanzas del joven médico que iba a buscar fortuna en las minas. Don Alcides Arguedas que recibiera el encargo de prologar el libro, aconsejó a su autor buscar un mejor título para su obra.

—*Martín Martínez*, no significa nada, no sugiere nada, doctor Mendoza.

—Póngale entonces, usted el título que quiera...

—Pues...llámele “En las tierras del Potosí”. Eso quiere decir algo. Eso sugiere algo. — Y la novela llevó en efecto tal título”.

Acá, cabe como pertinente anotación, la referencia a la semejanza gorkiana que Rubén Darío encontró en Mendoza, sobre la que se ha escrito tanto con informaciones de tercera y cuarta mano, con desfiguración del real hecho ocurrido. Nos ha servido para eso, la noticia concreta de Gunnar Mendoza a quién como primera fuente el Sembrador, hizo saber seguramente, la verdad de lo que aconteció aquella ocasión.

Relacionado gracias a Alcides Arguedas, Mendoza tuvo ocasión de alternar más de una oportunidad con el bardo nicaraguense, quién le solicitó mayores informaciones sobre Bolivia que luego le proporcionó nuestro biografiado. “Después Da-

río pidió a éste que escribiera un artículo sobre nuestro país, para la revista *Mundial* que dirigía en París. Mendoza escribió el artículo que con unas breves glosas preliminares y finales, insertó Darío en la revista mencionada y posteriormente en su libro *Prosa política* (págs. 113 y sig.), editado en 1918 en Madrid. O sea, continúa Gunnar Mendoza que, el artículo Bolivia es “del Sembrador. Entre las glosas finales de Darío, al enumerar a hombres de letras de Bolivia, está la referencia a Mendoza y Gorki que vale la pena recordarla textualmente:...el doctor Jaime Mendoza en quién quizá pronto se revele en nuestro continente un nuevo y distinto Gorki”.

El personaje esencial de la novela, Martín Martínez, es un joven estudiante de veintitrés años, del tercer curso de la Facultad de derecho de Chuquisaca. Impresionado por los fabulosos relatos de las minas de Llallagua — que a inicios de la centuria que corremos, comenzaron a atraer la actividad bursátil de casi toda la Nación,—decidió, como los Argonautas de Jasón, en la milenaria leyenda de la conquista del Velloccino de oro, trasladarse a los trigos de Catavi, con el señuelo de hacer la fortuna que no le sonreía en la vida conventual de Sucre.

Aunque para Carlos Medinaceli, seguramente hasta hoy el más serio crítico literario del país, el viento es el mayor personaje de la novela, igual que para Rufino Blanco Fombona, quién dijo “se le quedó zumbándole en los oídos”, cual sostiene Vargas Sivila, las vivencias y las experiencias de Martín Martínez, revelan con objetividad y realismo de veras dramáticos, la rudeza del trabajo y las escalofriantes condiciones de subsistencia de los trabajadores de las minas. Es por eso, seguramente, como ya queda transcrito, que la obra impactó el juicio autorizado de Rubén Darío que lo comparó al más difundido y realista de los escritores soviéticos. En cabal justificación del cotejo gorkiano hecho por Darío y de la pintura plenamente lograda del ambiente y de los personajes, Mendoza, de mano maestra describe la influencia letal del tiempo y

la distancia, sobre el sentimiento humano, así como la fuerza aplastante y transformadora del ambiente sobre el comportamiento de los hombres, al mostrar en la conducta de Martín Martínez, los gérmenes del deseo que comenzaban a seducirlo en su nueva estancia, con olvido y traición de los amores que había dejado en la Ciudad Blanca:

“El se acordaba cómo, hacía poco tiempo, se había despedido de Lucía recibiendo reiterados juramentos de fidelidad, y haciéndolos él también de su lado; ¿y ahora?. Ahora era él, el primero de ser infiel a Lucía. ¿Y por quién?

Martín pasaba una y otra vez cerca a Claudina, que parecía muy entretenida en su faena. Seguramente, él tenía buenas ganas de dirigirle la palabra; pero, al mismo tiempo, comprendía que aquello no sería correcto hallándose encargado de la vigilancia del trabajo. Acobardábale, por otra parte, la vecindad de las otras mujeres y peones que allí trabajaban.

Contentábase, pues, con mirar a Claudina con el interés y antojo que produce un objeto deseado. Llevaba ella un rebozo colorado que le cubría la espalda. Su negra cabellera relucía al sol, mostrando entre sus guedejas gajitos de thola y otras malezas. Su cara estaba empolvada de tierra. Sus manos, bien formadas, se hundían en el agua, agitándola en el barro. Martín consideraba dignas de besar aquellas manos.

Quizá el joven estaba ya enamorado de aquella mujercita sucia, pero fresca y graciosa. ¿Más cómo entenderse con ella? Ya alguna vez, de pasada, le había dirigido discretos requiebros, más sin obtener de ella ninguna muestra de complacencia. Parecía un hermoso ser salvaje que, o no entendía a Martín, o aun entendiéndole, se le mostraba poco tratable”.

Y así, el empeñoso ciudadano sucumbía ante el embrujo de la atractiva minera,

“al paso que otra imagen de niña rubia y hermosa que antes había dominado en su corazón, palidecía hoy visiblemente”.

En otro raptus de su pasión obsesiva por la “humilde obrera que iba ganado más terreno en el corazón de Martín”, al decir del Hombre, y so pretexto de guarecerse de una tormenta que acompañada del viento infaltable de las regiones, se ve-

nía desplomando, el autor describe la pobreza y la casa rampante de Claudina, en lograda ejemplarización de la morada de los explotados en las minas de Bolivia:

“Hacia rato que Martín había estado vagando en las proximidades, y cuando estalló la borrasca encontró en ella un buen pretexto para visitar la casa. Una pobre mujer, la madre de Claudina, acogió a Martín benévola mente tendiéndole, sobre un cajón vacío que había allí, un cobertor para que se sentase.

Claudina, de cuclillas y agachada en un rincón, pugnaba por encender unos pedazos de yareta que no podía arder. La estancia era de completa indigencia, sin más que algunos cacharros de cocina y unos cuantos trapos. Hacía un frío rabioso, sin que la yareta, que empezaba a humear y arder con los esfuerzos de Claudina, alcanzase a dar calor a la vivienda. Un chiquitín, sucio y semidesnudo, pero muy simpático, se acurrucaba en un rincón mirando a Martín de hito en hito.

Otro, más pequeño, gimoteaba, pidiendo de comer. Únicamente una criatura de pecho dormía, indiferente a la tempestad.

...La mujer, llamada Juana era una viuda cuyo marido hacía un año que había muerto por un accidente en las minas. La infeliz había quedado con seis hijos. Su hija mayor, Claudina, trabajaba de lavadora; el que le seguía, un muchacho de diez años, trabajaba de chivato. Los demás eran Lucía y los chicos que Martín iba mirando. He aquí una familia compuesta de siete personas que se sostenían nada más que con el esfuerzo de una joven, casi niña, y de un muchacho de diez años.

Martín sentíase impresionado tristemente. Aquella pobre mujer, vestida con una pollera rota y mugrienta, con las mangas remangadas que dejaban ver sus descarnados y trémulos brazos, con su cara de miseria y de sufrimientos, con sus ojos ansiosos e intranquilos, le causaba profunda lástima. Sus mismos impulsos eróticos parecían acurrucarse en su corazón, llenos de miedo. Y apenábale, asimismo, el chico que temblaba de frío hecho un ovillo en un rincón, y el otro que lloraba pidiendo pan.

Cerca al fuego que había encendido Claudina, estaban las ollas sin más que agua”.

Páginas después, y quizá como una añeja sugestión de la mitología greco-latina, así como confirmando, en cierta medida, el juicio ya mencionado de Blanco Fombona y de Carlos Medinaceli, sobre el personaje clave en la novela, Mendoza pa-

rece pintar la omnipotencia milenaria de aquel monarca soberano de las Islas Eolias, bajo cuyo cetro parecían dormir, encadenados los émulos de Bóreas prestos a trastornarlo todo, — los cielos, los mares, y la tierra, — toda vez que el todopoderoso dominio de aquel, amainara su vigilante y regia ejecutoria. Diríase que el mismo Bóreas, vecino notable de la vieja Tracia, con el mismo ímpetu avasallador con que venció la resistencia de Ericteo, para lograr la conquista de Oritia traspasando el Iliso, se habría personificado en el interlocutor de Martín Martínez, quién:

“Detúvose por algunos instantes a tomar aliento. El viento le habló con más insistencia aún. Había que oírle. ¡Cuántos millares de seres ya le habían oído del mismo modo! El había hablado a los desamparados, con voz preñada de todas las esperanzas muertas y de todos los ideales marchitos. El había hablado, durante siglos al hombre primitivo. El había hablado al indio, solitario morador de esa ágría región. Había sido cruel con él. Le había azotado sin tregua y sin piedad. Pero también le había enseñado a ser sufrido, porfiado, fuerte y bravo. Ya aún antes que nadie alentase allí, él había hablado a la inmensa soledad. Había sido el eterno perturbador de aquel silencio de piedra. Y asimismo, ¡quién sabe si cuando todo muriese, él seguiría hablando sólo y feróz en la callada inmensidad...!”

Psicólogo nato, — igual que todos los grandes narradores y los poetas de lira más templada, — como era el afamado novelista y poeta sensitivo, tampoco podía dejar de perfilar la fuerza — que a veces, como en el caso, deviene la ceguera del amor— del Amor, en el arrebatado desesperado de Presentación. Esta es hija de Melgarejo (otro personaje minero de la novela) que abrazada de Lucas, su amante —enfermo, agonizante de peste blanca, compañera inseparable de los trabajadores de las minas,— lo sostenía por la espalda sin temor al contagio ni a las advertencias del cura y de su padre, conscientes del peligro bacilar de la dolencia.

Otro motivo de necesario examen en una novela como la que nos ocupa, por su extraordinario valor sociológico en el medio, es el hijo bastardo de la chola, que abandonada en su ma-

ternidad acéfala e ilegal, en el mundo de la libre empresa, tiene que encontrar en el conyugio —más humano y responsable que el del “caballero” — de un peón, el verdadero padre —que no es sólo el que engendra por requisitoria de su bestialidad disfrazada de “clase decente”, del hijo a quien sostiene sin la discriminación conocida del padrastro en la arquitectura grosera y convencional de la familia en la clase dominante.

La altísima calidad de novela social —que sólo la esterilidad del dogmatismo sectario pudo discutirle — se patentiza inapelablemente en otros pasajes de la obra que urge subrayar, si se tiene en cuenta que el mencionado género, debe implicar esencialmente las objetividades de la injusticia social, sin hacerse precisamente una cátedra sobre la lucha de clases, cuya confrontación debe surgir con la nitidez y la belleza de la calidad literaria cual cumple con creces *En tierras del Potosí*. Y en verdad aquella misma, como no podía ser de otra manera, está bellamente sobre—entendida en los párrafos que siguen, donde se pinta el más inhumano desprecio por la vida de los pobres:

“Sí, en La Azul, cayó un aisa que averió a dos hombres y mató a ese que llavan. Esta mañana ví el cadáver. Tenía el cráneo aplastado en forma de pan.

— Estas cosas son aquí muy frecuentes — repuso don Miguel— las minas están tan mal trabajadas que las aisas caen a cada paso, y matan y hieren sin que aun se sepa de algunos. Lo mismo con la dinamita. No hay vigilancia. Lo que pasa ahí dentro es un escándalo...

... — Naturalmente alentados con semejante indiferencia de los poderes públicos, los patrones poco o nada se cuidan de rodear al trabajador de las condiciones de seguridad debidas, resultando que éste siempre está dispuesto a quedar inutilizado o morir por algún accidente, y una vez inutilizado o muerto, tampoco el patrón le resarece, a él o a su familia, del daño producido.

—! No tanto — protestó don Juan — no tanto! El otro día nomás le han dado a la viuda de Saravia. Lo he visto,

— ¿ Cuánto le han dado?

— Creo que cien pesos.

— Con lo que tiene lo bastante para pedir limosna. Bueno. Y a otros no les dan ni siquiera eso. En vez de pesos, les dan palos...”

!!! Y sin embargo, *En tierras del Potosí*, no es una novela social!!! Mayor impertinencia todavía resulta decir que ésta no es un alegato magnífico del realismo social que concurre inapelablemente al advenimiento de un mundo mejor, sin tener en cuenta la época boliviana en que fué escrita, vale decir, en un período embrionario del actual dinamismo de la clase obrera y cuando en el país no había sonado ni remotamente el nombre de los fundadores del socialismo científico.

En efecto, en anteriores párrafos, hemos transcrito la descripción de la mísera vivienda de Claudina y de su madre. Poco después ahí está otro alegato que señala la pavorosa mortalidad infantil que no podía pasar inadvertida a los ojos del médico, actor y autor de la obra. Ahí está la denuncia concreta sobre el constante peligro que rodea las labores de los obreros mineros y la absoluta ausencia de seguridad e higiene industriales. El trabajo de niños de siete años y las jornadas feudales de doce, veinticuatro y treinta y seis horas de trabajo para la mayor parte de los desventurados trabajadores del subsuelo, tampoco podía dejar de impresionarle al grado de su señalamiento categórico y condenatorio.

Y por si todo lo anotado aun fuera discutido, ahí está el diálogo del médico con el propio gerente de la empresa, sobre la práctica del “juqueo” o el llamado “robo de minerales”, actividad a la que se dedican para vivir — como único recurso de trabajo y de subsistencia — los obreros cesantes, y los desocupados cuyas condiciones de vida y desamparo, sólo puede ignorar el inhumano criterio de los moralistas de la ética abstracta y del criterio psicológico “desinteresado” de determinadas posiciones anacrónicas.

El mencionado diálogo, vale la pena transcribirlo, para patentizar las limitaciones del sectarismo que pretendiera seguir negando la calidad de novela social que significa *En tierras del Potosí*.

...“ La novedad es la del robo de anoche a mano armada — exclamó el contador.

— Y a propósito— exclamó el gerente en tono festivo,— oigamos al doctor. Ya aquí todos hemos dado nuestra opinión sobre la mejor manera de evitar el robo. El Señor Scott es partidario de hacer un sistema de instalaciones que no dejará sacar ni una brizna de estaño; el Señor Rivera considera más eficaces los azotes; otros señores juzgan que se debe cuadruplicar el personal de la Policía.

Y usted ¿ qué opina, doctor? Supongo que no nos propondrá ningún medicamento. El médico, siguiendo el tono del gerente, contestó:

— Los trabajadores dicen que si se les tratara bien no robarían. Dicen que los patrones abusan.

— “! Salvajes! —gritó el contador; —raro que no digan que más bien son los patrones los que roban.

—! Uff! no solo que lo dicen, sino que están íntimamente convencidos de eso.  
—Habrás visto!

— Pero, ¿ acaso no se les trata bien? —exclamó el gerente; —desde luego esta empresa paga mejores salarios que otras.

— No es suficiente. Los obreros se quejan de sus viviendas: los más viven en cuevas. Asimismo de las condiciones de trabajo: es un trabajo mal organizado.

Lo propio de su alimentación y vestidos: son artículos malos y que, si no lo son, están por encima de sus recursos. Es por eso que los obreros quieren mejorar su situación aunque sea robando.

— !Salvajes! —repitió el contador.— Yo no acepto nada de eso. El obrero, por mucho que se le trate bien, seguirá robando, porque el instinto del robo está en su sangre; porque roba por vicio, porque roba por aquello del ...del qué es?

— ¿ Atavismo? —dijo uno.

— Justamente.

El médico y otros se rieron.

— Señor Rivera, a seguir la tesis de usted, vendríamos a parar a la conclusión de que la tierra no es sinó lo que dice Lord Byron: “una gran caverna de ladrones”.

Se levantaron de la mesa.

El contador continuó aún vociferando contra los obreros ladrones, y detuvo al médico, que quería irse.

—La verdad es, doctor, que sus compatriotas son demasiado exigentes. Nosotros traemos aquí los capitales, la civilización. Queremos implantar grandes industrias ...y no se reconoce. ¿No es esto ser salvajes?

El doctor, sin abandonar su calma, contestó:

—¿ Y porqué traen ustedes sus capitales y su civilización? ¿Es por algún fin altruista? ¿No es por aprovecharse de eso, ustedes mismos? ¿Acaso ustedes están impulsados por un móvil humanitario? El interés, la conveniencia: nada más Señor Rivera.

— Bueno; sea cual fuere el móvil, pero el hecho es ese: nosotros venimos a contribuir al adelanto del país.

—Convenido. Pero también existe este otro hecho: con ese adelanto y todo, el obrero aquí se halla tan mal o peor que antes.

— ¡ Doctor!

—¡ La verdad, Señor Rivera! Ustedes no traen aquí la felicidad, aunque traigan la civilización. Felicidad y civilización no son sinónimos. La situación del obrero boliviano sigue y seguirá siendo pésima. Lo que, por otra parte, no es tan admirable si se tiene en cuenta que este país es un país de salvajes. Lo admirable es que en el país de usted, que se dá de más civilizado..pero no digo su país, más lejos aún, los mismos países que marchan a la cabeza de la civilización mundial como Inglaterra o Norteamérica, son también aquellos en que el obrero está en peor situación. ¿No es cierto?

Y el Médico se despidió del contador, y se fué acompañado de Martín, que le había estado oyendo un poco sorprendido”

Y con nosotros, la crítica especializada, no ha dejado de reconocer el realismo social que, efectivamente, representa *En tierras del Potosí*. De ella, Enrique Finot, uno de los más ilustres críticos en el país, dice que “es sin duda, su mejor novela. Obra precursora y señera, añade cuya virtud reside en la trascendente

tarea de abrir los derroteros de la novela de repercusión social, que exprese el clamoroso dramatismo de la vida humana”.

Augusto Guzmán, en su ponderado trabajo *La novela en Bolivia*, con razón y ecuanimidad académica que le compete, sostiene: “Toca por primera vez, con ojo realista, el tema social de las minas de Bolivia...El obrerismo boliviano ignora por entonces la posibilidad de una organización que defienda su vida y sus derechos. No hay asomo de legislación obrera”.

Muchos años más tarde, otro escritor, Luis Llanos Aparicio, con un título coincidente con nuestra apreciación en un comentario al cincuentenario de la famosa novela, a su vez, dice: “Es el creador de la novela social de la mina. Con él se inicia una etapa...de la realidad boliviana...Cincuenta años de su libro que es una joya de la bibliografía boliviana, unida a un nombre inmortal”.

Max Mendoza López, con el mismo motivo que el anterior y transcribiendo párrafos impresionantes de la relevante novela mendociana, escribe: “En la época en que se publica y dado el medio en que debía leerse, es estupendo este libro de Jaime Mendoza. Novela definitivamente tendenciosa y de carácter social, como son las novelas de Víctor Hugo, Tolstoy o Dostoiewsky...Con *Los miserables*, se revela Victor Hugo, contra las injusticias sociales y la falsedad de las leyes que amparan el derecho de propiedad, basado en el goce de los menos y la miseria de los más...Jaime Mendoza en su novela *En tierras del Potosí*, se muestra como un denodado defensor de las clases desamparadas, de los obreros de las minas...Naturalmente si este libro se hubiera publicado en nuestros días, a su autor se lo llamaría sencillamente comunista”.

Muchas páginas todavía, podríamos extendernos, glosando la producción de numerosos intelectuales bolivianos que coincidentemente señalan el realismo social de las tantas veces citada

novela, no obstante la ubicación completamente dispar, de uno u otro, en la confrontación de las ideas políticas vigentes entonces y ahora mismo, en el pensamiento boliviano. Finalmente no podemos dejar de añadir la palabra de otro escritor, Rodolfo Subieta, que al comentar igualmente, el medio siglo de la obra, escribió:..."la mejor novela de todos los tiempos, a juicio del sutil crítico bibliográfico Carlos Medinaceli...Su nombre y su libro, inmortalizados, adquirirían mayor publicidad, como en el caso de los colombianos Jorge Isáac y José Eustasio Rivera, consagrados con sus únicas novelas: *María* y *La vorágine*, tan difundidas. En cambio, la novela cumbre de Mendoza, ha sido envuelta en una extraña conspiración de silencio". No será que esa misma "extraña conspiración" que resueltamente subraya Subieta, haya sido motivada y difundida por el carácter tan porvenirista de la obra? !Y sin embargo, volvemos a decir, para concluir el punto, *En tierras del Potosí*, no es novela social!

Posteriormente Jaime Mendoza publicó *Páginas Bárbaras* en 1917. Constituye otro inolvidable aporte en defensa de los trabajadores de las estradas gomeras del territorio nacional del nor-oeste. Su convicción indigenista, está expresamente revelada en la introducción de esta obra, algunos de cuyos párrafos, es pertinente transcribir:

"Nadie piensa en el mejoramiento del bárbaro subyugado, más bien en su ruina y extinción. Cuando se podía sacar hasta económicamente inesperados provechos educando en formas convenientes a estas criaturas incultas; se tiende solamente a su degradación ya por medio de agentes indirectos o ya de un modo ostensible y cínico. Ejemplos de ello los vamos viendo en los norteamericanos con los pieles rojas o en los chilenos con los araucanos. Se califica al aborígen de rémora para la civilización y se le mata. Se prefiere destruir en vez de corregir.

El procedimiento es más breve pero es inhumano y aún absurdo. El indio no es un bloque inerte. Es un elemento maravilloso del que una paciente educación y una voluntad bronceada puede sacar frutos admirables. Por sobre las frases socorridas de "razas superiores o inferiores", de razas "refractarias a la civilización", de razas "achataadas", existe una verdad incontestable el hombre es modificable según las condiciones en que se le coloque..." (El subrayado es nuestro: J. M. A.)

El autor que se personifica en el facultativo Jorge Verdugo, se traslada a nuestro emporio gumífero del antiguo territorio nacional de colonias, como médico expedicionario de la campaña del Acre. En esas funciones, recorre palmo a palmo aquella extensa región, pintada con lujo de detalles en varias escenas de la novela.

Como todas las obras del mismo género, *Páginas Bárbaras* descubre tangencialmente modalidades, formas de vida y condiciones de subsistencia de los aborígenes a los que la colectividad oriental de nuestro país, aun los denomina bárbaros.

Entre estos la tribu de los araonas es protagonista de la narración a través de varios pobladores asimilados a los diversos núcleos de colonización de la zona.

Y como jamás ha desmentido el examen sociológico que con veracidad científica se haya hecho de las comunidades llamadas primitivas, allí Mendoza ha podido patentizar sesgos de convivencia ejemplarizadora para nuestra sociedad presuntuosamente denominada civilizada, que no llega en muchas facetas de la vida humana a la jerarquía pedagógica de aquellas. Tal, inclusive la sorpresa del médico Jorge Verdugo ante las demostraciones del "salvaje" Odoari, que debe transcribirse en el punto:

"Verdugo que nunca había tenido hijos y que, por lo mismo, era ajeno a las manifestaciones del afecto paternal se admiraba de la extremada decisión que experimentaba Odoari por su hija. Parecía esto muy exagerado, más aun tratándose de un bárbaro y formaba juicios caprichosos tal como les pasa a muchos que por no conocer un sentimiento se hacen ideas más o menos inexactas sobre él... Odoari era siringuero y era de verlo picar llevando a la pequeña en brazos. A veces le ocupaban también como tripulante y en las más largas y penosas expediciones remaba con su hija al lado. Si iba a bañarse, a cazar o a pescar y a divertirse, la chiquilla tenía que estar indispensablemente con él. Un sentimiento irresistible de protección por aquel pequeño ser que hubo quedado sin madre se apoderó del bárbaro en forma tal, que ningún razonamiento, ni promesas ni amenazas le pudieron desviar jamás de tal conducta.

Una vez, cierto mayordomo trató de separarlo de su hija acudiendo a cualquier superchería. Odoari se convirtió en algo peor que un tigre y bien comprendieron que mataría a otros y se mataría a sí mismo y por tanto no quisieron insistir en la experiencia..."

Podríamos encontrar la misma experiencia y las mismas expresiones de conducta en muchos padres "civilizados" que abandonan a sus hijos, muchas veces pequeñísimos, por las anfractuosidades del matrimonio moderno? Y la conducta de incitación de la familia arañona, no se reduce al párrafo transcrito. Otro pasaje de la misma novela revela la victoriosa asimilación de las mujeres de aquellas tribus a la vida civilizada, donde despliegan una sindéresis y decencia conyugales de las que están muy distantes muchas damas del tapete verde, que ejemplifican la holganza y el sibiritismo autóctonos de la sociedad de consumo.

Asimismo, en la vida sexual de aquellos "primitivos" Mendoza también nos refiere la misma revelación que documentalmente y reducida a ese concreto sesgo de la existencia humana, hizo hace más de medio siglo el prestigioso antropólogo Bronislaw Malinowsky con su estudio sobre *La vida sexual de los salvajes*, en las Islas Trobriand. Los arañonas, como los trobriandeces, visitados en su propia lengua, en la misma forma que nuestro autor de *Páginas bárbaras*, jamás llegan "a la concupiscencias, a los vicios contra natura o a la corrupción".

Sobre las apreciaciones de la crítica, respecto a la técnica del género en la obra debemos destacar la constante mendociana, igual que en su novela primeriza, del venero sociológico que constituye su denuncia sobre las condiciones feudales de vida y de trabajo en que subsisten los trabajadores de la goma. "Viviendas" a la vera intemperie, una alimentación de absoluta indigencia y por remate y colofón de su existencia de parias, el trato cotidiano propinado por los patrones — "cristianísimos" y adiosados *exponentes* de la libre empresa— caracterizado de consabidos castigos bestiales, como describe el párrafo que lue-

go transcribimos, respecto a las sanciones a Buda, un sirguero tan pobre como los demás, que cometió la blasfemia de fugarse al monte, por no acatar la decisión contraria a su autodeterminación, del dueño de la barraca:

—“! Pobrecito Buda, si lo agarran! — exclamó Varas.

— ¿Qué le harán? — Preguntó Verdugo.

— Le darán lo menos ochocientos azotes.

— Aquí no pueden hacer eso. Aquí estamos los de la guarnición.

— Pues lo llevan a otra parte. En estos lugares el castigo más usado es el azote. El otro día nomás lo han muerto al viejo Coani en Puerto Cárdenas.

— Sí — asintió Arce — y sólo con doscientos azotes.

— Es que los azotadores — repuso Varas— no sabían el oficio. Lo atrincaron mal al viejo y como él se movía le hicieron llegar con el látigo en la ingle. Por eso ha muerto Coani. En cambio otros han chupado ochocientos y aun mil azotes y están ahora muy frescos trabajando.

Y Varas con su extraordinaria locuacidad y ayudado a ratos por Arce, hizo una relación pintoresca de las últimas azoterías que había tenido ocasión de conocer. Verdugo que ya muchas veces había oído relaciones semejantes y aun había curado algunos azotados, oía con aire flemático las referencias de Varas.

— Lo que es a mí—concluyó éste hasta ahora me duele esta parte (señalando las nalgas) con los trescientos azotes que me dieron en el Tahuamanu ahora años.

Pero ya Adriázola, que fue el que me hizo dar, recibió también su castigo. Ha muerto como un perro.

Más adelante, Mendoza refiere la tragedia de Odoari —que por los mismos motivos de Coani— recibió las mismas torturas. Se trata de aquel mismo Odoari— cuyo conmovedor apego a su pequeñuela huérfana de madre, hemos descrito en anteriores párrafos— y que no la dejaba sola, absolutamente, por motivo alguno:

“Odoari fue conducido a una barra distante de Puerto Rico, y allí se le condenó a recibir quinientos azotes. Esta fue la parte más triste de su aventura.

Una familia de siringueros se encargó de distraer a la chica mientras azotaban al padre, a algunos metros de distancia. La chiquilla triscaba gozosa tomando los juguetes que le daban. Una vieja haciendo por reír lloraba a su lado. Dos rapaces cantaban a voz en grito. Un hombre iba y venía del sitio de la azotaina y avisaba a la vieja que Odoari estaba soportando bien el castigo.

—“Creo que no morirá” — dijo en una de las veces que vino. La vieja, entre sus risas y sollozos movía fervorosamente los labios. No rezaba porque no lo sabía; pero pedía a cualquier poder desconocido que salvase la vida del pobre azotado. Y por cierto que Odoari sufrió bravamente su pena. El mismo se había desnudado y tendido al suelo, boca abajo, para recibir los quinientos azotes.

Su boca no dijo un ! ay !...Pero en lugar de ella su carne flagelada parecía hablar estremeciéndose convulsa y sangrienta a cada golpe. Otro hombre habría muerto. El mismo Odoari se sintió desfallecer con los últimos latigazos. A los atroces dolores que sufría, empezó a suceder una inconciencia siniestra, precursora de la muerte. Pero en eso se acordó de su hija, y, vivió!...”

Completando la pintura de la vida semoviente de los trabajadores siringueros describe la alimentación primitiva —escudriñando lo que había de ingerir, en la selva, en una famélica búsqueda, al azar — que peculiariza la subsistencia de los siervos de la gleba:

“El campamento, en efecto, era el mismo bosque. Allí estaban dispuestos los trabajadores teniendo por todo abrigo los árboles. Había más de cuarenta familias que vivían en grupos o aisladas sin orden ni concierto. No había tenido aun tiempo de construir ni una casucha. Y anádase a esto que tampoco tenían que comer, según lo había dicho el bárbaro que se encontró con Lalán. El mayordono Santiago contestando al patrón que le reprendía porque había permitido abandonar el trabajo a dicho bárbaro, decía que forzosamente se veía obligado a hacer eso con todos los trabajadores. Había que distribuir el tiempo entre el trabajo y en la busca de algo para alimentarse. No había ni charque, ni arroz, ni azúcar, ni sal...”

Y aunque hubieran tenido aquellos recursos de sustento—charque, azúcar, arroz y sal— en superabundancia, la alimentación de los explotados de la goma, no dejaba de ser severamente infrahumana y avitaminósica, con inexorable desmedro de su salud y disminución letal de su longevidad.

Por otro lado, y sin hacer una calificación sociológica, inherente a las exigencias de nuestra época, Mendoza demuestra la expresión del más puro feudalismo, en el trato que los sirringeros reciben de sus patrones. Estos como propietarios de los desventurados trabajadores de la goma, deciden discrecionalmente de su vida, no sólo para eliminarlos físicamente al primer quítame estas pajas, sino para casarlos, investidos, a su sólo caletre, de la jerarquía eclesiástica que se les ocurra, a más de practicar con menores de edad, niñas verdaderamente núbiles, una poligamia solo equiparable a la de los más dotados cabrunos.

Finalmente *Páginas bárbaras*, en el relato de la vida del médico expedicionario Jorge Verdugo, en las tierras del nor-oeste, señala en forma impresionante la degradación de éste — como ha ocurrido con innumerables colegas suyos que en el atraso del medio, han ejercido heroicamente la medicina en localidades rurales y provinciales— alcoholizado, como una de las formas de evasión de un ambiente rutinario y asfixiante.

La tercera producción novelística de Mendoza, titula *Los malos pensamientos*, publicada en 1916. Entre los críticos de esta obra, se destaca el comentario de Carlos Medinaceli que queremos traerlo a cuento, por las observaciones que se nos ha sugerido a tal enjuiciamiento. Pues se afirma, con mayor conocimiento de causa que aquel “impugna *Los malos pensamientos*, observando que la novela termina por donde debía comenzar, porque Mendoza concluye su libro con el traslado del cura Naro, que es uno de los protagonistas, de Sucre a Poroma, y, según Medinaceli, lo interesante habría sido relatar la vida del cura en Poroma o sea en el escenario de un pueblo. Mendoza,— se objeta— en *Los malos pensamientos*, no se propuso relatar la vida de un cura en la ciudad o en la aldea sino reflejar la vida finisecular de la clase media urbana de Bolivia, y como quiera que el cura formaba parte de esa vida, ahí entró el cura, como entraron la niña “de sociedad”, el médico, los estudiantes, las beatas, Una

Sisebuta chuquisaqueña y su pobre marido, un jugador, etc. Lo curioso, concluye la mencionada sugestión, es que a Medinaceli, que demostró interés por la vida del cura de aldea, no se le ocurrió introducir cuando debió y pudo a un cura en *La Chaskañawi*, con el antecedente de que el propio Medinaceli caracterizó su novela, como obra de “costumbres bolivianas” y en un pueblo de provincia”.

En mayo de 1918, Jaime Mendoza publicó *Memorias de un estudiante*, que a su vez contiene tres novelas breves, que han sido enjuiciadas, como obras de poca monta, por la crítica literaria. La primera de aquellas, con el título de *Una historia clínica*, alude a los problemas supuestamente patológicos de un joven tarijeño que concurre a Sucre a buscar la ayuda de los médicos más renombrados de esos tiempos. La dificultad de lograr la consulta de éstos y de concitar su interés clínico, hace que el autor y actor a la vez, de la breve novela, se entregue a su ayuda, contribuyendo con tal comportamiento a revelar un hallazgo que la medicina moderna ha dado el nombre de orientación o medicina psicosomática, que ya hemos referido en un capítulo anterior. No lo hemos hecho, en cambio, con el desenlace del infortunado Valentín —personaje central de la obra— que fallece en el nosocomio de Santa Bárbara, y cuyo cadáver, como el de todos los desheredados que sucumben sin parentela alguna en el lugar de su deceso, es destinado como carne de anfiteatro, a la disección de las preparaciones anatómicas de los noveles estudiantes de medicina.

“Cronológicamente,—nos ha aclarado Gunnar Mendoza—la primera novela de nuestro biografiado ha sido *Una historia clínica* (1897), seguida de la primera versión de *El lago enigmático*, (1895) ambas publicadas en 1918 y 1936 respectivamente, y después *Jorge o Amor* (1910), inédita”. De esta última, su hermano German —según Jorge Garret A— dijo que era “la más gorkiana de sus obras”

*Los amores de un joven cándido*, es la segunda novela breve, que contiene *Memorias de un estudiante*, que en cumplida consonancia con su título, describe las relaciones sentimentales de un estudiante cuya timidez y mucho más todavía, cuya mentalidad de tierra adentro, son descritas con amenidad, y con algunas pinceladas de prosa selecta, entre las que destacamos la siguiente:

...“La luz de la lámpara continuaba irradiándose melancólicamente en derredor, haciendo contraste con la blanca claridad del alba que iba penetrando por las vidrieras de las ventanas de la puerta. Recogí las persianas y plegué un instante las cortinas para hacer camino más amplio a los fulgores matutinos. Juanico apareció mientras me ocupaba en esto, y llevó la tetera. En seguida yo apagué la lámpara y me senté frente a la puerta, en un punto de donde podía contemplar un pedazo del cielo diáfano, y otro pedazo del patio, precisamente aquel que estaba ocupado por los árboles y el jardín cuajado de flores. En realidad era ya de día y apenas faltaba un pequeño refuerzo más de la aurora para que barridos los últimos restos de la noche, la luz se constituyese como la sola soberana de la tierra”.

Finaliza la trilogía novelística mencionada, con *Los estudiantes*, donde Mendoza retrotrae la vida universitaria de Chuquisaca, durante la vigencia de la Academia Carolina, con la presencia de Fernando Toro y Manrique de La Peña, dos estudiantes que representan las disputas ideológicas de la época. El primero confronta la frecuente disyuntiva que a veces se plantea entre el amor y el deber y que en el caso, es la dubitación entre Julia — una hermosa muchacha, prima de Manrique — o su sostenido apoyo a la causa de la emancipación americana.

Posteriormente, en 1928, Mendoza publica *Los héroes anónimos*. Se trata de novela igualmente breve, de contenido sociológico ‘muy vernacular, que revela las aristas siempre anfractuosas del comportamiento de la clase dominante, con su permanente discriminación de los desposeídos y su aristocratismos sedicente.

El personaje central de aquella obra es un chiquillo, Agustín Benavidez, familiarmente llamado *Acuti*, hijo de María la sirvienta del matrimonio de Pantaleón y Justa Rojas, engendrado por “el joven Benito”, hijo de éstos.

Como ocurre invariablemente en la sociología boliviana, la madre de Acuti, después de haber dado a conocer que Benito Rojas era el progenitor de su hijo fue despedida por los “ofendidos” patronos que no podían tolerar — la bastardía— ni noticia del mandato de la naturaleza, ni admitir que el niño de la modesta empleada doméstica era vástago de su hijo Benito. La pobre madre soltera, por fortuna, encontró el hospedaje de un matrimonio indígena, ligado a su parentela que habitaba un rancho desmantelado en las afueras de la urbe, de donde venía diariamente, en comercio de frutas y hortalizas y legumbres a la ciudad, para subvenir con ejemplar dignidad el sustento de su pequeñuelo lactescente, que apenas frisaba sus seis primeros meses, desconocido y negado de su padre que se avergonzaba de él. La empingorotada señora doña Justa de Rojas, ligada por supuesto a las “familias más decentes de la sociedad”, no podía admitir la maternidad ilegal de aquella mujer pura y sana cuya honesta virginidad, precisamente sucumbió a los arrestos libidinosos de su hijo. Su menguada “decencia”, no podía entender que, por el contrario, ser madre, así fuera al margen de la ley— discriminatoria desde las doce tablas añejas de la Roma esclavista— o de los santos sacramentos, es una divinidad laica — sin fronteras, ni parajes prohibidos— que algún día han de admitir y aprobar todas las confesiones de todos los creyentes. La “decente” estolidez de doña Justa de Rojas, en su presunción de matrona romana autóctona, no podía concebir que aquella maternidad es más respetable e higiénica que el escondrijo delictuoso y abortivo de muchas “damas” de la sociedad de consumo que ostentan una virginidad espúrea y ensangrentada, para tarifarla, posteriormente, en la ceremonia nupcial de conveniencia.

La magna cátedra de la vida, sin embargo, se encarga frecuentemente de propinar lecciones de severo reproche y de aprendizaje punitivo al presuntuoso misonieismo de algunos poseyentes. Cierta día que doña Justa de Rojas, recorría el mercado Camacho de la ciudad, tropezó con su antigua sirviente que, dichosa de su maternidad, se deleitaba acariciando a Acuti, sentada en el lugar de sus escasas ventas. Sorprendida de reconocer a pesar suyo — y por las facciones idénticas e inconfundibles, con que sella la naturaleza, como testimonio inapelable, la procedencia de los hijos mal llamados naturales— la semejanza del pequeñuelo, con su hijo Benito, no tuvo menos que, al grito de la sangre y la genética, tratar de obsequiarle unos centavos que extrajo de su bolsa, con ademán de dárselos a María, para el niño. Pero ésta — “aquí otra vez la dignidad, dice Mendoza, de la airada respuesta que protagonizó— rechazó con displicencia el extemporáneo obsequio. No faltaba más...”

A lo que doña Justa, no tuvo más que guardarse su escasísimo dinero, manifestando a una amiga que le hacía compañía, — “así son estas aimaras...”

Algún tiempo después, María contrajo matrimonio con un decente y laborioso zapatero que —rubricó otra lección que también frecuentemente enseña la clase obrera— supo ser un Señor padre para el negado Agustín. Como si hubiera conocido la semántica que la sabiduría sánscrita adjudicó al sustantivo padre, supo tratar al niño, como “carne de su carne y como sangre de sus venas”, en el florido acento del argentino Dávalos.

Efectivamente, como sugiere tal semántica, no se es padre por haber engendrado, cuanto por asistir integralmente a la crianza de la infancia. Quizá por ese cálido y fertilizante respaldo es que, Agustín resultó un niño muy listo y penetrante. Aprendió a leer y escribir con manifiesta rapidéz, sorprendiendo gratamente con su agilidad mental a su madre y a su padrastro.

Desgraciadamente, las desventuras no vienen solas, sino en tropes, cual lo dijeron sucesivamente, en su ingente señorío psicológico, Cervantes y Gracián. Poco tiempo después, María falleció de tifus exantemático —otro atributo del hacinamiento y la pobreza— dejando a Acuti en la desventura de la orfandad, pero al cuidado de su magnífico padrastro, junto a dos hermanos menores, hijos de éste y la difunta. Un poco más crecido, y seguramente torturado por la ausencia definitiva de su madre, Agustín se alistó como tamborero del Batallón Murillo que marchaba, a la sazón, a la campaña del Acre.

Cerca a Apolo, por donde pasó tal unidad militar, se presentó un extendido sector de altibajos en la ruta que seguía el batallón. Eran unas “suchumas” comenta Mendoza al describir, cómo el mismo General Montes, “con unas briznas de barro aprisionadas en sus bigotes” seguía junto a su tropa, y sin cabalgadura alguna, sin sospechar que así, describía una lección de reproche y de enseñanza a otros que, mas tarde en la derrota de la contienda del petróleo, tuvieron un comportamiento muy distinto, en las canículas del Chaco. Mendoza, ahí dice de Agustín que “hasta entonces, él había creído que jamás los generales podían embarrarse hasta el extremo”.

Pocas líneas después y relevando la sencillez y el patriótico ejemplo del expresidente Montes, a la hora de las duras, cuenta que “hubo desacuerdos y rechiflas, ya que los de la cola protestaban contra los de la cabeza y un día que el General Montes había ordenado que se apresurara el paso, no faltaron voces insolentes y festivas que desde atrás gritaban: — Que pare; que pare ese *champa-bigote*, nombre que se le hizo más gracioso a Agustín, recordanto el incidente de las briznas de barro”.

Pasada aquella otra mutilación de la heredad nacional, Agustín regresó a La Paz, con el Batallón Murillo. Al describir su llegada, por las faldas de la cordillera y ya cerca al cementerio

general, el autor concluye su relato con una bella figura. Pues al pasar por el principal camposanto paceño, el pequeño Acuti, recuerda que su madre está allí, durmiendo el sueño postrimero. Con los ojos anegados y el estrujo en la garganta con que oprimen los recuerdos pesarosos, el pequeño expedicionario, meditativo, se imagina el alborozo con que ella podría recibirle: con el cariño inmenso y la ternura infinita de todas las madres, si no se hubiera dormido para siempre...

En 1936, se publicó en Sucre *El Lago enigmático*, la última novela de Jaime Mendoza, cuya aparición y factura han motivado la sorpresa coincidente de la crítica. Pues como él mismo escribe en el prólogo de dicha obra, es una continuación del relato *La Isla* — que a juicio de Enrique Finot, no reúne las condiciones inherentes al género novelístico, — publicado en la *Revista Chilena*, de Santiago en 1864. Así, como antecedente de *El Lago enigmático*, Mendoza nos dice que a fines del siglo pasado, “apenas adolescente”, encontró entre los documentos de “su abuelo Manuel Mendoza, una leyenda del escritor cruceño Manuel María Caballero” protagonizada en el Lago Poopó. El principal personaje de *La Isla*, es una adolescente, Filomena, que vencida por una desventura amorosa resuelve confinarse en una isla del mencionado lago, donde en son de suicidio, se deja llevar por las aguas en una pequeña balsa de totora. La breve narración que cautivara a nuestro biografiado, surge como argumento ampliado en *El Lago enigmático*, cuya gestación dilatada, justifica en el desconocimiento que a sus años mozos tenía del Lago Poopó, lugar necesario de percatarse para mayor objetividad de la narración, no obstante los consejos que en contrario le daba Man Céspedes, su dilecto y notable amigo de la infancia, por quién sintió tanto afecto en su vida. En efecto, Mendoza añade en el punto, que aquel “le dijo que no importaba que no conociese el lago para describirlo y que aun se podía poner en *La Isla*, de Filomena, un personaje que para Céspedes sería el principal: el árbol. Ni por esas, el autor se dió por convencido, quedando guardados los papeles en la gaveta. Pasaron varios a-

ños. Un buen día, el autor, hecho médico de mineros, escalaba la gran meseta, camino de Uncía y Llallagua; y poco tiempo después tocábale vivir por algunos meses en Challapata, frente al Lago Poopó. Y en Challapata hasta llegó a recoger entre los ancianos del lugar diversos datos sobre los personajes de la leyenda de Filomena, etc.”

Enrique Finot, enjuiciando *El Lago enigmático*, dice, como anotamos anteriormente, “nunca hemos acertado a explicarnos la razón por la cual J. Mendoza eligió para su última novela el tema de la leyenda de Manuel M. Caballero” y finaliza afirmando que ella ha pasado inadvertida, pero que tiene el mérito de haber marcado un progreso en el estilo del autor y en el dominio de la técnica novelística”.

Augusto Guzmán en *La novela en Bolivia*, concluye en que “el estilo es sencillo, claro, natural. Los diálogos buenos, las descripciones sobrias”.

A Carlos Medinaceli la novela referida le provocó una explosión de mayor entusiasmo. Gunnar Mendoza nos ha informado que con tal motivo, escribió a Jaime Mendoza una carta abierta que se publicó en Sucre, en dos números de *La prensa*, de esa ciudad (Nos. 3284 y 3286) de 17 y 24 de noviembre de 1937. Entre lo que cabe destacar, Medinaceli le dice al autor de *El Lago enigmático*: “No quiero dejar de consignar esta observación sobre la cual deseo que se pronuncie la crítica seria de Bolivia: cuanto más lo leo a usted, más semejanza le encuentro con Pío Baroja, etc.”

## Capítulo Quinto

### EL POETA

La propensión de Mendoza a las bellas artes en general y a la palabra rimada en particular, seguramente arranca de sus vivencias infantiles en la localidad de Yanani, que ya hemos referido en el capítulo primero. Ningún estímulo más adecuado, en efecto, para iniciar y proseguir el fascinante sendero de la actividad poética que el embrujo de la naturaleza exuberante y ubérrima, en los cálidos valles de aquella parcela chuquisaqueña.

Posteriormente, tal inclinación pudo haberse robustecido, con las lecturas de la nutrida biblioteca que atesoraban sus antecesores en aquella provincia: “Espronceda, Zorrilla, Becquer, Nuñez de Arce, Walter Scott, Byron, Lamartine, Víctor Hugo” que específicamente cita Gunnar Mendoza en el resumen biográfico ya mencionado del Hombre. Después en *Notas psiquiátricas* de que ha informado el capítulo tercero, el mismo Mendoza, ha de ratificar sus disposiciones artísticas, al referirse al inicio de su carrera médica: “Yo no amaba la medicina. Mis tendencias naturales de niño me arrastraban al campo del arte en sus diversas manifestaciones, sobre todo en la pintura, y luego en la poesía y en la música”

Es en esa forma que, desde muy joven, desde niño acaso, comenzó a pergeñar muchísimos versos. Y no los dejó de pro-

ducir, a lo largo de toda su vida. Gracias a su hija Martha hemos tenido la fortuna de conocer algunos poemas inéditos de su producción en la adolescencia. Seguramente son los más logrados de esa época entre los que se destacan algunas *Cônfidencias* que encabeza, con un poema titulado *A mi padre*, del que creemos pertinente insertar algunos versos que traducen su enorme y conmovido afecto filial, seguramente, como ya dijimos en el primer capítulo, ya impresionado por la lírica paterna que lo condujo a los floridos predios de Caliope. Ese poema fue escrito en Yanani, en 13 de febrero de 1893:

...Un día fue que en mi inocente infancia  
al oír los sonos de tu lira tierna  
sentí vibrar mi corazón recóndito  
y soñé con anhelo de ser poeta,  
Entonces fue que el atrevido niño  
tendió con ansiedad las manos trémulas  
y alzó la lira y encontró afligido  
que muy grande y pesada para él, era.  
Y fue entonces también que a ti se alzaron  
mis disonantes cántigas primeras  
que aunque en su forma débiles y absurdas  
en su origen y objeto fueron bellas..."

Después, aún alternando por supuesto, con sus labores de médico de minas o de médico expedicionario en la contienda del Acre, ha de proseguir en esa seductora tarea. En Llagua, "sigue escribiendo poesía y prosa — continúa el mismo comentario anterior de Gunnar Mendoza —, son de entonces sus poemas "El Chullpa", "Cantos montañeses", "Cantos de piedra", etc.

Más tarde, numerosos diarios y revistas de cultura en el país han publicado continuamente sus versos, con juicios en general, elogiosos de la crítica, aunque algunos comentaristas le hayan adjudicado menor calidad y brillo en ese tipo de su elaboración, en relación a otras facetas de su producción.

El único volumen publicado de las poesías de Mendoza, es *Voces de antaño*, editado en Sucre, en 1938, con ciento setenta y dos páginas, que contiene apenas un aproximado veinte por ciento de toda la producción poética del autor. Todo el resto, aunque cuidado y conservado en su archivo personal, permanece inédito lamentablemente. En ese trabajo, está sintetizada expresivamente la pedagógica personalidad de Jaime Mendoza, porque en casi todos sus versos está rebozante y con la mayor plenitud, su apego al solar nativo, a las míticas y colosales cumbres de nuestra alba cordillera andina, al encanto vegetal y fecundo de nuestras selvas orientales, a los extraordinarios tipos étnicos de la bolivianidad y como siempre — en toda su fertilidad intelectual y artística — a los desamparados, a los desposeídos, a la hercúlea y postergada figura del indio boliviano, y, por supuesto, a los manes de la nacionalidad.

Su patriotismo infinito, no podía dejar que como poeta, cante al máximo anhelo nacional que, desde hace cerca de un siglo, es el mayor consenso boliviano que exterioriza su poema que no figura en *Voces de antaño* — *El camino del Mar*. De éste extractamos los más sentidos versos:

Lo que un día fue nuestro,  
nuestro otra vez será;  
y por más que se oponga el siniestro  
enemigo al rescate final,  
! Oh, patria! no importa su brega obsecada,  
que, al cabo tus hijos, con alma esforzada  
y ruda voluntad,  
volverán en dura cruzada,  
a encontrar el camino del mar.

.....  
.....  
Lo que un día fue nuestro,  
nuestro otra vez será.  
No se impone por siempre el secuestro

a los pueblos, ni se ata el dogal  
a quien, con su sangre, los gérmenes lleva  
de razas briosas que el tiempo renueva.  
Pronto, ! Oh patria!, serás  
la potencia que a todo se atreva  
para hallar el camino del mar.

.....  
.....  
Los hijos de los hijos del Sol, de esos gigantes  
que desde el altiplano supieron descolgar  
al Mar del Sur sus huestes en éxodos triunfantes,  
de nuevo volverán  
a seguir la inmortal trayectoria  
de Yupanqui en la mítica edad;  
y así, nuevamente, se verá en la historia  
resucitar la gloria  
de la vieja epopeya racial.

.....  
Lo que un día fue nuestro  
nuestro otra vez será.  
.....

Enrique Finot en su *Historia de la Literatura Boliviana*, y con la autoridad que investía en la crítica literaria del país, juzgó a Mendoza, en estos términos: "También debe ser citado entre los escritores en verso, Jaime Mendoza, cuya producción más importante abarcó la novela y el ensayo histórico y sociológico y a quien Villalobos no ha querido mencionar como poeta. Bedregal ha dicho de él, sólo de paso, que fue "poeta intenso y escritor multiforme". "Su poema Tiahuanacu, sin embargo, premiado en uno de los concursos celebrados en el segundo decenio de este siglo, se reputó como obra de potente inspiración y de robusto aliento. Guerra ha definido la obra poética de Mendoza, sin duda, con acierto, diciendo que sus versos son de "ruda contextura".

El mismo Finot, al comentar la jerarquía de Gregorio Reynolds en la poesía boliviana, alude a Mendoza en este otro pá-

rrafo: "Ninguno entre los poetas (se refiere a Reynolds), ha sabido, con idéntica maestría, describir el paisaje natal, ya que sentirlo con igual intensidad, lo sabe otro poeta, el de más compleja personalidad entre los escritores bolivianos: Jaime Mendoza".

Concurrió a varios certámenes poéticos —fuera del aludido anteriormente por Finot— en los que alcanzó el cetro de la distinción, con producciones inolvidables que traducen aquellos sentimientos que hemos señalado. Uno de los más celebrados, es el que se realizó en Sucre, en 1927, donde ganó merecidamente la Banda del Gay Saber y la Medalla de Oro, con el primer premio adjudicado a su poema El Cabo de la vela, cuya transcripción total se impone, por el primor de su forma y contenido:

Es media noche: la hora del misterio,  
la hora de las visiones. El poeta,  
que en su aposento, sólo,  
sentado ante una mesa,  
leía un libro, ciérralo de súbito,  
porque la humilde vela  
que, ténue, le alumbraba, ya está a punto  
de consumirse. Al verla  
el poeta reclina  
la armoniosa cabeza  
en el respaldo del sillón, absorto  
en la llama.

La llama parpadea  
cual ojo soñoliento  
y a su luz mortecina se sospechan  
más que se ven, en la modesta estancia,  
un pobre lecho, algunas sillas viejas,  
libros, papeles, flores, un armario  
con su luna antiquísima, una percha  
de que cuelga un abrigo como un cuerpo

de la horca, y en el muro una acuarela  
en que se ven figuras que parecen  
haciendo en la penumbra extrañas muecas...

Y el bardo permanece con los ojos  
fijos sobre la vela.  
Y la vela, a su frente,  
con lumbraradas trémulas,  
fulge roja y azul, como la punta  
de una espada de fuego. Y hay en ella  
algo imponente y grave,  
algo que se dijera  
quiere hablar...

Y de pronto en el silencio  
se le ocurre al poeta  
que ella le habla en verdad...Escucha, extático,  
y le parece que esa roja lengua,  
como la lengua de un celeste espíritu,  
con estas frases de ultratumba suena.

*Voy a morir por alumbrarte, bardo.  
Voy a morir. Contempla  
mi agonía. Vé cómo  
de la misma manera  
que he vivido alumbrando, ahora me extingo  
alumbrando también...*

*Tú, así, poeta,  
alumbra...Que tu vida  
sea una luz y que tu muerte sea  
otra luz: dá tu espíritu hecho llama  
a los demás; has de tu carne esencia  
luminosa: prodígate en lo bello  
como el molusco se prodiga en perlas;  
ara en las almas, y en el surco abierto  
pon la simiente buena  
de vida y de verdad, para que un día  
otros recojan fúlgida cosecha...*

*Y sé humilde , poeta, cuando alumbres.  
No seas lampo que deslumbra y ciega.  
Sé humilde: si eres astro, sé la luna,  
y si insecto, la tímida luciérnaga.  
Y si eres la mirada de unos ojos,  
sé la mirada buena  
de Jesucristo aun al morir...Sé humilde.  
Ilumina la mísera vivienda  
del proletario. Ampara  
a los pequeños: besa  
las cabecitas de los niños pobres  
y los niveos cabellos de la abuela,  
y sé para el vencido de la vida  
que muere sin que nadie le sostenga,  
el macilento cirio  
que ante su cuerpo inánime gotea  
sus lágrimas extrañas, cual si fuese  
la muerte misma que a su lado reza...  
Sé humilde...Si es preciso  
ir al pantano y la cloaca, llega  
sin miedo allí; recorre los desvanes  
lóbregos; ilumina el hampa infecta  
y baja hasta los fondos más siniestros,  
que la luz no sea mancha aunque descienda.*

*Alumbra, bardo...Alumbra aún a los seres  
que te ven con rencor, y a cada piedra  
que te asesten, responde con fulgores  
que caigan como pétalos de estrellas  
sobre sus mismas frentes: la venganza  
no es el "placer divino" que en la griega  
mitología se postula. El odio  
es tan solo un veneno. Lo que eleva  
es el perdón, y solo el que perdona  
es quien bebe en la mesa*

*del Divino Maestro el vino puro  
que hace gustar la excelsitud suprema...*

*Alumbra, bardo...Empero, si tu paso  
por nuestra baja tierra  
es incógnito y breve,  
sé al menos como aquellas  
luces fosforescentes que en la noche  
prenden en la sidérea  
inmensidad sus rayos fugitivos;  
o sé cual la libélula  
que al pasar, rumurando, entre las flores  
parece un madrigal que canta y vuela;  
o sé cual la arañita  
que acomoda los hilos de su tela  
entre las ramas del jardín, y en ellos  
el sol sus rayos quiebra  
y forma puentes áureos  
y escalas de moléculas  
astrales: tú, asimismo,  
teje, bardo, la trama rosa y seda  
que aun frágil y efímera,  
sepa dejar, siquiera  
por un instante, la impresión seráfica  
de esa sutil materia  
"de que se hacen los sueños", como dijo  
evocando la vida extraterrena  
el gigante de Albión...*

*! Alumbra, bardo,  
alumbra! De esta suerte en tu carrera,  
habrás dado la mano a muchos ciegos  
y alivio a muchas penas;  
y cuando llegue la hora de extinguirte  
dejarás en tu senda  
vestidos en fulgor aun los abrojos.*

*La sangre misma que vertió la abierta  
herida en el camino, en vez del odio  
hablará del amor, de la serena  
abnegación, del sacrificio noble.  
Será una sangre bella,  
una sangre hecha luz...*

Se hace el silencio  
en la estancia. La vela  
se ha consumido. Empero, todavía,  
le parece al poeta  
escuchar en redor algo muy leve,  
como el vuelo de un ave que se aleja,  
y le parece ver algo muy grande,  
como un sol que se pone tras de la tierra...  
Y entonces, a su espíritu nostálgico,  
asoman las palabras que dijera  
aquel otro gigante —el de Germania—,  
cuando vino la muerte con su venda:  
“¡Luz, mas luz!”. Es decir, la luz del cielo,  
la luz de la verdad, la luz eterna,  
la luz del ideal...

Es la enseñanza  
que le ha dejado el Cabo de la Vela.

Entendemos que la sensibilidad y la delicadeza exquisitas del poeta, están transparentemente retratadas en los versos del anterior poema. Seguramente este, como muchos otros del inspirado vate, no han sido conocidos por quienes pudieron adjudicar a Mendoza, sólo un feble y poco solvente culto a Polimnia y Caliope, rondando desafortunadamente por la Fócida, por la fuente de Castalia, o de Hipocrene y Aganipe. Entre aquellos quizá quepa situar a Villalobos quién, ya hemos visto, “no quiso mencionarlo como poeta”. De conocer el poema que acabamos de transcribir, y haber hecho otras verificaciones, habría persistido en su peyorativo silencio?

Sin embargo, la balanza de Cronos — al que nuevamente tenemos que referirnos—con objetividad inapelable, ha otorgado no más, por aquel y muchos otros poemas, al trovador Mendoza. “la inmortalidad por delante” que Juan Ramón Jiménez señaló como privilegio indiscutible de los poetas de más dorado cetro, como fue Mendoza.

Y debemos retornar al análisis de El Cabo de la vela, donde “en el silencio se le ocurre al poeta que ella — la llama— esa lengua roja le habla en verdad, como la lengua de un celeste espíritu con estas frases de ultratumba...” Y así asistimos a la proyección universal — esa transposición del bardo en sus estrofas, como la de todos los narradores en la prosa — del autor en su obra, donde asoma sutil y metafórica la “bella locura de amor a la luna, que es locura eterna de todo poeta” — cual lo dijo otro vate— y en el caso, además un psiquiatra, justificando en esa cárdena y fugitiva alucinación deliroide del bardo insomne, la pretendida insania que Pedro Grullo intuye, a veces, en muchos cantores de la frase rimada o que los encuentra en los alienistas que desentonan del estereotipado vegetal de Juan Pueblo, aunque éste proceda de la indigencia mental burguesa o esté ornado de extracción académica y universitaria.

La jerarquía poética de Mendoza, se impuso otra vez, en los Juegos Florales de Oruro donde ganó el primer premio con otra Banda del Gay Saber y la Medalla de Oro, en septiembre de 1926, con su poema *Oruro*. En la presentación del folleto, editado en Sucre, con tal motivo y la publicación del verso premiado, una vez más traduce su proverbial modestia a la vez que informa sobre el real origen del trabajo premiado en estas frases de ineludible transcripción: “Este pequeño poema es apenas un fragmento de otro mucho mayor— una especie de poema —que escribí a saltos hace muchos años, cuando me hallaba en las regiones mineras de Llallagua y Uncía próximas a Oruro. Al

enviarlo al concurso convocado por la Escuela de Bellas Artes de esa ciudad, naturalmente *solo podía pensar en un tercer premio —caso de ser premiado—* (el subrayado es nuestro: J.M.A.). Parecíame que mi obra no daba para más...en alguna de sus estrofas; en las más de las restantes, hay aspereza, falta esa estructura eufónica tan buscada por los vates...y, en lo demás, ni siquiera está de acuerdo con los cánones estéticos hoy en moda”.

Es probablemente por aquellos “cánones” que, algunos críticos, han acentuado la ausencia de calidad en su poesía. Y algo más en este orden de la crítica literaria en cuya competencia, de otro lado, carecemos del menor antecedente que nos permita la humana osadía de ejercerla. Sin embargo, en la misma presentación del trabajo premiado en la Ciudad del Pagador, Jaime Mendoza y entre sus cumplidos agradece a los entonces dirigentes de la Escuela de Bellas Artes, los “poetas Antonio José de Sainz y Roberto Guzmán Téllez”, otros dos vates enjuiciados a vuela pluma por los entendidos en el asunto, cuando no con su sugerente y expresivo silencio, como se hizo, ya lo dijimos con Mendoza.

No creemos incurrir en redundancia alguna, si por otra parte resaltamos su ejemplar calidad humana, como traducen muchos otros poemas, a parte del transcrito anteriormente. Y prosiguiendo la propia pintura temperamental en sus versos, no puede omitirse el análisis del titánico estoicismo que Mendoza proyectaba en los suyos. Quizá como un lejano grito de nuestro ancestro andino y quechua —que jamás consideró lescivo, ni mucho menos, consciente de su oficio y su cultura ecuménica, de nuestro mestizaje universal— en alguno de aquellos, hace gala de la tenacidad volitiva inherente al mundo del Tahuantinsuyo. Otro médico ilustre — Santiago Ramón y Cajal— señaló esa síntesis de dinamismo, como pedagógico atributo varonil, en sus memorias. Es así como se refiere y canta al *Dolor amigo*, en extensas estrofas, entre las cuales destacamos solamente las que tienen mayor atinencia con el punto:

Yo era el ser sin deseos ni ambiciones;  
yo la mordaza de mi propio acento;  
la cárcel de mis propias sensaciones;  
la tumba de mi propio pensamiento.

Yo no sabía que en lo más profundo  
de mi callado espíritu existiera  
un singular mundo —ese otro mundo  
que es más grandioso que el que existe afuera—

.....  
Tú, poniendo la cítara y el plectro  
en mis manos, maestro de energía,  
en vez de ser un espantable espectro  
eres vida, color, luz, armonía.

Hiéreme, pues. Hoy tengo ya la clave  
de las fuerzas que en mi alma se suceden.  
! Hierre, dolor: sólo volando el ave  
llega a saber lo que sus alas pueden!

.....  
Por eso a cada herida en la batalla,  
desbordan mis cantares, sin desmayo:  
al golpe que le dan, la bomba estalla,  
del choque de las nubes brota el rayo.

Por estos versos coincidimos plenamente, aunque sólo fuera en este punto con el paralelo que en muchos otros órdenes trató de establecer Hugo Bohórquez R. — en el homenaje al cincuentenario de la novela *En tierras del Potosí*. ofrecido en el parainfo de la Universidad Tomás Frías— entre nuestro biografiado y el famoso biólogo y médico Santiago Ramón y Cajal, con su disertación titulada *El paisaje espiritual de Jaime Mendoza*. Y quizá Bohórquez tuvo más razones que sopesar. La sencillez y la modestia del genial aragonés que fué descubierto por un extranjero (el histólogo alemán Koelliker) y en el extranjero, lejos de su terruño, encuentra el paralelo respectivo de nuestro Mendoza encantadoramente sencillo y modesto, y como aquel, de Petilla de Aragón, igual, solemnemente pobre de peculio y tam-

bién descubierto lejos de sus pagos, en París — por un extranjero— por Rubén Darío.

Y volviendo a los versos del poema *Dolor amigo*, pareciera también que Mendoza, hubiera recurrido a la métrica, para cantar en tal forma, el homenaje que Cajal hace a la virtud volitiva de la especie, en las memorias de su infancia y juventud, en páginas inolvidables que ningún médico que pretenda alguna vírgula de cultura universal puede dejar de conocer, desde los primeros cursos de su carrera. En aquellas evocaciones, efectivamente, Santiago Ramón y Cajal, en su siempre didáctica insistencia sobre la “atención prolongada” en el éxito del aprendizaje, subraya de otro lado, el sentido gimnástico y creador del tropiezo y del fracaso y de la necesidad de no sucumbir jamás ante la frustración que sólo debe ser aprehendida como percance y accidente momentáneos y victoria postergada, para saboreársela ulteriormente, con tanta mayor plenitud, cuanto más salobre hubo de ser la angustia del malogro anterior. Así, el afamado histólogo — como Mendoza dijera: “a cada herida en la batalla desbordan mis cantares sin desmayo”— se refiere a la pujanza de los noctíluco marinos que encienden sus fosforescencias, con tanta mayor luminosidad, cuanto más severo es el choque del navío que tropiezan en las profundidades oceánicas.

Aquella misma convicción, sobre las lecciones — a veces ásperas y muy duras, pero siempre educativas— que se recibe en el variadísimo sendero de la vida, seguramente Mendoza ya tenía muchos años antes . Lo confirma una carta que escribió a Franz Tamayo, en respuesta a una anterior de éste, entre cuyas líneas se destaca el punto que desmenuzamos. Y vale la pena transcribirlo: “Leo una frase extraña en su carta, — le dice a Tamayo, en abril de 1912, desde Uncía—. Si por miseria se ha de entender el supremo sufrimiento humano...Protesto de tal definición. El sufrimiento, y más aun si es supremo, es una gran fuerza, es la reacción de la energía humana

ante los golpes de la suerte. La miseria sólo es...miseria. El sufrimiento es noble, fecundo en resultados maravillosos, profesor de enseñanzas bellas. Gracias a él la dicha es más profunda, sin él no se explica la alegría, ni la vida en suma. El que no sufre es que está muerto, tanto como el que no ríe. Usted pide un arte tonificante, despertador de energías, educador de la voluntad? Entre usted, querido amigo, en ese templo augusto, inmemorial y definitivo donde mora el gran maestro, el dolor; de allí saldrá usted más vibrante, más ágil y más fuerte”.

Nadie podrá negar que de las definatorias frases anteriores, surge un vigoroso detalle filosófico; una intuición gnoseológica del más puro abolengo dialéctico, que podríamos interpretar, como vigencia y consistencia de la ley de penetración de los opuestos, en la contribución germinal de Hegel que la cultivaron hasta promoverla como pináculo del pensamiento humano, los quilates diamantinos de los fundadores del marxismo. “Gracias al sufrimiento, — dice Mendoza, en frases de incitación que conviene subrayar,— la dicha es más profunda; sin él no se explica la alegría, ni la vida en suma”, como quien alude en términos psicológicos a la bipolaridad de la vida emocional, donde los extremos se tocan y como quien traduce en categorías dialécticas, su propia tesitura, respecto a la definición de la vera filosofía, no sólo en la interpretación sino en la transformación del mundo, del hombre y la naturaleza.

Expresamente así, el autor de *La ruta atlántica*— consecuente con la integridad uniforme— valga el pleonasma— de su calidad médica, psicológica, psiquiátrica, literaria y humana— se coloca bajo los mismos pliegues de la filosofía que hizo eterna, por todas las eternidades, la postura de los griegos milenarios y particularmente de Leucipo, de Demócrito y de Epicuro. En tal forma, se ubica igualmente, lejos del derrotismo infecundo y letal de la oquedad existencialista, consecuente repetimos, además, con su vitalidad andina, con su optimismo creador de savia vegetal y de amante de las bellas y exhultan-

tes posibilidades de la especie humana y de la naturaleza de su macizo andino.

Por todo eso, pudo cantar con la lira de Ovidio Fernández Ríos, su distancia y su disidencia con “los vencidos que doblaron sus frentes; con los fracasados, con los cobardes, y los arrependidos”, con los enfermos secuaces de las tendencias misoneistas y minoritarias de la “decadencia de occidente”.

Jaime Mendoza, estamos absolutamente seguros que jamás habría coincidido con el colonialismo intelectual que devino —ironía aberrante y enfermiza figura del pongo baptistino, en una América explotada y dependiente — filosofía existencialista o analítica existencial en el ámbito de sus quehaceres psiquiátricos. Y no sólo pudo discordar, sino que lo habría impugnado — como lo haremos en una próxima monografía— porque la parábola de su vida— un canto de amor, de alegría de vivir, y de esperanza infinita en las posibilidades del mundo boliviano— ha sido una demostración objetiva y ejemplarmente opuesta a la unilateralidad pneumática y egocéntrica del cántico a la angustia, del “filosofar en torno a la muerte y el fracaso”, como lo reconoce Bochenski, uno de los más recientes y actualizados filósofos del *laissez faire, laissez passer*, infinitamente opuesto, por supuesto, al esplendor de la dialéctica materialista.

Pretendiendo mostrar los perfiles de la polifacética personalidad de Mendoza, —y en este capítulo de su faceta poética—, con alguna ecuanimidad, para prevenir la peyorativa apreciación de este ensayo, si sólo señalamos los tientos y los éxitos del Hombre, no queremos dejar de mencionar alguna producción, probablemente entre otras, que carece de calidad. Tal es el poema *Jamás jamás*, que comenzando el capítulo *Divagaciones*, de *Voces de Antaño*, alude a una relación sentimental que, deja bastante que desear. En dicho poema, efectivamente, sobran los deméritos. Empero, acaso los grandes, en cualquier activi-

dad humana, junto y paralelamente a la celebridad con que han pasado a la historia, no han dejado aristas que, al cabo, sólo muestran la flaqueza —frecuente atributo humano— de algunas vertientes de su autenticidad? Entre los médicos como él, algunos de tal genialidad que la historia jamás podrá ignorarlos en el olvido que piadosamente otorga a la mediocridad, ¿ acaso no hubo alguno como el famoso Thomas Willis, — cuyo nombre lleva su descubrimiento y descripción del polígono arterial de la base del cerebro— y el padre de la cirugía francesa Ambrosio Paré, que creían con discriminación primitiva en la realidad del demonio? Lo mismo podemos decir, hasta de las fiestas bravas, tan caras a amplísimos sectores hispano—parlantes y a la Madre Patria, sobre todo. ¿Acaso, también en aquellas, los mejores diestros, dejan de tener sus tardes sombrías, aunque éstas hayan tenido las luminosas y cálidas caricias del rubicundo Apolo?

No conocemos entre los poemas publicados del bardo, ninguna otra producción romántica, fuera de la examinada anteriormente, que por esto mismo resulta una singularidad en *Voces de Antaño*. El talante del vate, no conjugaba con ninguna expresión sentimental, cuyos cauces, indudablemente han inspirado, y con alguna profusión, el numen de la mayor parte de los poetas. Y aún de los que se han hecho predominantemente rapsodas de la poesía social.

En consonancia con lo que se acaba de sentar, alguna otra poesía,— tampoco incluída en *Voces de Antaño*— de innegable calidad que, por fortuna hemos encontrado, expresa nostalgias, como aquello de que cualquier tiempo pasado fue mejor, que tampoco encaja con cabalidad en la naturaleza de Mendoza y si más bien muestra el temperamento sobrio, pese al recuerdo de horas pretéritas más bellas que cantara de paradoja, su sobrecompensada vitalidad y su inquebrantable esperanza en los dones del futuro. No podemos excluir la inclusión de algunas estrofas de aquel poema que titula *Evocación*:

Qué dice en este rincón  
el piano que así suena,  
cual si llorase una quena,  
dentro de mi corazón?

Qué dice la voz sutil  
de la guitarra doliente,  
que solloza juntamente  
con las teclas de marfil?

.....

.....

Artista: en mi corazón  
no se ha de borrar ya nunca,  
de tu bella vida trunca  
la apacible evocación,

De aquellas noches de plata  
en que hablan astros y flores,  
habrá siempre ruiñeños  
que me traigan su sonata.

.....

.....

Maestro, que envuelto en el tul  
de tus sueños te perdiste,  
por ese camino triste  
a ti va mi trova azul.

Y ahora cese ya este son,  
hecho de amor y de pena...  
cese ya, cese esta quena  
que llora en mi corazón.

Al concluir este capítulo, no queremos dejar de repetir el juicio autorizado de Enrique Finot sobre el profundo sentimiento bolivianista que flota en general, en toda la producción intelectual de Jaime Mendoza y en su elaboración poética en particular. Efectivamente, “ninguno, entre los poetas bolivianos” desde que somos nominalmente Nación, “ha sabido con idéntica maestría que él, sentir el paisaje natal”. Y lo hizo, “con po-

tente inspiración y robusto aliento”, cual lo dijo el mismo Finot, subrayando la excelencia poética mendociana, respecto a su poema Tiahuanacu.

Plenamente identificado con el mundo de su macizo andino, cantó al viento — ese omnímodo personaje que, como ya hemos sentado en un capítulo anterior, algunos lo consideran primerizo en su más lograda novela — cual si fuera una conmovida adoración al Huayra—tata (deidad de los vientos) de nuestros antepasados.

Vástagos del Sol y de la Luna, cuyo ídolo — como tradujera el verso de Mendoza, en lisonjas de sus bellos y bondadosos gestos, como de sus ásperos contrastes,— “tenía dos caras, una de mujer mirando al poniente y otra de varón que miraba al oriente”, al decir del mitólogo y antropólogo Noguín.

Es imprescindible glosar los magníficos versos de ese poema que, con los comentarios del caso en cada punto pertinente, los publicó un periódico de Cochabamba en enero de 1946:

“ Oh , viento, cuantas veces  
yo te he oído en las lóbregas cavernas  
de las montañas, cuando en sus abismos  
pavoroso te internas  
y preñado de enormes paroxismos  
el corazón parece  
del misterio que late sin medida  
marcando el ritmo de una extraña vida,  
la vida ultra—mundial! — Y en los helados  
picos, en las alturas  
que se elevan del suelo  
cual los puños crispados  
del mundo contra el cielo,  
cuántas veces te he visto cómo chocas  
contra las rocas duras,  
contra las frías rocas,  
y allí entre aristas, filos y hendiduras  
una armonía lóbrega provocas...

!Cuán bella semejanza —honrosa para el médico — poeta y su patria amada— encontramos en aquella lograda pintura del éolico paisaje, con un trozo que por su estética, deviene verso en prosa del gran Víctor Hugo, sobre el viento en la tempestad que vale la pena transcribir en su parla gala:

"UN ORAGE. Le vent était violent, (les herbes) se courbaient jusqu'à terre, les arbres semblaient se parler avec terreur, de petits chardons desséchés couraient sur la route plus vite que la voiture, au-dessus de nous volaient de grandes nuées... Un momento après, la pluie tombait à verse. Il n'y avait plus un être vivant dans le paysage, ni un homme sur la route, ni un oiseau dans le ciel; il tonnait affreusement, et de larges éclairs s'abattaient sur la campagne. Les feuillages se tordaient de cent façons". Victor Hugo. Le Rhin.

Tan semejante, dijimos, con los anteriores versos, como los que seguimos glosando de Mendoza:

Y cuantas veces en la inmensa pampa  
te he contemplado resbalar con hoscas  
embestidas, moviendo  
las matas de los bravos pajonales  
cual cabelleras hoscas  
o rebramar feroz en los eriales  
y formar con sus sábanas de tierra  
columnas salomónicas que se alzan  
hasta el cielo en grandiosas espirales;—  
o al contrario, más bien, tornando en brisas  
suaves, discurriendo entre las flores  
y entre las ramas repartiendo amores  
requiebros, quejas, ósculos y risas!...

Y en las obscuras selvas, cómo oh viento,  
pulsar te he visto — bardo prodigioso—  
los árboles innúmeros  
cual otras tantas cítaras; si, cómo  
allí he oído tu solemne acento  
vibrando bajo el domo

del cielo, cual la voz de un sacerdote  
que oficiase en un templo en que los fieles  
van llenando las naves bote a bote.

Y en el haz de los ríos,  
y en el haz de los lagos,  
cómo te he visto, ya brindando halagos  
a las rizadas linfas, ya en bravíos  
arrebatos, henchido  
de impulsos locos y terribles bascas  
desparramar estragos  
y vomitar borrascas.

Y en el mar...en el mar, óh cuántas veces  
me he quedado suspenso  
ante las formas múltiples que ofreces  
desarrollando tu poder inmenso.

Cuántas veces he visto allí tu mano  
como las crines de la bestia fiera  
la mano del jinete,  
bajar airada y dura  
y retorcer la crin del Océano!

Consciente y reflexivo de la fragilidad humana, pareciera replegarse en la meditación de lo poco que somos, de lo bién o más mal que hacemos para mostrar el recogimiento y la medrosa actitud de la infancia, en la ontogenia o en la filogenia de la especie, ante las fuerzas descomunales de la gravitación cósmica, en los versos que siguen:

Y cuantas veces en mi frágil barco  
de tu furor juguete  
he sentido temblar todo el cordaje  
y alzarse de él unido con las olas  
un himno enorme, aterrador, salvaje...

En otros versos, como si quisiera dulcificar la imagen de la irritación éolica, muestra quizá, la cara bondadosa, — aquella de

mujer, mirando al poniente — del ídolo del Huaira—tata, en los giros sedefios que siguen:

Y, en cambio, qué sentidas barcarolas  
te he oído allí mismo  
cantar en otros ratos, cual si fueras  
galán gentil que arranca al hondo abismo,  
con requiebros y frases placenteras  
el amor...ese amor del mar sereno  
amor de un padre formidable y bueno”.

En lo que sigue, Mendoza el Sembrador, traduce su ingéni-  
ta rebeldía y su conocido valor civil, dispuesto a rechazar, en-  
frentando cualquier sometimiento:

Imagen de mi inquieto pensamiento  
como tú libre y como tú rebelde,  
nada te puede dominar, oh viento!

Y aun en las mismas horas  
que pareces sumergido en calma  
acaso mudo y tácito elaboras  
algo terrible...Así es, oh viento, mi alma!  
así en el hueco oscuro de este cráneo  
donde mora el cerebro, aún en los mismos  
instantes de enigmáticos mutismos  
hay algo que, en arranque subitáneo  
revienta...Hay algo que en lo más profundo  
de mi cuerpo palpita  
fuera del mismo corazón, y grita  
con eco gemebundo  
fuera del labio...hay algo subterráneo  
que quisiera tornarse en terremoto!...  
hay algo obscuro, ignoto,  
y sin embargo luminoso; hay algo  
vago y no obstante hermético y rotundo;  
hay algo, en fin, que lucha  
como tú sin descanso...escucha, escucha,  
oh viento audaz, respiración de mundo!”...

Finalmente en los últimos versos de su canto al viento, encontramos, quizá una alusión al atropello de que fué víctima de un uniformado ignaro, en los comienzos de la crisis bélica del Chaco, cuando sin más respaldo que su honradéz infinita y su sincero patriotismo, desafió el rugido de la bestia convulsiva y bárbara de la guerra:

Porque no fuí cobarde, porque mostré una llaga  
la bestia apocalíptica que todo honor se traga  
quiso también tragarme. Tragarme!... Vano intento!...  
Sin ver que entre sus belfos exangues soy el viento;  
sin ver, en su inconsciencia, que al pretender domar  
a mi alma es cual un Jerjes encadenando al mar.

Sí, soy el viento: el viento que con subir me libro  
de sus viscosas garfas, y sin embargo vibro  
mi látigo implacable sobre sus mismos flancos;  
y penetro a sus cuevas y bajo a sus barrancos  
y despues de azotarla en su propia mansión  
vuelvo a salir ileso cantando mi canción.

No obstante, la desmesura de la crítica desaprensiva ha llegado a la avilantez, de pretensa descalificación de Mendoza conceptuándoselo “literato improvisado y brusco”, en una insolvente *Literatura boliviana*, cuya disección la hizo de mano maestra Enrique Vargas Sivila, al señalar higiénica y profilácticamente, el patológico apego a la oquedad hiperbólica, a la inconsecuencia y las contradicciones del pretendido crítico y demoleedor mendociano.

Y a propósito de los críticos improvisados,— no de los entendidos en la profesoral tarea, del enjuiciamiento robustecido por una trayectoria de persistente solidez y dedicación al problema— no hace mucho tiempo (junio de 1974), un vespertino local ha publicado unas notas del escritor peruano Luis Alberto Sánchez, sobre una *Antología*, transcrita en el tomo II de las

óbras completas del escritor y lingüista hispano Dámaso Alonso que, han venido como anillo al dedo sobre la crítica de la poesía, que respalda lo que acabamos de decir. “Los juicios sobre la poesía contemporánea, carecen de validez. ¿Quién profiere tamaña herejía? Nada menos que Dámaso Alonso —dice Luis Alberto Sánchez—. Con ello da la razón a lo que Menéndez Pelayo escribía hace ochenta años...Sostiene que cada época tiene sus apetencias y sus rechazos, y que el poeta no puede eludirlos...Solo la historia es juez de la poesía, afirma concordantemente con aquel otro juicio de Menéndez Pelayo...Los contemporáneos están impedidos material, moral y estéticamente de sentenciar sobre la poesía de su tiempo y los poetas expresan las apetencias del tiempo, ¿con qué compararlas, negando los oídos a otro rumor que sea distinto al que acompaña aquellas inquietudes”?

Finalmente y parafraseando a Virgilio — el inmortal mantuano de *La Eneida*— Jaime Mendoza pudo decir por su vocación de patriotismo de las más puras aguas, y adelantando su epitafio: “Canté a los montes; canté a los pastos”; canté a mis lares de Charcas; a la majestuosidad ciclópea de mi macizo andino; y a todos los trigos — de oriente y occidente— de la bolivianidad.

## Capítulo Sexto

### EL HISTORIOGRAFO

Con este capítulo, tocamos una de las contribuciones más caudalosas de Jaime Mendoza a la cultura boliviana. Como que su obra en el orden histórico y geográfico, cuenta exactamente la mitad de toda su elaboración intelectual. Casi podría decirse, en consecuencia que su vida,— por lo menos en el cincuenta por ciento de su producción— estuvo entregada a las labores de investigación del pretérito y de la geografía nacionales, si se tiene en cuenta que el cincuenta por ciento restante, se dividió en sus tareas literarias, de novela y poesía, y en sus publicaciones médicas.

En ese orden y como primicial producción histórica, cobra relieve *Figuras del pasado*, (editado en Santiago de Chile, en 1924) que constituye un estudio biográfico de trescientas sesenta páginas, del ex—presidente Gregorio Pacheco.

Las múltiples facetas de interés nacional que exhuma la mencionada biografía, como la de todos los hombres que han rubricado una trayectoria dirigente o sobresaliente en la vida de su país, descubren al mismo tiempo,— como no ocurre en el juicio histórico que con manifiesta unilateralidad se ha hecho, a veces, de la trayectoria de las personalidades influyentes en la vida nacional,— peculiaridades sugerentes en la prácticamente desconocida figura de Pacheco.

El prefacio, escrito por el propio Mendoza, revela otra enseñanza y un reproche para él descuido por lo nuestro en que incurre la historiografía boliviana. Así nos informa que, quien sabe como prima sugerencia para elaborar *Figuras del pasado*, un golpe de azar hizo que durante uno de sus muchísimos viajes por tren, pudo leer "al acaso, una biografía de don Gregorio Pacheco por la escritora peruana Clorinda Matto de Turner", lamentablemente desconocida en la bibliografía boliviana. A tal grado que ni siquiera figura en la Biblioteca Boliviana de Gabriel René Moreno, ni en las Adiciones a ésta (1602-1879) de Valentín Abecia. Tampoco está consignada en ninguno de los dos catálogos publicados, de Arturo Costa de La Torre. Debemos también a Gunnar Mendoza, la fehaciente aclaración sobre el trabajo de doña Clorinda Matto de Turner, titulado *Bocetos al lápiz de americanos célebres*, vol. I (Lima, 1890) y que la biografía de Pacheco es allí más larga (p. 43-140) y la única de un boliviano en ese libro".

Sin embargo, una sugerencia mucho más determinante, seguramente, en la gestación de *Figuras del pasado*, ha podido y debido ser la contribución del ex-presidente al inicio de la asistencia psiquiátrica en el país, como documentamos más adelante, por constituir desde luego, un asunto que atañe más al psicólogo condigno y al pionero de la psiquiatría boliviana, como pretendemos haber demostrado en el capítulo tercero de esta obra.

Otra interesante justificación del trabajo que desmenuzamos, aunque ciertamente muy feble, entre otras razones, es la demostración de la altísima calidad humana y de los vigorosos sentimientos de solidaridad que, con sus semejantes, atesoraba Pacheco, como se comprueba en la dilatada extensión de su trayectoria vital. Quizá, como pruebas aun menores de tales demostraciones, por tratarse de algunas de significación rigurosamente individual, que tampoco destiñe, ni mucho menos y por el contrario robustece el dorado colorido de su enfoque y

apreciación elevada de la vida humana, vale la pena referir que en el mismo portal de la dicha biografía y transcribiendo el párrafo alusivo de la obra perteneciente a la escritoria peruana, Mendoza nos informa que “en 1873 se bañaba en la bahía de Valparaíso, un niño inglés, que poco sabía nadar; iba a ser engullido por el mar, pues las olas lo envolvieron con esa rapidez que aterra y Pacheco se lanzó a salvarlo, sufriendo en sus cálculos aquella dolorosa transición que experimenta el nadador fluvial en la espesa y salada corriente del mar.

Hubo, pues, una lucha hercúlea; pero consiguió salvar al niño con asombro de los bañantes; y aunque esto le costo una seria enfermedad al salvador, su corazón podía henchirse con la satisfacción más pura que sigue a la práctica del bien. Otro caso análogo ocurrió, en 1877, en la hacienda de Ñucchu, propiedad de don Gregorio Pacheco, donde éste salvó al Dr. D. Ricardo Eguía, quién al bañarse en el río Cachimayo, majestuoso a la sazón en su creciente, se dejó tomar en el remolino de una profunda poza. Salvar a un hombre envuelto en un remolino es cosa tan difícil como llena de peligros; pero Dn. Gregorio no atendió más que al deber de humanidad, impulsado por su valor y serenidad y, echándose con temerario arrojo a la honda turbia, le arrancó su presa ya en supremos momentos de angustia”.

Y así, una vez más, el psicólogo —que brotaba por todos los poros de Mendoza— en amena recensión de aquellos salvamentos y su memorable contribución a la asistencia psiquiátrica nacional, desmenuza los trasfondos de las falsas posturas humanas. Esas posturas que, la llamada psicología dinámica, ha fisonomizado en lo que las “relaciones humanas” de la convivencia manifiestamente epidérmica y teatral del orden social vigente, han dado en llamar la filantropía o la caridad, en su verdadera dimensión, como actitudes de auto—exculpación, por sentimientos de tendencias egoístas y sórdidamente individualistas, que a veces explican con meridiana claridad, el determinismo psicológico de conductas, alguna vez abominables quellegan hasta el asesinato.

En ningún estudio histórico, que sepamos, por lo menos, como seguramente ocurre con muchas otras figuras presidenciales de la Nación, en otros problemas institucionales, encontramos referencias de tanta utilidad psicológica y social y de tanta envergadura para el futuro de la integridad territorial del país, como proféticamente señalaba en el último cuarto de la pasada centuria el estadista Pacheco, cual patentiza justicieramente su biografía elaborada por Mendoza. Para confeccionarla con la visión integral que ponía en toda su nutrida producción intelectual, comenzó por trasladarse a Livilivi, lugar de nacimiento del ex-presidente, ubicado en una de las circunscripciones cantonales de la actual provincia Modesto Omiste de Potosí, cuya capital es Villazón.

“Viajero consuetudinario — ha dicho de Mendoza, Vargas Sivila, en el emocionado prólogo que aquel le pidió estampara como liminar de Apuntes de un Médico — se dió un día a recorrer el dilatado territorio boliviano, de confín a confín, y el continente americano y la vieja Europa, para armarse, como se armó, de experiencia universal”.

Es justificando tácitamente la apreciación transcrita de Enrique Vargas Sivila que Mendoza, anduvo por el sur en toda la provincia de los chichas, no solamente hasta dar con la cuna de Pacheco, sino con San Dacio, un fundo a cinco kilómetros al sur de Livilivi, donde Pacheco “se trasladó a disfrutar de los primeros tiempos de su dicha nupcial”, y donde finalmente— como una demostración de su personalidad nada presuntuosa— por no haber podido conseguir ni un albañil para la edificación de su vivienda, él se dió a la tarea de habérselas, con sus propias manos, con picotas y azadas, con barro y ladrillo, construyendo esa “pintoresca casa de campo” que Mendoza ya encontró, como albergue de campesinos pobres, hace más de medio siglo.

La más lejana y conocida ascendencia de Gregorio Pacheco, ha sido plenamente exhumada por la investigación de Mendoza. En tal detalle es importante —como motivación que culminó con la fundación del Manicomio Pacheco — establecer, co-

mo ya lo hicimos anteriormente, en un trabajo, en la Universidad de Chuquisaca que *Figuras del pasado*, comienza con la semblanza de Don Pedro Leyes, marinero y súbdito español, venido a tierras de América en cumplimiento de alguna disposición de la corona ibérica. Establecido en la circunscripción que comprende la actual provincia Modesto Omiste, se avecindó definitivamente en Livilivi por su matrimonio con doña Juana Madariaga conocida y "bellísima dama oriunda de Chichas".

El fruto del conyugio fueron tres hijas: Felipa, Josefa y Florencia. Hizo el destino que estas dos últimas, resultaran más tarde, madres de los ex-presidentes Gregorio Pacheco y Narciso Campero, por lo visto, primos, hijos de dos hermanas. Florencia la menor, falleció a poco de ser madre, dejando en la niñez más desventurada, como la que superó, a su hijo Narciso. Josefa, casada posteriormente con don Brígido Pacheco, tuvo de éste dos hijos: Gregorio y Agustín. Este falleció muy joven.

El ex-presidente Pacheco, nació el 3 de julio de 1823. De referencias recogidas por Mendoza, se sabe que don Pedro Leyes en legítima expresión de su madera castellana, era un hombre fanático, "muy devoto y rezador", de proverbial terquedad y por remate de una celotipia, casi patológica.

La primera biografía de Pacheco, dejada por la escritora peruana que anteriormente hemos mencionado probablemente en base al epidérmico discurrir del vulgo coetáneo, encuentra en el carácter poco pacífico de don Pedro Leyes y en las vicisitudes, con frecuencia cruentas de los inicios de las guerrillas de la independencia americana, los factores determinantes de la enfermedad mental que posteriormente sufrió doña Juan Madariaga. El hecho es que a la muerte de su esposo don Pedro Leyes, algunos años más tarde, quedó definitivamente loca y con el sólo respaldo precario de sus hijas Josefa y Felipa, a su vez, en lamentable orfandad y desamparo. La verdad es que ninguno de aquellos factores, pudieron contar como causa fundamental en

la enajenación de aquella enferma como recalca Mendoza, desde muchísimos años antes de la primera década del siglo pasado, en que ha debido sufrir episodios periódicos de su enfermedad. Por las características con que se ha dado noticia, ésta no ha podido ser otra cosa que una ciclofrenia de tipo maniaco, cuyas crisis de elación y de violencia incontroladas han debido impresionar profundamente la delicada sensibilidad del nieto que devino, por tan negativo estímulo y como bella paradoja, fundador donante del primer establecimiento psiquiátrico del país, como detallamos documentalmente en las próximas páginas.

Las precarias condiciones del medio, sin recursos ni elementos vitales, unidas al constante tráfico castrense de unidades patriotas o peninsulares primero, y después a las refriegas emergentes de la confederación Perú-boliviana o de las disputas del poder entre los primeros caudillos militares de nuestra historia que actuaron repetidas veces en aquella zona, hicieron aun más desventajosa la infancia de Pacheco. Es así que, como prueba de la ruina y del atraso del ambiente, Mendoza pinta las posibilidades educativas que se brindaba a los niños en estos patéticos términos:

...“en las mismas escuelas de los poblachos, por donde erraba Gregorio, el tratamiento que se daba a los niños era de lo más brutal. El maestro era un verdugo para ellos. La enseñanza era a fuerza de azotes. Allí no se empleaba la persuasión ni la mansedumbre. El uso era — y esto lo recordaba también frecuentemente Pacheco— que el escolar que debía dar su lección, se parase en media clase con los pantalones, si los tenía, caídos hasta los pies y la camisa recogida por detrás hasta la nuca, donde se la plegaba prendida por medio de una gruesa espina, en cuya actitud lamentablemente ridícula y aun poco honesta, el niño debía despacharse a satisfacción del maestro y si no lo hacía, allí iba la azotaina”.

Es por contribuir a superar tan negativas condiciones pedagógicas, probablemente, cuanto por la penuria económica familiar que Don Brígido Pacheco se trasladó a la localidad de Suipacha, a ejercer el siempre mal remunerado oficio de director de escuela en ese lugar, con la cooperación de su hijo Gr

gorio que le servía de ayudante, “que ya sabía leer correctamente, pero no así escribir. Tenía más de diez años”.

Quizá por el acicate de la severa pobreza familiar, o la influencia germinante del futuro hombre de negocios, Pacheco mostró desde sus años mozos, vigorosas condiciones para afrontar la lucha por la vida,. Hacía copias de compendios de gramática, de urbanidad y de catecismo, para venderlos a sus condiscípulos que podían adquirirlos al precio de “un real y medio real, por ejemplar”.

Posteriormente y con el estimulante influjo de su primo Narciso Campero, diez años mayor de él, se trasladó más o menos a sus veintidos años a París, donde estudió contabilidad, amén de que su permanencia de cerca de tres años más o menos en la Ciudad Luz, le permitió la posesión del francés, por supuesto.

Debe advertirse que prosiguiendo su actividad comercial, a la que desde muy joven, adolescente acaso, se dedicara con tanto ahinco, poco antes de trasladarse a Europa, organizó una sociedad mercantil con su primo Narciso y otro pariente suyo, Manuel Anzoátegui. Es de suponer que a su retorno y con la ventaja de la experiencia parisina, su vocación mercantil llegó a sus mejores posibilidades.

Las crecientes ganancias de sus quehaceres bursátiles, le permitieron la adquisición de propiedades mineras, con las que alcanzó el apogeo, no sólo de su fortuna personal, sino de su influyente ubicación en los círculos económicos y financieros de la incipiente burguesía nacional.

Casado a los veintisiete años, en 1850, con doña Corina Aparicio, tuvo nueve hijos, de los que perdió ocho, por las mismas limitaciones de la época y el atraso del medio. Probablemente estos factores, junto a la necesidad de lograr en las al-

tas esferas oficiales del país, la vinculación que facilite la constante promoción de su creciente actividad industrial y comercial, hizo que pocos años más tarde, en la década del sesenta, se trasladara a la ciudad de Sucre, asiento del gobierno nacional.

Allí, en el constante empeño de diversificar sus intereses y robustecer su ya vasto peculio personal, se dió a promover las actividades agro—pecuarias, igualmente incipientes en el país. En un paso inicial de ese propósito, adquirió el fundo denominado Ñucchu, ubicado poco más o menos a diez y siete kilómetros de la ciudad de Sucre, a la vera del río Cachimayo.

Desgraciadamente ese lugar histórico, que bien merece la altísima distinción de un santuario nacional, está a poco de perder los nobilísimos motivos que le hacen acreedor a esa jerarquía. Pues allí, semi—derruida,— y no ha sido reconstruida que sepamos, por lo menos,— se halla la modesta vivienda donde el Mariscal Sucre, fue a convalecer de la herida fratricida con que él caudillismo altoperuano, en 1828, lastimó su egregia humanidad y donde firmó su último Mensaje a la Nación. Allí está igualmente la morada, donde pasó sus últimos días y la agonía de su discutida enfermedad el Presidente Adolfo Ballivián.

Definitivamente impresionado, con el espectáculo doloroso y excitante del trastorno mental de su abuela doña Juana Madariaga, que contemplara en su mísera infancia y cuyo recuerdo, repetimos, quizá lo obsesionaba, a los pocos meses de su llegada a la ciudad de Sucre, Pacheco ya inició su constructiva ingerencia y su participación, en el desenvolvimiento más humano y responsable del único nosocomio que por entonces disponía la capital, como era el hospital de Santa Bárbara. El “que por tristes recuerdos de familia”, estaba persuadido de que debía contribuir en la máxima medida de sus alcances, a mejorar la naciente asistencia hospitalaria de la ciudad, cuan lacerante no sería su impresión, al enterarse de las veras con-

diciones de inhumanidad en que se atendía a los enfermos — por la desoladora pobreza fiscal, que como toda estrechez pecuniaria o indigencia como en el caso, fructifica en conductas individuales, a veces abominables — a cargo de funcionarios que acabaron en la época, por convertir el plantel, “en vez de asilo humanitario, en un antro siniestro y temible. Y la perversión de sus directores, y aun la apatía social habían llegado a tal punto que esa casa de caridad, se transformó también en una casa de negocio y de lucro”.

Hombre de su tiempo y de su medio, al cabo, Mendoza, en la transcripción que hacemos de la biografía de Pacheco que la Nación le debe, e insistiendo todavía — y aun hasta sus últimos años— en la discutible “caridad y filantropía” de la clase poseyente, aprovecha el legado de un antepasado suyo —don Manuel Mendoza, su abuelo paterno, a la sazón Presidente del Concejo Municipal de Sucre, en la gestión de 1863— para mostrarnos la inveterada conducta funcionaria en Bolivia. Mucho más deprimente, todavía, si en ella se alude — a algo que tampoco, ogaño nos sorprende, por la sensibilidad fenicia y agresivamente mercantil de algunos pretendidos discípulos de Esculapio— a médicos, como el ejemplificado por aquel en su discurso de instalación de la Sociedad Humanitaria de San Vicente de Paul, que hasta 1937, dirigió las labores de dicho nosocomio. Y ayer, como hoy, a más de un siglo de los hechos que narramos en la Bolivia de la década del setenta, ¡cuánta actualidad cobran las palabras de Manuel Mendoza!

“El hospital de Santa Bárbara, desde el día que dejó de pertenecer a los religiosos de San Juan de Dios, dejó también de ser el asilo del enfermo y casa de caridad, entregado desde entonces a un médico que no tenía en la casa más vínculos que los que nacen del interés de conservarse en su destino, debido más de una vez al favor. Regía el establecimiento un ecónomo que llevaba la significación del nombre de su empleo hasta especular sobre la miserable dieta del enfermo. Un capellán mal dotado, que servía con repugnancia. Subalternos y dependientes sin caridad en la casa de la caridad, porque no estaban ligados por ningún voto, porque no les había

llevado allí ninguno de esos sentimientos nobles que elevan al hombre hasta hacerle vadera, y aún agradable, la asistencia a enfermos desconocidos, asistencia llena de peligros y siempre repugnante.

Que extraño es, señores, que un hospital de estas condiciones haya acabado por ser el fantasma aterrador de los enfermos después de haber sido su esperanza?

Pues bien,— concluye la transcripción citada, Jaime Mendoza,—para remediar ese estado deplorable del hospital indicado, se habían asociado a la voz santa de un fraile, el Padre Sintora, y de un ciudadano generoso, don Luis Guerra, los más respetables y distinguidos chuquisaqueños, constituyendo la Sociedad Humanitaria “San Vicente de Paul” que ha vivido hasta hace poco.

Y entre esos chuquisaqueños, concluye el autor de la biografía que examinamos, por mucho que no fuera de Chuquisaca y estuviese recién llegado a este pueblo, se hallaba don Gregorio Pacheco”.

Es por esa verdadera desolación institucional y asistencial —así como, seguramente— que a comienzos de la década del sesenta y como real inicio de la atención de los enfermos mentales, se dió a construir un local especial, aunque pequeño, destinado exclusivamente a las enajenadas, en la parte posterior del hospital de Santa Bárbara— esquina de las actuales calles Ayacucho y Tarapacá— que muchos años más tarde se convirtió en un precario hospital militar, después de la conflagración del Chaco.

Resultando completamente reducido el plantel, a los pocos años de su inauguración, por la creciente morbilidad psiquiátrica, Pacheco concibió la generosa ampliación de su legado e inició la construcción del actual Manicomio Nacional de Mujeres que lo inició durante la administración presidencial de su primo Narciso Campero en 1881 y que lo concluyó poco antes de asumir la primera magistratura de la Nación. Por tener sobrado interés histórico, transcribimos a continuación, los documentos que antecedieron a la entrega e inauguración oficial del primer establecimiento psiquiátrico del país:

MANICOMIO PACHECO, de la Capital Sucre.

soberano Señor:

Con los documentos que acompaña, pide la declaración que expresa en la manera que indica.

GREGORIO PACHECO, ante la H. Cámara de Diputados de la Nación, con el mayor respeto expongo: que desde mi niñez, por tristes recuerdos de familia, llamó marcadamente mi atención la suerte desgraciada de los seres condenados al funesto accidente de la enajenación mental; y desde entonces hice el firme propósito de contribuir en cuanto estuviese de mi parte al alivio y mejora de condición de esta clase infeliz y compasible.

No habiendo bastado a mis aspiraciones el pequeño edificio que en 1864, se trabajó a mis expensas en el hospital de Santa Bárbara de esta capital, hace tres años que concebí el proyecto de construir en uno de los solares del mismo hospital, un verdadero asilo de enajenados, que tuviese la capacidad y comodidad suficientes, y sirviese a la vez de lugar y de escuela de curación de dolencia tan nefasta. Con licencia y autorización del Concejo Municipal y de la Sociedad Humanitaria de San Vicente de Paul, encargada de la administración del hospital, puse la primera piedra el 2 de agosto de 1881, y el 2 de octubre del presente año he tenido el inefable placer de verlo terminado y listo a llenar el objeto de su construcción.

El Manicomio, obra tan útil y beneficiosa bajo su faz moral, a la vez que de ornato para la capital Sucre, no puede tener otro sostén que el del Estado, puesto que está llamado a albergar no solo a los enfermos de la localidad, sino, a los de los demás departamentos, pudiendo constituirse en un establecimiento central y único, atentas sus ventajosas condiciones materiales.

Me presento, pues, ante la Representación Nacional poniendo bajo su amparo y protección la obra concluida de mi anhelo. Suplico a la H. Cámara de Diputados se digne tener en consideración la necesidad de iniciar una ley que asigne fondos para la subsistencia del Manicomio y proveer a su administración y al desarrollo de los fines de su instituto. Ruégole, en fin, se declare expresamente que este edificio, construido para asilo y curación de la humanidad que sufre bajo una de las formas más aterrantes de la miseria humana, —la locura— no pueda jamás destinarse, ni temporalmente, a otro objeto que el de su instituto; y que si alguna vez se pensase en variar su destino, se abone previamente a mi familia o a sus descendientes el precio de su costo, que para solo este fin, me permito hacer constar, en la prolija cuenta que acompaño, ascendiendo ella a (Bs. 121.780.15), CIENTO VEINTIUN MIL SETECIENTOS OCHENTA BOLIVIANOS QUINCE CENTAVOS.

Al terminar esta breve exposicion, siento mi alma llena de la gratitud más profunda al Dios de la caridad, que me ha permitido llegar a este día, en que puedo demostrar a mis hermanos todo lo que puede este noble sentimiento cuando se lo profesa con desinterés, con abnegación, con el deseo de hacer el bien por el bien mismo. Y es esta sentida satisfacción de mi conciencia, junto con la estimación de mis conciudadanos, la única recompensa a que aspiro.

Por lo expuesto:

A vuestra Soberanía suplico se digne tener en consideración el presente memorial, para los efectos en él indicados. Es gracia que solicito, y para ello, etc. Sucre, octubre 10 de 1884. (Firmado). Gregorio Pacheco.

#### SECRETARIA DE LA CAMARA DE DIPUTADOS

Sucre, 11 de octubre de 1884

Sucesivamente, y con la preferencia pase a las Comisiones de Hacienda y Peticiones. P.O. del S.P. Dámaso Sánchez. (Diputado Secretario). Domingo Paz, (Diputado Secretario).

Honorable Cámara de Dipútaodos:

Vuestra Comisión de Hacienda halla sobradamente justa la anterior reclamación del Señor Gregorio Pacheco, referente a la asignación de un fondo para atender el adelanto y administración del Manicomio de Sucre. En su virtud, os propone votar la suma de Bs. 4.000 anuales para los objetos indicados, imputándose a egresos nacionales, como que el establecimiento está destinado al servicio que de él se pudiera demandar en toda o gran parte de la República.

En cuanto a que el local del Manicomio no pueda destinarse a otros usos que a los fines de su instituto, cree la Comisión que el Señor Gregorio Pacheco está en su pleno derecho para imponer o hacer restricciones a su plausible filantropía.

Sucre, octubre 27 de 1884. S. Oropeza. Viscarra. T. Ichazo. Iturri. A. Lea Plaza. Ricardo Ugarte.

#### PRESIDENCIA DE LA CAMARA DE DIPUTADOS

Sucre, 28 de octubre de 1884

Vistos en Cámara: se rinde un voto de aplauso nacional al ciudadano Gregorio Pacheco, por la filantropía con que ha construido el Manicomio de Sucre, que en lo sucei-

vo se llamara Manicomio Pacheco; y considerando que dicha casa se destina por su fundador para asilo de alienados de toda la República, teniendo en consecuencia el carácter de establecimiento nacional, se asigna para su sostenimiento la subvención de cuatro mil bolivianos por año sobre el Tesoro Nacional. Esta suma se entregará a la Sociedad Humanitaria de San Vicente de Paul de la ciudad de Sucre, la que rendirá cuenta de su inversión al Concejo Municipal juntamente con la de subvenciones y fondos del hospital de San Juan de Dios. Regístrese y pase al H. Senado para su revisión. Tamayo. Damáso Sánchez (Diputado Secretario). Domingo Paz (Diputado Secretario).

#### PRESIDENCIA DE LA CAMARA DE DIPUTADOS

Sucre, 29 de octubre de 1884

Al Señor Presidente del H. Senado Nacional.

Señor:

Tengo el honor de remitir a esa H. Cámara por el digno órgano de Ud., la solicitud del Señor Gregorio Pacheco, relativa a que se asigne un fondo para el sostenimiento del Manicomio, con la resolución que le ha cabido, para su consiguiente revisión.

Reiterando al Señor Presidente mis consideraciones de respeto, me suscribo su atento y seguro servidor. Isaac Tamayo.

Sucre, octubre 30 de 1884

A la Comisión de Hacienda.

por P. O. del S. P.

Velarde.

HH. Senadores: La Comisión de Hacienda informa:

El señor Gregorio Pacheco ha construido en esta ciudad un manicomio con el costo de Bs. 121.780.15, que lo cede a la Nación para el asilo y curación de los alienados de toda la República, bajo la expresa condición de que no pueda jamás destinarse, ni "temporalmente, a otro objeto que el de su instituto; y que si alguna vez se piensa en variar su destino, se abone previamente a su familia o a sus descendientes el precio de su costo". La Cámara de Diputados, aceptando tácitamente este generoso y filantrópico donativo, rinde por él un voto de aplauso nacional al ciudadano Gregorio Pacheco, da al establecimiento el título de "Manicomio Pacheco" y vota para su sostén la suma de Bs. 4.000, sobre el Tesoro Nacional, encomendando la administración a la "Sociedad Humanitaria de San Vicente de Paul".

Cree Vuestra Comisión que debeis ratificar el acuerdo de la Cámara de Diputados, con la expresa declaración de que se acepta el donativo en los términos y condiciones impuestas por el donante, a quién en justo galardón de su filantropía, debeis acordar una medalla de oro que simbolice este acto patriótico, humanitario y generoso, con la siguiente inscripción. En el anverso: "El Senado Nacional al filántropo ciudadano Gregorio Pacheco"; y en el reverso: "Manicomio Pacheco". Sucre, octubre 2 de 1.884".

Sala de la Comisión. Sucre, 5 de noviembre de 1884. Bernardo Trigo. Ovidio Suárez.,

#### SECRETARIA DE LA CAMARA DE SENADORES

La Paz, septiembre 1o. de 1885

A la Comisión de Hacienda:

P.O. del S. P.

Raña. (Secretario).

Señor:

La Comisión de Hacienda, impuesta del memorial del Señor Gregorio Pacheco, que "cede gratuitamente al Estado el Manicomio construido en la ciudad de Sucre", cree que debe aceptarse la cesión en los términos y condiciones contenidos en el escrito de fojas 9. Asimismo, opina porqué la suma de cuatro mil bolivianos anuales que la H. Cámara de Diputados destina para el sostenimiento de dicho Manicomio se aumente a la suma de SEIS MIL BOLIVIANOS ANUALES.

En consecuencia, os propone la siguiente resolución:

Apruébase el informe de la Comisión de Hacienda de fojas 13, aumentándose la subvención anual hasta la cantidad de SEIS MIL BOLIVIANOS ANUALES; y devuélvase a la H. Cámara de Diputados para que se delibere sobre el aumento que se propone. La Paz, septiembre 19, de 1885. Ladislao Cabrera.

#### EL SENADO NACIONAL

En la sesión de esta fecha, ha resuelto lo siguiente:

Apruébase el informe de la Comisión de Hacienda con la modificación que él contiene; en su mérito, devuélvase a la H. Cámara de Diputados para los efectos de ley.

Sala de Sesiones del Senado Nacional. La Paz, 22 de septiembre de 1885. M. Baptista. N. Raña. (Secretario).

CAMARA DE DIPUTADOS  
La Paz, 10 de noviembre de 1885

Vistos en Cámara: Apruébase la modificación hecha por el H. Senado en su resolución anterior, consistente en elevar a SEIS MIL, LOS CUATRO MIL BOLIVIANOS ANUALES, votados por la Cámara de Diputados, para el sostenimiento del Manicomio en Sucre. Regístrese y expídase la respectiva resolución legislativa. Tamayo, Dámaso Sánchez. (Secretario). S. Pinilla. (Secretario).

SECRETARIA DE LA CAMARA DE DIPUTADOS  
La Paz, 24 de noviembre de 1885  
Al ciudadano Gregorio Pacheco.

Señor:

Tenemos el agrado de incluir a Ud. una copia certificada de la Resolución Legislativa, que hace referencia al establecimiento del "Manicomio" en Sucre.

Al mismo tiempo, devolvemos a Ud el expediente original que ha dado margen a la antedicha resolución.

Saludamos a Ud. muy atentamente y nos suscribimos sus obsecuentes servidores. Dámaso Sánchez. (Diputado Secretario). Sabino Pinilla. (Diputado Secretario).

Visto el Memorial del ciudadano Gregorio Pacheco y los documentos adjuntos:

EL CONGRESO NACIONAL

Resuelve:

Artículo 1o.— Acéptase la donación que el ciudadano Gregorio Pacheco hace a la República, del establecimiento que ha edificado en la Capital Sucre para curación y asilo de enajenados.

Art. 2o.— Declárase dicho establecimiento de caracter nacional, asignándose sobre el Tesoro de la República, la subvención anual de seis mil bolivianos (Bs. 6.000), para su sostén y mantenimiento.

Art. 3o.— El dicho establecimiento se denominará "Manicomio Pacheco" y su administración queda encargada a la "Sociedad Humanitaria de San Vicente de Paul".

Art. 4o.— Ríndese un voto de gratitud nacional al ciudadano Gregorio Pacheco, otor-

gándosele como manifestación de dicho sentimiento, una medalla de oro con las siguientes leyendas: en el anverso: "El Congreso Nacional al filántropo Gregorio Pacheco"; y en el reverso: "Manicomio Pacheco". Sucre, 2 de octubre de 1884.

Art. 5o.— Este establecimiento no podrá en ningún tiempo, temporal ni perpétuamente, ser destinado a objeto distinto del de su instituto, según voluntad expresa del donante, debiendo en caso contrario, abonarse previamente a su familia o a sus descendientes, el precio de su costo que, según la respectiva cuenta documentada, asciende a la suma de CIENTO VEINTIUN MIL SETECIENTOS OCHENTA BOLIVIANOS QUINCE CENTAVOS. (Bs. 121.780.15).

Comuníquese al Poder Ejecutivo para su cumplimiento y fines constitucionales. Sala de Sesiones del Congreso Nacional. La Paz, 23 de noviembre de 1885. M. Baptista. Isaac Tamayo. T. Valdiviezo (Senador Secretario). Dámaso Sánchez. (Diputado Secretario). Sabino Pinilla. (Diputado Secretario).

Casa de Gobierno. La Paz, Noviembre 24 de 1885. Cúmplase con arreglo a la Constitución. G. Pacheco. M. D. Medina. (Ministro de Gobierno).

No obstante toda la revelación documental que acabamos de estampar y que para nosotros cobra singular relieve, por razones de nuestra dedicación hipocrática y académica, la significación del ex-presidente Pacheco, tiene todavía otras vertientes de interés nacional. Entre estas no puede dejar de acentuarse su extraordinaria preocupación y realizaciones porveniristas —cuya discontinuidad en la administración de otros mandatarios, desgraciadamente ha motivado una nueva mutilación territorial, con la infausta campaña del Chaco— al insistir y hacer cuanto pudo, dentro de las limitaciones nacionales de su tiempo, para vincular el extenso triángulo chaqueño a la real y efectiva soberanía nacional, de lo que nos ocuparemos más adelante.

Otra de aquellas vertientes es su contribución y sus desvelos para tratar de atenuar uno de los mayores infortunios que azolaron la nacionalidad, en 1878, poco antes de la tragedia del Pacífico que los epilogó, con las aplastantes consecuencias de nuestro enclaustramiento marítimo. En efecto, casi la totalidad de los bolivianos — con la honrosa excepción de los po-

cos estudiosos que se han dado a la información seria y responsable del pasado nacional— se ha preguntado y se pregunta seguramente, sin respuesta alguna, con el silencio de ausencia explicativa que puede contristar en el futuro a los que no han tenido o a los que tengan esa reflexión, sobre el porqué de nuestra ominosa derrota en la guerra del Pacífico, no obstante nuestra alianza con la nación peruana.

Cuantísimas ocasiones, en las aulas escolares —acicateados por la instrucción de veras patrioter, egocentrista y anacrónica que hemos recibido, con las monsergas a veces pueriles sobre la pujanza, la invencibilidad y el heroísmo a veces espartano de nuestro ejército — como muchísimos bolivianos, seguramente, no hemos podido darnos la respuesta veraz al por qué del descalabro en el Pacífico, respuesta que recién vino posteriormente con la integración de nuestro modesto acervo cultural y que por eso, no queremos dejar de difundirlo ahora, en la venturosa oportunidad que nos depara la recensión de la obra de Pacheco, dejada por nuestro biografiado en la crónica que nos ocupa. Tal respuesta, justamente, es la que señala, pero con desafortunada brevedad y concisión Jaime Mendoza, al ocuparse de los siniestros telúricos que sufrió, inerte y desvalida la Nación en el año de 1878. Pocos bolivianos, ciertamente, han debido transmitir a sus descendientes la noticia fehaciente y desgarradora de aquellos, con el genérico, nombre de la hambruna que consecutivamente se presentó, como una especie de maleficio para debilitar a la Nación, hasta la impotencia de la inanición, cual ocurrió en las vísperas de la guerra del salitre:

“Para Bolivia aquel año 1878 — escribe Mendoza — había empezado bajo tristes auspicios y terminado peor aun.

Habían faltado las lluvias en la mayor parte del país y esto ocasionó la pérdida de las cosechas.

Y tras la pérdida de las cosechas vino el hambre; y tras el hambre vinieron las enfermedades.

El país presentaba un espectáculo lamentable. Los precios de los artículos de principal consumo llegaron a extremos que estaban muy por encima del proletariado. Las pobres gentes de los campos no tenían sencillamente qué comer. Por todas partes se veía tropas de gentes famélicas, hombres fuertes reducidos a figuras esqueléticas, niños desmirriados, madres que no tenían ni un poco de leche en los pechos misérrimos para darla a sus criaturas que morían en una proporción atrós; ancianos impotentes que, sin poder trasladarse a otras partes, perecían también de consunción ya en sus mismos rincones, ya en los caminos ya en las afueras de los pueblos. Y lo peor era que las autoridades se sentían impotentes para conjurar el mal”.

Casto Rojas en su utilísima *Historia Financiera de Bolivia*, da cuenta con más detalles y antecedentes de aquella negra etapa de la vida nacional, en frases que consideramos pertinente transcribir:

“Una prolongada sequía en 1804 arrasó los sembrados y trajo consigo el hambre y la peste que asolaron las comarcas altoperuanas, ocasionando una considerable reducción en los padrones de la “mita”

El año 1826 vino otra calamidad, pero de menor importancia, que felizmente pasó sin causar mayores estragos.

Las fiebres perniciosas que el año 1854 aparecieron en la provincia Larecaja y en algunas comarcas de La Paz, tuvieron alguna gravedad, pero por suerte fueron localizadas y dominadas mediante oportunos auxilios.

Pero no hay en los anales de las desgracias públicas, de una calamidad más grande que la que en 1878 y 1879 flageló al país con la sequía, la peste y el hambre, y fue seguidamente completada con la guerra. (El subrayado es nuestro: J. M. A.)

El año 1878 hubo una absoluta suspensión de lluvias. Esto que en todas partes es por sí sola una calamidad, lo fue más en Bolivia, cuya agricultura rutinaria está por entero subordinada a la acción natural del tiempo, sin canales de riego ni represas de agua que pudieran almacenarla para suplir en los años malos las deficiencias del cielo.

Aquel año no había brotado ni una yerba en los campos. Un cielo vacío, extrañamente diáfano, se retrataba tristemente en los sembrados resecos y polvorientos. La semilla depositada en el surco había muerto tostada por un sol de infierno, que parecía iba a hacer saltar la tierra como un petardo.

A la sequía siguieron las pestes. Las pestes coincidieron con el agotamiento de los pocos comestibles rezagados de la anterior cosecha. Consumido el último grano, inclusive el que se había logrado "des-sembrar" de los campos, el pueblo se vió materialmente sin que comer.

El país carecía de medios modernos de comunicación, para poderse proveer fácil y económicamente de los artículos de primera necesidad en los países vecinos. Además, el pueblo no contaba con ahorros, acostumbrado a vivir al día con la cosecha del año, o a derrochar en una noche en chancelo de la quincena en la mina. El país que más sufrió con esta calamidad fué Cochabamba, por lo mismo de ser un país totalmente agrícola. Los campesinos se agolparon en masa a las poblaciones en busca de pan. "En los primeros días de enero, fueron recogidos en las calles de Cochabamba más de 200 cadáveres de gente que pereció de hambre". Los que no habían muerto en sus ranchos iban a morir en las ciudades y en los pueblos, o se marchaban a otras regiones en busca del pan que no hallaban en las suyas.

Largas y famélicas caravanas tomaron el camino de la pampa salitrera, de aquella "Camifña" de la leyenda popular, para no volver más a la tierra de los antepasados, que por una crueldad implacable del cielo, negaba hasta el más mísero sustento al labriego.

El "granero del Alto Perú" quedaba así, sin grano y sin gente".

Y posteriormente, como cabalmente anota el economista Rojas, advino la infausta contienda del salitre, como epílogo letal de una de las épocas más desventuradas— si no lá peor, indiscutiblemente, la más determinante para el atraso semicolonial — que ha vivido y vive nuestro pueblo. Como si hubiera tenido el lampo intuitivo de consumado présago, Casto Rojas,— con la sólo dislocación del orden sucesivo que el memorable novelista valenciano, estampara en su celebrada pintura de la guerra del catorce— señala, sin referirse a la secante huella de sus cascos, el tropel de los cuatro jinetes del apocalipsis, que posteriormente lo fisonomizó aquel en la ensangrentada Europa y que antaño desolara los magros y macilentos predios del altiplano boliviano, cuya postración no pudo saberse — como no se sabe, ogaño— en razón de la pobreza y la mediterraneidad de su pueblo.

Así, a la sequía que emparejó la muerte, con el jinete del caballo pálido, que en la versión boliviana, “mató la semilla depositada en el surco, con un sol de infierno que parecía hacer estallar la tierra como un petardo”, cual lo dijo Rojas, sucedió el hambre — que expresaba el jinete del caballo negro— con su fatídica balanza, para limitar hasta el exterminio por inanición, el sustento de los hombres. Después en rigor consecutivo, advino la peste y las enfermedades que como secuelas inseparables, acompañan y caracterizan con mayor dramaticidad y elocuencia la indigencia de los pueblos y de sus moradores desposeídos. Una comisión médica — cuyo informe y componentes desconocemos aún — hizo saber que en una de aquellas epidemias, murieron de fiebre amarilla, más de treinta indígenas.

Finalmente, y cerrando el cortejo de la más grande caravana de calamidades que jamás haya diezmado a la Nación, concurrimos con todas las desventajas cotejables del enfermo, casi paralítico, semi—agonizante y estertoroso que tiene que erguirse en holocausto supremo de defensa de su decoro personal y nacional, para afrontar la ofensiva de un vecino que no pudo dejar de aprovechar las incapacitantes limitaciones adversarias. Es en esa forma que el país, casi fué ultimado con la violencia cruenta y uno de los despojos más extensos de su patrimonio geográfico en la guerra del salitre.

En tan aciagas circunstancias, el patriotismo de Gregorio Pacheco, escribió otra página de ejemplo para los sectores poseyentes de la — coetánea y posterior — burguesía nacional, de la que fue uno de sus personeros de mayor sensibilidad y sentimiento nacionales. Ofreció para la defensa de la patria toda su fortuna, la entrega inmediata de cincuenta mil pesos—como inicio de esta increíble contribución— así como el sostenimiento y equipo por su propia cuenta de una división de dos mil hombres, “viéndose rodeado —dice Jaime Mendoza— en un momento de más de novecientos voluntarios listos para formar” ese contingente. Como históricos documentos, ahí quedan dos re-

soluciones legislativas — la Cámara de Diputados lo hizo en su acuerdo de 27 de octubre de 1883 y el Senado Nacional en su resolución de treinta del mismo mes y año— que en justiciero reconocimiento le significaron la gratitud y el aplauso nacionales.

A parte de lo mencionado hasta el punto, Pacheco fué, efectivamente, uno de los introductores del sistema del cohecho en nuestras viciadas prácticas eleccionarias. Era, al cabo legítimo exponente de la naciente oligarquía boliviana.

Empero, Jaime Mendoza, como queriendo destacar el predominio de las facetas indiscutibles en la trayectoria de su biografiado, revela hechos ejemplarizadores que— a la distancia de aquella época — nos parece pertinente pormenorizarlos, como sugerencia de primo patriotismo para los gobernantes del futuro y referirlos en este párrafo en contraste antipatriótico, además, de lo que la patria contemplaría, estuporosa y desdichada, poco menos de cien años más tarde.

Iniciada su campaña electoral a la presidencia de la República, como candidato “demócrata”, lo hizo si no contra la adversidad, por lo menos con la absoluta prescindencia y falta de apoyo oficial que, conforme a la inveterada usanza boliviana, pudo encontrar, y no lo tuvo por ningún lado, de su primo Narciso Campero, cuyo período presidencial, expiraba en aquel entonces.

Por el contrario, una frecuente y humana diferencia familiar, mantenía distanciados a ambos primos hermanos, desde mucho antes de la liza electoral. Y aunque es cierto, también flaqueza humana, que aquella diferencia que pudo influir negativamente en la campaña electoral de Pacheco, se originó en una enconada disputa de intereses minero—comerciales entre ambos. Tal disputa llegó con escándalo a los estrados judiciales. Empero tampoco se debe dejar de anotar que el señuelo del usufructo

del poder público —origen más común y menguado de la fortuna y la “respetabilidad” de muchos gobernantes— mucho más seductor y lucrativo que la hegemonía de las propiedades o acciones que se disputaban, pudo superar las rencillas anteriores para lograr el decisivo respaldo oficial que, repetimos, no lo tuvo el candidato Pacheco.

No hubo lugar para la serena reflexión que imponía la gravedad y las repercusiones de la contienda electoral, caso de ser adversa. Como siempre, bajo el sol, se había nublado la limpidez del juicio discriminativo, por la fuerza imponderable y ancestral de los treinta dineros, estigmatizados como “estiórcol del demonio”. El mayor elogio, empero, para la administración de Pacheco y su penetración de estadista, como destaca Jaime Mendoza es su obra de vinculación y las conexiones camineras que estableció o trató de establecer con el sud—este.

Quizá en esa ingente preocupación de su biografiado, podamos encontrar aquella otra, casi obsesiva, de *La Ruta Atlántica*, y sus problemas adyacentes en la trayectoria de Mendoza.

Ahí está la fundación de Puerto Pacheco y la promoción de la red caminera incipiente hacia el Chaco, con la idea, igualmente fija en Pacheco, de encontrar la buscada salida al río Paraguay que, sucesivamente respaldó y equipó con la expedición Thouar y los trabajos del eminente patriota y visionario Miguel Suarez Arana que, a su vez, pugnó por establecer una colonización sistemática en las márgenes del Alto Paraguay, como corolario de la estructura vial que se propuso.

En amplísima reivindicación de la figura de Pacheco y con las indiscutibles razones que el tiempo se ha encargado de otorgarle, para desventura nacional, subraya por eso Mendoza, ¡cuán sólida e invencible habría sido la posición boliviana en la contienda del Chaco, si todos los gobernantes posteriores—muchos de ellos empeñados en la mera demagogia pueblerina que

los ha peculiarizado— hubieran seguido los patrióticos parámetros gubernativos de aquel, en relación a nuestra real soberanía territorial en el sud—este!

Finalmente y como patriota por excelencia que era Mendoza y, casi présago sobre el doloroso porvenir nacional, se adelantó a prevenir lo que sucedería a la Bolivia de la segunda mitad de la centuria, al señalar todavía dos postreras facetas singulares de la administración Pacheco. La una, enfatiza la honradez acrisolada que tuvo ese mandatario en el manejo de la cosa pública. Para él, los denarios del Estado no fueron el saco sin fondo, donde el enriquecimiento ilícito de gobernantes posteriores encontró su menguado vellocino de oro. Gregorio Pacheco, como destaca Jaime Mendoza, no salió del poder con las manos tiznadas por la sustracción de dineros ni de bienes del Estado. Por eso pudo estampar en su Mensaje a la Nación, el 6 de agosto de 1888, y cuando entregaba el poder a su sucesor, Aniceto Arce, estas palabras escritas de manos limpias y de consecuencia educativa al respecto: “Hallaréis errores u omisiones involuntarias en la gestión, de los negocios e intereses públicos, como tributo común a la insuficiencia humana; pero no encontraréis un sólo caso de peculado o de dilapidación de los dineros del fisco, cuyo manejo durante el cuatrienio ha corrido aun a cargo de mis adversarios políticos, como una garantía de mi fiel administración de la hacienda nacional”.

Como epílogo dorado de la recensión mendociana de Pacheco, cabe decir aun que el ex—presidente de 1888, con honrosa holgura en el punto, pudo emular la excelsa conducta del Mariscal Sucre, cuando en su postrer Mensaje a la Nación, el Vencedor de Ayacucho, subraya que “durante su administración no había hecho correr sangre de sus hermanos, ni se le podía imputar el llanto de ninguna viuda ni de ningún huérfano”. Pacheco, como el Gran Mariscal de Ayacucho, no incurrió en la conducta fratricida — tan cara a muchos usufructuarios del solio presidencial— de la victimación de su pueblo, por diferencias ideo-

lógicas con sus adversarios o del re—editado genocidio como respuesta a las frecuentes demandas obreras por mejores salarios y mínimas condiciones humanas de vida.

Y aunque parezca o constituya algo de poca monta, en la disección de una gestión presidencial en nuestra historia, también Mendoza, como pequeño—gran detalle que interesa sobremanera a la psicología humana, destaca todavía que mucho antes de asumir el mando supremo de la Nación y aun en pleno período plebiscitario, Pacheco quiso mantener alejada a su familia de la agitación política y de las fruiciones y vanalidades del poder. En ese empeño, envió a su esposa y sus hijos a Europa de donde todos ellos regresaron solamente cuando dejó de ser máxima autoridad en el país. Sólo pudo reunirse con los suyos, a los dos años de haber dejado la primera magistratura, cuando desembarcaban en 1890 en el Puerto de Antofagasta.

Un tópico, digno también de destacarse en la biografía de Pacheco, es la extensa referencia que hace Jaime Mendoza respecto a Mariano Melgarejo, ensayando una tácita interpretación psicológica del caudillo del sexenio que, ciertamente merece profundizarla en un estudio más amplio y dedicado a ese concreto enfoque. Allí Mendoza, en magnífica confluencia de sus dotes de historiador, psicólogo y psiquiatra, asocia cumplidamente los hechos tributarios de las ciencias respectivas en algo que no se hizo, de igual extensión por lo menos, hasta esa oportunidad.

Para concluir lo que atañe al ex—presidente Pacheco, el médico e historiador no podía dejar de sentar que murió de hemorragia cerebral, por arterioesclerosis, al expirar el siglo XIX, el 30 de agosto de 1899, en el pueblo de Tatasi, centro minero de Portugalete.

Con motivo del tricentenario de la Universidad de Chuquisaca (San Francisco Xavier), en marzo de 1924, Mendoza publi-

có un ensayo histórico titulado *La Universidad de Charcas y la idea revolucionaria*. Posteriormente éste se publicó nuevamente, con otro ensayo de Ignacio Prudencio Bustillo, titulado *La Universidad bajo la República*.

Aquel trabajo de Mendoza, por la calidad interpretativa de la influencia de la benémerita Universidad en la vida de la Nación, desde sus antecedentes coloniales, fue premiado con medalla de oro y diploma de honor, por el Concejo Universitario de Chuquisaca. El mencionado ensayo, comienza con un somero análisis de las universidades medioevales y la erección de Charcas, la ciudad universitaria con la fundación de ésa Casa Superior de estudios por el padre Juan Frías y Ferrán, de la congregación Jesuítica.

Mendoza divide la vida de la Universidad en tres etapas, con consideraciones pertinentes a las cambiantes influencias que gravitaron sobre dicha institución. De tales etapas, la primera es la jesuítica, en la que hace un detallado análisis de la trayectoria de la congregación de Loyola en aquella entidad. Sus errores y aciertos a juicio de Mendoza, culminaron con la expulsión de la orden y el innegable aporte que nuestro autor reconoce a la Compañía de Jesús.

El retiro de los jesuitas que "causó naturalmente una crisis intensa en la Universidad de San Francisco Xavier", condujo a la segunda etapa que Mendoza tipifica con el nombre de *la etapa de los juristas* y que descuellan por haberse fundado en dicho lapso la Real Academia Carolina en 1776, aprobada por Cédula Real en 1780. La Academia Carolina constituyó un ascenso de actividades en relación a la etapa anterior: como la práctica demostración de un mayor laicismo que, por otra parte confrontó las dificultades financieras de la institución ya que por primera vez, se pensó en la retribución de sus cuadros docentes. La congregación de Loyola, jamás en aquella entidad había hecho que sus profesores percibieran sueldo alguno. En

esta etapa, por otra parte y por una de esas expresiones muy castellanas entre los hombres y los pueblos influidos por la conquista ibérica, la salida de la congregación jesuítica, contribuyó a la crítica satírica de la "doctrina suarística y jesuítica echándose, en cambio, de menos, la doctrina tomística, como si los jesuitas no hubiesen sido quienes la predicaron, justamente, desde los primeros tiempos de la Universidad", como a nota nuestro biografiado.

La tercera etapa, Mendoza denomina *la etapa revolucionaria*, que corresponde a los doctores de la institución, los mismos que, de acuerdo a Gabriel René Moreno, son clasificados en dos grupos: el primero o de los doctores jurídicos, que perseguían la independencia "dentro del orden legal, temporaria, hasta la vuelta del soberano (preso en Bayona), o sea independencia con arreglo a pacto bilateral escrito". El segundo grupo, lo denominó el mismo Moreno de *los doctores radicales* que sostenían la necesidad de la independencia en forma total, ya que los países sometidos a España, por la situación de intervención francesa en que ésta se encontraba, prácticamente habían logrado su soberanía o por lo menos la posibilidad inmediata de tal beneficio.

Después, concluye con un anatema a los "jurídicos", como si Mendoza hubiera cotejado lo que ya en sus tiempos, podía apreciarse con mayor claridad, en la contienda de clases, que en formas más veladas o expresivas, ha mostrado el proceso evolutivo de la sociedad, donde aquellos a quienes el poeta de El Cabo de la Vela, denomina los arribistas, que "veían ante todo sus intereses personales y pusieron al servicio de ellos los grandes intereses de la patria. Eran los arribistas, continúa, esos que en todos los tiempos y en todos los países se valen de estas ocasiones para explotar en su provecho las abnegaciones de los otros, los entusiasmos de las multitudes y la bondad de las mejores causas". Los "radicales" en cambio, fueron "en verdad, los más preclaros y selectos. Seguían ese ideal y en servicio de él supieron afrontar mil penalidades, persecuciones, destierros, pri-

siones y la muerte misma. Los nombres de varios de ellos figuran entre los protomártires de la libertad”, por haber desafiado el orden público, el orden legal que sólo ha servido en todos los tiempos y en todas las latitudes para cohonestar la injusticia social vigente en el ordenamiento individualista de la sociedad.

El citado trabajo de Mendoza concluye con un brevísimo enfoque de Ignacio Prudencio Bustillo — malogrado y brillante humanista, desaparecido prematuramente—titulado *La Universidad bajo la República*.

En 1925 — y como homenaje al Centenario de la independencia nacional y proclamación de la República— publicó *El factor geográfico en la nacionalidad boliviana*, tocando el tema de tal título. De esta obra, como casi todos los comentaristas de la elaboración mendociana, podemos decir que constituye la esencia de sus puntos de vista en materia histórico—socio—geográfica. Con ella deviene Jaime Mendoza, un convicto y confeso epígono de la sociología geográfica en el país. Iniciando el enfoque del asunto, poco tiempo antes, del 6 de agosto de 1925 y como tesis de ingreso a la respectiva corporación, dictó una conferencia en la Sociedad Geográfica “Sucre”, de la misma ciudad, sobre *La aparición de la nacionalidad boliviana en Sur América*. En las “Líneas iniciales” del trabajo que comentamos, Mendoza parece explicar y justificar el motivo de aquel, haciendo una tácita impugnación al escritor español Carlos Badía Malagrida, que anteriormente habría sustentado “la tesis del conglomerado”, al referirse a la configuración territorial de Bolivia en un libro titulado *El factor geográfico en la política suramericana*. Desgraciadamente desconocemos esa obra, para dedicarle las glosas que merece. Sin embargo, no hace mucho tiempo que el académico Eduardo Arze Quiroga, ha publicado en dos ediciones sucesivas de “Presencia Literaria”, un extenso comentario del mencionado trabajo, que por la calidad de tal recensión, nos permite una apreciación más o menos inconfundible del referido autor hispano. Según ella, Badía Malagrida, pretendía na-

da menos que la desaparición de Bolivia, con una partija de su territorio , entre los países vecinos por constituir una incongruencia como Nación.

Por fortuna, a esa obra publicada "hace cincuenta y cinco años", al decir del prestigioso historiador Arze Quiroga, sólo le queda el valor de chatarra sociogeográfica, completamente intrascendente, por supuesto,. Pues Carlos Badía Malagrida, con digno funcionario del servicio exterior de la España anterior a la fugasísima y luminosa instauración de la última República ibérica, no traduce sino el pensamiento colonial de las castas dirigentes de la península que, sin un examen modernista de la monarquía peninsular, siguen soñando con el Siglo de Oro, sin reparar que el desventurado país ibero aun permanece a la zaga europea pese — y a causa de eso mismo— a la continuidad de cuatro décadas franquistas.

Y como algo más inapelable sobre las pretendidas predicciones del sociólogo español de marras, la realidad, como juez inexorable que patentiza el criterio filosófico de la verdad objetiva, se ha encargado de liquidar su fabulación sobre la unidad super-nacional hispano-americana" con el diferentísimo derrotero que buscan o que siguen los países hispano-americanos, completamente diferente, por supuesto, de la Madre Patria tan venida a menos, al iniciarse el último cuarto de nuestra centuria, con la restauración regresiva de una monarquía extemporánea.

Después de todo lo expuesto, lo verdaderamente pasmoso en el enfoque andinista de Mendoza es su conocimiento descomunal de la realidad física del país. Ni nuestros más consumados geógrafos, sin mengua alguna por supuesto, para ellos, han podido tener a su turno, un conocimiento más profundo y pormenorizado del territorio nacional. Todo lo que comentamos y examinaremos aun en este capítulo, otorga al esfuerzo y al legado de Mendoza, el carácter de una geografía integral de Bolivia.

Y lo hace con la proverbial y pedagógica modestia que caracterizaba su robusta personalidad, hasta en el hecho que acabamos de mencionar, en la paternidad de la denominación "macizo andino" que no es acuñación propiamente suya como lo expresó textualmente. Pero, sí, la doctrina de éste en la propia síntesis del autor hecha justamente en el portal del trabajo que comentamos:

"La Cordillera de los Andes constituye la gran unidad geográfica de Sur América...

...la cordillera andina está formada por diversos segmentos que se articulan unos con otros, formando otros tantos eslabones, cada uno de los cuales, a la vez de integrar la cadena que les es común se muestra, sin embargo, con caracteres propios que le dan su respectiva individualidad.

Y ahora bien entre esos eslabones hay uno que resalta notablemente entre los demás, por los siguientes caracteres:

- 1o.— Porque ocupa justamente la parte central de la cordillera andina, entre los paralelos 14 y 27<sup>o</sup> sur;
- 2o.— Porque es el más elevado: sus legiones de picos tienen 6.000 a 7.000 metros sobre el nivel del mar;
- 3o.— porque es el más ancho: hay puntos en que pasa con mucho de 400 kilómetros en su espesor; 4o.— porque es el más largo: su longitud abarca por lo menos 12 grados geográficos.

A esta gran formación continental es a la que damos el nombre de eslabón andino central.

Y ahora puntualicemos algunos detalles.

EL MACIZO BOLIVIANO.— Hacia el paralelo 27<sup>o</sup> austral (Copiapó), la cordillera de los Andes, que desde el estrecho de Magallanes, se dirigía al Norte, formando un solo tronco, sufre un fenómeno de dispersión. Grandes masas montañosas se desprenden hacia el oriente (Tres Cruces, San Francisco, etc.) e internándose en el continente, forman una nueva cordillera, que vá también al Norte, paralelamente a la primera, hasta el nudo de Vilcanota en el paralelo 14<sup>o</sup> sur, en que ambas cadenas vuelven a unirse.

Como resultado de esta bifurcación queda entre las dos cordilleras un gran espacio de tierra y agua que es la altiplanicie.

Resulta pues, así, un primer hecho característico: un bloque colosal de los Andes, formado por una meseta circundada de dos cordilleras.

O lo que es lo mismo, queda constituido lo que se ha llamado el macizo boliviano, nombre que también nosotros conservaremos, hechas ciertas restricciones que después se explicarán. (El subrayado es nuestro: J.M.A.)

Réstanos, ahora, caracterizar las principales líneas del macizo:

MESETA CENTRAL.— Ella no es solo esa faja de tierra que describen las obras de geografía, extendiéndose desde el Lago Titicaca por el Norte, hasta el nudo de Potosí por el sur, o a lo sumo hasta los Lípez. Es mucho más. Es la gran altillanura que corre desde los pies del Vilcanota hasta los confines australes de la Puna de Atacama. Abarca, por consiguientes unos 12 grados geográficos de longitud por lo menos, si se tiene en cuenta la inflexión curvilínea occidental del continente suramericano en estas latitudes, teniendo por ancho alrededor de 100 kilómetros. Por el norte encajonan esta grandiosa meseta los nudos de Vilcanota y Apolobamba. Por el sur muere ella en el amplio zócalo que contornean los brazos abiertos de Tres Cruces y otras montañas. Su altura varía entre 3.800 a 4.000 metros sobre el nivel del mar. Su aspecto es en general el de inmensas sábanas de tierra perfectamente horizontalizadas, sembradas de cuando en cuando, por moles orográficas esporádicas y mostrando en diversas partes grandes masas de agua, como los Lagos Titicaca y Poopó, o enormes salares, como los de Coipasa y Uyuni. La forma de esta meseta es la de una taja longitudinal ligeramente arqueada hacia el occidente.

LAS CORDILLERAS.— Cordillera volcánica o de la costa.— Ella forma el marco occidental de la altiplanicie. Por su vertiente oriental desprende sobre ésta sus contrafuertes, algunos de los cuales se aproximan a los que vienen de la Cordillera Real que está a su frente. Por la vertiente occidental, desprende asimismo poderosos contrafuertes, que van degradándose, poco a poco, hasta llegar al Pacífico, donde forman las playas de Atacama, Tamarugal, Arica y Mollendo.

La línea trazada por esta cordillera es también la de un arco, una vez que contornea el altiplano. Entre sus picos culminantes se puede citar, yendo de sur a norte, los de Llullaiyacu, Licancaur, Sajama, Misti, que pasan de 6.000 metros.

CORDILLERA REAL U ORIENTAL.— Tiene con mucho proporciones superiores a la otra. Es el marco oriental del altiplano. Se desarrolla en grandiosos eslabones co-

mo los de Carabaya, Anconuma, Tres Cruces, Frailes, etc. Por sus faldas occidentales entra a formar parte del altiplano. Por el lado oriental se dilata en colosales ramificaciones, que en lo general, van también longitudinalmente (Chichas, Caipa, Tacsara, Centa, etc.) formando profundos valles, hasta que al fin, por sus últimas estribaciones, se esparce en la región de las llanuras. En esta cordillera culminan soberbiamente los nevados de Cachi, López, Tres Cruces, Illimani, Illampu, Cololo”.

El enfoque del *macizo boliviano*, iniciado sintéticamente en el trabajo que comentamos, fue explayado amplísimamente en un libro publicado con el mismo título *El Macizo Boliviano*, por Arnó Hnos. en La Paz, en 1935. Este al traducir el conocimiento omnilateral de Mendoza sobre la realidad boliviana, desborda toda ponderación, por hiperbólica que parezca, en su dominio de nuestra heredad patria, y de nuestro patrimonio geográfico. Desde las primarias estructuras de nuestro acervo territorial, con atinado análisis aun de sus basamentos geológicos, hasta el incomparable detalle de su majestuosa orografía y la textura fecundante de nuestra caudalosa hidrografía, cuya colosal riqueza potencial permanece aun dormida, por la dependencia y el sub-desarrollo en que nos debatimos.

Todo, absolutamente todo lo perteneciente al suelo nativo está minuciosamente descrito por el Sembrador sin omisión alguna de su opulencia vegetal, de sus variadísimos veneros que cubren casi todo el espectro mineral de la naturaleza, ni de su fauna inexplorada y polimorfa.

Por todo aquello, acaso, Vargas Sivila, — a quién no podemos dejar de transcribir en el punto,— estuvo tan certero en el prólogo de *Apuntes de un Médico*, que ya hemos mencionado, al referirse a esta visión, que quizá cupiera decir, con propiedad, visión Empírea de Mendoza en su dominio de la extensión y la naturaleza patrias: “Jaime Mendoza, desde muy joven,— desde niño acaso— quiso ser leal con su propio espíritu, y le dió libertad; en primer término; toda la libertad que el espíritu requiere para existir con la grandeza y la afirmación

de un mundo. Por eso, ávido un día de inmensidad y de paisaje, escaló la altura. Y como queriendo que por sus pupilas entrase de un solo golpe la “intrincada geografía”, contempló Bolivia, clavado en la punta del Chorolque. Se cumple así, en él, bellamente la sentencia de Simmel: “por medio de los ademanes el hombre toma, posesión espiritual de una porción del espacio”. Y esa porción fue para Mendoza la extendida a lo largo y a lo ancho de la Real Cordillera de los Andes, cuya alma y filosofía, el “andinismo”,— de su creación— gravitará sobre la existencia nacional, eternamente. Desde entonces, Mendoza se dió a sembrar ideas, en cada campo, sin desprenderse de la visión grandiosa del Macizo”.

Como ineludible ubicación de doctrina y orientación filosófica que tácitamente implica todo análisis sociológico e historiográfico, no podemos dejar de sentar nuestro disentimiento con el determinismo geográfico de Jaime Mendoza. Hombre de su tiempo, como hemos de analizar en el capítulo *Novísima Verba*, al verificar el balance de su eminente trayectoria en la vida nacional, como todos los de su generación en el país,— y por las limitaciones del mismo enclaustramiento mediterráneo que él señaló con tanto énfasis y trascendencia porvenirista— no pudo estar informado de una amplísima visión gnoseológica, con su consecuente ubicación en la milenaria disyuntiva del pensamiento filosófico que, desde la genial intuición de los pre-socráticos, requiere la definición categórica de la elaboración intelectual.

En su adhesión a la sociología geográfica, seguramente ha influido su investigación sobre las influencias que a su vez, gravitaron en la Academia Carolina y la Universidad de Chuquisaca, en cuyas aulas germinó la rebelión contra la corona hispánica, al influjo de la Iluminación francesa. Como es sobradamente conocido, entre los épigonos de ese vigoroso movimiento de ideas, se destaca el famoso Montesquieu, considerado en la historia de la filosofía, como el fundador o uno de los funda-

dores de la teoría geográfica de la sociología, en cuyo *Espíritu de las Leyes*, está expuesto primordialmente el contenido de ese criterio socio—político y económico.

En síntesis de nuestra disconformidad, debemos decir y reiterar, en consecuencia que “el medio geográfico es una de las condiciones necesarias y permanentes de la vida material de la sociedad, pero sólo es *relativamente* permanente e invariable”. (El subrayado es nuestro: J. M. A.). De mayor importancia, y mucho más determinante es el régimen social, el orden social, vale decir la relación de las fuerzas y estructuras productivas que cambian con mayor celeridad y consecuencias en la fisonomía del desarrollo social. Y el mismo Mendoza, nos justifica al anotar la prelación de los factores socio—económicos, al insistir en la gravitación de la Audiencia de Charcas y su jurisdicción examinada con seriedad y prolijidad documentales en *La Ruta Atlántica*, que hemos de desmenuzar en los próximos párrafos. De ahí que al comenzar el capítulo segundo de esta obra, él haya dicho textualmente: “Según acabamos de ver, hemos constituido en el presente estudio una primera etapa —la de los descubrimientos— en que aparece señalado con cierto énfasis el factor económico como el primordial señuelo que arrastró a los conquistadores a realizar sus portentosas hazañas.

Y dentro de ese concepto económico hemos señalado el rol singular que le tocó jugar al país de los Charcas. De propósito hemos nombrado repetidamente la frase que en esos tiempos llegó a ser una fórmula sacramental: “La sierra de La Plata”, como que fue, por la proximidad a los veneros de Porco, Potosí, etc. que la Villa de Pedro Anzures, fue bautizada con el nombre de Ciudad de La Plata. Y es así, cómo empieza el andinismo. La montaña atrae a la llanura”: la atracción de la riqueza mineral que encandiló la mente de los primeros conquistadores.

Su patriótica y permanente preocupación por documentar con seriedad el pretérito boliviano, dió a la estampa en Sucre,

*El Mar del Sur*. en 1926, en un volumen de 364 páginas admirablemente documentadas y donde con prolijidad benedictina señaló las vicisitudes bolivianas en torno a la legendaria posesión de nuestra costa sobre el Océano Pacífico. Pocas, o quizá sea mejor decir, ninguna historia de Bolivia — tal vez, porque hasta hoy, no contamos con una historia integral elaborada con rigor epistemológico— cuenta con las desconocidas referencias que él exhuma, en torno a la máxima y actual aspiración de nuestro país. Quizá quepa en el punto, como concordante expresión y resultado de este trabajo y de este capítulo sobre todo, sugerir en el futuro la re—edición, entre las obras esenciales de Mendoza, de *El Mar del Sur*, que ningún boliviano debe desconocer.

Justamente unas seis semanas después de haber redactado esta página, hemos encontrado coincidentemente en la sección de “Cartas al Director” de un matutino local, la misma sugerencia que hacemos, suscrita por un acucioso lector de ese diario. Con motivo de la palpitante discusión sobre la reclamación boliviana en torno al enclaustramiento nacional, sin costa marítima, dicho lector hace la sugestión de “publicar o re—editar el libro *El Mar del Sur*, elaborado, dice, “por el egregio escritor boliviano Don Jaime Mendoza”.

¡Pocos bolivianos en verdad, contados con los dedos de las manos y aun entre los profesionales de la enseñanza histórico—geográfica o de los llamados “funcionarios de carrera” del ministerio de relaciones exteriores, deben conocer esa obra. *El Mar del Sur*, evidentemente es una enseñanza que ningún boliviano debe ignorar por cuanto en él se establece la histórica jurisdicción de la Audiencia de Charcas, sobre todos los territorios comprendidos más tarde en el area del puerto de Antofagasta. Y no se trata solamente de los territorios de la costa del Pacífico que hasta la pérdida de 1879, pertenecieron a Bolivia. Sino que las provincias del sur peruano, ya proclamaron su deseo y su decisión de pertenecer a Bolivia, desde los mismos inicios de nuestra proclamación republicana.

Jaime Mendoza, en el enjundioso libro que comentamos, transcribe la solicitud de la municipalidad de Tacna al Libertador Bolívar en la que— suscrita por sus personeros Juan Antonio Castaños, José Santiago Basadre, Carlos de Villanueva, Manuel Barrios, José Pizarro, Valentín Izurra e Ignacio Mariño—manifiestan que “decididamente quieren pertenecer a la República de Bolívar, porque las relaciones de subsistencia y de comercio que hay entre los individuos de la República Bolívar y los de esta provincia; su situación local y otras circunstancias que nos interesan recíprocamente, continúan, con ventajas superiores a las que hasta ahora habían logrado, reclaman imperiosamente la separación de esta provincia de la capital de Lima, y su unión a la de Sucre”.

Otra utilísima transcripción de Jaime Mendoza es la carta del Mariscal Sucre, desde Chuquisaca, en 27 de enero de 1826, al Libertador Bolívar, en la que el Héroe de Ayacucho le dice textualmente:

“Sería bien que V.E. mostrase algo al Congreso peruano de la pretensión de esta República para que se le ceda Arica, mostrando que Arica es un puerto que sólo da introducciones a Bolivia, y que si se le niega, este país tomará el partido de recargar los derechos a las introducciones del Perú y Buenos Aires; declarando franco el Puerto de La Mar, sería arruinado Arica, acaso las razones que apoyan esta verdad inclinarian al Congreso a ceder Arica por un tanto que esta República pagaría”.

Posteriormente, a la gravitación socio—económica que señalaba la municipalidad de Tacna y con las mismas razones de esta población, en plena vigencia del crucismo, vino a sumarse la categórica y documentada solicitud de otras provincias del sur peruano, de pertenecer a Bolivia, en sendos pronunciamientos que también transcribe Mendoza, de las localidades de Moquegua, Tacna, Arica, Locumba y Tarapacá.

Es innegablemente cierto, que dichas peticiones, como lo dicen los respectivos documentos, estaban inspiradas en la atrac-

ción casi magnética del poderío boliviano alcanzado en todos los órdenes de la institucionalidad republicana, bajo el gobierno del Mariscal de Zepita, quien lamentablemente, no escuchó esos pronunciamientos, como igualmente deploraba el General Francisco Burdet O'Connor en sus *Mémoires* que, como Jaime Mendoza, transcribió posteriormente Rigoberto Paredes en su libro *Melgarejo y su tiempo*.

Luego, nuestro biografiado, con la justificación remarcable de su patriotismo dolorido, examina las posibilidades desvanecidas de nuestro mayor y más seguro acceso a la costa oceánica, emergentes de la batalla de Ingavi, deplorando la reducción de la victoria del epónimo Ballivián, al marco exclusivo y concretamente militar, en los siguientes párrafos:

"Ballivián, en efecto, después de su victoria pasó a ocupar las provincias de Puno y Moquegua. ¿Qué iba a hacer? ¿Se apoderaría de ellas? ¿Había llegado la hora de que al fin se corrigiese la defectuosa construcción geográfica de Bolivia?

El momento, en verdad, parecía más de lo propicio. Con agregar Ballivián, de hecho, Puno a Bolivia, corregiría la mutilación sufrida por Bolivia al hacerse independiente por aquel lado del Macizo Boliviano. Y de igual modo, con la incorporación de Moquegua y demás territorios litorales que corren al sur, habría completado la organización de la República por el lado del mar...

...En resumen, Ballivián, en aquellos momentos, no hizo sino realizar una marcha triunfal en esa parte del Perú. Su permanencia allí por algunos meses fue un simple paseo, una ocupación militar. No se reveló aun el político. El político práctico y previsor...

...Y en tales circunstancias se hizo el Tratado de Puno (junio de 1842), "honroso para ambos países", al decir de todos, pero que no tuvo la virtud de resolver de un modo definitivo el problema del Pacífico para Bolivia. Como de costumbre, este país se había quedado muy satisfecho con eso del "honor". Ni siquiera cobró las indemnizaciones a que tenía derecho por los gastos de la guerra provocada por Gamara".

Continuando la revista de la permanente expectativa boliviana en torno al problema del Pacífico, Jaime Mendoza, en *El*

*Mar del Sur*, documenta algo que lamentablemente desconoce la inmensa mayoría de los bolivianos, o que vagamente conoce una minúscula minoría nacional y que urge actualizar en este punto, para la seria elaboración de la historia patria que habrá de hacerse algún día. Tal desventura se refiere a la malhadada administración de Melgarejo, sobre cuyo desgobierno, ciertamente se tiene una conciencia más o menos vaga en toda la Nación. Empero, pocos, repetimos, muy pocos son los bolivianos que conocen el detalle de la ominosa vigencia del sexenio y sobre todo la irresponsabilidad, ciertamente psicopática de aquel, en la conducción de las relaciones boliviano—chilenas. A parte del famoso Tratado de 1866, que “en verdad no era un tratado de límites, sino de cesión territorial y de explotación” de nuestro acervo mineral de Atacama, como dice Mendoza, lo increíble e incalificable es que el burdo personaje quiso designar su ministro de hacienda al plenipotenciario chileno en La Paz, Aniceto Vergara Albano. Sin efecto, tan inconcebible intento, por pudor del propio ministro chileno, al término de la gestión diplomática de éste, lo designó nomás Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Bolivia en Chile. Y todavía, ese no fue el extremo inadmisibles de las melgarejadas. Lo desconocido,— que también exhuma Mendoza,— fue que la redacción por ese súbdito chileno del propio “tratado” de 1866, que Juan R. Muñoz Cabrera, Ministro Plenipotenciario de Melgarejo en Santiago, se atribuía jactanciosamente, salió a la información pública poco después del hecho. Una carta a éste — condigno emisario diplomático del sexenio— del propio Melgarejo, revela en que forma escarneció este déspota el decoro de la Nación y en que medida dilapidó los intereses patrios:

“Señor Don Juan R. Muñoz Cabrera. La Paz, octubre 10. de 1866.— Mi estimado amigo: He sabido con sentimiento que Ud ha promovido una polémica por la prensa, atribuyéndose la redacción del Tratado entre Chile y Bolivia. En honor a la verdad, todo, en su mayor parte es obra del Señor Vergara Albano.— (Firmado).— Mariano Melgarejo”.

En el último capítulo de *El Mar del Sur*, angustiado, pero realista como siempre, Jaime Mendoza estampa su pesimismo

categorico sobre la "buena voluntad" de nuestros vecinos en la solución de la demanda boliviana sobre la costa, en frases que deben transcribirse por su inusitada actualidad:

... "Bolivia está, pues, según todo esto al frente de un problema que me parece hoy por hoy irresoluble.

Ninguno de sus vecinos, ni el Perú, ni Chile, se prestan a tratar este asunto dentro de un temperamento equitativo, sereno, previsor..."

Dichas esas palabras, hace más de medio siglo, refuerza pocas páginas más adelante su escepticismo documental al asunto en otras frases que también conviene actualizar:

"A nosotros nos parece que ya se ha hecho un gasto excesivo de razones para probar ese derecho. Se han traído a cuento argumentos geográficos, históricos, jurídicos, etc. que constituyen un frondoso caudal en nuestra historia, pero sin resultado alguno. Este mismo libro, no es sino un nuevo aporte en esta materia, que probablemente será tan ineficaz como los de otros escritores. Todo esto se nos antoja ya completamente inútil".

.....  
...Y que será entonces lo que deba hacer Bolivia?

Hace ya tiempo que nosotros hablando sobre este punto formulábamos nuestra opinión en los siguientes párrafos que debemos reproducir:

"Y entre tanto el camino que debe seguir Bolivia parécenos claramente trazado. Este país debe replegarse sobre sí mismo y esperar. Esperar, dejando constancia de sus derechos ante el mundo.

Concluyendo su patriótico y documentadísimo trabajo de *El Mar del Sur*, páginas después de lo que se acaba de transcribir, postula enérgica y categoricamente el fortalecimiento sistémico del país, para que la gravitación de su poderío económico — por los ingentes recursos naturales que posee, todavía explotados en su enorme mayoría — imponga nuestro retorno al mar.

Empero, a pocos años que faltan para el centenario de la mutilación territorial del Pacífico, la Nación debe saber final-

mente que, Jaime Mendoza, en las últimas páginas del libro que comentamos, sentó su criterio, definitivamente pesimista sobre la reintegración negociada, en frases que también por eso, debe transcribirse:

“He aquí la fórmula que proponíamos hace tiempo sobre la actitud que debiera mostrar Bolivia en la cuestión del Pacífico, y que ahora la reproducimos para finalizar este libro.

Bolivia debe ya contener esa obsesión del Pacífico que no la deja ver claro en la realidad. Debe ya dejar ese tono de pleitista empedernido y a las veces plañidero yuplicante, pidiendo eternamente un puerto o siquiera “una caleta” en el Pacífico.

Esa insistencia es completamente estéril. Y además ya no es siquiera digna. Bolivia debe ya callar.

Callar, y estar persuadida de que, hoy por hoy, no puede esperar que sus vecinos Chile y Perú puedan satisfacer sus aspiraciones marítimas, por mucho que, en ciertos momentos, por vía de promesas y hasta de pasatiempo, se le hable al oído discretamente, en las cancillerías, de alguna probabilidad de darle tal puerto o caleta o corredor o lo que se llame, como suele hacerse.

Ni debe esperar tampoco Bolivia que entre los demás países vecinos ajenos a la cuestión del Pacífico, pudiera alzarse alguno amparando su causa”.

No podríamos concluir la reseña de *El Mar del Sur*, sin acentuar nuestra plena coincidencia con las palabras aparentemente negativas del Sembrador. Pero, al mismo tiempo inapelablemente realistas. Quizá ellas suenen otra vez, como las únicas discordantes actualmente en toda la Nación, como sonaron disonantes, sus palabras adversas a la campaña del Chaco. Es mucho menos probable que, en pocos años más, la gravitación del legado mendociano en el punto pueda tener una rotunda probatura adversa. Por el contrario, seguramente se subraye en el futuro otra de las enseñanzas — amarga, pero infinitamente realista, repetimos, — como las que ha dejado imperecederamente el Maestro.

Estamos a pocos años del centenario del despojo del Pacífico, insistimos. Esperemos su transcurso y quizá — ojalá que así

ocurra— tengamos la oportunidad, de una u otra suerte, de ocuparnos de la rotundidad de Mendoza, con el contexto inapelable de lo que suceda en un futuro próximo o lejano, como fervorosa exteriorización de nuestro patriotismo que quisiera acercarse, a la infinitud del que tuvo nuestro biografiado.

En 1927, Jaime Mendoza publicó *La Ruta Atlántica*, que debía ser, según el Hombre, desde mucho antes de la guerra del Chaco, el camino que imperiosamente debía emprender nuestro país, con una pujante penetración al territorio perdido del sud-este, y aun mucho antes de la guerra del Pacífico. Dicha obra, con *El Mar del Sur*, son sus trabajos historiográficos más importantes. Pues en ambos y sobre todo en este último, como otra de sus visionarias anticipaciones, tácitamente señala la conexión que modernamente se considera inexcusable entre la geografía y la historia. Es esta y otras singularidades de *La Ruta Atlántica*, que ha destacado en una conferencia dictada en julio de 1974, al justo Centenario de Mendoza, el historiador Alberto Crespo Rodas, cuya actuación es pertinente comentar en mérito a su versación historiográfica. “Es indudable, — dice Crespo Rodas— que Mendoza contemplaba su patria desde esas dos perspectivas: la del historiador y la del geógrafo. De ahí que fue el menos localista de nuestros historiadores. La patria era para él un conjunto indivisible, con partes complementarias que se explicaban unas a otras; un ente integrado a pesar de la diversidad de sus regiones.” Y así comenta la admirable perspectiva del Sembrador que subrayó, con la influencia decisiva del occidente sobre el oriente del país, la ruta que señalara de unión entre el macizo andino con el Río de La Pata.

“Cuando las miradas de los bolivianos— prosigue Alberto Crespo Rodas— estaban íntegramente volcadas hacia los países del Pacífico, cuando habría parecido una utopía cualquier tipo de aproximación con las naciones del Plata, Mendoza vislumbró las similitudes y la comunidad de destino con Argentina...Al leer las tesis de Mendoza, es difícil no evocar al Oidor de la Au-

diencia de Charcas, Juan de Matienzo, que tres siglos antes supo recoger con clarividencia los planteamientos que la geografía imponía a esta parte del continente. El Oidor estaba persuadido de la necesidad de establecer la comunicación entre Charcas y España a través de un puerto en el Mar del Norte u Océano Atlántico”.

Alberto Crespo Rodas, concluye finalmente: “Para el consumado gobernante que fue Matienzo, la vía natural había que buscarla por el río de La Plata para lo cual señaló tres derroteros alternativos: uno por la ciudad de Asunción del Paraguay, pasando por Santa Cruz de la Sierra; otro por el valle de Jujuy y el tercero por Salta y Río Bermejo. Los tres caminos propuestos remataban en el puerto de Buenos Aires, desde donde la navegación a España era más corta que por el Pacífico y estaba libre de la continua acechanza de corsarios y piratas, a más de que la ruta desde la ciudad de La Plata o Potosí, por la vía de Lima y Panamá era mucho más larga y dificultosa que imponía el cruce de Panamá que era el lugar más malsano del mundo, según Matienzo”.

En 1933, en pleno auge de la guerra del Chaco, Jaime Mendoza, incansable en demostrar los antecedentes históricos, geográficos y socio-económicos que demuestran la ancestral gravitación boliviana sobre el territorio disputado, publicó *La tragedia del Chaco*, en un volumen de 342 páginas. A diferencia de cualquier otro de sus connacionales, que casi en su totalidad, esperaban la derrota paraguaya en la contienda a los pocos meses de su inicio, Mendoza firmemente convencido de ese espejismo continuó batallando en los campos de Herodoto, seguro de que nadie aún en el país, había documentado seriamente los derechos bolivianos en torno a la zona disputada. Efectivamente dicho libro, constituye una digna producción del Hombre por su ingente respaldo documental y por la sucesión prolija con que describe los diversos acontecimientos y hechos probatorios de nuestro mayor derecho al sud-este.

Los ocho capítulos de la obra refuerzan con mayor amplitud otras publicaciones que hizo el mismo año y aun antes, como *La tesis andinista. Bolivia y el Paraguay*, y sobre todo con el respaldo de fuentes paraguayas, inclusive, sobre la influencia que aun desde los tiempos de la conquista ejercía el macizo andino sobre lo que posteriormente fué la República del Paraguay. Ahí, es interesante destacar la valiosa información que inserta Jaime Mendoza, — fuera de otras, de autores argentinos— del propio libro del historiador paraguayo Manuel Dominguez, titulado *El Chaco Boreal*, del que conviene transcribir algunos párrafos, donde la humana ansiedad de espacio vital de algunos próceres paraguayos, como el mencionado Dominguez, llega a sentar que, pertenecía a su país, no sólo el Chaco Boreal, sino el mismo Potosí, en estas frases:

“El punto de mira de la conquista fue Potosí, corrupción de Potojchi, vocablo indígena que significa cerro que brota plata. La Asunción se fundó para estar más cerca de la sierra de la plata”. “No entendieron los conquistadores del Paraguay que hasta Potosí, era de ellos?”

Jaime Mendoza justifica el título del libro que glosamos en el punto, *La tragedia del Chaco*, — que pudiera imputarse al espacio bélico— en las limitaciones y dificultades que presentó ancestralmente la zona para la penetración colonizadora. Una de esas, señala, fue la naturaleza completamente hostil y avara para el sustento de los diversos conquistadores y exploradores, junto a la ferocidad de las muchas tribus antropófagas que han poblado sucesivamente este extenso territorio. Es así, como describe la victimación a manos de aquellas de varios exploradores y misioneros religiosos, entre los que destaca el sacrificio de Ñuflo de Chávez, del General Manuel Rodríguez Magariños, ex-prefecto de Tarija y del explorador y médico francés Julio Creveaux

Posteriormente, en homenaje a los dos últimos se fundaron los fortines o los puestos avanzados a orillas del Pilcomayo que llevaron su nombre, respectivamente.

Como un nuevo homenaje a la verdad histórica, después de haber destacado en *El Mar del Sur*, la mera ocupación de algunas provincias peruanas, posteriormente a la batalla de Ingavi, en *La tragedia del Chaco*, refiere el fomento relevante a su penetración que hizo el presidente José Ballivián, a diferencia de muchos gobernantes anteriores y posteriores a su mandato que no hicieron absolutamente nada en ese sentido.

Y como un contrapunto, otra vez, destaca en posteriores páginas el tratado boliviano—brasileño de 1867; en las siguientes frases:

“Era la nueva calaverada internacional de Melgarejo. Antes había sido la del tratado con Chile, en 1866. Según éste, Bolivia perdía la mayor parte de su litoral en el Pacífico, sin necesidad de guerra. Ahora sucedía lo propio con todo su litoral del Alto Paraguay que fue a parar a manos del Brasil, por simples combinaciones efectuadas en el tablero cancilleresco. Era una derrota diplomática”.

y una nueva mutilación territorial, añadimos nosotros, por uno de los caudillos bárbaros que más ha ofendido y perjudicado a la Nación.

Jaime Mendoza publicó la última obra de su producción histórico—socio—geográfica, bajo el título de *El Chaco en los albores de la conquista*, en Sucre, en 1937, en un volumen de 140 páginas.

Pese al desventurado desenlace de la campaña del Chaco, y cuando seguramente muchos bolivianos no habrían abordado más el tema por la derrota y la liquidación de nuestros derechos jurídicos al dominio de ese territorio. Sin considerar supérflua dicha tarea, pasado el sangriento conflicto, el Hombre lo hizo, no obstante, en palmaria demostración de su enorme optimismo patriótico.

Todo\* el alegato que constituye esa obra, efectivamente señalaba la gravitación de Charcas sobre todos los territorios que

actualmente conforman el oriente boliviano. Esa influencia, evidentemente se inició con la primera expedición al actual territorio chaqueño, procedente del macizo andino que, partiendo de Potosí, se inició en 1555 al mando de Diego de Zañabrita. Totalmente desconocida esa penetración hasta la investigación de Mendoza en el Archivo Nacional de Sucre, que “descendió de las tierras de los tamacosis y chiriguano — Guapay, Paraguay, Pilcomayo— hasta que al cabo de dos años, salió por la ruta de Tarija y los Chichas”.

De acuerdo al hallazgo que revela, la obra que acabamos de citar, desde tiempos inmemoriales y debido a las condiciones negativas de su naturaleza, el Chaco, sólo contó con el acervo demográfico de los chanecas y de los guaraní. Estos últimos traspasando el Chaco, fueron en pos de la tierra de los Charcas. Hasta entrada la centuria presente, los tapuis, que significa “hombre de la selva”, y que eran una rama de los chanecas, fueron perseguidos por los chiriguano, quienes les dieron aquel nombre.

Posteriormente han sobrevivido y en formas errantes, otras tribus que, por su naturaleza primitiva, han sido designados los bárbaros de la región, como los matacos, los tobas, los tapietis, los chorotis y los chulupis, seguramente desaparecidos actualmente, o incorporados a la demografía guaraní, con la activa penetración paraguaya, posteriormente a la contienda del Chaco.

## Capítulo Séptimo

### EN LA ARENA CIVICA

La vida pública de Jaime Mendoza, se inicia fehacientemente en la segunda década del siglo con sus esfuerzos periodísticos, a través de las publicaciones hebdomadarias que hemos detallado en un capítulo anterior.

No obstante, aquella adquiere caracteres de notoriedad en dimensión nacional, con su reiterada preocupación y constantes escritos sobre la necesidad de que el país debía tupir su incipiente red caminera, destinada sobre todo, a la penetración del Chaco, por la ruta que hemos señalado en el capítulo anterior.

Tan constructivo y tan continuado quehacer cívico, empero, ha podido pasar inadvertido para la inmensa mayoría de sus connacionales, quienes seguramente reconocen el inicio de la vida pública del Sembrador, sólo en la postura beligerante que asumió al iniciarse la tercera década del siglo. En esta aclaración y concretamente en la administración del Presidente Hernando Siles, debe subrayarse que este estadista, tuvo el patriótico e indiscutible acierto de orillar atinada y sagazmente el inminente conflicto bélico con el Paraguay. Ese *casus belli*, consecutivo al ataque al fortín boliviano Vanguardia en diciembre de 1928, pudo haber desencadenado la guerra en condiciones y con resultados, seguramente más desastrosos que la contienda de 1932 a 1935.

Es importante recordar que en esa misma época y ya al final de la década de los años veinte, sobrevino la crisis mundial, que afectó seriamente la estabilidad de las grandes potencias, particularmente de EEUU., y que tuvo necesariamente repercusiones sísmicas en los países atrasados y dependientes como el nuestro. Es así cómo las crónicas expresiones de penuria económica del fisco boliviano, se hicieron más visibles en todos los órdenes de la actividad pública. Corresponden a esa época las primeras huelgas del magisterio boliviano que por aquella crisis, se veía impago, con demoras de cuatro a cinco meses en la percepción de sus haberes. Lamentablemente—como ocurre generalmente en la responsabilidad o en la culpabilidad del desacierto en el manejo de la cosa pública— todos los excesos oficiales emergentes de aquellas demandas económicas de los trabajadores de la enseñanza, fueron imputados sólo y exclusivamente al Presidente Siles. Ninguna discriminación pudo hacerse de las medidas innegablemente desmesuradas de los despachos subalternos del poder central y de otros organismos, especialmente de los destinados a mantener la llamada seguridad del estado que no podían percibir, por supuesto, la agudización de los problemas en la cuestión social, ya entrevista, con certero análisis de gobernante, por el presidente Baptista, como uno de los epígonos del partido conservador, primicialmente en las postrimerias de la pasada centuria.

Efectivamente, al trasfondo de nuestras miserias estructurales y de las repercusiones de la depresión económica en torno a 1930, que sufrieron los países industrializados, se sumaron otros múltiples factores que en el orden político interno, culminaron con la desafortunada campaña de la prórroga presidencial, combativamente auspiciada por los personeros del partido nacionalista — otro error imputable a la administración del ilustre mandatario— organizado desde las ventajosas y pasajeras posiciones del poder político—partidista. Sumada a los mencionados factores, no podía faltar la ceguera de la clase dominante que— con la miopía inherente a la defensa de sus bastardos intereses

y de su institucionalidad anti—obrero—calificó la crítica situación, con la facilidad de siempre. Con la consabida y versátil acusación de costumbre, de que se trataba de “subversión” y de “graves amenazas a la estabilidad del orden público”. De ese orden público que desde la vigencia del estado liberal, sólo ha servido para mantener el “orden” de los privilegios, de las minorías misoneistas y sedicentes, en desmedro de la enorme mayoría de los trabajadores bolivianos.

Es pues entonces que la misma clase dominante, acuñó la sindicación de “comunismo” a todo lo que significara el menor indicio de protesta o siquiera de descontento con la política social y económica vigente. Y en tal recurso, indiscutiblemente no podían faltar aparentes elementos de explicación, aunque jamás seguramente cupiera la menor justificación. El fantasma comunista que anunciara el memorable Manifiesto de 1848 y las primeras referencias escritas del sacudión que en su hegemonía secular, desde la Revolución francesa, sufriera la burguesía internacional en la Rusia de los Zares, al conjuro de Lenín, comenzaban a adquirir repercusión en las tierras del altiplano. Todos aquellos hechos tuvieron su mejor catálisis, con las noticias de la agonía monárquica española, deshecha por la fuerza de sus desaciertos y por el empuje arrollador del electorado republicano. Sin embargo, pese a la influencia de mayor o menor magnitud de todos los acontecimientos que se acaba de repasar en visión cinematográfica, ninguno de ellos concitó, con mayor atracción, la apasionada adhesión de las huestes estudiantiles, como la victoriosa gesta de la Reforma y Autonomía Universitarias en la Córdoba argentina. Tan fausto suceso, recién se difundía en el país a partir de 1927, diez años después de su pedagógica vigencia y sólo después, también que expirara, con el advenimiento del gobierno Siles, el silencio impuesto a la Nación por el régimen de mano dura del Presidente Saavedra.

Acababa igualmente de fundarse en 1928 la Federación Universitaria Boliviana, (FUB), antecesora de la actual CUB, ha-

ciéndose realidad uno de los anhelos más acariciados de los sectores estudiantiles, merced al esfuerzo organizativo y creador de José Antonio Arze que presidió su primer congreso en Cochabamba. El segundo cónclave de la flamante entidad universitaria se reunió en Sucre, en 1929 y es allí donde se ultimaron documentalmente, las diversas gestiones que posteriormente conducirían al logro del Estatuto Bustamante en 1930.

Las universidades bolivianas, dependientes totalmente del poder ejecutivo a través del Ministerio de Instrucción Pública y Agricultura de esa época, no podían ser más regresivas y caricaturescas, con docentes designados al solo expediente de su adhesión incondicional al partido gobernante; ausencia absoluta de bibliotecas, laboratorios y recursos de trabajo práctico, etc. etc. es decir, con limitaciones que conjugaban con el rezago medioeval de la inmensa mayoría de docentes, entre los que descollaban, naturalmente, las poquísimas excepciones que como Jaime Mendoza podían honrar el magisterio universitario aun en países extranjeros.

Deseraciadamente los pocos que en tales tiempos merecían profesar la enseñanza universitaria no eran seguramente, ni el cinco por ciento de la totalidad de los cuadros docentes, sin hipóbole alguna.

En tan deplorables condiciones institucionales, la universidad boliviana no podía requerir otra cosa, en primer término, que su plena autonomía y la reforma de las casas superiores de estudio que las huestes estudiantiles comenzaron a exigir beligerantemente, chocando en ese empeño, con la resistencia interesada de los incondicionales de la gestión gubernativa que por toda defensa de sus inútiles posibilidades, se dieron a prohijar y difundir la necesidad de la prórroga del mandato presidencial de don Hernando Siles. La efectividad de este deseo, a juicio de los sectores estudiantiles, postergaba por lo menos otro período gubernativo la conquista de la autonomía y reforma universita-

rias. De ahí que, redoblando sus peticiones para la reforma de la enseñanza superior, simultáneamente se dieron a impugnar, con la vehemencia y la emotividad inherentes a sus años de ensueño, la campaña inconstitucional de la prórroga presidencial calurosamente auspiciada por los círculos políticos que veían agostarse las bonancibles posiciones que otorga el condominio de las situaciones de privilegio burocrático fiscal. La respuesta de los hombres y las instituciones partidistas que sustentaban el régimen nacionalista de entonces, no fué otra que la repetida y gastada monserga de *comunismo* en los sectores estudiantiles.

Y como la sombra y las influencias del poder político, magnetizan generalmente o silencian por lo menos, la opinión aun de los más calificados ciudadanos, nadie entre estos, tuvo el valor de salir a la contienda en defensa de los cuadros estudiantiles. Absolutamente nadie. “Siempre es así,— y caben, como nada para el punto, tales palabras de Tamayo,— pocos los que están a las duras, cuando muchos los que a las maduras”. Ni siquiera “algun Maestro de la Juventud boliviana, proclamando poquisimos años antes” — que estaba obligado a asumir el nobilísimo papel de abanderado de causa tan justa—, absolutamente nadie, tuvo el gesto ni la actitud señeros de asumir el respaldo de las mentes mozas. Nadie, con la sólo excepción de Jaime Mendoza, el Sembrador, que en ademán másculo y desafiante admonición, aceptó dictar una conferencia en la que los estudiantes de Chuquisaca le pidieron su expresa opinión sobre el “comunismo y la libertad de pensamiento”. Y así, asistimos a otro de los momentos estelares de su enseñanza de Ser Hombre, — sin reservas mentales; sin pelos en la lengua y sin inconfesables ataduras a los hombres influyentes del momento— cuando el 8 de mayo de 1930 y en el teatro “3 de febrero”, de Sucre, tuvo lugar su disertación sobre el comunismo.

El académico Carlos Castañón Barrientos, en uno de los capítulos de su libro *Escritos y escritores*, comenta la referida conferencia, apoyado a su vez en “un breve artículo del ex-di-

rigente universitario de San Francisco Xavier, Enrique Vargas Sivila, titulado "Jaime Mendoza, defensor de la cultura", fechado en marzo de 1948 que, deplorablemente, no conocemos. Por la actual significación de aquel en su ejecutoria de conocido crítico en el país, creemos pertinente transcribir su propio juicio sobre aquella actuación de nuestro biografiado: "Para el fin señalado, de réplica académica a la persecución desatada por el silismo contra las ideas, los universitarios de 1930 ocurrieron ante el prestigioso catedrático no comunista don Jaime Mendoza y le pidieron que expusiera públicamente su opinión sobre el comunismo y la libertad de pensamiento.

El día 8 de mayo de 1930, Mendoza, en el teatro 3 de febrero de Sucre, dictó una conferencia sobre el tema indicado, "en medio de la aclamación de la efervescente juventud universitaria". (Vargas Sivila). La conferencia de Jaime Mendoza publicada bajo el título de "El comunismo", empezó puntualizando que la palabra y el concepto "comunismo" no eran algo esotérico o importado a nuestra realidad, ya que habíamos tenido en este mismo suelo un comunismo incaico (anotemos entre paréntesis que, el marxista José Antonio Arze estimó impropio calificar de comunista al imperio incaico), y, después un comunismo guaraní en la república cristiana establecida por los jesuitas en las misiones de Moxos y Chiquitos— Leopoldo Lugones, dice, se refirió sólo a las misiones del Paraguay.

Luego, el conferenciante salta al comunismo contemporáneo instaurado en Rusia, al que califica de hecho notable por los progresos que está introduciendo en el atrasado y viejo país de los zares. Este comunismo y los dos anteriores son, en la creencia del escritor, sucesos dignos de interesar a la clase estudiantosa, hallándose los universitarios, "hasta en la obligación de compenetrarse debidamente de estas cosas, que tienen interés mundial. Las juventudes americanas, y entre ellas la nuestra no pueden quedar a remolque en esta vía". Se percibe en lo anterior, la presencia de un Maestro con amplio criterio docente,

que exterioriza una sana curiosidad por los acontecimientos políticos importantes de su época y se interesa en que la juventud esté informada de tales acontecimientos y los estudie. Pero la visión de Mendoza, no se detiene en la simple curiosidad del estudioso o del investigador. No olvidemos que, cediendo a la presión gubernamental o la del medio pechoño, Mendoza pudo haberse negado a dar la conferencia, o dándola, pudo encontrar la manera de soslayar sus opiniones. Pero el escritor no sólo aceptó ocupar la palestra sino que, arrojándose de cara a la tempestad del momento, dijo con valentía lo que pensaba del asunto. Prefirió oponerse al ambiente, "desprestigiarse" acaso, pero se mantuvo leal a sí mismo, a lo que pensaba y a lo que había sostenido y practicado siempre. Siguiendo los impulsos que ya como médico, ya como novelista le habían convertido desde temprano, en un decidido defensor de los principios socialistas, haciéndole abogar por la salud, y las mejores condiciones de vida de los obreros, especialmente de los que trabajan en las minas del país; Mendoza hombre de gran sensibilidad humana, entra sin rodeos en el enjuiciamiento del fenómeno histórico denominado "revolución rusa" y se pronuncia en sentido de que ella fue el resultado lógico de la situación creada por una aristocracia incapaz de ofrecer justicia al pueblo. Algo más: cree que si esa situación se presentó en Rusia, como antes se había dado también en otros lugares, podrían avizorarse parecidas reacciones de masas en la América, en el caso de que se tratara de mantener férulas de naturaleza similar al zarismo". Jaime Mendoza, con esa actitud, demostró como dice la transcripción del crítico Castañón Barrientos ser "todo un Maestro con amplio espíritu docente", y muy distante, por supuesto del de las vacas sagradas de los círculos académicos, docentes, políticos e intelectuales de su tiempo que, como ahora, con un conservadurismo de veras cavernario, sostiene que la militancia del socialismo científico es algo así, como un atraco a la bolsa del vecino, sin tener en cuenta que aquel es una ideología coherente, una realidad pujante del siglo y una doctrina que es estudiada

hasta en las universidades y en los diversos organismos religiosos más civilizados de la “decadencia de occidente”.

Una doctrina filosófica, política, social y económica que— guste o no guste a sus más estópidos adversarios— no puede ser desconocida, mucho más si se pretende su impugnación desde cualquier otra posición divergente.

Es así, cómo el Maestro Mendoza, no comulgaba con las quemas inquisitoriales de libros, ni con las cazas de brujas, ni con la persecución, absolutamente a nadie por sus ideas filosóficas, políticas o religiosas. Y no podía hacerlo, él que tenía la amplitud inconmensurable de su macizo andino, la jerarquía de su indiscutible talento y la bondad infinita de su empírea calidad humana.

La gallardía de Mendoza no pudo dejar de constituir un agravio a los círculos oficiales que parecían no detenerse ante nada que constituyera un escollo, en el objetivo de “salvar a la patria”, como repiten estereotipadamente los que detentan el poder político, contra el consenso de la mayoría nacional; de “salvar a la patria” que en el caso, era lo mismo que adherirse al resistido propósito de la prórroga presidencial. Las consecuencias,— las represalias, mejor decir, por el delito de ejercer el soberano derecho de disentir de la tónica oficial— no se dejaron esperar y pocos días más tarde, el Hombre, era conducido rumbo al confinamiento político en el valle de Sorata, que se detalla un poco más adelante.

Como no se ha visto aun, hasta nuestro días, con una situación académica análoga por todo lo expuesto y por muchas otras alternativas que quedan aun por actualizar, es que Mendoza se concitó el entrañable y consagratorio apego de las fuerzas juveniles. Una de tantas demostraciones al respecto, testimonia un documento de 7 de febrero de 1930, suscrito por los dirigentes de la Federación de Estudiantes de Chuquisa-

ca recientemente elegidos en esos días, que con las frases pertinentes de adhesión al hombre, le pidieron los posesionarse en sus funciones directivas, señalando que en esa "hora en que se examinan los valores espirituales de la patria... en que se desmascaran los falsos ídolos, y en la que se consagran los verdaderos Maestros, la juventud dice lo que siente y lo que piensa sin ambages. Y porque lo sabe suyo, porque comparte sus inquietudes y sus desvelos y porque acaricia un ideal quizá irrealizable, la juventud le dice MAESTRO Y MAESTRO es, por señalar a los universitarios de Bolivia el derrotero seguro y firme de quién decía una profecía: Maestro es por hacer de su vida un crisol de las máximas virtudes de dignificación humana; y Maestro es porque condena cuando manos impías tratan de ultrajar el alma juvenil. Y porque se avencinan horas de intensa agitación para la patria, en las cuales la juventud debe ocupar con audacia, altivez y energía el sitio que los acontecimientos le deparen, ha creído que era usted,— le dicen— quien debía dirigirla la palabra que la sabe viril, convencida e incorruptible".

A escasos tres meses de esa nota producida por lo que posteriormente fue la FUL de Chuquisaca, justamente acontecieron las "horas de intensa agitación para la patria" que certeramente intuían los universitarios de entonces.

Jaime Mendoza, que en esos días se trasladó a La Paz, desde Sucre, con asuntos familiares y de su salud, fue detenido el 21 de mayo de 1930. Luego fue conducido al subsiguiente día al confinamiento en el pueblo de Quiabaya, cantón de la provincia Larecaja, no solo por haber respaldado la actuación de los universitarios, sino por haber impugnado la administración del Presidente Siles, con razones muy ajenas a las frecuentes animadversiones personales o partidistas que, entre nosotros, juegan en tales ocasiones. El Sembrador jamás tuvo motivo alguno de diferencia y mucho menos, de enemistad personal con aquel mandatario, sus críticas estaban centradas en torno a lo que consideraba impugnable desde un plano de promoción nacional.

Pues, como periodista, función que ejerció, casi ininterrumpidamente a lo largo de su vigorosa trayectoria vital, señaló los errores que a su juicio acumulaba la administración Siles sobre la penetración vial al Chaco Boreal, sobre las constantes moras en el pago de los magros sueldos que recibían los educadores bolivianos, sobre la censura a la prensa adversa al régimen, sobre la permanente persecución a los estudiantes y a los dirigentes campesinos, etc. etc. Y en aquellas impugnaciones, tampoco, dejaba de referirse al mandatario — en contraste con la vitriólica referencia personal que recibía de otros políticos u órganos de oposición,— con la mayor altura, con la ecuanimidad de su conducta de siempre y con el respeto que merecía la alta investidura presidencial.

En su confinamiento, Mendoza “continuó escribiendo crónicas periodísticas para la prensa de La Paz y de Sucre, sobre vialidad, salud pública, paisajes, tipos y costumbres de esa región”. Sin embargo, tal medida política concluyó casi rápidamente, por la complicación que en su estado de salud originó la zona malsana donde fue residenciado. Manifiestamente enfermo salió de Quiabaya en la madrugada del 25 de junio para llegar, luego en horas de la tarde de ese día a la ciudad de La Paz. Como un nuevo contraste de lo que ocurriría con otros regímenes fraticidas, poco tiempo, mejor dicho menos de un mes después de haber sido confinado a aquella región y como una nota de distinción y de innegable calidad humana de la administración del entonces Presidente Siles, Mendoza pudo retornar a la sede del gobierno, con pleno conocimiento y autorización expresa del Ministerio de Gobierno.

El mismo día de su arribo a La Paz, una revuelta civil—militar—universitaria, daba cuenta del gobierno Siles, ocasión en que los universitarios que —no solamente impugnaron violentamente el proyecto de prórroga presidencial de aquel mandatario — perseguían la institucionalización de la Autonomía y Reforma Universitarias, conquista que, finalmente fue el fruto de la

generación universitaria de aquel año y que se logró con el Estatuto Bustamante, promulgado al mes justo del mencionado cambio de gobierno, el 25 de julio de 1930.

Huelga, indudablemente la descripción del detalle con que los organismos estudiantiles celebraron el epílogo merecido de su magnífica contienda. Los gobernantes militares de entonces, en un gesto que les honra, se asesoraron de hombres capaces y con amplio y justificado ascendiente en los círculos universitarios, como Daniel Sanchez Bustamante, y dieron paso a las demandas universitarias ratificadas amplísimamente por un referendun nacional y que fueron jerarquizadas con una organización acelerada y moderna de las casas superiores de estudio.

En la actualización de aquellos hechos adquiere toda pertinencia subrayar que por primera vez en la historia de la Nación los estudiantes universitarios, pudieron nombrar discrecionalmente sus cuadros docentes y desde luego encomendar directamente la conducción universitaria, a los hombres que reunieran las condiciones de tamaña distinción. Es en esa forma que nadie pudo discutir la asunción de Jaime Mendoza al máximo cargo de la Universidad de Chuquisaca, como primer rector de la era autonomista, aclamado por los estudiantes.

Los estudiantes de La Paz, con una unánime decisión análoga impusieron como primer rector de la UMSA, en su era autonomista al ilustre bardo, humanista y escritor Juan Francisco Bedregal y en Cochabamba fue proclamado para el mismo cargo el conocido médico y catedrático Carlos Aranibar Orosco que posteriormente fue sucedido por Francisco Prada.

Al rememorar el nacimiento de la Autonomía y Reforma Universitarias que en Bolivia advino, como queda dicho recién en 1930, no es posible dejar de recordar al mismo tiempo a los hombres que alentaron el máximo anhelo juvenil de aquella

época. Con Jaime Mendoza, se recuerda por supuesto a Daniel Sánchez Bustamante, asesor del Ministerio de Educación en el equipo gobernante que siguió a la administración Siles. Sin embargo, en ninguna de las recordaciones que se ha hecho y se hace de aquel acontecimiento— valga el paréntesis que motiva esta justificación, y como otro homenaje al Sembrador, amigo insobornable de la verdad, “aunque el mundo hubiera de romperse en mil pedazos” — en ninguna evocación, decimos, se menciona la olvidada figura de Renato Riverín, galeno ilustre, de magnífica y contagiosa sensibilidad social y de pensamiento porvenirista que después de recibir el título de médico argentino en la Universidad de Buenos Aires y con una larga residencia posterior en la capital argentina, fue designado Rector de la Universidad de Chuquisaca en 1927, por el Presidente Hernando Siles. Vivamente impresionado, seguramente, por la máxima conquista universitaria en la República del Plata, Riverín, al iniciar su período rectoral en Chuquisaca, estableció los mejores vínculos con los dirigentes — profesores y estudiantes— universitarios de entonces. Constituyó con ellos un grupo renovador que se denominó el Cenáculo Universitario, como el organismo más adecuado para promover el acariciado proyecto de la autonomía y reforma universitarias. Es así, como posteriormente, se vinculó estrechamente a la delegación chuquisaqueña a la segunda convención de estudiantes, para presentar el proyecto de ley respectivo para la efectivización de aquellas conquistas, a consideración de dicho cónclave.

La influyente participación de Renato Riverín en los esfuerzos y trabajos documentales para lograr la autonomía y reforma universitarias, lamentablemente dió lugar a la más penosa explosión de los sentimientos localistas en Sucre, inspirados y canalizados por la jerarquía médica de esa época en la ciudad, casi íntegramente comprometida con su adhesión incondicional al partido nacionalista. Derrocado este, como ya queda dicho en junio de 1930, aquel elemento médico temeroso de perder sus ubicaciones burocráticas en la docen-

cia facultativa, logradas a la sola militancia partidista en su mayor parte, se dió a difundir la especie de que los "extranjeros" —término con el que se aludía a Riverín, ilustre hijo de la Villa Imperial de Potosí, igual que a muchos universitarios no nacidos en Chuquisaca— gestionaban el traslado de la Facultad de Medicina de Sucre, con la centralización de tales estudios en La Paz. La persistencia de este plantel, como carísimo apego sucreño, ha sido explotado también otras veces, como el traslado de la Virgen de Guadalupe y con la misma vehemencia e igual inverecundia, en todo intento de lograr menguadas posibilidades con tan inconfesables recursos de agitación aldeana. Con Riverín, fueron "acusados" los principales personeros sucreños de la reforma y autonomía universitarias. A tanto llegó el despropósito de aquella "elite" facultativa, que una noche de agosto de 1930, logró exaltar a las multitudes lugareñas que atacaron con una pedrea el domicilio de Renato Riverín y de los dirigentes autonomistas Rafael Gómez Reyes y Julio Alvarado.

En tan subalterna emergencia, la actitud del Rector Jaime Mendoza, no pudo ser la del silencio cómplice y cobarde de semejante agitación. En airada protesta, el ilustre conductor universitario exteriorizó su condena a ese desborde de incapacidad con una declaración que registró *La Patria* de Oruro, de 2 de septiembre de ese mismo año: "No es con gestos desmañados, invectivas ni pedradas que conservaremos nuestra Facultad de Medicina", dice el Hombre en la ficha de tal publicación que registra su archivo personal en estos términos: "Elementos políticos del anterior régimen, habían hecho circular en Sucre la versión de que los principales sustentadores de la autonomía universitaria, alentaban el traslado de la Facultad de Medicina a La Paz. Azuzada por estos elementos, una multitud apedreó en la noche del 23 de agosto de 1930, las casas del Dr. Renato Riverín y de Julio Alvarado y apedreó asimismo, a la persona de Rafael Gómez Reyes, cuando enfrentándose a esta multitud, trató de disipar el rumor. Mendoza, Rector de la Universidad Central, ausente, en esos días, en La Paz, a su regreso a Sucre,

dirigió este oficio al decano de la Facultad de Medicina, censurando los "actos bárbaros" e indicando el camino "del trabajo tesonero, de eficiencia propiamente científica", para preservar la Facultad de Medicina de Sucre.

Cuando posteriormente, fue elevado a la primera magistratura de la Nación don Daniel Salamanca, Riverín, hasta entonces virtual adherente de la fracción republicana que respaldó a dicho mandatario, fue acusado de promover una revolución social en conexión con los primeros dirigentes socialistas del país.

Cierta o no, tal sindicación, lo evidente es que fue desterrado hasta la iniciación de la guerra del Chaco. Hombre de posiciones avanzadas y verazmente democráticas, mucho después, y según *El País* de Sucre de 26 de noviembre de 1932; había propuesto la sustitución del gobierno Salamanca, por otro compuesto por un representante de la Corte Suprema de Justicia, como Presidente de la República y un gabinete constituido por diez ministros civiles y dos militares, para lograr la victoria boliviana en el Chaco e implantar por medio de una asamblea constituyente, poco después de la guerra, la República Socialista de Bolivia.

El nombre de Jaime Mendoza figuraba en la lista de Ministros. Ninguno de éstos había sido consultado por Riverín para su inclusión en ella. Nuestro biografiado se excluyó de ese presunto gabinete y excluyó la iniciativa misma, con palabras que vale la pena transcribir:

**"La Revolución Socialista en Bolivia, vendrá fatalmente, pero cuando el país se halle más preparado. De otra manera los golpes que se quisiesen dar con esa tendencia fracasarán no tan sólo por la acción coercitiva de los gobiernos, sino más aun por la falta de organización de las propias masas populares interesadas". "Añádase, esto, —continuaba— la misma guerra actual. Me parece que de esta guerra del Chaco va a salir para Bolivia no únicamente una catástrofe internacional, sino una catástrofe interna".**

Flamante Rector de la Universidad de Chuquisaca, como decíamos, en julio de 1930, Jaime Mendoza tuvo que confrontar arduas tareas de organización de aquella entidad, no solo por las posibilidades totalmente diferentes que permitía el status autonomista cuya vigencia debía responder, día a día, y desde el primer momento a las máximas expectativas de la opinión docente—estudiantil y del país en general. Además de lo implicado en tamaña responsabilidad, la Universidad de Chuquisaca fue instituida como Universidad Central de Bolivia, designándose un Consejo Supremo Universitario, constituido con representantes de todas las demás universidades del país, en virtud del Estatuto elaborado por Daniel Sánchez Bustamante. A la cabeza de tal Consejo, vale decir, en la dirección de todo el problema universitario, en dimensión nacional, estaba el Rector Mendoza, emplazado al victorioso y honroso cometido que de él se esperaba y que cumplió con su probada jerarquía universitaria y humanista.

La nueva situación requería nuevos cánones, nuevos hombres y vastas perspectivas que demandaron su ingente preocupación. No escatimó para ello su mayor dedicación, en cuya efectividad reforzó con perennidad de reconocimiento consagratorio las simpatías estudiantiles que concitó con su conducta en las duras horas anteriores. Desgraciadamente para el trisecular plantel universitario, la permanencia del Rector Mendoza, fue breve. Apenas cumplido el primer semestre de sus labores, el llamado de las huestes juveniles, otra vez, le señalaba con su absoluta solidaridad y simpatía, otros derroteros de combate.

A breve lapso de su gestión gubernativa, la Junta Militar presidida por el General Carlos Blanco Galindo, en una nueva actitud que asimismo, cautivó las simpatías juveniles por la fuerza armada, resolvió devolver sagacísimamente a la ciudadanía el pleno ejercicio de sus derechos indisputables en la formación de los poderes públicos. En ese empeño convocó a elección

nes generales para la constitución de los poderes ejecutivo y legislativo, para los primeros días de enero de 1931.

El entusiasmo juvenil no podía dejar de participar en la designación de los legisladores, por lo menos, con una candidatura independiente, frente a las de los partidos tradicionales del momento. Es así, cómo Jaime Mendoza fue proclamado candidato a senador por el departamento de Chuquisaca con el solo y romántico auspicio de una entidad estudiantil que tuvo una trayectoria no igualada hasta nuestros días, en todo el país.

Es de advertir en el punto que, por el prestigio incontestable de Jaime Mendoza, el partido liberal, entidad a la que pertenecía nominalmente el Hombre, se adelantó a proclamarlo, también, a aquella misma candidatura. Después de haberla aceptado, renunció tal designación, en nota dirigida al presidente del directorio de ese partido en 23 de octubre de 1930 que, posteriormente, publicó *La Prensa* de Sucre, (No. 2397), de 30 de noviembre del mismo año, con el título de *La renuncia del candidato doctor Mendoza*, en estos términos:

“Al aceptar la candidatura mi principal propósito había sido trabajar por la vinculación de Sucre y sus provincias previo un estudio de conjunto y sobre el terreno de la actual situación de éstas, sus características socio-geográficas, sus posibilidades de explotación económica, y muy especialmente lo relativo al problema vial”. “No veo que tal tesis tenga mucho arraigo entre mis distinguidos colegas. Ojalá nuestros viejos políticos habituados a las prácticas añejas olvidasen la fórmula clásica del billete contra el billete; ojalá oyésemos la voz de la juventud revolucionaria de nuestros días que pugnan por hacer otra revolución en ese terreno tan maledado de nuestras costumbres políticas inveteradas”. (El subrayado es nuestro: J.M.A.).

Entendemos que es obvio todo comentario a las honestísimas y ejemplares palabras del Hombre, como lección y como reproche al exclusivo ajetreo electoralista que dinamizaba a los hombres y a los partidos ochocentistas de aquella época.

El *Centro de Estudiantes de Provincias*, como se denominó la entidad organizada en procura de la credencial parlamentaria para el ex-rector Mendoza, se dió a editar *El Terruño*, un semanario de magnífica orientación que cumplió admirablemente su cometido. Sin embargo el romántico gesto estudiantil no dejó de tropezar los conocidos y tortuosos recursos que en toda oportunidad eleccionaria empleaban los partidos tradicionales. Tal revela un artículo de aquel semanario juvenil, de 29 de diciembre de 1930, titulado *De las provincias*, donde se denuncia que por "el apoyo popular espontáneo que los sectores no comprometidos con el oficialismo y los partidos tradicionales, brindaron a Mendoza, hizo vacilar a uno y otros que en consecuencia se aunaron para combatirlo con toda clase de armas. En Padilla se hizo correr la voz de que Mendoza era "enemigo" del pueblo, porque había propiciado en sus escritos tal camino en lugar de otro. En Azurduy, se había difundido el rumor de que Mendoza aceptaba nuevamente el cargo de Rector de la Universidad. En tal artículo, Mendoza rebatía a sus adversarios".

Entre los sectores que veían con mayor animadversión la candidatura senatorial de Jaime Mendoza, estaba por supuesto el Partido liberal, por la renuncia detallada en anteriores párrafos, además. Por eso, su vocero periodístico *El Liberal* que se editó solamente con motivo de las mencionadas elecciones, descendió al más vergonzoso recurso demagógico del regionalismo en esa oportunidad. Impugnando tal postura aldeana, Jaime Mendoza, la destruyó con un suelto en *La Prensa* de Sucre (No. 2418) de 9 de diciembre de 1930, en trases que se debe destacar, con el título: *No desdeñemos a las provincias*:

"Es un argumento zurdo ese que gasta El Liberal de Sucre al dar a entender que por ser provincianos los universitarios que sostienen mi candidatura, valen muy poco... No desdeñemos a las provincias... Una de las razones para que Sucre se encuentre en su estado actual de aislamiento y pobreza, es la falta de cohesión y ajuste con sus provincias... Fijese El Liberal que en sus filas hay muchos provincianos, empezando por su candidato a Senador, el Sr. Zenón C. Oriás, mi distinguido amigo, que muy merecidamente me ha reemplazado en tal candidatura, y que, por cierto, con ser provinciano y todo, vale más que yo, sucrense de pura sangre bautizado en la parroquia de San Miguel".

Pese a todos los mencionados recursos vedados que emplearon los adversarios a su candidatura, El Sembrador, pudo ganar y seguramente ganó limpiamente en la disputa electoral, con el sólo respaldo de los estudiantes de provincias, contra una coalición de los partidos liberal y republicano genuino. "Para evitar ese triunfo descontado, se hicieron desaparecer las actas de las elecciones en los distritos de Azurduy y Camataquí, donde Mendoza encabezó los cómputos con una gran mayoría de votos. Se hizo desaparecer asimismo una urna con votos seguros para él mismo en Monteagudo".

Es de tal manera que Jaime Mendoza, con una límpida y honrosa credencial ocupó su curul legislativa, como primer senador suplente, en cuya postulación, por todo lo dicho, no descendió al soborno, ni a la compra del voto ciudadano, como era y es aun, moneda corriente en nuestra misérrima "democracia representativa".

Su campaña electoral fue llevada a cabo por delegaciones universitarias de estudiantes oriundos de las respectivas localidades, en las que tampoco se embriagó al electorado, ni se recurrió a los conocidos atropellos policiales en los distritos de provincia, donde el nobilísimo anhelo y el gesto desprendido y romántico de una entusiasta muchachada estudiosa, arrancó los sufragios más puros y saneados de la liza electoral para el candidato que prohijaba *El Terruño*.

Como un justo y lejano reconocimiento, póstumo en la mayor parte de los casos, cabe citar a los estudiantes de entonces que trabajaron por la candidatura senatorial de Jaime Mendoza y que hicieron del mencionado semanario un baluarte de sus inquietudes y un emblema de sus más caras aspiraciones juveniles. Entre sus dirigentes sobresalieron por su capacidad y dinamismo Manuel Barea, Alfredo Balderas, Manuel Oquendo, Remberto Araujo, Rodolfo Espinoza y muchos otros que sería largo citar. Ya fallecidos todos ellos vale exhumar la casi desco-

nocida figura de Manuel Barea, un hombre puro, hijo auténtico del pueblo chuquisaqueño, que murió como vivió: pobre, honesto, consecuente con sus ideas y soñando con el advenimiento de la justicia social que sus ojos humildes y escrutadores, ni siquiera alcanzaron a columbrar, en el rezago nacional de sus postreros días.

¡Qué la clase obrera de Bolivia, guarde su nombre, entre los precursores de su redención y entre los que entregaron sus mejores años y sus desvelos a su causa!

Jorge Garret, recuerda en su trabajo ya mencionado que Manuel Barea, como presidente, entonces, del Centro de Estudiantes de Provincias en Chuquisaca, propuso y proclamó el nombre de Mendoza para la candidatura senatorial.

No obstante las diferencias, ya relatadas, con su partido, Jaime Mendoza posteriormente, y ya legislador del país, en 1933 fue designado miembro de la comisión revisora del programa del partido liberal. Con su patente disconformidad con las estructuras y los postulados de esa colectividad anacrónica, el mismo propuso una seria revisión de sus principios extemporáneos y quizá caducos, para aquella misma época. No pudiendo lograr la reunión de la comisión formada para ese efecto, renunció a dicha comisión y al partido liberal en 1933. Con ese motivo, *El País* de Sucre, (No. 116) de 7 de febrero de 1933, publicó la noticia puntualizando que Mendoza, no pudiendo reunirse la convención liberal que debía considerar esas proposiciones, renunciaba a la Comisión y al Partido, subrayando: "El Partido Liberal se está cristalizando. No evoluciona. No se adapta recta, o si se quiere atrevidamente a las exigencias de la hora actual".

Otra faceta— desconocida en la personalidad y en la trayectoria de Jaime Mendoza— que omnilateraliza su egregia significación de Hombre público y humanista, es su continuada

preocupación por la suerte y el trabajo del magisterio boliviano. Casi sistemáticamente desconsiderados y subestimados, los trabajadores de la enseñanza, jamás, hasta nuestros días, han merecido de ningún régimen el trato que merece su altísima y superlativa función social.

Absolutamente todo lo contrario. Improvisación crónica de las respetables funciones docentes para ser provistas con ignaros agentes oficialistas; encumbramiento— como dirigentes del gremio— de elemento estipendiado por el régimen de turno y anarquía e inorganicidad de los métodos y sistemas educativos, junto al humillante emolumento, de haberes de verdadera indigencia, han sido y son aun las expresiones de manejo del problema educativo que ha visto y vé aun, asombrada e inerme, la inmensa mayoría de los educadores bolivianos.

Nadie, como Jaime Mendoza, que sepamos, ha tenido la persistente conducta de defender el menoscabo y la desconsideración con que los poderes públicos, siempre han tratado al magisterio nacional. Sólo él pudo ver con certidumbre, que antes que reformas frecuentes y precipitadas — inspiradas en su mayor parte, o ejecutadas por elementos insolventes o extranjeros, con desconocimiento primario de nuestras realidades sociológicas— lo previo y esencial en la promoción educativa, son las condiciones de trabajo del elemento sustancial de tal actividad. Vale decir, de las formas de vida y de las remuneraciones docentes que deben basar cualquier reforma que aspire a un enfoque científico y global del asunto.

Esa postura de Mendoza, justamente se halla documentada en la prensa nacional de esa época que, debemos actualizar. Así en *El Potosí*, un periódico de la Villa Imperial de 26 de enero de 1927 encontramos el “texto de una comunicación que él dirigió en su calidad de catedrático de Medicina Legal de la Facultad de Medicina de Sucre, al rector de la Universidad de Chuquisaca, en 14 de enero de aquel mismo año, donde reclama por

“sueldos de maestros y profesores devengados por cerca de medio año. Hay familias, decía, que perecen de necesidad.

Hasta la usura se ha agotado”, y continuaba: “Yo sé de alguna maestra desesperada por vender los sueldos que le adeuda el estado, con una pérdida del 50 o/o”.

Al año siguiente, en 1928 ocurrió algún otro desatino respecto al magisterio, por la gestión gubernativa de aquella época que dá cuenta *El País* de Sucre (No. 615) de 7 de octubre de ese año y que incluye un artículo de Mendoza, en la primera página de ese periódico. La respectiva ficha de esa intervención, en el archivo de Gunnar Mendoza, consigna que con el título *Por los maestros*, salió el Hombre a la palestra del combate periodístico en defensa del Grupo “Claridad”, constituido por maestros, que habían publicado un manifiesto calificado de “subversivo e irrespetuoso” por el gobierno y en consecuencia del cual, algunos de dichos maestros fueron destituídos de sus cargos y otros sometidos a proceso”. Mendoza pasa revista a dicho documento en el que se denuncian las condiciones miserables en que se desenvuelve la instrucción pública en Bolivia, la desigualdad económica de los maestros en comparación con sectores privilegiados de la alta administración pública, la política de ahorro a costa del presupuesto escolar y la necesidad de constituir “una federación nacional” que vele por los derechos materiales y morales de los maestros”. Es, continúa la referencia: “un documento en el que con llaneza y claridad se muestra la situación lamentable en que se halla el preceptorado”. “El Grupo “Claridad” en este caso apenas ha hecho otra cosa que descorrer un poco el velo. Y esa es su culpa; eso es lo que ha dado en llamarse “subversivo e irrespetuoso”. Este artículo, concluye nuestra información, se reprodujo en *La Razón* de La Paz, de 6 de octubre de 1928, bajo el título de *Don Jaime Mendoza y los maestros destituídos de Sucre*.

Prosiguiendo con esa patriótica e incomparable preocupación de mejores alcances para la educación boliviana, El Sembrador

dor, algún tiempo después en *El País* de Sucre, enfiló su persistente campaña periodística, revelando detalles, ciertamente inhumanos, de las condiciones precarias en que se debatía — como ahora mismo — la mayor parte del magisterio boliviano. ¡Y qué podrá decirse de los desventurados cuadros de la docencia rural, mucho más postergados todavía!

En 15 de enero de 1930 (No. 380) en el mencionado periódico sucreño y con el título *Profesorado impago. Maestro mendigo*, editorializó sobre la crónica mora, de verdadera mendicidad, con que el estado retribuía los servicios, jamás debidamente recompensados del magisterio boliviano. “Es el primero —dice la ficha que nos ha proporcionado Gunnar Mendoza— de una serie de artículos en *El País*, en los cuales, con motivo de una huelga de maestros porque el gobierno les tenía impagos durante cinco meses, Mendoza denunció la mísera situación del maestro en Bolivia”.

Seguro de que enarbolaba una bandera de las más justas reivindicaciones, como siempre, Jaime Mendoza, persistió en aquella tarea, en sucesivas ediciones de *El País* que nos limitaremos a señalar con el título de los sucesivos artículos: “Insistiendo”, editorial de dicho periódico (No. 381), de 21 de enero de 1927; “El Maestro”, otro editorial, en el mismo órgano de prensa (No. 382) de 27 de enero del mismo año y otra vez, con el mismo título “El Maestro”, un suelto aparecido en el No. 383 de 29 de enero de 1927, que cobró mayor dramaticidad por la revelación que hizo en esta última publicación, en estos patéticos términos:

“Sabido es que en La Paz murió hace poco el maestro de escuela Prudencio, dejando a su familia en la mayor penuria y orfandad. Pues bien. Poco antes de su muerte ese maestro había recibido, según cuenta El Diario, la visita de un edecán del Presidente de la República, quién hacía averiguar por su salud. El maestro, en su lecho de dolor y de muerte, se incorporó, diciendo al edecán: —“... El Señor Presidente, se acuerda de mí?. Dígame que me muero de necesidad”. — He aquí una frase de moribundo que en su terrible simplicidad resume toda una situación colectiva de malestar material y moral, y aun podríamos decir que resume toda una época”.

Un t3pico que requiere la extensi3n necesaria, por la trascendencia y la envergadura que comporta en la vida nacional y en el porvenir, sobre todo, es el problema del indio y la consecuente e ininterrumpida posici3n de Mendoza frente a 3ste. Ya hemos subrayado que el basamento cient3fico de su oficio en primer t3rmino y despu3s su enorme sensibilidad social, no pod3an reatarlo a anacr3nicas posiciones discriminatorias y racistas que han empa3ado la calidad sobresaliente de muchos labradores de la cultura boliviana, como Gabriel Ren3 Moreno, para citar s3lo a qui3n le debe 3sta, como a ninguno. Mendoza en cambio, no dej3 documento de trascendencia que suscribiera con la constante posici3n reivindicativa del esencial factor demogr3fico de la nacionalidad, por la plural implicaci3n de este, en cualquier an3lisis de nuestra realidad. Tal postura, ya lo hemos patentizado en los cap3tulos anteriores, est3 rebozante desde luego, aun en su obra po3tica y novel3stica. Sin embargo en sus posteriores trabajos, no s3lo est3 la categorica referencia al problema y su convicta ubicaci3n en torno al mismo, sino su m3s vehemente alegato de defensa y de solidaridad, frente a la servidumbre aut3ctona. As3 en *El factor geogr3fico de la realidad boliviana*, que ya hemos enjuiciado anteriormente, sobre el punto que abordamos, hay varias p3ginas pre3adas de angustia y de ansiedad, sobre la necesidad de manumitir al desventurado sector campesino de la patria. Al hablar de la necesidad de robustecer las posibilidades nacionales y de hacer —de una vez por todas— por lo menos el esfuerzo inicial de robustecimiento del pa3s; de que por fn, hagamos naci3n de esta desgraciada y postergada nacionalidad, se3alaba como tarea de prelación:

...“la unidad de nuestros pueblos... de la unidad moral de la raza. Ah3 tenemos —y con lenguaje de histuri en los labios, para extirpar las carro3as de los prejuicios europeizantes de nuestros c3rculos y clases dirigentes, continuaba con el examen de la situaci3n campesina, manifestando certteramente— a nuestro lado un ser que no obstante las solemnes declaraciones de nuestra constituci3n sobre los derechos del hombre, es un verdadero paria: el indio.

¿Y qu3 hemos hecho de efectivo en su favor?

Sóamente nadar . . . hablar mucho. Aquellos estribillos de "la redención", de la "educación del indio", no caen de los labios ni de los mismos, cuyas manos, no cesan de esgrimir el látigo contra él.

Antaño, nada menos que un congreso, el primer congreso argentino de Tucumán, (1816), quería hacer una monarquía incásica con su sede en el Cuzco. Y eran Belgrano y San Martín quienes patrocinaban tal idea. Pero, justamente un indio, un aimara (Pasos Kanky), encargóse en Buenos Aires de dar por tierra con esas ideas utópicas.

¿Y hoy día quién habla más de eso?

.....  
No despreciemos al indio.

El, sin saberlo y sin que también nosotros lo sepamos está en la misma base de nuestra nacionalidad. El nos ha probado ya lo que vale. El resistió a la mita. El fue la gran máquina de hacer dinero de que se valió el conquistador. Su papel en la industria, en el comercio, en las comunicaciones, fue enorme. El, con su paciente llama, tan resistente y sufrida como él mismo, resume toda una época.

.....  
Por triste ironía el indio, sigue en la República libre y soberana de Bolivia, tan maltratado y deprimido como en el tiempo de la colonia.

El indio no parece que viviera en su patria.

Confinado a los campos vive allí en un desamparo horrible. Las leyes, en general, no le protegen. La patria le abandona. Está por lo regular vestido de harapos. Sufre de hambres frecuentes, y en los años de malas cosechas, su rancho miserable es el teatro de cuadros desgarradores. Si cae enfermo, difícilmente se le tiende la mano para sostenerlo. El tifus, el paludismo, la viruela le diezman. Si tuviésemos estadísticas, conoceríamos sobre esto cifras espantosas".

Y a más de medio siglo después de aquellas aceradas frases de Mendoza, podremos encontrar alguna diferencia, entre las condiciones en que vive y en el trato al "hermano campesino" que le otorga la ignara demagogia de los continuados gobiernos "salvadores" de la Nación? El mismo atraso, el mismo sistema sub-humano de vida, las mismas endemias, la misma desnudez y los mismos estribillos, como los que ridiculizó el Sembrador, con una sólo diferencia de ogaño. En la Bolivia de nuestro tiempo y desde la dictación de una reforma agraria, igualmente demagógica, unilateral y minifundista, el indio es objeto de lisonja y de embeleco, porque sin ninguna seriedad y sin un esfuerzo patriótico de superar su existencia indigente, se lo hace Senador. Se le ofrece la segunda magistratura de la República y otras zarrandajas que el caciquismo de la endemia politiquera que azuela la Nación, trata de lograr su adhesión electoral, cuando no se le otorga el trato de semoviente, trasladándolo, como a vacunos, a

las concentraciones de popularidad estipendiada de nuestros folklóricos y vernaculares gobernantes.

Jaime Mendoza, tiempo después se ocupó de la defensa del indio en su estudio psicológico titulado *El niño boliviano*, que ya hemos analizado con algún detalle.

Durante su breve mandato de Senador Nacional y en la legislatura de 1932, Mendoza tuvo otra ocasión para poner en evidencia sus inapreciables convicciones sobre las masas campesinas, con motivo de la discusión de un proyecto de ley, denominado de mejoramiento racial, destinado a la proyectada creación, en aquella época, de un séptimo ministerio con ese nombre, para proteger y promover al indio. Presentado ese proyecto, con la superficialidad y el verbalismo inherentes a la mayor parte de los legisladores que — desde la creación de la República— han representado a los diversos sectores de la clase dominante, no faltó un senador que, como digno exponente de aquella versatilidad, sostuvo que “la raza indígena está desapareciendo. Es evidente, dijo, de toda evidencia, el imperativo de que los hombres de las ciudades nos preocupemos cada vez más seriamente de estas pobres gentes que pueblan nuestros campos y que van desapareciendo con una rapidez, que en realidad es pavorosa”.

No faltó otro senador, con la misma mentalidad y la insolvencia de casi todos los políticos ochocentistas que, aun en la presente centuria han co-gobernado anacrónica y lastimosamente el país, que sugiera “la incorporación de la raza indígena a la civilización”, por un mero decreto, como el que se discutía aquella ocasión.

Jaime Mendoza en esa sesión camara— de 18 de octubre de 1932 y como consta en el respectivo redactor senatorial— ante tanta ausencia de visión gubernativa, aun desde el punto de vista liberal, sostuvo que, lo más hacedero era de momento la

creación de un organismo dependiente del ministerio de educación, para la ayuda y protección que merecían los amplios sectores indígenas de la Nación.

En frases cuya transcripción se impone, reiteró su solidaridad con éstos y su posición superior respecto al manoseado "problema del indio":

"He tenido ocasión de estudiar —dijo el Senador Mendoza— hace muchos años el aspecto de la supervivencia de esta raza durante los períodos regulares en que se ha ido sucediendo desde que ella fue subyugada por el conquistador hispano, y francamente me he quedado maravillado de la energía y potencia que la caracteriza. Sabemos cómo, a pesar de la esclavitud en que se hallaba sumido, sobrevivió tan admirablemente; la mita misma que duró cientos de años, no llegó a hacerla desaparecer. Durante la época de la República, nosotros tampoco hemos sido misericordiosos con el indio; lo hemos tratado como una bestia y lo seguimos manteniendo en una esclavitud casi semejante a aquella en que estuvo durante el coloniaje; sin embargo sigue viviendo y constituye quizá la base subterránea de nuestra nacionalidad. En realidad, podemos decir que en las luchas biológicas el indio ha vencido al blanco y a las otras mezclas. Si analizamos el cruzamiento del quíchua o del aimara, con otras razas, encontraremos que ellos se sienten vencedores y que sobreviven en las demás generaciones. . . Sabido es que en EE.UU. se ha tratado de extinguir. . . a los pieles rojas, en una forma tan inhumana, que hasta hubo un juez americano que llegó a decir que no había indio mejor que el indio muerto; pero, después esta misma nación se ha convencido de que es necesario incorporar a este elemento a la civilización, para obtener benéficos frutos. Refiriéndome a la raza indígena, hasta como médico tengo la creencia de que es de una vitalidad asombrosa. Varias veces he ido a combatir la epidemia de tífus, ya en la altiplanicie, ya en los alrededores del Lago Poopó, en Llagagua, etc., donde había rancharíos casi diezmados por la enfermedad y llamados a desaparecer y que sin embargo han subsistido y aun subsisten; de ahí creo que esta raza ha de conservarse en el porvenir, para constituir una columna sólida de la nacionalidad boliviana, y para ella estamos obligados a hacer cuanto sea posible de nuestra parte en beneficio de aquella".

Aunque parezca anecdótico y resulte apenas un detalle — un pequeño— gran detalle, como muchas expresiones individuales que conciernen precisamente a la psicología, como ya hemos apuntado anteriormente—, un detalle que honra al Senador Mendoza y que, de paso, nos permite una pincelada rememorativa de interés para la vera historia del movimiento obrero en el país, es su amistad y su apoyo, hasta el día de su muerte, al di-

rigente campesino Agustín Saavedra. El nombre de este esforzado caudillo indígena es desconocido para el revolucionarismo dogmático y sectario. Por eso, es mejor, en la remembranza que merece, directamente relacionada con El Sembrador, actualizar la presentación que él hizo del mencionado dirigente campesino en *La Prensa* de Sucre, de 5 de mayo de 1929, con el título *Compañero*: “Indio quíchua de Copavilque (cantón de la provincia Yamparec), pequeño de estatura, ojos vivos, cabello abundante como una mata hirsuta y rostro simiesco. Debe de pasar de los noventa años, pues según dice, ya era un niño crecido cuando ocurrió el famoso incidente de Belzu y Morales en el prado de Sucre (1850). Y sin embargo, Saavedra, parece tener apenas la mitad de su edad. Va y viene entre su país y Sucre, como si tal cosa. Viaja a La Paz, a pié y sin mostrar mayor fatiga. Recuerda al célebre Catari, jefe de la rebelión sangrienta del siglo XVIII que se iba también a pié hasta Buenos Aires en busca de justicia”. Luego, Jaime Mendoza en el suelto que transcribimos en parte, continua algunas referencias útiles de Agustín Saavedra, a quién lo conoció mejor, en 1930 y esperando siempre al Rector de la Universidad de Sucre.

Cuando alguna vez le preguntó el motivo de tales esperas, le respondió que “pedía escuelas para Copavilque”, como era, casi, su obsesión. Una obsesión ciertamente inofensiva para la estabilidad del orden social vigente. Cuando sobrevino la sublevación indigenal que comprendió varios distritos de la provincia Chayanta y algunos otros del departamento de Oruro, — de que se da cuenta más detallada, adelante— Saavedra cayó preso y estuvo recluso durante muchos meses en la cárcel de Sucre. Salido de ese lugar, “volvió a lo mismo: pedir escuelas”, y ahí de nuevo, transcribimos a Mendoza: “De nuevo lo veo en andanzas en las calles de Sucre, o ya en el rectorado, con su cara simiesca, sus labios verdeantes por la coca, su frente huida, vestido de harapos, mugriento hasta lo indecible. ¿ Es un loco?. Parece que así se lo han dicho... Es un viejo joven que persigue con inaudito tesón un ideal. ¿Cuál? ¿Lo sabe él mismo? ¿Cree

talvez que poniendo escuelas entre los suyos, salga su raza abyecta de la espantosa situación de miseria material y moral en que se halla?

“Compañero” —me suele llamar Saavedra cuantas veces me encuentra; y yo le llamo también ¡compañero!. Ayer recibí su última visita. Venía a hablarme siempre de sus proyectos sobre escuelas. Se descargó el *khepi*, desarrolló la lliclla y de ella sacó un envoltorio de trapos que había estado en consorcio amigable con un puñado de mote. Dentro del envoltorio había unos papeles horriblemente sucios. Eran recortes de periódicos y unos escritos que había presentado, siempre con su empeño de marras”. (Fdo.) Jaime Mendoza.

Saavedra fue un organizador incansable de los primeros núcleos indígenas en los departamentos de Chuquisaca y Potosí, durante los últimos años de la década del veinte y casi todos los años treinta. Continuamente se desplazaba, a mantener vivo el fuego de las reivindicaciones campesinas en los lugares más combativos de aquellos departamentos: Tarabuco, Quila—quila, Chayanta, etc. Aunque entendía, sin poder hablar el español, Agustín Saavedra, mantenía con su agilidad mental y la sorprendente penetración que poseía, estrecha amistad con los dirigentes de la naciente izquierda revolucionaria de aquellos distritos y particularmente de Sucre. Le distinguían con su trato cariñoso, fraternal y solidario los dirigentes obreros Rómulo Chumacero Sandoval, Alberto Berdeja, Mariano Rengel, Jorge Daza, Carmelo y Enrique Paniagua y otros, así como los intelectuales Enrique Vargas Sivila, Alberto Echazú, Ramón Chumacero Vargas, Luis S. Wáyar, Manuel Barea, Mamerto Torres, etc. Nosotros también tuvimos el honor de conocerlo y —catarsis íntima de detalle familiar, cuya revelación invocamos se nos excuse— mayor satisfacción todavía de hospedarlo con la familia de Alberto Echazú D., como uno de los nuestros, hasta su desventurado deceso ocurrido el 10. de diciembre de 1937, cuando el legendario y malogrado dirigente campesino, se trasla-

daba de domicilio con nosotros. Efectivamente, el vehículo que llevaba nuestros contados bártulos apoyados a los de la familia Echazú, con los pocos de Agustín Saavedra, tuvo que detenerse justamente en la esquina de la Universidad de Chuquisaca (Ayaucchu—Junín), a raíz del colapso que sufriera letalmente aquel día por sus avanzados años de edad.

Jaime Mendoza, por todo lo expuesto hasta aquí, se contaba entre los principales amigos de Saavedra. Era su confidente y respaldo integral. Tan emocionante fue la vinculación del infortunado dirigente con el Sembrador, que en su bella parla nativa, y cuando con la frecuencia que concurría a visitarlo cuando era Rector de la Universidad de Sucre, le preguntábamos dónde se dirigía, invariablemente contestaba: "A lo del compañero Jaime Mendoza". Y así nos refirió más de una vez lo que como lección de moral revolucionaria y de ética de auténtica militancia de izquierda, debemos estampar en el punto, sobre la ayuda que al inicio de su gestión rectoral ofreció Mendoza a Saavedra. Acosado éste, por sus precarias condiciones de subsistencia que son moneda corriente e inherencia de los luchadores revolucionarios en los países coloniales, semicoloniales y dependientes, había solicitado aquella ayuda, no sólo para su continuo desplazamiento a las comunidades indígenas de los distritos que hemos mencionado, sino para sus mismos requerimientos primarios. Tal ayuda, supuso el dirigente campesino que podía ser el cómodo desempeño de algún trabajo funcionario en la vieja Universidad. Con el prejuicio de sus limitaciones objetivas y la depauperada humanidad de Saavedra, Mendoza dubitativo le respondió que mejor sería la concesión de un subsidio mensual, por las dificultades, quizá insuperables que seguramente confronte en cualquier labor burocrática de la Universidad.

Agustín Saavedra — refería con amplísima sonrisa que, ante el pesimismo del Sembrador, finalmente— le respondió que no podía percibir graciosamente ningún estipendio universitario, sin hacer nada, porque tal percepción sin hacer algo, era

deshonesto y contrario a los cánones de su moral legendaria del Tahuantinsuyo. Que en todo caso, podía trabajar y desempeñarse en la medida de sus modestas posibilidades. Interrogado, por último por el flamante rector, que función podía otorgarle, el decoroso dirigente campesino le había dicho que podía cumplir con eficacia las labores de barredor del edificio universitario. Y en ese trabajo comenzó a expedirse, optimista y orgulloso, aprovechando sus fines de semana y todas las vacaciones disponibles del año, para trasladarse a sus actividades organizativas de los sindicatos agrarios en ciernes, en cuya promoción contaba con el entusiasmo y el aliento solidario del rector Mendoza.

Fallecido Saavedra en diciembre de 1937 — cual se acaba de sentar en los párrafos anteriores— sus amigos nos dimos a gestionar su digno y modestísimo sepelio, a cuya realización se invitó a las amistades sobresalientes del difunto dirigente campesino. La mayor parte de la diminuta concurrencia, — una veintena de dolientes— pertenecía al *Grupo Antahuara* de Sucre, añejo núcleo estudiantil de orientación marxista. Entre los personajes cuya presencia no podía faltar en el cortejo fúnebre estaba Jaime Mendoza, que concurrió acompañado de José Prudencio Bustillo. Tampoco podían faltar y allí estuvieron otros esclarecidos militantes de la justicia social algunos de los cuales ya han sido mencionados: Manuel Barea, Enrique Vargas Sivila, Luis S. Wáyar, Ramón Chumacero Vargas y otros.

Vale la pena, acá, decir algunas breves frases más, en torno al Grupo Antahuara, núcleo al que pertenecemos, como co-fundadores, colegiales entonces, desde 1932, como una mínima pincelada, también para la amplísima elaboración de las luchas sociales de nuestro pueblo. Ese conjunto, en su época de mayor gravitación, en torno a 1938, contaba con veinticuatro jóvenes soñadores que desde entonces — muy pocos, por convicción doctrinal— abrazamos el socialismo científico. Muchos, sobrevinida la prominencia de los epiplones, pasados los cuarenta, co-

mo siempre ocurre, han arriado sus banderas. Varios va han fallecido. Sucumbieron en la campaña del Chaco, como combatientes, verdaderos adolescentes: José David Pinto y René León. Posteriormente, a consecuencia de heridas recibidas en el frente, murió Mariano Wáyar. Uno de los últimos ausentes que se fueron sin retorno fué Roberto Alvarado D., fallecido "con su dignidad a cuestas", al decir de un dilecto amigo nuestro, desde París, que ha caído en pleno campo de batalla, pero consecuente y leal hasta la muerte, con la ruta ideológica que con certeza visionaria abrazó en los azules años de su adolescencia, dejando una estela luminosa de honestidad y varonía revolucionarias. Los menos de aquel Grupo, contados con los dedos de una sola mano, por fortuna, han concluído a la grupa de la más repugnante apostasia, prosternados por remate ante los mayores genocidas de nuestra historia, en la década del sesenta, cuyo odio insano a la clase obrera ha de quedar indeleble, para lección de las futuras luchas de nuestro pueblo. Finalmente al Grupo Antahuara, dejó de existir después de la fundación del PIR en julio de 1940, con la incorporación de casi todos sus miembros a ese partido. El posterior usufructo -durante el régimen Barrientos- de los restos descoloridos de esa colectividad política exhumada anteriormente por sus principales reorganizadores, con exclusiva estrategia comercial y mercantil, solo ha involucrado a dos miembros del antiguo Grupo Antahuara.

Cuando en el bello y florido cementerio de Sucre, el 2 de diciembre de 1937, se abría la sepultura que recibiría los restos de Agustín Saavedra, fue justamente su "compañero Jaime Mendoza", quién dijo a los pocos circunstantes, y como el más ponderado de éstos, estas o parecidas palabras: "Alguien debe decir unas palabras de despedida a nuestro compañero Agustín Saavedra. A ver usted don Manuel - y se dirigió a Barea, encargándole el postrer homenaje que se imponía - unas breves palabras de adiós para sus venerables despojos". En tal forma, el inolvidable Manuel Barea, ilustre hijo de la vega cinteña de San Lucas, cerró el sepelio con emocionadas expresiones de admiración a la des-

conocida e incansable trayectoria del caudillo indígena que murió, sin vislumbrar siquiera el advenimiento de un mundo mejor que todavía anhela su estirpe, cuya vitalidad broncoínea aun resiste los cuatro siglos de explotación en que se debate,

Así, se fue Agustín Saavedra, despedido cálida y mercedadamente por su insigne compañero Jaime Mendoza, después de haber soñado — quizá como las tibias cabeceitas de los niños que ensueñan castillos ludricos en las quimeras de miel y leche, de sus años balbucientes — en la resurrección del majestuoso Imperio de los Hijos del Sol y de la Luna, donde no había explotados ni explotadores y donde ejemplarizadamente no se podía robar, ni mentir, ni se permitía la flojera. “Ama sua, ama llulla, ama kjella”.

La incansable trayectoria de Mendoza de defensa de la inmensa mayoría campesina del país, prosiguió ejemplarmente, en cuanta oportunidad de la vida nacional pudo encontrar su recia contextura humanista. Una coyuntura de esas, entre muchas otras fue la sublevación campesina de 1927 que, en julio de ese año, estalló en la provincia Chayanta del departamento de Potosí que, posteriormente se propagó a otros distritos de los departamentos de Oruro y Chuquisaca.

Jaime Mendoza, debidamente informado de los pormenores de tal levantamiento, no pudo — ni podía jamás hacerlo el Sembrador — permanecer en silencio siquiera, sino ponerse decididamente de lado de los desventurados y eternos explotados del agro boliviano. Es así que inició una campaña periodística en *El País* de Sucre, (Nos. 502, 503 y 508) de 28 de agosto y lo, y 23 de septiembre de 1928. Bajo el epígrafe de *El problema indio* analizó los verdaderos móviles de aquella sublevación, que la misma conclusión oficial sobre ellos sentaba: “Son el corregidor, el cura y el hacendado, los tres personajes típicos de la vida aldeana, los que con sus continuas expoliaciones e-

vasperan a la clase indígena hasta lanzarla a la revuelta, como el supremo recurso para obtener la justicia que nunca llega”.

Hay que hacer honor en el punto, al ministerio del interior de esa época, conducido por el Ministro de ese portafolio Manuel Diez Causseco, que estampa aquellas conclusiones en su Memoria respectiva, en 1927, que cita Mendoza. En esa misma oportunidad aquel periódico sucreño que había dejado de publicarse el año anterior, al re-aparecer, como queda comprobado, adoptó decididamente la defensa de los campesinos, que promovía nuestro biografiado, según la ficha de su producción ya mencionada, que sobre el punto, anota: “Después de una rápida rememoración histórica sobre la sublevación de los hermanos Catari, en 1780, en la misma área que la sublevación actual, Mendoza señala que hoy como entonces la situación general, miserable del indio, y la acción particular de la trinidad patrón-curra-corregidor es la causa de este nuevo episodio. “Hogaño, como antaño el indio sigue siendo una máquina viva para hacer plata...La eterna prédica de la educación y redención del indio es pura hojarasca relumbrante. Para redimir al indio hay que empezar por mejorar su situación material, sus condiciones económicas”. (No. 503 del referido periódico).

“El problema del indio, como problema humano, es seguramente el mayor de todos los que tiene que resolver la República”. (No. 508 de El País).

La sistemática y patriótica conducta de ese órgano de prensa, en favor de los indios, en esa sublevación, hizo que en sus mismas columnas, Jaime Mendoza relevara la actitud de su director José Prudencio Bustillo a quién envió una “Carta abierta” que se publicó (No. 520), en su edición de 9 de diciembre de 1927, y cuya parte principal, dice: “Usted ha mantenido vigorosamente hasta hoy esa campaña...Y hoy, como ayer, sigue *El País*, en la brecha. Y por eso tengo que felicitarlo una vez más, por su empeño y desinterés al abrazar — simpático Quijo-

te— una bandera que a estas horas estará haciendo decir a muchos que usted es un loco”.

Sofocada cruentamente la sublevación indígena de que se acaba de dar noticia, la clase dominante, posteriormente, no dejó de proseguir, por supuesto, la persecución de los trabajadores campesinos. Tampoco Mendoza dejó de salir a la contienda, sucesivamente, en todos los episodios del magno problema social que implicaba el secular martirologio indígena en el país. Poco tiempo más tarde, y entonces respaldado ventajosamente con su investidura senatorial, volvió a asumir la defensa de otras víctimas de la persecución campesina.

Acá tocamos, de paso, nuevamente, un asunto de interés para la historia responsable y futura del proletariado boliviano, porque el punto alude a un legendario caudillo indígena, de extracción aimara, citado con informaciones seguramente poco fidedignas, por Marof, en su libro *La Tragedia del Altiplano*. Ese caudillo es Santos Marka Tola, que en la referida obra, figura simplemente con nombre de Marka Tola y en otras publicaciones que vamos a comentar, como Marcos Tola. Este ha sido por mucho tiempo, y con respaldo multitudinario de las comunidades indígenas del altiplano, dirigente campesino en los departamentos de Oruro y La Paz. Se trasladó varias veces a Sucre, a reclamar ante la Corte Suprema de Justicia, la devolución de las comunidades campesinas, liquidadas en su mayor parte durante el gobierno de Melgarejo, que recordaba perfectamente Santos Marka Tola, cuando también lo conocimos y lo hospedamos en los primeros meses de 1937, en Sucre.

Incansable reclamante del despojo que hizo a las masas indígenas el abominable período del sexenio, Marka Tola, sufrió otra viacrucis en 1931, época en que, como dijimos, Jaime Mendoza ventajosamente pudo asumir su defensa, junto a la de otros dirigentes campesinos que cita el Sembrador, en dos sueltos que publicó *La República* de La Paz, en sus números correspondien-

tes al 17 y 19 de mayo de aquel año. Por ser de enorme interés, insertamos en toda su extensión, los dos artículos en los que Mendoza da cuenta de la inútil persecución desatada contra varios dirigentes campesinos. Como en todos los tiempos, la clase dominante, se basaba para tales represiones, en dimes y diretes; en auténticos chismes "de comadres", como textualmente denunció el Sembrador, con el título POR LOS INDIOS, en los siguientes términos: "*La República*. La Paz, domingo 17 mayo 1931:

**"Días pasados, al proponer a la consideración del Senado Nacional un asunto referente al problema agrario y el indio, que pasó a la Comisión de Reformas Sociales, decía yo entre otras cosas:**

**"Hace tiempo que han ido a Sucre, desde La Paz y Oruro, los indígenas Marcos Tola, Aurelio Choque y el niño N. N., todos ellos caciques y gobernadores y representantes de un gran número de aillus y comunidades de la altiplanicie boreal y central de Bolivia. Y han ido allí cargados de gruesos expedientes a presentarse ante el Fiscal General de la República y ante el Arzobispo de La Plata a ver si conseguían siquiera algún mendrugo del pan de la justicia y de la caridad. Y ellos también se han presentado en mi casa probablemente porque supieron que alguna vez hice campañas, como escritor, en favor de los indios. Y, según pude entrever por lo que me significaba uno de ellos que posee algo de castellano, esos pobres indios se hallan empeñados en las consabidas reclamaciones y expoliaciones que sufren de parte de las autoridades abusivas, de vecinos inescrupulosos y también por cuestiones de linderos entre ellos mismos.**

**Y ahora bién, viniendo a La Paz, a incorporarme al Senado, dejé en Sucre a los susodichos indios en situación asáz lamentable. Apenas tenían donde guarecerse y qué comer. Mejor dicho, para comer debían "muquear" (muquear, significa confeccionar, mezclando la saliva humana con harina de maíz amarillo, la mixtura o pasta con que se elabora el áureo líquido tan del gusto de ciertos hábitos). Para colmo, el más joven de esos indios, todavía niño (16 años) que tenía la particularidad de saber escribir en castellano, aunque no lo hablase y que había entrado a una escuela, cayó malamente enfermo. . . Y el más viejo Marco Tola, un aimara de faz mongoloide, se enfermó igualmente, debiendo uno y otro ser internados al hospital, quedando sólo el tercer compañero —Aurelio Choque— un joven indio picado de viruelas, inteligentísimo que hablaba algo de español y que ambulaba por las calles ofreciéndose como mozo de cordel o muqueando en las mafianas, a fin de "pescar" algo, como decía él mismo, para ayudar a sus camaradas.**

**Así dejé yo a esos indígenas en Sucre. Pero he aquí que volviendo allí, hace unos días, supe que Marcos Tola había sido encarcelado junto con otros dos indígenas de Livichuco que habían ido a la Capital de la República, de puro cándidos, con el empeño de instalar escuelas en sus pagos, y se**

encontraron sorpresivamente con la cárcel. Una mujer del pueblo que había oído hablar a dichos indios, posiblemente de sus comunidades (eran comunistas), denunciólos como comunistas.

Y sin más, según me informan, un Señor Juez, tomó muy a lo serio el asunto. Sujetó a los indios a tremendos interrogatorios de cinco a seis horas y hasta se llegó a pensar que estuvieron en connivencia con el lejano Paraguay. Gracias que no se fue hasta Rusia.

Descontando la parte reidera de este asunto, queda la triste. Es la eterna tragedia del indio. Del indio que, llevando a la espalda el grueso fardo de sus expedientes aun no acaba de renunciar a una justicia hipotética y vá desorientado y entregándose a cualquier rábula, concluye en una mazmorra carcelaria bajo la férula de un código penal absurdo que —eso sí— sus ejecutores lo aplican en el indio con fruición sádica, mientras para los delinquentes de levita lo dejan en la gaveta. (El subrayado es nuestro; J. M. A.).

Se me escribe, asimismo, que en el “auto-cabeza del proceso” seguido a esos indios, aparece una lista con nombres de universitarios muy conocidos, vgr. Abraham Valdez, el secretario actual de la Universidad de La Paz, o Rafael Gómez Reyes, ex-secretario de la de Sucre. Y sé también que mi nombre anda por ahí. Lo cual no me extraña. Ya en los días de Dn. Hernando Siles se me llamó “Jefe de los comunistas de Sucre”.

Pues, al presente, aun a riesgo de ser considerado como tal, yo continué dando pasos en favor de esos indios infelices. Me he dirigido para ello, inclusive al Presidente de la República, en cuyo poder de varón fuerte y sereno, confío no se albergarán las pasioncillas de los aprensivos y mediocres.

Me he dirigido igualmente al Señor Fiscal General. Y aquí viene una nota, un sí es no es sabiosa. Ayer, hallándome en una sesión del Senado Nacional, hícele el siguiente telegrama:

“Fiscal General. Sucre. Invocando espíritu paternal en favor raza indígena pidole disponer libertad Marcos Tola y otros encarcelados acusándoselos comunistas por juez inferior con exceso celo funcionario a mi juicio.— Jaime Mendoza”.

Pues bien, como dí a copiar ese telegrama en la secretaría de la Alta Cámara, resultó que en la copia enviada al telégrafo, había puesto el copista el vocablo “fraternal”, en vez de “paternal” que yo puse. De donde resultaba que yo venía a considerar al Señor Fiscal algo así como un hermano de los indios, según me lo hacía notar festivamente Don Luis Calvo, el simpático Ministro de Gobierno, cuya intervención pedía también en ese asunto.

Bueno... ¿y qué? ¿Acaso los indios no son, en verdad, nuestros hermanos? Después de hablar del “hermano cholo”, y aun del “hermano perro”, creo que muy bien se puede hablar también del “hermano indio”. Por eso, la sustitución del copista, en vez de incomodarme, me ha encantado. Yo había puesto en el telegrama la palabra “paternal”, dándole el significado que la ley atribuye a un fiscal general encomendándole la protección de los débiles, y los miserables como los indios. Pues, con la sustitución que hizo el copista, sin saberlo, resulta que el asunto, mucho más que de un simple orden legal, aparece revestido de un sentido moral enorme y de un fondo noblemente humano.

Espero anora que el Señor Fiscal General, sin fijarse mucho en eso de sediciosos y comunistas que se les cuelga a los indios de mi relato, ordene su libertad". JAIME MENDOZA.

Nota de redacción.— Concluido de escribir el anterior artículo, su autor ha recibido de la Secretaría Privada de S. E. el Presidente de la República, una atenta nota en la que se transcribe el texto de los telegramas a continuación insertos, fruto de las nobilísimas gestiones que el Senador Mendoza, llevara hasta el Palacio.

"La Paz, 15-5-31.— Prefecto.— Sucre.— Ruégole informarme con carácter urgente, sobre antecedentes y motivos de apresamiento de indígenas Marcos Tola y dos compañeros.— Atentamente. (Fdo.)— SALAMANCA".

"Sucre, 15-5-31.— Presidente República.— La Paz.— Indígenas Marcos Tola y sus compañeros fueron capturados por policía debido actos sedición con caracteres comunistas. Pasó proceso justicia ordinaria, la que como medida preventiva ordenó prisión.— (Fdo.)— Daniel Castro Pinto.— Prefecto.

"La República".— La Paz, martes 19 de mayo de 1931.

#### POR LOS INDIOS

"Tengo que insistir algo más sobre el asunto de los indios encarcelados en Sucre. En un telegrama dirigido al Presidente de la República por el Intendente de la Policía de Seguridad de ese distrito, leo esta afirmación: "Indígena Marcos Tola y compañeros fueron capturados por Policía debido a actos sediciosos con caracteres comunistas".

Con lo que se da a entender que los indicados indios ya incurrieron en algún desaguisado grueso, ya que realizaron actos que merecen la marca de comunismo.

Y sin embargo, por las informaciones que yo tengo, procedentes de personas serias, se trata apenas de meras presunciones en que figura incluso una de esas comadres o brujas de arrabal que tanto miedo suelen dar a los niños.

Lo cierto es que la palabra comunista es una de las más socorridas en nuestros días. Es un vocablo cómodo que se lo emplea, con desgaire, sobre todo por aquellos cuya causa flaquea, así sean grandes o chicos. El año pasado, en estos mismos días, los estudiantes más representativos de la Universidad de Chuquisaca eran perseguidos bajo este rótulo. Uno de ellos el más cándido y bromista había clavado un retrato de Lenin en una pared del local en que funcionaba la Federación Universitaria, y con ello bastó para que el Prefecto y los viejos maestros de la juventud entrasen en inusitada alarma, como si ya viesan a Lenin en carne y hueso, y aquello se hizo un furioso tole-tole, con los consabidos proceos criminales, autos de cabeza, listas negras, destierros, calabozos, etc., etc. Una verdadera lástima. Y no hace mucho, mi distinguido colega el doctor Ezequiel L. Osorio, también llamaba comunistas a los estudiantes que criticaban su nombramiento de Rector de la Universidad de Sucre.

Razón tenía, por eso el H. Alvéstegui, cuando hace días, en la Cámara de Diputados, decía que a cualquier movimiento reaccional de la juventud o del pueblo, por legítimo que fuese, ya se llama comunismo por los perjudicados en sus intereses.

Hoy les toca el turno a los indios. Los indios también van entrando a la lista. Y vaya si esta será larga, pues que como se dice, la gran mayoría de la población boliviana es india.

Pero, entendámonos. Cuando se habla de los indios comunistas, ¿de qué comunismo se trata? ¿Será tal vez de aquel de cepa moscovita que tanto incomoda a ciertos capitalistas?

No me parece. Para mí el indio es naturalmente comunista; pero no a lo Leningrado o Moscú. Lo es a su manera. Lo es por imperativos racionales y ambientales. De buena gana yo llamaría a su comunismo, un comunismo terrigena.

El indio lleva en su sangre, necesariamente, los residuos de aquella fúlgida en que bajo el régimen de los Hijos del Sol, se había extirpado de su estructura social a los mentirosos, a los holgazanes, a los ladrones. AMA SUA, AMA LLULLA. AMA KJELLA. he ahí en el simple saludo indígena todo un código de moral político-social sublime. Código del que hoy, con todo de nuestra civilización, estamos a una distancia incommensurable.

He ahí el comunismo indio. O mejor, el comunismo nuestro que, en buena hora debiéramos cultivar, sin necesidad de remedios inútiles de factura extranjera...

Y debo yo añadir a este propósito que hace tiempo, cuando el famoso Habib Stéfano lanzaba en cierta ocasión, sus anatemas contra la juventud de América, calificándola de "imbécil", si se dejaba contaminar con el comunismo, —díjele en letras de molde— que tratándose de Bolivia eso no constituye ninguna novedad, y que desde un remoto antaño, supieron nuestros pueblos del comunismo, citándole a este propósito dos ejemplos clásicos de sistemas comunistas que hicieron fortuna entre nosotros: el de los Incas, de la etapa pre-hispánica; y, durante la era colonial el de factura jesuítica que en el siglo XVIII hizo florecer las misiones de Moxos y Chiquitos.

En el caso de los indios por quienes abogo, si realmente se trata de achaques comunistas, como reza el telegrama citado, creo que más bien debe considerárselo como una tendencia virtual, no aprendida, que creció un comunismo inconsciente, si se quiere orgánico.

Y no creo que eso se deba castigar.

Aun cuando por su simplicidad y candor esos indios hubiesen aceptado sugerencias de otros seres mas avisados que ellos en cosas de esta guisa, bastaba un mediano análisis psicológico de parte de los jueces para descartar la parte de imputabilidad que se les atribuye.

El indio es como un menor de edad —lo han dicho muchos, y lo repetía, hace poco el autor de El Ayllu—, y yo quiero repetirlo también. En consecuencia no se puede aplicar en él la ley del blanco en la misma forma y medida estatuidos por nuestros códigos.

Aun cuando el indio, roba, asalta y mata, es todavía más excusable que no el nombre culto y refinado, que a sabiendas pone en juego los resortes de su inteligencia para ponerlos al servicio de la injusticia y de la maldad.

Todo esto, ciertamente, podrá parecer paradójico a quienes profesan la tesis de aquel general americano que llegó a sentar este postulado macabro: "El único indio bueno, es el indio muerto". Pero, por mí, puedo decir,

que por el mismo contacto que desde niño tuve con los indios en las haciendas de mi familia; y después por los diversos estudios de índole científica que he debido realizar en ciudades y campos, en cárceles y manicomios, como profesor de medicina legal y psiquiatría, o como simple médico forense, he llegado a la conclusión antes anotada, tratándose de la gran mayoría de indígenas delincuentes que me cupo examinar en el país.

De manera que cuando alzo mi voz solidaria en favor de los indios en general, como los que hoy me dan ocasión de escribir estas líneas, — no lo hago precisamente por un arranque sentimental. Responde él a una convicción basada en las observaciones de carácter médico y antropológico. Insisto pues, una vez más en pedir la libertad para los indios encarcelados en Sucre a título de comunistas. Quizá en esto hay incomprensión o exceso de celo funcionario, como lo dije en mi telegrama al Señor Fiscal General.

Ahora, si realmente esos indios hubieran incurrido en actos sediciosos de carácter comunista, según reza el telegrama de la Prefectura de Sucre, creo que tampoco se debiera inflar este asunto hasta el punto en que se lo hahecho. Hay comunismo y comunismos, dicho se está.

JAIME MENDOZA

Respaldao de tales hechos, el Sembrador, infatigable en toda su trayectoria tribunicia, no podía permanecer indiferente ante ningún nuevo abuso que la clase dominante infiriera a los trabajadores campesinos. Posteriormente a todo lo que se acaba de documentar, *El País* de Sucre, su magnífica trinchera de combate (No. 1036) de 24 de febrero de 1932, inserta otro artículo del Hombre que titula *El antro, La Cárcel, La Casa de Justicia y Los indios*. Tal, es una vibrante defensa del indígena Martín Choque, oriundo de Condo (Oruro) preso en la cárcel de Sucre, durante más de un año, en aquella época, por los eternos "indicios de sedición con caracteres comunistas".

Hasta ahí, la ejecutoria de solidaridad y de convicciones que, respecto al acervo indígena del país demostró permanentemente Jaime Mendoza en la parábola de su vida. Su indigenismo no fué la expresión literatoide, ni el fruto resentido y teatral de obscuras procedencias, ni el verbalismo snobista de muchos intelectuales que pretenden la novedad y el bullicio en círculos europeizantes de sus inconsecuentes y epidérmicas posturas indigenistas. Tampoco fue el gesto electoralista y demagógico de los que se han servido de las masas campesinas para llegar por la trastienda y con el voto estipendiado de aquellas al templo de

la ley. El indigenismo de Jaime Mendoza, tampoco pudo ser la insincera y grotesca monserga pro-indio de los desclazados que alardean hasta la saciedad su extracción campesina, en patente exteriorización adleriana de sus sentimientos de inferioridad, orgánica, cual lo atestigua la tortuosidad delictiva de su conducta en la vida social.

Toda la ejecutoria pro-campesina de Mendoza se explica y se justifica con su consecuente postura humanista y verazmente democrática, varias veces recalada hasta el punto. Ese espíritu progresista, se tradujo con mayor claridad, demostrando sus posiciones avanzadas en un artículo titulado *La justicia social*, que publicó *Ultima Hora* de La Paz, el 10 de mayo de 1932, en el que se pronuncia sobre uno de los más grandes crímenes del siglo XIX, que rubricó el capitalismo internacional, con la masacre de Chicago.

Y rectilíneo y cónsone con aquellas ubicaciones, tampoco dejó de pronunciarse sobre el nacionalismo en la política nacional, que con su inveterada majadería de "salvar a la Nación", de hacer frente a "ideas foráneas o importadas" – solo para su imaginación semoviente – en todos los tiempos, sólo ha escrito las páginas más risibles y tragicómicas de la vida nacional, sin ningún logro institucional serio que, la historia pueda recoger como veraz adquisición boliviana. Y Mendoza lo hizo frente al caudillismo nacionalista, al que sucumbieron, ignaros y ahitos sólo de prebendas, muchos de sus colegas de Sucre, a quienes impugnó en varios artículos de *La Prensa*, de esa ciudad, (Nos. 2112, 2113 y 2115) de 25 y 28 de abril y 1o. de junio de 1929, con su pseudónimo de Ariel, bajo el título de *El nacionalismo boliviano*. Entre sus párrafos más salientes, Jaime Mendoza acusa así: "Ya vé la juventud de Bolivia. Para salvar al país hay que afiliarse al nacionalismo. Y naturalmente ya estaba dicho que ante todo hay que cultivar el sanchismo", dedicando líneas más adelante su enérgica impugnación a los gobiernos de "mano du-

ra como Musolini” que preconizaba uno de aquellos limitados discípulos de Esculapio.

Algo en que no se ha insistido, como debía habérselo hecho y que en algunos casos se ha omitido deplorablemente, con ocasión de los homenajes tributados a la memoria de Mendoza, el pasado año y sobre todo en el Centenario de su nacimiento, es su admirable e intuitiva visión porvenirista sobre la penetración al perdido territorio del Chaco, antes de la contienda, mucho antes de 1932. Sobre ese territorio, efectivamente, la Nación sólo ejercía un derecho y una soberanía nominales. Un derecho, como él dijo, basado sólo sobre “los papeles” del utti possidetis juris. Jaime Mendoza, como uno de los mejores estrategas que pudo tener el país, desde mucho antes de la iniciación de las hostilidades en el sud-este, señaló la urgencia de ejercer el real dominio del país sobre aquel extenso territorio, clamando, si cabe la expresión, por tender la mayor comunicación vial, posible, al triángulo chaqueño. La premiosa requisitoria de su fervoroso sentimiento patrio, llegó a acuñar la célebre frase: *Pisar fuerte en el Chaco*, que lo dijo, cual reza textualmente en uno de sus muchísimos escritos, lejos de todo propósito belicoso, y consciente mil veces del descalabro de la guerra. *Pisar fuerte en el Chaco*, con caminos y con una vigorosa estructura agro-pecuaria.

Lastimosamente los obsecuentes y pegajosos que, en cada régimen son legión, atribuyeron la frase al Presidente Salamanca que, muy ladino y con su habitual tosudéz, dejó correr la especie, — “quién calla, otorga” — probablemente satisfecho de su paternidad postiza en tal acuñación. Es por eso, seguramente que, la frase fue institucionalizada en avisos y despachos comerciales y en boletos de lotería, probablemente exhibidos a sugestión de los muchos sicofantes que otorga el poder político y económico a las minorías dirigentes. Es por eso, también que el entrañable celo filial de Martha Mendoza, no permitió la persistencia del hecho. Fue, luego, necesario que ella pida al Presi-

dente Salamanca, en una carta de 16 de noviembre de 1934, la aclaración de la verdadera procedencia de la frase. El principal autor del descalabro chaqueño, no tuvo menos que responder ese mismo día, a la hija del Sembrador en estos términos: "En respuesta a su carta del día de hoy, me cumple expresarle que no es mía la frase *Pisar fuerte en el Chaco*"

De allí que, con manifiesto disgusto por la tergiversación arbitraria de sus palabras, estampó poco más tarde en *Pisar fuerte en el Chaco*, — un folleto de aclaración de aquellas— algo que debemos transcribir en parte:

"ahí está la frase hasta en los réclames de los comerciantes, en las loterías de beneficencia, en los despachos de hotel.

Y está con mucha más razón, en la verba cálida de los oradores de barricada. Más aun: la he visto inscrita hasta en las escarapelas tricolores de los pequeños escolares, para suscitar en sus mentes infantiles pensamientos guerreros por obra de sus propios maestros.

Lo que me ha hecho pensar, no sin cierto dejo de tristeza, que en vano yo había querido infiltrar en esas palabras un espíritu que, si bien de intenso dinamismo, no estaba inspirado de impulsos de lucha, destrucción y muerte sino más bien de paz, de edificación y de vida, pero que, al caer esas palabras en las multitudes enardecidas, evocaban en ellas la roja silueta de la guerra. Tales son, por lo regular, los instintos del hombre aun en las primeras edades. Cuando en la subconsciencia del niño grita el troglodita del oscuro ancestro, ya poco o nada vale la serena reflexión ni del maestro jesucristiano.

Y, cuánto más será esto, si el maestro mismo es quién estimula con sus métodos y palabras esas propensiones instintivas del pequeño ser?

*Pisar fuerte en el Chaco*. Es decir, ir allí, antes que con la azada y el riel, con la espada y el fusil; o con las herramientas de la violencia y de la destrucción, y no con las del trabajo y la paz.

Tal es hoy la fórmula.

Es la inversión de mi pensamiento.

Pero, ¿qué hacerlo? . . .

Ahí está Bolivia. Ese es el grito de toda la Nación. Y esa es la voz de su actual Presidente, el varón ilustre, que al decir: "Bolivia debe hacerse presente en el Chaco", lo decía en sentido realmente belicoso, y hoy, él mismo es el ejecutor de esa idea. Y ahí están los demás, grandes y chicos, militares y civiles, hombres y mujeres. En los mismos sacerdotes, apóstoles de la generosa religión de Cristo, prendió la llama trágica. No hay sinó verlos y oírlos.

Y en medio de tan trágica sinfonía, ¿qué puede ser mi voz, sinó una nota ingrata y discordante que arranque a los corazones un gesto de impaciencia y desdén? Pasemos.

Iniciadas las hostilidades en el Chaco Boreal, en julio de 1932, la hoguera cundió, como verdadero reguero de pólvora en todos los confines de la Nación. Las multitudes enardecidas por el estentóreo chauvinismo de muchos héroes de retaguardia, en todas las ciudades de la República, clamaban por la inmediata movilización nacional hacia el sud-este, sin la menor reflexión sobre las inmensas dificultades de hacerlo y sin el menor conocimiento de las limitaciones viales en la zona disputada, así como con el más pueril desconocimiento de nuestras primarias posibilidades militares.

Nosotros mismos, fuimos testigos todavía, con escalofriante evocación de la oratoria patrioter de muchos personajes que con ausencia de la menor serenidad discriminativa, pensaban que en menos de tres meses, las fuerzas guaraníes, podían ser barridas hasta el río Paraguay, pudiendo llegar nosotros, inclusive se decía, —“Asunción para Bolivia”— hasta la captura inmediata de la propia capital paraguaya. Todas, absolutamente todas las personalidades de mayor relieve, en aquellos aciagos momentos, se sumaron al coro belicista y advino el Campo de Agramante, ante la conformidad y el expreso respaldo de los mayores estadistas del país, como el Vice-presidente José Luis Tejada Sorzano y los expresidente Montes y Saavedra. El primero de éstos, concurrió al teatro de operaciones a verificar las tremendas dificultades iniciales y los primeros contrastes de nuestras armas, tratando de superarlos con su consejo de ex-militar y combatiente en dos conflictos internacionales.

Bautista Saavedra, aprovechando las desventajas gubernativas en la conducción de la guerra, y pretendiendo sacar partido de la incapacidad oficial del momento, se limitó a criticar la “movilización con cuenta-gotas”, con el más punible desconocimiento de nuestras miserias y de nuestro atraso económico, político, social y militar. “!Movilización con cuenta-gotas!” y el afanoso y levantisco caudillo de tierra adentro, no sabía o ignoraba demagógicamente que no se podía efectuar una movi-

lización masiva y no con “cuenta—gotas”, porque no había vías de comunicación esenciales. Vías primordiales, decimos — que pudo construir en muchísima mayor medida, de lo poco que hizo durante su quinquenio atrabiliario, como penetración al Chaco — cuando no había ni la más remota mecanización de un ejército casi inerme por sus limitaciones, como el que contábamos al inicio de la contienda. Menos el mínimo necesario de vehículos motorizados, ni mandos militares a la altura de las requisitorias coetáneas que, justamente Saavedra comenzó, por el contrario, a infundirles el virus del banderío caudillista y golpista.

Si pudiera lograrse la publicación de las estadísticas — seguramente inexistentes— sobre lo que contábamos como recursos de arsenal, logística, movilización, etc. etc. a principios de 1932, se vería en toda su dimensión la irresponsabilidad monstruosa con que actuaron y provocaron la contienda, los altos mandos castrenses y los círculos civiles dirigentes.

Es así, cómo con una euforia y una impulsividad, casi comiciales que cundió en toda la República, a principios de julio de 1932, en Sucre se reunió el cuerpo médico de la localidad, en el Instituto Médico “Sucre”, para decidir “providencias — nos ha informado Gunnar Mendoza— con respecto a su participación en los primeros pasos de la movilización. En esa reunión, Mendoza, levó una declaración en que rememoró su posición contraria a la guerra y las razones que lo habían animado a esa actitud, tanto de principio, como de realismo por la impreparación del país; la declaración terminaba expresando que él, no obstante, marcharía a la guerra, como médico, “en servicio de la patria y de la humanidad”.

Cuando el cuerpo médico se trasladó al cuartel de San Francisco a comunicar sus resoluciones, alguno o algunos de los mismos médicos, como es obvio, pasaron el chisme con las recomendaciones del caso al jefe de Plaza”. “Este, — escribió

Martha Mendoza en una nota alusiva a esa reunión al comentar el discurso de Carlos Morales y Ugarte en el sepelio del Sembrador — que no podía tolerar esos brotes instruyó convenientemente a uno de los suyos, para que “arrojara de ese recinto al derrotista...”. El oficial instruido por su superior se aproximó a Mendoza y, con mucha cortesía, con la misma que quizá hubo de exasperar al instructor, se prestó a acompañar a su casa, al Hombre de ciencia que estaba divertidísimo, habiendo penetrado hasta las reconditeces de aquel melodrama. Si, el sargento—comandante, sacó, pues, violentamente con “su orden” al escritor pacifista Jaime Mendoza de aquel salón de cuartel”.

Por eso es que Carlos Morales y Ugarte, profirió, vehementemente y dolorido estas palabras, en el sepelio de Mendoza, respecto al suceso descrito: “Porque siento intensamente tu partida, es que quiero vengar públicamente, el ultraje que recibiste en esta ciudad, en aquella tarde de julio de 1932, en el cuartel de San Francisco, cuando un soldado, un gendarme X, te sacó violentamente del recinto, a tí que eras Benémerito del Acre, en grado eminente. Ahora yo pregunto: menguado coronel: ¿quién ha ingresado victoriosamente en los dominios de la inmortalidad?”. “Cabe agregar — continúa la antes transcrita nota de Martha Mendoza -- que la noche de aquel mismo día, en una reunión patriótico—social selecta”, un troglodita “caballero” cuyo nombre se ignora, dijo que lo único que cabía era hacer fusilar a Jaime Mendoza, por sus ideas derrotistas”.

Sin embargo, desde poco después de pasada la contienda del Chaco, recién el país ha admitido la magnitud de la tragedia que aquella ha significado: desde la nueva y extensa mutilación territorial del triángulo chaqueño, hasta la pérdida de ingentes recursos materiales que pudieron sembrar los extensos campos cultivables que permanecen improductivos. Desde la postergación industrial de la Nación que no hubiera llegado hasta nuestra época, de no ocurrir el cruento drenaje de los exiguos recursos nacionales. Y mucho más que todo lo anotado, algo que

no se puede recuperar, ni compensar absolutamente, como es la pérdida de más de cincuenta mil vidas jóvenes, llenas de esperanza y con todas las máximas posibilidades de contribuir pujantemente a la fisonomía de la Nación, que aun no hemos alcanzado.

Sólo después que los años, con la inexorable objetividad que el tiempo, supremo cernidor de verdades, ha demostrado el espantoso retroceso nacional que significó la hecatombe, a partir de la década de los años cuarenta, sólo desde entonces, se ha venido aquilatando y sopesando las razones; las razones de visionario que tuvo Jaime Mendoza, para su oposición militante a la campaña del Chaco. La única voz en todo el territorio nacional que condenó la esterilidad y el monstruoso sacrificio de la guerra. Sólo después de pasado mucho tiempo de ella, los panegiristas y héroes de retaguardia que, en su mentalidad gregaria se sumaron como piaras, a los arrestos belicistas del Presidente Salamanca y sus comparsas; sólo ahora, todos aquellos condenan la verdadera traición al país que significó la incapacidad y la obsecación guerrera de la clase dominante.

Pasada la repatriación de los miles de prisioneros bolivianos que retornaron del Paraguay, y ante el despertar insurgente y beligerantemente anti-imperialista de los ex-soldados de la siniestra aventura bélica, advino a partir de 1936, la demagogia socializante de algunos de los responsables de la derrota en la guerra del petróleo. Con esa teatralidad socializante se trató de adormecer y postergar, por un lado, las vigorosas ansias de justicia social que comenzaron a exteriorizarse combativamente en los sectores más desposeídos del país.

Por otro lado, la seducción socializante que, por una serie de decretos pueriles trataba de mostrar una fisonomía verazmente democrática de los gobernantes que dieron cuenta con la administración vacilante de Tejada Sorzano, no resultó otra cosa que un burdo escamoteo a la iniciación del juicio de res-

ponsabilidades sobre el fracaso, la derrota y la pérdida del Chaco, que, con antipatriótico e interesado soslayo ha postergado hasta nuestros días — y seguramente para siempre — la vieja jerarquía castrense.

En tan risibles condiciones de desenvolvimiento institucional, hasta se dió pábulo a la sindicalización obligatoria, con una consiguiente y epidémica euforia de las fuerzas vivas de la Nación. La desorientación política e ideológica que, por otra parte, era inherente a la incomunicación del país y a la inmadurez del movimiento obrero, como fruto del atraso nacional, hizo que la fiebre sindicalista llegue, naturalmente, hasta los estratos más avanzados de la clase media y la pequeña burguesía. Es en esa época que surge primicialmente, un extemporáneo sindicalismo médico, por ejemplo, con mayor contenido emocional que con verdaderas posiciones doctrinales y gremiales.

Por todo ello, los sectores más representativos de la vida intelectual no podían permanecer al margen de la atracción sindicalista, ni del snobismo “revolucionarista”. Bajo tales parámetros se organizó en esa época el SEAR (Sindicato de Escritores y Artistas Revolucionarios), donde se congregaron los intelectuales más avanzados de entonces y que en alguna forma demostraron una posición pacifista en la iniciación del conflicto chaqueño. Nadie en esos momentos, reunía en el país, las condiciones de mayor prestigio y consecuencia verazmente democrática y pacifista que Jaime Mendoza, para conducir los destinos de la flamante entidad. Es por ello que fue designado Secretario General del SEAR, distinción que por su delicado estado de salud, declinó en un manifiesto que lo suscribió en Sucre, en 21 de agosto de 1936. Dicho documento se publicó en *Ultima Hora* de La Paz, en los números correspondientes a 8 y 9 de septiembre de ese año. Posteriormente, también apareció en noviembre de 1937 en la revista *México*, publicación trimestral que bajo los auspicios del embajador azteca Licenciado Alfonso de Rosenzweig Díaz, se editaba en La Paz, bajo la di-

rección del magnífico poeta Guillermo Viscarra Fabre, a quién debemos el obsequio del ejemplar respectivo.

Por la enorme importancia de aquel documento y más todavía, por la actualidad que cobra, — como algo de nuestros mismos días— vamos a transcribir muchos párrafos del extenso y valioso Manifiesto:

.. “Tampoco puedo decir que al ocuparme en estos tiempos —y así aludía a la época en que se publicó en Barcelona En tierras del Potosí— de la cuestión social en Bolivia, me hallase debidamente preparado en todos aquellos aspectos de carácter general que en el terreno científico sirven de necesario bagaje a un sociólogo de verdad.

Casi podría decir que era un analfabeto en ese orden.

Así, por ejemplo, tratándose de las doctrinas de Marx, que ahora están en la boca de todos, yo, sencillamente no las conocía.

Ni las he conocido sinó hasta hace pocos años y aun eso solamente a medias. Y por eso mismo, el hablar de la cuestión social en Bolivia, y sobre los mejores medios de previsión para afrontarlo, yo, muy lejos de meterme en ciertas honduras, como el materialismo histórico, limitábame a indicar por de pronto ciertos procedimientos que me parecían enteramente hacedores dentro de las condiciones del país.

... Y mientras tanto, el problema social continuaba creciendo más y más en Bolivia. La palabra comunismo había ingresado hasta en el vocabulario vulgar. Se empezaba a mirar de reojo a ciertos escritores, estudiantes y obreros. Se multiplicaban las persecuciones. Entre éstas recuerdo el confinamiento de un distinguido escritor, Julio Alvarado. Yo mismo fui calificado de “Jefe de los bolcheviques de Sucre”, según me avisó sigilosamente un respetable patricio de esa ciudad. Como que, a los pocos días, en una conferencia que yo diera en Sucre, sobre el comunismo, decía a propósito del confinamiento de Alvarado — ¿Y por qué sólo ha sido confinado el teniente y no el General? Y terminaba esa misma conferencia con estas palabras:

“Después de todo, yo debo ser un comunista raro, que no comulga con todos los principios del partido. Así, por ejemplo, no me atrae la desaparición del individuo en la coletividad. De modo que mi individualismo se subleva en este punto...”

... Pero si bien estas y otras ideas contrarias al actual comunismo ruso, ello no quita que sea un sincero admirador de muchos otros aspectos que informan su programa y con los que estoy de completo acuerdo. He ahí mi comunismo.

Poco después yo también era confinado, aunque no puedo decir si por comunista o porque le había escrito al Presidente de la República, que entonces era el Señor Hernando Siles, una carta en que, impugnando su último Mensaje, le hacía ver los graves errores de su política interna y externa. Esa carta se publicó en el extranjero.

Recuerdo también que en esos días de mi confinamiento, había surgido en el país el grave problema de la desocupación, aumentando así la miseria de muchos elementos del proletariado, lo que agudizaba el malestar social reinante. Pero ni así querían aceptar la evidencia de la situación los más avezados estadistas. Así, el financista Sr. Casto Rojas, decía en algún escrito suyo, dudando de tal miseria, que en Bolivia nadie podía morir de hambre. Yo desde mi confinamiento, dije al Sr. Rojas, en un artículo titulado "Los parados", estas palabras entre otras:

"Hay varias suertes de morir de hambre. Se muere —claro está— rápidamente por la privación completa de alimentos. Pero también se muere, poco a poco, por la deficiencia o escasez de ellos. Y, lo peor, un organismo mal nutrido, cede también con más facilidad a otras causas de muerte. Es un organismo inánime, cuyas defensas naturales por penuria alimenticia se van extinguiendo. Todo ello yo he podido comprobarlo prácticamente en mi roce frecuente con los obreros de las minas, en el tiempo en que fui médico de ellos. Hay que haber visto de cerca los cuadros sombríos que presentan "los parados" y sus familias para darse cuenta exacta de la situación".

Luego vino la revolución de junio de 1930, en que fueron el alma los estudiantes, y se dió en tierra con el gobierno Siles.

Aquello era ya, como he dicho, el comienzo de la revolución social.

Sólo que al pronto ella degeneró. Aparecieron las viejas figuras que habían permanecido en la penumbra mientras los muchachos luchaban y morían.

Surgió el Sr. Salamanca como Presidente de Bolivia. Y el Sr. Salamanca, desde su ascensión al poder, estuvo bajo la obsesión del comunismo.

Fue presa de tal obsesión, que propuso aquella famosa ley de "defensa social" que yo impugné en esta forma:

"Días pasados, un grupo de amigos pidióme dar mi opinión sobre la ley llamada de "defensa social". Yo respondí lacónicamente que ella me parecía más bien una ley de ofensa... De ofensa a la zarandeada Constitución Política, y, en general, a la misma sociedad.

Ahora añadiré estas reflexiones.

Se habla del comunismo. También se hablaba de él en el Gobierno anterior. Pero ya se sabe que allí entraba en gran parte la simulación. Se usaba el vocablo comunismo para cohonestar ciertos procedimientos de alcance político: prisiones, confinamientos, destierros... Hoy... ¿qué decir del Sr. Salamanca, autor de un tal proyecto de ley?

Por mi parte, conservando un alto concepto sobre la rectitud del estadista entiendo que al proponer esa ley lo ha hecho honradamente, porque teme, en efecto que las tendencias comunistas tengan gran incremento y juzga que por lo mismo se les debe poner atajo.

Pero justamente ahí está, a mi juicio, el error del Sr. Salamanca.

La idea comunista está en marcha. Ya no se la puede atajar. Es ya un torrente. Ella ha entrado aun a los más recónditos rincones del mundo. En Asia no la pudo atajar ni la Gran Muralla China. Y entre nosotros, ni siquiera tuvo que romper tales vallas. Aquí era planta cultivada desde el lejano ancestro. Su germen estaba, y está hoy mismo, en las profundidades de la raza.

De manera que pensar en contener esa idea con leyes como la susodicha, me parece un recurso pobrísimo y contra-productivo. Es como tratar de resistir la corriente de un río que va a salir de madre, poniendo a su paso palos y guijarros. El símil no es baldío. Un río, en efecto, ante obstáculos de esa laya, se detendrá momentáneamente, formará remansos, se estancará. Pero, ¡ay, cuando ha arrastrado aquellos! Los mismos, al represarlo, habían aumentado su caudal, le habían dado más fuerza. Venciéndolos, correrá con mayor violencia. Podrá ser hasta una tremenda catarata...

Creo, pues, que en lugar de acudir a tales resortes, era, para un hombre como el Sr. Presidente, de más sabia y prudente política encauzar, canalizar en vez de atajar.

Más que usar de medios violentos conviene al gobierno estudiar serenamente la situación del país en este orden; ver si realmente existe entre nosotros ese comunismo de tipo marxista-leninista que triunfó en Rusia, o si se trata de otra cosa a la que sólo se achaca tal nombre.

El comunismo, es decir el llamado "socialismo científico", es teoría y es práctica. Como teoría tiene perfecto derecho a ser estudiado y propuesto entre nosotros, como cualquier otro sistema político y social. Y como práctica —variable en el tiempo y el espacio—, también. En este sentido creo que era mejor para el gobierno, —y esto lo he dicho también a diversos hombres públicos— que si existen realmente tales tendencias, se organizase claramente en Bolivia un partido comunista, tal como pasa en otros países vecinos, v. gr. en el Uruguay, Estado que en Sur América está a la cabeza de los demás por su cultura y por el adelanto de sus instituciones republicanas, merced a lo cual funciona allí libremente un partido comunista que tiene incluso sus representantes en el parlamento.

Y en Bolivia se debiera hacer otro tanto. Y ello sería preferible para el gobierno —lo repito—, pues tendría a su frente una agrupación definida, con organización, con jefes responsables, con personería. No ocurriría como hoy, que aun a las masas amorfas se las llama comunistas solamente porque piden pan".

Y en verdad que aquello venía según lo dije, con la fatalidad de las leyes físicas. Los mismos que antes se mostraban escépticos en ese orden, ya se rendían ante la evidencia. Los más sórdidos capitalistas ya empezaban a pronunciar la palabra "socialismo" con tono melifluo. Los políticos, igual. El antiguo partido republicano de gobierno se añadió el mote de socialista; en el liberal se hablaba asimismo de introducir en su programa la reforma social. Y hasta el grupo nacionalista, antiguo perseguidor de los comunistas, se agarraba también a la bandera socialista. Muchos militares, por su parte, se mostraban inclinados a esa bandera.

Así vino la caída del Sr. Salamaca. Era una nueva etapa del movimiento iniciado el año 30. Ahora asumían el principal papel los jefes del Chaco. Aquello se dijo ser un pronunciamiento militar. Pero, en el fondo, era siempre la Revolución Social, aun cuando los propios militares no se dieran cuenta exacta de eso.

Quedó el Sr. Tejada Sorzano en lugar del Sr. Salamanca en la presidencia de la República. Así lo disponían los jefes del Chaco. Y en este sentido, el Sr. Tejada Sorzano venía a ser otra figura de la revolución.

Sólo que el Sr. Tejada Sorzano, o no veía la realidad, o aun viéndola, no quería o no se atrevía a asumir una actitud categórica en favor de una transformación sustancial de las cosas en la estructura social boliviana.

... Y ahora bien, el mismo Sr. Tejada Sorzano, a continuar en el poder y aprovechando los recursos que tiene en sus manos, podría hacer tal revolución siempre que supiera aligerarse del fardo muerto de ciertos prejuicios y de múltiples influencias, ya de orden político, social, económico, o militar, etc. que están operando continuamente sobre el tinglado de la República".

No fue así.

Y en esto, hace poco, se produjo un nuevo movimiento militar, ocasionando la caída del Sr. Tejada Sorzano y la formación de una junta de gobierno en la que figuraban elementos del partido republicano socialista y del antiguo nacionalista, emparejados con los militares. Luego, desterrado el Sr. Bautista Saavedra y eliminados otros personajes, dicha junta ha quedado constituida tal como se halla actualmente, con diversos elementos militares y civiles, bajo la presidencia del Coronel Toro. Esa junta ha declarado, paladinamente, que abraza la causa socialista.

Tal es la actual situación.

De manera que al presente, bien puede decirse que Bolivia está bajo el régimen de un gobierno militar-socialista.

Lo que significará que ya no tan sólo como una aspiración teórica o idealista de una gran parte del pueblo boliviano, sino en el hecho mismo, bajo dicho régimen militar, hemos ingresado por fin a esa etapa que los más, otrora la consideraban utópica e inadaptable para el país.

Por mi parte, claro que celebro tal ingreso.

Sólo que hasta el presente yo no veo aun muy claro el horizonte. Hay desorientación. Precisamente, días pasados, en unas líneas que escribí para el SEAR anotaba algunos reparos sobre diversos actos del gobierno en que no advierto una tendencia socialista propiamente dicha. Pero, después de todo, mi deseo es que aun cuando fuese con tropiezos que por lo demás se explican, Bolivia enfile por fin en un nuevo camino de restauración vital.

Yo no pierdo la fé. Creo todavía en Bolivia. Tal, lo decía hace poco, en una de las sesiones del último congreso, cuando un señor Diputado, a raíz de la caída del Sr. Salamanca, lanzaba rayos y truenos contra esta patria, asegurando que estaba llamada a desaparecer a corto plazo. Y asimismo procedí en Sucre, cuando un día, en el salón rojo de la municipalidad, un ex-senador habló de la disolución nacional, y otro trajo a cuento aquel argumento del separatismo, hoy tan socorrido en el país. Entonces protesté con vehemencia contra tales tendencias, así fuesen de Santa Cruz o Chuquisaca.

\* \* \*

Mi anhelo al presente es, pues, que en Bolivia se cumpla la Revolución Socialista en forma recta, leal y serena. Nada de violencia. Ya, repetidamente, en el último congreso hablé de una revolución pacífica, y, hasta de una "revolución legal".

... Respecto a mis ideas personales acerca de los rumbos que debe seguir el país dentro del régimen socialista, asunto es éste al que dedicaré un escrito especial. Pero, al presente, sin ir aun a postulados que pudieran calificarse de extremistas básteme recordar que ya fuese como simple escritor

o ya en mis actuaciones públicas como miembro del parlamento, lancé diversas iniciativas que bien pueden considerarse como otros tantos jalones preparatorios que tiene nexos directos o indirectos con la cuestión social. Tal es el referente al problema agrario, sobre el que he sido tan insistente. Últimamente desde el Senado, todavía envíe al Gobierno Salamanca una minuta de comunicación respecto a este asunto, refiriéndome en primer término al Chaco dividido en fajas que yo llamaba "con ríos" o "sin ríos", hoy detentados por el Paraguay. Allí mismo ocupábame de la pre-colonización. Puedo citar entre mis obras referentes a este punto la que lleva el título Pisar fuerte en el Chaco, frase erróneamente achacada al Sr. Salamanca, que yo la había dicho años antes en un sentido enteramente opuesto al que le dieran después, con motivo de la guerra. Puedo citar, asimismo, mis varios escritos orientalistas, publicados algunos bajo el título general de "La Ruta al Oriente", entre los que figura "La Ruta diagonal", que incluye el tópic del ferrocarril a Camiri, hoy tan preconizado por todos...

... Yo creo, pues, que el actual gobierno, por lo mismo de haber abrazado la bandera socialista, dará a tales problemas... el lugar que les corresponde dentro de la marcha futura del país, y así lo he manifestado al Señor José Antonio Arze, Asesor Jurídico del Ministerio del Trabajo y Previsión Social, que ha estado en Sucre, en estos días. Hay que esperar que el Departamento de Salubridad e Higiene Social, que acaba de crearse, hará algo realmente beneficioso dentro del campo sanitario. Puntos que se refieren a la higiene escolar, a la medicina del trabajo, accidentes del trabajo, inspección sanitaria de las minas, protección a la mujer y al niño, alimentación, vestido, alojamiento, etc., deben ser estudiados con la debida gravedad para de allí derivar las medidas correspondientes...

... Concluyo estas líneas escritas para el SEAR, haciendo votos por que sus miembros cumplan con gallardía los altos fines que se proponen.

Ellos como escritores y artistas revolucionarios, pueden llenar un papel enorme en esta hora solemne para Bolivia. Están en el caso de ver no sólo los intereses del grupo, sino los de la sociedad en general.

E los pueden mirar aun audazmente el resto de la América, desde la plataforma eminential del Macizo Andino. Y pueden ser conductores. Muchas veces con sólo la pluma se dirige a la multitud mejor que desde la curul parlamentaria, o ministerial, o presidencial.

Lo cual también es bello. Así se llega al clímax de la obra artística. Porque arte es, en el sentido más noble del vocablo, concurrir con elementos de belleza al resurgimiento de un pueblo tan maltratado como está el nuestro.

Y por allí también se vá al triunfo, aunque por el momento se fracase. El triunfo no está sólo en el triunfo inmediato de un ideal. El triunfo llega un día, bajo nuevas circunstancias, a germinar, a crecer, a florecer, a fructificar. El sembrador para entonces podrá estar ausente o muerto. Sucederá que ni siquiera se sepa de él... Pero, ¿qué importa? El grano se habrá multiplicado en bien de los demás, aun de los enemigos. Ese es el triunfo.

Con estas ideas, vayan mis saludos al SEAR. JAIME MENDOZA.  
Sucre, 21 de agosto de 1936.

En los extensos párrafos transcritos, es ineludible acentuar la conciencia rectilínea de Mendoza que robusteciendo los dorados quilates de su personalidad, confiesa su desconocimiento sobre las iniciales divulgaciones del socialismo científico en el país, que sólo se ha conocido con la omnilateralidad del examen que requiere cualquier doctrina política, filosófica o religiosa, pasada la segunda guerra mundial. Ese desconocimiento, lo dice textualmente, no le permitía “meterse en honduras” de pontificar o de pronunciarse, mucho menos, en son de impugnación del “materialismo histórico”, por ejemplo, que no sólo él ignoraba, entonces, en el medio. Ese desconocimiento, seguramente, hizo que, además, emita algunas apreciaciones que no corresponden a una aprehensión cabal y completa de la doctrina. Por eso, en ningún caso, su conducta cristalina pudo mostrar aquella inverecundia, tan frecuente y tan grosera que esterioriza la broza de la progenia humana, dentro y fuera del país, condenando principios, postulados y posiciones que desconoce, por la sola defensa de riquezas mal habidas, y como sucede por aberración todavía, en el ambiente aldeano, por la defensa de bastardos intereses ajenos, por los prejuicios provincianos con que viven tutti quanti, o por la mentalidad vigente del pongo baptistino -- que certeramente perfiló Tamayo-- que traduce el arribismo social, endemia condigna de la “civilización” y la “decadencia de occidente”.

En categórico y objetivo disentimiento de aquellas actitudes de los círculos dirigentes y de sus comparsas obsecuentes, Mendoza proponía el estudio, el conocimiento y la discusión civilizada de las supuestas “ideas foráneas” que con su amplitud de lontananza, demostró además, que no eran “importadas” como dice la ineptitud liberal y que en alguna forma, así sea proto-histórica o embrionaria, ya tuvieron vigencia entre nuestros más lejanos antepasados del Tahuantinsuyo.

De otro lado, lo que resalta como apelación humanística, en la síntesis que puede ensayarse, indiscutiblemente del Mani-

fiesto al SEAR que hemos glosado, es el nobilísimo y constante desvelo de Jaime Mendoza por los bolivianos desamparados y desposeídos, cuando enfatiza la sub—nutrición de los más, que el hartazgo vegetativo de los poseyentes no puede comprender, como lo dijo el aserto del genial Goethe.

Finalmente, algo que robustece y ha de robustecer la esperanza de los que sueñan y de los que soñamos con un mundo mejor, es la certeza de su admonición, en señalar la ineluctabilidad de la historia, y la estólida ilusión de detener lo incontenible, como “tratar de resistir la corriente de un río” — lo dijo textualmente el Sembrador— “que se detendrá momentáneamente, formará remansos, se estancará y correrá con mayor violencia, y que podrá ser hasta una tremenda catarata, cuando aumente su caudal, incontenible”, por la miopía de los que quieran represarlo. Así aludía, Jaime Mendoza al sendero histórico de nuestro “pueblo tan maltratado”, al camino de las grandes mayorías bolivianas que han de robustecerse permanentemente — pese a los reflujos momentáneos e inevitables que deben confrontar en la perennidad de su contienda— con el aliento de aquellas palabras augurales y con la certeza de su intuición de clase y el espaldarazo de la historia que han de lograr con sus posiciones inexpugnables.

No obstante todo lo transcrito y los pertinentes comentarios que nos ha sugerido, Jaime Mendoza, con aquello puede ser considerado como un prócer socialista, entre los precursores de tal doctrina en el país, es decir de aquella posición lata, quizá contradictoria, intuitiva y manifiestamente imprecisa que caracteriza a los primeros expositores de esa tendencia en el medio, como a los primeros exponentes de la misma en épocas anteriores a los fundadores del socialismo científico o aun a muchos, posteriores a éstos. Puede asimismo, para otros, haber representado las banderas de un liberal avanzado o progresista, no caudillista de nuestro tiempo, cual lo sostuvo taxativamente en una actuación parlamentaria de la legislatura de 1932 que urge traer a cuento.

En efecto, en la sesión del Senado Nacional, de 14 de octubre de 1932, Mendoza propuso un voto de aplauso al General Montes, "por su reciente viaje— dice el respectivo redactor— al teatro de la guerra" y por la información por demás interesante acerca de muchas cosas que ha tenido oportunidad de verificar" que prestó a la Cámara Alta en aquella oportunidad.

La sugestión mendociana de tal voto de aplauso, como muchas veces ha ocurrido en los debates parlamentarios de la clase dominante, con diversos problemas de mayor o menor monta en la vida nacional, encontró la resistencia, sólo motivada por las crónicas diferencias de facción o caudillaje. Y aunque el voto fue aprobado con alguna modificación, no dejó de impugnar ventajosamente la oposición de algunos senadores de tiendas partidistas adversas al ex-presidente, concluyendo con este pertinente alegato:

"Yo acato y respeto al General Montes, pero debo decir que para mí, él no ha sido nunca un semi-dios, como lo ha sido para muchos de sus partidarios. Precisamente hace varios años, cuando me hallaba en París, al encontrarme con este personaje en nuestra legación, yo tuve la franqueza de decirle: "Señor, yo no soy partidario de usted, porque no me he mezclado en política" y una vez que me afilié en el partido liberal, tampoco fui un admirador incondicional de él. De manera que no me mueve para expresar nada de lo que estoy diciendo ninguna de estas circunstancias; simplemente lo hago como ciudadano a quién impulsa un espíritu de simpatía por la actitud altamente patriótica que ha tenido el General Montes, no solamente al prestar su información, porque al fin ella no es sino la exteriorización de lo que ha hecho, sino por haber ido, personalmente al teatro de la guerra a verificar nuestra verdadera situación, acerca de la cual ha podido hacer desfilar varias facetas ante nuestros ojos".

Para concluir la reseña de su breve actuación parlamentaria que la cerró, como bien puede decirse, con broche de oro, es necesario actualizar en síntesis el desenvolvimiento del poder legislativo durante las postrimerías de la administración Salamanca, en plena contienda del Chaco.

Como ha ocurrido en casi todos los gobiernos de la República, desventuradamente, los diversos sectores de la clase domi-

nante — divididos hasta cruentamente en sus clanes partidistas, — jamás han actuado en la vida pública teniendo en cuenta primordialmente, los altos intereses del país. En primer lugar, han sido motivados sólo y exclusivamente, por el logro de sus intereses de facción, de campanario municipal o de secta partidista. Es por eso que en toda la historia de Bolivia, no se observa otra cosa que la improvisación, la constante falta de una estrategia en el robustecimiento y — en el progreso de la Nación, sinó la incapacidad más absoluta e inapelable de las castas dirigentes, como síntesis de todas sus administraciones. Una excepción a aquel misoneismo de grupo o de interés personal y familiar, junto a otros factores de mayor o menor influencia, constituye la señera actuación de José Ballivián que por eso, — contando con la totalidad del respaldo de la ciudadanía — obtuvo la inolvidable victoria de Ingavi. Demás resulta añadir, como otra excepción en el punto, la insuperable administración del cruscismo, cuando el Mariscal de Zepita, impuso con visión de verdadero estadista, su patriótica, enérgica y constructiva vigencia durante los prolongados años de su gobierno que, pudo continuar, sino tropieza aquellos mismos intereses de facción o de chauvinismo provinciano que lamentablemente contribuyeron al ocaso y liquidación de su altiplánico y pujante período gubernativo.

A diferencia de otros países latino—americanos, nomás, que han tenido clases dirigentes capaces y de indiscutible y constructivo sentido nacional, el país no ha contado, ni cuenta con oligarquías o una burguesía probadamente inteligentes. Todo lo contrario,. Sólo ha tenido castas dirigentes ignaras que al esterilizar su respectiva gestión gubernativa — han lesionado las posibilidades de la Nación, simultánea y consecutivamente— con luchas fratricidas y mentalidad parroquial por la disputa de momentáneas hegemonías e intereses de grupo dentro de ellas mismas.

El desenvolvimiento institucional durante la campaña del Chaco, en consecuencia no podía ser una excepción a las men-

cionadas disputas por el botín del poder político y económico que detenta uno u otro estrato de la clase dominante. Sus facciones de "oposición" al régimen de turno —representadas, entonces, preponderantemente, por el partido del ex-presidente Saavedra y débilmente por el partido liberal— se hicieron frontalmente adversas a la conducción "republicana-genuina" del Presidente Salamanca. Por eso, el Poder Legislativo, devino escenario de aquellas disidencias, con obvio perjuicio de la atención omnilateral que debía prestarse al curso del conflicto bélico, a más de que por lo mismo constituía un fuerte drenaje de recursos fiscales, mucho más urgentes para las múltiples adquisiciones de la aventura guerrera, que para el funcionamiento de dicho poder, con las dietas de senadores y diputados, casi sordo-mudos, en un noventa por ciento, como en todas las épocas anteriores y posteriores, hasta la década de los años sesenta.

El partido "republicano-genuino" que gobernaba con Salamanca, "comprobó" con la prensa oficialista una serie de connatos subversivos que —probablemente ciertos o no— preparaba la principal oposición al régimen, formada por las huestes de Bautista Saavedra. Las persecuciones a los hombres adversos al régimen, no podían estar ausentes, aparentemente con mayor justificación que nunca, por encontrarse el país en plena guerra internacional y frente al enemigo".

Es en esa forma y en esa época, justamente, que las cárceles del país, se abren para los primeros ciudadanos sindicados —real o equivocadamente— de comunistas. Frente a ese panorama y a esa actuación del Poder Legislativo, a espaldas de la mayoría combatiente que se encontraba en el Chaco, no podía dejar de surgir una repulsa manifiesta a la continuación de las actuaciones camarales.

Jaime Mendoza, por supuesto, no podía contemporizar con ese estado de cosas, como Senador de la República. Juan Manuel Balcázar, médico y antiguo epígono de una de aque-

llas fracciones “republicanas”, en el homenaje que hizo al Sembrador, a los siete años de su deceso, en *La Razón* de La Paz, en enero de 1946, dijo como comprobación fehaciente de lo que sentamos, algunas frases que se debe transcribir, como testimonio irrefragable de la “capacidad” gubernativa de las castas y clases dirigentes de la oligarquía y la burguesía bolivianas: ...“le tocó ocupar una banca de Senador por Chuquisaca. Había sido llevado allí por acción de la juventud universitaria de Sucre, contra su voluntad. Venciendo él mismo sus escrúpulos, cuando pensó que no era el momento de negar un nuevo servicio a la patria, llegó a la Alta Cámara.

Quizo trabajar como él sabía hacerlo. Cumplir con el deber. Presentó muchas iniciativas; solicitó informes a los ministros; informó, a su vez, sobre los asuntos que conocía y podían beneficiar al país, despachó acucioso los proyectos que llegaban en demanda de sugerencias a la comisión que le tocó desempeñar; concurrió a las sesiones puntualmente, a “la hora reglamentaria”; quizo ser un verdadero representante nacional, preocupado por las necesidades de su campanario, de su distrito departamental o de la Nación toda. Frecuentemente se encontraba solo en las salas de acuerdos; las comisiones trabajaban con lentitud desesperante; los informes se redactaban en plazos ilimitados; los debates se sucedían sujetos a trámites engorrosos que se prolongaban indefinidamente, las leyes más urgentes sufrían el retardo que imponían los oradores grandilocuentes. En la Cámara joven las cosas no andaban mejor; se peroraba mucho más y la elaboración de las leyes era menos activa. Le era difícil concebir que la maquinaria camaral se mostrara tan pesada, enmohecida o anticuada. Quería que ella tuviera otro ritmo; imprimirle su propio dinamismo; hacerla andar con la premura con que él multiplicaba sus pasos. Recordaba haber visitado otras cámaras, con más representantes, pero más diligentes, en ellas sólo hablaban los líderes; los debates tenían un tiempo limitado; las leyes surgían en plazos fatales. Mientras los demás representantes procuraban cumplir sus deberes en la forma rutinaria que los regla-

mentos y la tradición enseñan, Mendoza trataba de ganar el tiempo perdido, en su ocupación favorita: escribía sus discursos, sus proyectos y su copiosa correspondencia. Escribía y hacía escribir a los auxiliares; urgía con pedidos de datos y documentos a los empleados superiores. Pero, el mecanismo congresal no daba señales de mayor actividad. La angustia de Mendoza se tradujo pronto en un hondo pesimismo y después en el más amargo desengaño. Un buen día, cansado de esperar tanta laxitud en las tareas que él consideraba las de mayor responsabilidad, prefirió poner punto final a su mandato..." Y acá, cabe de colofón adecuado a su gestión parlamentaria, la transcripción de la última actuación camaral de Mendoza en el Senado Nacional, en las postrimerías del Gobierno Salamanca. Esa actuación fué publicada posteriormente en el vespertino *Última Hora*, de 23 de enero de 1941, con estos títulos: *Así supo hablar Jaime Mendoza. Cómo juzgó al parlamento un gran parlamentario boliviano:*

**"Honorables Senadores:**

Ya en una exposición que leí, hace días, en este recinto, se ha podido ver que no soy favorable a que siga funcionando el Congreso. Hoy, no haré más que poner los puntos sobre las íes. Y para explicarme una vez por todas, tomaré brevemente este asunto desde un doble punto de vista: el primero como Senador o Representante Nacional, dentro del espíritu de cuerpo, o sea de ese nexo común que nos ata, por más que, en otros sentidos, o si se quiere, nada más que como Jaime Mendoza.

Con referencia al primer aspecto, resumo mi opinión hablando de la fé. EL PUEBLO BOLIVIANO HA PERDIDO LA FE EN SUS REPRESENTANTES PARLAMENTARIOS. Eso es lo cierto. Y, sea ello justo o injusto, sea veleidad, sea cansancio, sea lo que fuese, lo evidente es que, desde hace ya bastante tiempo se ve con desvío y hasta con repugnancia a la legislación.

Ni se diga que varios representantes no están comprometidos en esta censura universal. Hablo de la institución. Y, ya sean pocos o muchos los que se salven de las censuras públicas, en realidad, quedamos envueltos todos, en nombre de ese nexo a que me he referido. No podemos, pues, alucinarnos unos cuantos, con eso de las honrosas excepciones y otras zarrandajas...

De manera que, insistir en quedarse en el Palacio Legislativo, resulta nada airoso. Es como si un señor a quien su esposa, aunque no se hubiese producido el divorcio absoluto, siguiera empeñado en retenerla en el hogar, e incluso en el lecho.

Y esto en cuanto al pueblo.

Y en cuanto al gobierno, creo también que él ha perdido la fé en el parlamento. Es decir, si la tuvo alguna vez. Pues, es más probable que siempre le faltó esa fé.

Porque, en verdad, no se ve de parte del gobierno ninguna muestra en ese sentido. El Congreso ha discernido al gobierno un decidido voto de confianza. Pero, el gobierno no ha pagado al congreso en igual moneda.

Diríase más bién que le tiene desconfianza.

Y en este sentido, creo que asimismo es equívoca la situación de la legislatura, ante el Supremo Gobierno Nacional; y hasta quizá su funcionamiento, en lugar de facilitar su acción, tratándose del grave estado internacional de la hora, más bién la perturba o la obstruye.

Y, en fin, hablando siempre de la fé, pienso que el Congreso tampoco la tiene ni en sí mismo. No diviso un sólo y grande ideal. ¿La guerra? Si no soy un mal psicólogo, me ha parecido entrever la blanca paloma de la paz, aleteando en varios corazones congresales. Pero, nada más. No hay el gesto sincero, la palabra rotunda que aparezca libremente. Y en cambio, están allí el recelo, el miedo, la incertidumbre, esperando... esperando...

De suerte que, también en este orden, puedo decir que muchos representantes nacionales no están procediendo de buena fé.

Y ahora iré a lo personal.

Hablando francamente, no me es grato ser Senador. Como que no busqué voluntariamente tal situación. Me arrastraron a ella. Un grupo de estudiantes me hizo su candidato. Resistí algo. Era Rector de la Universidad de Charcas. Pero, el ardor de mis partidarios, me hizo dejar tal puesto. Luego, el Partido Liberal lanzó también mi candidatura. La acepté y renuncié a los pocos días. Fui sustituido por el Dr. Zenón Orías, aquí presente. Y renuncié también a mi candidatura estudiantil. Pero los muchachos insistieron. Y su terquedad, su espíritu de aventura, su audacia, me cautivaron. Así fui a la lucha electoral. Me ví al frente de mi propio partido y de mi condiscípulo el Dr. Orías y de mi Maestro el Dr. Ramírez, candidato coligado con el liberal. Y corrí la aventura. No gasté ni un centavo. No adulé a nadie. No mentí. Obtuve más de mil votos, y, de esa guisa, resulté Senador Suplente y es por esto que me hallo aquí en estos momentos.

Y ahora bién, como tal, veo que he venido a ser una figura inconexa, en este ambiente, o si se prefiere, una nota discordante en la sinfonía bélica. Yo soy un hombre de paz. Bien es verdad que, en mis años mozos, fui a una guerra, —la campaña del Acre, de 1903—, pero, de entonces acá, han corrido los años y he llegado a la convicción de que la guerra, para cualquier país, aun cuando triunfe, es una maldición. Asimismo pienso de la guerra actual en que se está empeñando Bolivia con el Paraguay. Pienso que, aun cuando ella aplaste a ese pequeño país, y se apodere de todo el Chaco, no por ello se llenará de gloria ante el mundo; ni mucho menos, en el terreno práctico, traerá un rico botín para sus escuetas arcas. Al contrario, creo que sobre la tremenda crisis económica que, en pleno estado de paz, nos aniquila, hoy, la tragedia de la guerra, devorando nuevos e ingentes caudales de dinero, y lo que es peor, absorbiendo la sangre de nuestras más animosas juventudes, el mayor tesoro que debíamos guardar para el futuro, no hará sino traernos mayor ruina y decadencia, retrasando en muchos años la marcha triunfal de Bolivia al porvenir.

He aquí mi opinión desembozada HH. Senadores.

Pero, como ya se que soy un solitario abanderado en este campo, es natural que para no aparecer como un espantajo, en el resto del cuadro, prefiero retirarme a mi oscuro rincón.

Allí, en ese rincón, a la vera de un estanque y bajo de un viejo sauce, hay un poyo rústico de piedra, donde suelo sentarme. Allí estoy mejor. Ese es mi ambiente. Y, permóneseme esta última confesión, que sonará tal vez como una b'asfemia: ESE POYO DE PIEDRA, ME PARECE UN ASIEN TO MAS ALTO, MAS ANCHO Y HASTA MAS LIMPIO QUE MI SILLON SENATORIAL.

He dicho.

Nimbado de lauros durante su dilatada vida pública, en la que uno de los más recientes, constituía ciertamente la última actuación parlamentaria de Mendoza, antes transcrita y sin paralelo alguno en el país, el consenso universitario de su tierra, sopesando las singularidades de su sobresaliente decurso ciudadano, en 1937, creyó llegado el momento de testimoniarle su máximo homenaje de admiración y de aprecio. Tal ocurrió en junio de aquel año, con una actuación de los universitarios de Chuquisaca, cuya reseña hizo *El País* de Sucre. Ese comentario que vamos a glosar, actualiza mejor que nada los detalles y la significación que tuvo en su momento, el mencionado homenaje:

**“Maestro de la Juventud.** Un viejo propósito de la Federación de Estudiantes de Sucre que no pudo cumplirse el 6 del presente en homenaje al día del Maestro, es decir el propósito de testimoniar palpablemente su homenaje al único Maestro que reconocen los jóvenes: el Dr. Jaime Mendoza, cuya obra y vida están hermosamente presentadas, tuvo feliz realización el sábado pasado en la Universidad.

**Los jóvenes en la hora actual.** Gastón Ardúz, Secretario de Gobierno de la Federación, Hernando Achá Siles, universitario egresado y Gastón Villa Gómez, representante de la Facultad de Leyes al reconocer las enseñanzas de Mendoza definieron los deberes actuales de la juventud. Cada uno de ellos pudo decir con altivez serena su condenación al pasado de vergüenzas y cegueras nefastas. Ardúz hizo presente el aprecio de las clases estudiantiles con un valioso diploma que ratificaba el título de MAESTRO DE LA JUVENTUD, para D. Jaime Mendoza.

**Coros de la Escuela Normal.** Bajo la dirección del profesor Mario Estensoro, la Escuela Normal tuvo a su cargo con éxito los coros en el programa de homenaje. “Julas Julas” (motivos folklóricos por Mendoza) fue bien interpretada junto a la canción rusa “Barqueros del Volga”.

**Honor y dignidad.** Respondiendo a los jóvenes, agradeció con sincera emoción Dn. Jaime Mendoza; inició recomendando interés para nuestro folklore al que contribuyó él desde sus años mozos. Recordó a Man Céspedes e hizo leer bellas páginas de "Símbolos profanos" y de "Sol y horizontes", concluyendo con un llamado a los jóvenes para cumplir efectivamente el mandato de sus maestros y de su propia juventud.

En suma, el homenaje a Mendoza, de parte de los jóvenes universitarios, significa que las enseñanzas y sobre todo el ejemplo del Hombre íntegro—"rebelde en su ancianidad"—no han caído en terreno estéril.

Pocos hombres como Mendoza—en este pueblo nuestro de castrados—han dicho la verdad en la hora oportuna, sin miedo a los poderosos y sin adular las bajas pasiones de las masas.

**El País**, se asocia al justiciero homenaje tributado a Jaime Mendoza, en cuyas páginas volcó muchas veces su ansia infinita de justicia para los débiles y oprimidos, y brindó muchos frutos de su multiforme y poderosa mentalidad".

Jorge Garret, cita asimismo, el comentario autorizado de German Orosco, sobresaliente galeno sucreño, respecto a la consagración como Maestro de la Juventud de Mendoza, que publicó en la Revista del Instituto Médico "Sucre", (No. 65) del año 1937, cuyo párrafo saliente reza: "Es este acaso un rasgo de reconocimiento justiciero a las mil virtudes de este Hombre que es honra de Bolivia y de América? No. Es sencillamente, el cumplimiento de un sagrado deber moral de parte de las generaciones que han sabido cosechar de su talento, fecunda semilla; luz indeleble, de las radiaciones de su espíritu; empuje viril, de su ímpetu de adolescente; decencia cristalina, de su moral immaculada, y fé en la patria grande, de su penetrante mirada de visionario".

El prestigio y la jerarquía que Jaime Mendoza, alcanzó plenamente, en dimensión nacional, por su ejemplar y pedagógica trayectoria de Hombre público, no podía dejar de concitarle las más calurosas simpatías de los trabajadores bolivianos, organizados en sus primeras entidades gremiales. Una de esas fue la Confederación de Trabajadores de Bolivia que, empeñada en robustecer el Frente Popular organizado en La Paz, "lo invitó a asumir la jefatura de esta entidad, invitación ratificada en entrevista efectuada en dicha ciudad", como informó *La Prensa*

de Sucre (No. 3201) de 7 de enero de 1937. Mendoza explicó que por razones de salud había declinado tal invitación, como sucedió con la secretaría general del SEAR, de que se ha dado cuenta, antes.

Sobrevenida en la post-guerra del Chaco y posteriormente aventada la experiencia socializante del gobierno Toro, surgió con su sucesor Germán Busch, otro gobierno de facto. Vale decir otro "gobierno de salvación nacional" y otra "revolución", nombre con el que los palaciegos de aquellos y otros regímenes, han motejado a los diversos cuartelazos que ha sufrido el país. En el caso señalado y otros posteriores, la mentalidad gregaria que hizo culto de sus epígonos, por la forma ciertamente trágica en que ulteriormente sucumbieron a su turno, ha esculpido —con manifiesto tenor y expresividad prehistóricos, triviales— ídolos de légamo, llegando a crear verdaderos mitos en la historia contemporánea del país.

Por eso, pese al rótulo demagógico y socializante que se dieron los gobernantes encumbrados en tales "revoluciones", el atraso del país no se superó en la forma más mínima, ni hubo ninguna seriedad en la conducción de los negocios del Estado. Absolutamente todo lo contrario. Desde el despilfarro de los bienes y recursos fiscales, hasta la improvisación de las funciones más especializadas, el desgobierno de aquellos, no hizo más que remachar sucesivamente, los dogales de la dependencia en que vivimos, con la orientación y el auspicio genético de las clases dirigentes, en cuya expresión condigna, pudieron disputar análogos antecedentes y prioridades. Sin embargo, la desnaturalización de aquellos regímenes demo-liberales, pese al mimetismo socializante o militar de que se revistieron, y sobre todo la más pasmosa ausencia de seriedad y de sindéresis, hizo que los sectores más civilizados y cultivados de las minorías influyentes, mostraran su descontento y en algunos casos, su categórica y documental condenación. Uno de ellos fue, precisamente, la reiterada impugnación que a las ad-

ministraciones de Toro y Busch hizo el escritor y sociólogo Alcides Arguedas, con sugerentes e históricos mensajes a ambos personajes, en los que les señaló los excesos, de veras folklóricos, de su respectiva gestión gubernativa. Uno de aquellos, que recibiera dos comunicaciones anteriores en 1937 y 1938, reaccionó con absoluta falta de ponderación. Con desmedro de las altísimas funciones que investía y en un ex-abrupto inexplicable, abofeteó al viejo escritor, sin tener en cuenta su avanzada edad. El caso es que el atropello ocurrido en pleno despacho presidencial del Palacio Quemado,— con la hospitalización sangrante de la víctima—, corrió como secreto a voces, por la práctica dictadura impuesta a la Nación, durante aquel mandato. No hubo en el país sino un silencio generalizado de complicidad y servidumbre, con la excepción honrosa que, Jaime Mendoza tenía que encabezar, de una protesta que se produjo en Sucre, en forma de una carta abierta al autor de *Raza de bronce*, cuyo fotograbado tenemos el agrado de incluir en la iconografía y que a la letra, dice lo siguiente:

**"ESCRITORES, ARTISTAS, CATEDRATICOS Y JUVENTUD LIBRE DE CHUQUISACA AMPARAN AL ESCRITOR NACIONAL DON ALCIDES ARGUEDAS, VICTIMA DE UNA AGRESION EN EL PALACIO DE GOBIERNO DE LA PAZ.**

**CARTA ABIERTA.** Sucre, 9 de agosto de 1938.

**A Don Alcides Arguedas en La Paz.**

Quienes firmamos esta carta, —escritores, artistas, catedráticos o, simplemente modestos aprendices de la cultura—, podemos o no estar conformes, y seguramente muchos no lo estamos, con el pensamiento que desde hace años, viene usted profesando en cuanto escritor y con su conducta de hombre público. Nos basta, empero, la consideración de que usted abnegadamente ha puesto mucho de su vida al servicio del espíritu en nuestro país, para sentirnos imperiosamente obligados a escribirle en esta tan lamentable coyuntura, que es ya del dominio público.

Y le escribimos para decirle que el incalificable ultraje de que le ha hecho víctima el Presidente de Bolivia Coronel Busch, trasciende el orden meramente personal: es un ultraje a todos los que se sienten inspirados por un afán hermano del suyo, por la calidad de quién le ha inferido, es un bofetón brutal a la Nación entera.

La crítica del momento que atravieza Bolivia, desarrollada en la carta de usted que ha suscitado este deplorable episodio, expresa, en su esencia, una verdad por todos sentida, desde el iletrado campesino hasta el más avisado intelectual; y desconsuela comprobar la reacción que ha motivado en quién por la especial posición que ocupa estaba rigurosamente obligado

a meditarla, y esforzadamente, procurar los remedios que esa penosa situación nacional exige.

Ciertos estamos de que nuestra voz expresa la protesta colectiva, y creemos y deseamos no ser los únicos que la exterioricen en Bolivia. Gentes hay en todos los confines de la República que manifestarán el sentimiento de sus pueblos, como nosotros lo hacemos. Intelectuales, catedráticos, escritores hay en la Convención Nacional, en el Gabinete, etc., etc., cuya palabra esperamos, también, en defensa de la verdad expresada con rectitud y valentía. Útil, aunque desolador a la vez, será escuchar no más que su "prudente" silencio. De nuestra parte, hemos cumplido.

Saludamos a Usted cordialmente.

JAIME MENDOZA, Adolfo Vilar, Juan Francisco Prudencio, Carlos Alberto Salinas B., Daniel Gamarra, Luis Zamora Moscoso, Rafael Gómez Reyes, Hector Ardúz, Raúl Romero Linares, Carlos Berdecio B., Faustino Suárez, Napoleón B. Arnau, Carlos Morales y Ugarte, Manuel Durán P., Enrique Vargas Sivila, Ramón Chumacero Vargas, Mario Estenssoro, Joaquín Gantier, Rafael Garcia Rosquellas, Wálter Echalar Z., Gastón Ardúz Eguía, Gunnar Mendoza L., Oscar Freking Salas, Hernando Achá Siles, José Felipe Costas A., Humberto Quezada A., Luis S. Wáyar, Manuel Barea, José María Alvarado D., Alfredo Romerto, Luis J. Ardúz D., Fernando Lora B., Nicanor Zamora A., Antonio Brown L., Plácido Molina Barbery, Rogelio Canedo Rivero".

Imprenta Bolívar. 0.4800

El mensaje transcrito, muy posteriormente ha sido publicado por Luis Toro Ramallo en su libro *Una página de la historia de Bolivia*, cuya segunda edición ha aparecido a inicios de 1975. La misma publicación inserta otros dos pronunciamientos de solidaridad con el escritor Alcides Arguedas, en aquel deplorable incidente. Uno de ellos está suscrito por los secretarios que dirigíamos la Federación de Estudiantes de Chuquisaca, cuya parte resolutive consigna los siguientes puntos: "1o.— Protestar enérgicamente por el vergonzoso atentado de que ha sido víctima el Señor Alcides Arguedas, que señala claramente la descomposición en que se encuentra el actual gobierno. 2o.— Pedir el pronunciamiento de las filiales estudiantiles del interior de la República". Suscribimos los dirigentes que fuimos de aquella entidad, entonces: José María Alvarado, Secretario General.— René Canelas L., Secretario de Relaciones.— Víctor Calderón, Secretario de Cultura.— Julio Cors, Secretario de Hacienda.— José León Murguía, Secretario de Actas.— En Sucre a 11 de agosto de 1938.

Toro Ramallo, inserta asimismo otro documento que desconocíamos, del Sindicato departamental de Maestros de Primaria de La Paz, con tres puntos de resolución: "1o. Declarar que los maestros de Bolivia, están siempre de parte de la cultura moral e intelectual de los hombres y de los pueblos. 2o.— Amparar al Señor Alcides Arguedas en su campaña depuradora y de orientación de nuestros destinos nacionales. 3o.— Solidarizarse con toda campaña que tienda a destruir los privilegios y despotismos que dañan la democracia y unión nacionales". Suscriben, en La Paz, a 11 de agosto de 1938, los secretarios de dicha entidad sindical: Juan Arévalo, Secretario de Gobierno.— Guillermo Monje Ortíz, Secretario de Relaciones.— Humberto Bilbao La Vieja, Secretario de Prensa y Propaganda.— Luis Moscoso, Secretario de Correspondencia.— Hortensia de Mariaca, Secretaria de Hacienda.— Carlos Medina, Secretario de Defensa Sindical.— Ruben Dick, Secretario de Régimen Interno".

Fuera de todos aquellos ciudadanos, nadie, absolutamente nadie en el país, tuvo el valor civil que expresó inicialmente Jaime Mendoza, como queda documentado, en defensa de la libre expresión del pensamiento y de la sindéresis en la dirección de la cosa pública. Un indecoroso silencio de sometimiento, como en todas las épocas duras que ha vivido la democracia boliviana, fue la única actitud, deplorablemente pragmática, de todos los sectores de la clase dominante.

Muchos de estos, temerosos de perder las sinecuras que inmerecidamente por supuesto, como en todo régimen de facto, acaparan en el desorden de las sucesivas "revoluciones", a la sola adhesión pretoriana que demuestran a los gobernantes de turno.

Pocos meses después de tan energética y relevante compostura, Jaime Mendoza se nos fue definitivamente al comenzar el año mil novecientos treinta y nueve y poquísimos días antes, simbólicamente, de que expirara la Segunda República española, con la caída de Barcelona en poder del franquismo.

Jorge Garret, ha recordado en su trabajo varias veces citado que “la noche en que sus restos eran velados en el Salón principal de la Universidad de Sucre, una llamarada roja se levantó en el Sicasica, la lumbre “votiva”, que era el homenaje de sus nobles amigos los estudiantes que, significaban con esa llama el espíritu de Mendoza; ellos sabían y sentían que, la muerte de su Maestro, “ERA OTRA LUZ”.

Se volcó a sus funerales, casi la totalidad de la Ciudad Blanca, como casi jamás había ocurrido hasta entonces, ni posteriormente. Y como si el dolor de sus coterráneos, hubiera tenido la inmensidad de los mares, por su partida, tampoco dejó de llorar a raudales el bellísimo cielo de su ciudad nativa. Una lluviosa tormenta, casi impidió el traslado de sus venerables despojos de la Universidad de sus más caros desvelos, donde se erigió su catafalco, a la basílica de la catedral que le inspirara tan sentidos versos en su poema “A Sucre”.

Entre las muchísimas oraciones fúnebres, la FUB, recientemente elegida en el IV Congreso Universitario que presidimos a fines de diciembre de 1938, delegó a su ex-secretario de relaciones Enrique Vargas Sivila, para que expresara el dolor de todos los universitarios del país. La filial sucreña de aquella entidad que, dirigíamos entonces, estuvo representada por su secretario de relaciones, René Canelas L.,

## Capítulo Octavo

### NOVISSIMA VERBA

Y con este breve capítulo, concluimos la semblanza de Jaime Mendoza, el Sembrador, como lo llamó Enrique Vargas Sivila. Nos impusimos la obligación de hacerla, por las mismas razones que nos impulsaron a exhumar la olvidada trayectoria de Belisario Díaz Romero. Y aunque no hubo olvido del autor de *El Cabo de la Vela*, como ya lo dijimos al iniciar este trabajo, cobran igual vigencia para la tarea que concluimos, los otros dos factores que señalamos en aquella. En primer término, el ejercicio de la misma docencia, en la cátedra que profesara Mendoza, como la ejerciéramos también, en la misma que a inicios de este siglo enseñara Belisario Díaz Romero, en la Universidad Mayor de San Andrés de La Paz. Tenemos pues, el privilegio de contar como antecesores de la modesta enseñanza que nos cupo impartir en las Facultades de Medicina de Sucre y La Paz, a los dos primeros expositores de la psiquiatría y la psicología en Bolivia. Ocupamos, como uno de nuestros mejores logros profesionales,— lo decimos con sano orgullo patriótico— la docencia legada por Belisario Díaz Romero y Jaime Mendoza, es decir, por los pioneros de aquellas subyugantes disciplinas, que descuellan entre las figuras más ilustres de la medicina boliviana.

Nos impusimos la exigencia de escribir estas páginas, en segundo término, por la misma dedicación de Díaz Romero y de Mendoza, a nuestro trabajo especializado. Por su inclinación

“a la especialidad más bella entre los quehaceres hipocráticos”, dijimos en la evocación de aquel, como ahora decimos del Sembrador.

A esta ocupación que nos aporta, como en sucesión cinematográfica, una experiencia comparable a más de un siglo de vida, plenamente vivido, por la confrontación de una infinitud de caracteres y de idiosincracias que nos permite, la pluralidad de nuestra especie necesitada de su respaldo comprensivo y terapéutico. A esta especialidad que, como ninguna en el rigor de su formación solvente, requiere de sus devotos un panorama informativo de lontananza, desde el amor a la sabiduría que magnetizó la excelsa curiosidad de los presocráticos, hasta las contradicciones kantianas y desde éstas y sus continuadores, hasta las discutidas y fertilizantes posiciones del materialismo dialéctico.

Nos impusimos, ya está dicho, difundir entre los bolivianos, y particularmente entre sus cuadros médicos, la significación que tuvo en su oficio y particularmente como psicólogo y psiquiatra, desconocido aun por los propios cultores de estas disciplinas en la Nación.

Por fortuna, a parte de tales razones en el novelista de *En tierras del Potosí* nos encontramos con mayor ventaja, por haber tenido la objetividad del conocimiento y trato personales. Tuvimos la fortuna de conocerlo y —aunque fuera en contadas ocasiones— de honrarnos con su atención. Tuvimos, pues, la vivencia de Mendoza y así aprehendimos en el texto incomparable y cristalino de la vida, es decir en el porte omnilateral del Hombre, lo que jamás se puede verificar en los libros, por extensos y profusos que sean los hallazgos de las referencias que se busque para el caso.

De ahí que en justificación de nuestro concienzudo aprecio, podamos con estas postreras páginas, demarcar con lente de a-

nálisis pormenorizado las variadas circunstancias que permite la atención de su faena médica. En tal forma, particularizamos nuestro homenaje en el punto, al médico sobresaliente de su gremio —a parte de su eficacia en el oficio, como prima razón de su calidad hipocrática— por su cultura integral. Al médico culto — exótica floración en el erial del atraso y la dependencia — que alternando con las tareas de Galeno, sin embargo, supo deleitarse con los encantos de las Piérides, deshojando pétalos de estrellas en sus estrofas; entonando bellas melodías en su cítara o pintando en el puro y sencillo decir de sus prosas gorkianas, los sesgos fascinantes y emotivos del comportamiento humano.

Un médico culto ¿Dónde? ¿Para qué?. Pues, por otro lado, ese médico culto fue una blasfemia y un agravio. Una blasfemia, porque devino desafío al gregarismo ignaro de sus “colegas” coetáneos que no le perdonaron saber algo más que medicina. Esa blasfemia que también devino agravio, a la murga médica que por la minúscula demografía del país mediterráneo— llegó a la docencia facultativa, inmerecida e inconsecuentemente, no obstante su postura adversa a la autonomía universitaria.

Todavía nosotros, jóvenes primerizos de la enseñanza médica en aquellas mismas aulas, pudimos patentizarlo con infinita amargura y decepcionante ejemplo recibido de las autoridades “consagradas” de la época en el medio. Recordamos aun las peyorativas frases contra el Hombre de algunos docentes de tierra adentro.

Alguno subrayaba poco menos que su inutilidad profesional, “porque no concurría al hospital”. Otro, decía que “no tenía clientela” y un tercero que “jamás lo vió hacer ni una intervención quirúrgica”, cuando uno de los rústicos censores, pretendido cirujano por remate, jamás en su record quirúrgico pasó de una prolongada apendicectomía y cuando el que extrañaba la presencia de Mendoza en el hospital de Santa Bárbara de Sucre, apenas se expedía en un improvisado hospital mili-

tar, designado al cabo, al sólo expediente de sus vinculaciones castrenses y donde por supuesto, su obligada "clientela" constituida exclusivamente por el escaso lote anual de reclutas no podía escoger, por razones obvias, la calidad de su atención médica.

No puede dejar de citarse por lo antes expuesto, en párrafo alusivo a la crítica estólida de sus colegas, lo que acertadamente profirió nuestro ilustre colega y amigo Carlos Morales y Ugarte en el sepelio del Sembrador: "No te comprendieron y pasaste como algo raro y combatido. Los médicos no perdonaron que no fueras sólo médico. ¡Un médico poeta, un médico soñador, un médico visionario!

Fuiste raro, superior, extraordinario, personal, inconfundible; fuiste MACIZO ANDINO. Y un día te colgaron el mote de loco. Divino loco, creador de poemas y quimeras. Sublime y divino loco que nos enseñaste que en la vida hay que pensar con valor, hay que sentir sin vacilación y hay que escribir sin cobardía. Porque eras Loco, te debemos las mejores lecciones de valor civil, a tí que nunca te vimos callar ni dejar de decir con valentía, la expresión cabal y sincera de tu pensamiento".

Y anduvo el tiempo. Los infortunados y apodícticos Catones que así, trataron de empañar el límpido itinerario mendociano, como supusimos los pocos estudiantes de entonces, no dejaron absolutamente nada que los conserve siquiera en el recuerdo de sus coterráneos allende el Quirpinchaca. Muchísimo menos algo que los haga pervivir en la memoria de sus connacionales. Nada. Absolutamente nada.

Particularizamos también nuestro homenaje al Hombre, en otra faceta de su incitadora y plural humanidad, cual es la del médico de probada sensibilidad social; de ese médico, iluso peregrino que siembra pétalos de rosas en los rampantes cardales de nuestra sociedad de consumo; de ese médico excepcional que no conoce la burda alusión a la "clientela", tan cara a los

buhoneros diplomados, sin que obste para tal desnaturalización del nobilísimo oficio, su cristianismo insincero y teatral o su presunción de casta con fementidos títulos nobiliarios de que alardea su aterradora ignorancia ecuménica; a ese médico eminente, en fin que supeditó totalmente los gajes de la consulta privada al trabajo funcionario en su carrera, por la convicción superior con que había abrazado el sacerdocio laico de la medicina que condena, sin concesiones ni retaceos, el trastrueque mercantil del nobilísimo y respetable denuedo de disputar perennemente a la muerte la plenitud y la alegría de vivir o de contender con la enfermedad hasta derrotarla.

Otra singularidad en la vida pública de Mendoza, es que jamás fue un palaciego. Tampoco estuvo al servicio de ningún mandón de turno en la desgraciada experiencia que los bolivianos tenemos sobre la influencia del solio presidencial, ni halagó a ningún tiranuelo de nuestra escarnecida democracia representativa. Finalmente, Jaime Mendoza profesó en dimensión nacional, el difícilísimo y raro magisterio de Ser Hombre, con la objetiva enseñanza de su conducta cristalina a la juventud universitaria de Bolivia, que por estas razones lo consagró Maestro de la Juventud boliviana. ¡Cuántos de otros consagrados como él, pero por otras razones, bastardearon tan honrosa designación, con una conducta posterior de claudicación y servidumbre o de ejercicio mediocre y anodino de la docencia universitaria!

Jaime Mendoza enseñó a las huestes mozas de su época, decimos, a Ser Hombre. Y lo hizo con una consecuencia que no admite parangón alguno en los primeros cincuenta años de este siglo, por lo menos. Los llamados hombres públicos que en ese dilatado lapso supusieron haber servido a la Nación, sólo se sirvieron de ella, en paladina demostración de su excluyente inquietud gástrica. Ningún ministro, ningún senador, ningún diputado en el país, en las cuatro últimas décadas, por lo menos, ha rubricado un comportamiento más elevado que el de Mendo-

za en aquella trayectoria superior de ser consecuente en la praxis de la vida social, con el testimonio de la palabra anticipada. A cuantos,— casi diríamos a todos, — de los llamados hombres públicos que han sido parte sustantiva o adjetiva en el ejercicio del poder político de la Nación, no hemos visto o no-hemos escuchado desdeirse a las maduras de todo cuanto dijeron y pontificaron bajo el apremio de las duras. A cuántos de aquellos, por lo menos en el lapso del siglo que corremos, hemos visto incurrir en la endémica inconsecuencia de lo dicho con lo hecho. A cuántos de aquellos —diputados, senadores, ministros y muchísimos gobernantes de aquellas épocas— hemos visto sucumbir ante el estiércol del demonio y abandonar después, sus menguadas sinecuras, con las manos tiznadas por el enriquecimiento ilícito a la sombra del poder público.

Quizá quepa, seguramente, en rasgo de ecuanimidad elemental, señalar entre todos aquellos hijos desnaturalizados de la patria, la excepción honrosa de los gobernantes Siles: el padre y los dos hijos mandatarios, que no hicieron de su gestión presidencial, un enriquecimiento antipatriótico, torticero y delictuoso.

Jaime Mendoza, tuvo una honradez alquitarada. Por todo eso, que ya hemos estampado en el anterior capítulo y por lo que vale tanto de insistir y lo que conocemos del Hombre, es que murió pobre, con la pobreza solemne y honorable de su consecuencia que le deparó vivir con la fruición de la frente altiva y las manos incontaminadas, pudiendo haber acumulado inmensa fortuna con la sola explotación de la “clientela” médica como ya hemos subrayado. Sólo ha dejado a los suyos, también pedagógicamente, una educación sobresaliente y oficios y herramientas para subsistir decorosamente y con plena distinción social, a más de una casa, verdaderamente solariega, al final de la calle Bolívar, en Sucre, donde aun moran sus hijas y su compañera que le sobreviven.

Aunque después se haya dicho que muchos dignatarios — diputados, senadores, presidentes y presidenciables— se “sacrificaron” por el país, lo cierto y objetivamente fehaciente es que la mayor parte de éstos, sino su inmensa pluralidad, sacrificaron siempre los magros denarios de la Nación, hasta el extremo de reducirla a la mendicidad extranjera, no obstante —como se sabe hasta la saciedad— que somos un país con tantos recursos naturales que no atesoran muchísimos otros, más prósperos que el nuestro.

La mayor parte de los legisladores que hemos conocido, en las cuatro últimas décadas por lo menos, diputados y senadores, en su mayor parte elegidos bajo la sola influencia caciquista de los sucesivos “salvadores” de la República, jamás pudieron tener la gallardía de Mendoza: renunciar a sus curules parlamentarias, mucho menos en la forma y condiciones y términos que lo hizo el Hombre, como hemos glosado por eso, extensamente, en el capítulo anterior.

Por el contrario, la mayor parte, por no decir la totalidad de ellos, elegidos con dolo y sustracción de los dineros del Estado, vale decir ungidos con las espúreas credenciales del soborno electoral, anduvieron prendidos a las ubres del tesoro legislativo, con la misma avidez parasitaria que los anofelinos succionan la sangre de su víctima.

Jaime Mendoza, en contrario, honró al parlamento boliviano, donde a la inversa pretendieron honrarse todos aquellos diputados y senadores que llegaron al templo de la ley, con la actitud genuflexa de la incapacidad ahita de celebridad política, de prestigio intelectual y reputación de estadistas, que jamás podía darse en la insustancialidad de su vida vegetativa y anodina.

En otra de sus lecciones imperecedoras, ha dejado las pautas de una conducta que difiere de la totalidad de los llamados intelectuales de antaño y ogaño, con su consecuencia política.

Sin “aproximaciones” a nadie ni de nadie, Mendoza jamás incurrió en el transfugio político que constituye otra de las plagas de la “democracia representativa”, en la sociedad de la libre empresa, como gaje inherente de otro lado, de la moralidad fenicia de la clase dominante. ¿Acaso desde los mismos inicios de la centuria que corremos, por lo menos,— para no remontarnos a los caudillajes ochocentistas que dieron ciento y raya en ese desmedro—no se conoce el oportunismo tornadizo de los exponentes de nuestra politiquería criolla? ¿No fueron liberales y montistas, todos los republicanos que posteriormente sepultaron el montismo? Y para no ir tan lejos que ya resulta antaño, lo habido en las primeras décadas del siglo, nos bastará recordar, cómo muchos “políticos” incondicionales de Saavedra, de Hernando Siles y de Salamanca, los abandonaron para unirse al usufructo de sus sucesores? ¿Acaso muchos amigos de Saavedra, casi pretorianos suyos, “caballeros” y adalides de la clase dominante, no lo negaron con indignidad para servir a Siles, a Salamanca y posteriormente todavía, a Toro y a Busch?

Y para ser más actuales y objetivos, particularmente con los lectores jóvenes que puedan tener estas páginas, debemos preguntarnos y preguntar todavía : ¿ No vemos en nuestros mismos días, a marxistas furibundos de ayer, hasta anarquistas que los vimos barbotar “sin dioses en el cielo, ni amos en la tierra”, en el congreso universitario habido en Sucre, en 1929, renegados ahora de esa causa y prosternados, como en subasta de mancebía, por un ministerio, por una embajada, por una senaturía o por una diputación, después de haber exhumado un partido ya sepultado, para medrar con los regímenes más antiobrereros y regresivos de nuestra historia, predicando, finalmente, un desarrollismo cepalista, dosificado y sometido a la ergástula imperialista?

Las nuevas promociones ciudadanas, ignoran seguramente que ahora mismo, en la década del setenta, ofician de personajes de confianza del “nuevo orden” establecido en el país, des-

pues de haberse entregado a las fruiciones del caudillaje pazentensorista, trotskistas vergonzantes que ayer nomás, — de 1938 a 1946 — se constituyeron en Catones políticos y censores implacables del menor traspies de los dirigentes obreros y de los intelectuales insobornables de izquierda. Esa conducta repudiable y estipendiada, estuvo infinitamente distante, por supuesto de Mendoza, el Macizo Andino que nos ha dejado la huella luminosa de su honradez acrisolada y de su consecuencia impoluta.

Por todo lo dicho hasta aquí, discrepamos diametralmente del joven y ya conocido investigador Ramiro Condarco que, en un homenaje al Centenario de Mendoza, ha publicado en dos ediciones *Presencia Literaria*, (domingo 23 y domingo 30 de junio de 1974), un “acercamiento” de nuestro biografiado a Franz Tamayo, como si éste hubiera sido erigido —no sabemos por quién, ni a qué título— en algo así, como la vara de perfección con la que se debiera medir la calidad de todo lo boliviano. Comenzando por justificar nuestro frontal disentimiento con el difundido historiógrafo, debemos anotar que las comparaciones son generalmente desafortunadas. Aun la misma psicología, permanece en la dubitación que inspira el magno problema de las semejanzas, hasta en el caso de los gemelos univitelinos, por la fuerza demoledora y convincente de la experiencia siempre cambiante y diferente de un sujeto a otro y mucho más todavía, tratándose de dos personajes completamente desemejantes. De modo que siempre es un terreno resbaladizo el comparar una situación a otra y por lo mismo un riesgo proclive a la juventud, como en el caso que nos ocupa. No se puede hacer “acercamientos” de personalidades literarias, políticas y sociales y hasta de oficio tan manifiestamente contrapuestas como Jaime Mendoza y Franz Tamayo, como vamos a tratar de demostrarlo.

No obstante de explayar nuestro criterio al respecto y de la objetividad que pretendemos, algo debemos decir de la admisión que, como muchísimos bolivianos, seguramente, sentía-

mos por Tamayo, con lamentable desconocimiento, por entonces de su tornadiza y poco vertebrada contextura de político y pretensu conductor del demos boliviano. En aserto de este sentimiento, podemos traer a cuento la añoranza de nuestro amigo Ezra Pound, — que publicamos en la página literaria de *El Diario*, (domingo 15 de mayo de 1966) — a quién presentamos con la ayuda de otro poeta, Enrique Kempf Mercado, una de sus mejores poesías, *Claribel*, junto con *La Llama* de Gregorio Reynolds, como lo más representativo de nuestros bardos, cuando Pound, en Washington D. C. en 1949, nos pidió hacerle conocer una producción de “dos de los más conocidos y mejores vates bolivianos”.

Por otro lado la grandeza de Tamayo, puede llegar hasta la genialidad en la apreciación de algunos bolivianos. Nadie puede negar que hay más de una razón para ubicarlo en la cima de nuestro acervo poético. “Osborne, crítico inglés,— anota Tristán Marof en sus *Ensayos y crítica*— lo vió entre los que han creado un nuevo lenguaje poético en la lengua castellana”, y “Roberto Prudencio, continúa el autor de *La tragedia del altiplano*, lo califica como el supremo artífice del verso castellano”.

Por todo lo sentado hasta aquí, Tamayo es incuestionablemente el más grande vate del macizo andino. Y para no incurrir en mengua alguna de la excelencia tamayana, todavía podemos acotar algunas otras singularidades del Hechicero del Ande, en las que, consecuentemente, tampoco se le puede adjudicar homología alguna, entre los hombres y los nombres cimeros del intelecto boliviano. De tal suerte, reconocemos también su capacidad extraordinaria de panfletario que se hizo patente en muchos escritos suyos y sobre todo en un bellissimo libelo —Para siempre—, estilo en el que, asimismo, señorea y donde simultáneamente despliega también una sin par egolatría: “La sociedad paceña soy yo”! ...“Qué garganta más alta ni mas noble que la

mía escogería para hacerse oír del continente”. Y podemos concluir el párrafo, con palabras pertinentes, como dedo al guante, del mismo fantástico Tamayo, respecto a su padre: “Chochez y delirio de gran señor agonizante”. “Una fragilidad de la grandeza, etc. etc”.

No podríamos decir lo mismo de Mendoza en el dominio de la frase rimada, porque de otro lado, el contenido poético de su polifacética producción intelectual es de menor cuantía. Ha sido en todo caso, más historiógrafo y novelista, si cupiera una catalogación, en orden del mayor cultivo y dedicación que haya concitado la inclinación y la elaboración dominante de nuestro polígrafo. Y despues, todavía adquiere mayor significación — por sus constantes publicaciones sobre uno u otro enfoque médico social o psiquiátrico — psicológico— su labor hipocrática, ya que la poesía, no ha sido una actividad esencial, sino esporádica en su sembradura. Empero, sin dejar de haber sido todo un poeta,— tres veces laureado, por algo, en certámenes nacionales y con el primer galardón de los mismos— el autor de *La tragedia del Chaco*, es único e incomparable en muchas otras y más numerosas expresiones de la vida boliviana. En la perspectiva global de su trayectoria, vale decir en la magna cátedra de Ser Hombre, como ya hemos explayado en anteriores párrafos, Jaime Mendoza adquiere verdadera excelsitud, sin ninguna hipérbole, desde que somos nominalmente Nación. Sin disputa alguna. Sin “acercamientos” a nadie, ni de nadie.

Con cuánta razón, Raúl Leytón, un escritor inteligente, acaba de decir de él, que fué “un hombre carismático que cumplió misión profética. Fue el profeta, dice Leytón, el profeta de la paz, el profeta del desarrollo y el profeta de la esperanza”.

Si la juventud estudiosa de Bolivia acreciera el fecundante hábito de la lectura y la lectura de los escritores nacionales en primera punta, para conocer como cosa del hogar, lo aconte-

cido en el solar familiar de la Nación, no podría menos que convenir con nosotros, que muy pocos, casi contados con los dedos de la sola diestra podrían emular, desde el mismo instante de la proclamación republicana, la gigantéz de Jaime Mendoza. Y quizá nadie puede “acercarse” en la ejemplaridad de su consecuencia en el verbo y en la praxis; de su honestidad cristalina; de su probado valor civil y de la docencia de su patriotismo infinito que todavía ha menester detallarse incansablemente, como la mejor lección cívica para cultivo, prez y comportamiento de la bolivianidad, como hemos de hacerlo aun, en seguida, por si todavía cupiera alguna duda en la objetividad y singularidad de nuestro análisis mendociano.

Todo lo dicho, sin embargo, no puede empujarnos al desequilibrio crítico que nos lleve a la ofuscación admirativa de no reconocer las facetas deleznable —cual error que es inherencia humana— de lo que se admira. Y eso, justamente, es lo que venimos haciendo con la obra y la vida del Sembrador a lo largo de estas páginas, donde algunas cuartillas no podían omitir algunos excesos o inexactitudes, — que nunca hubo, ni habrá algo perfecto, nacido de mujer— señalando que no podía dejar de ser ajeno a su tiempo, ni a su medio o subrayando las condiciones eximentes o atenuantes de aquellos.

A pesar, pues, de nuestra escasa inclinación a las comparanzas, como anotado ya está, nos vemos enfrascados sin embargo, en el cotejo de dos colosos de la cultura boliviana, constreñidos por el “acercamiento” anotado, sin menoscabo alguno, por supuesto, del uno por el otro. Empero, si vamos a la cabalidad del examen, tal no podrá ser fragmentario por manera alguna. En el aquilatamiento de una personalidad, mucho más si ésta hubiera alcanzado envergadura nacional, no se puede destacar sólomente la parte dorada del conjunto, ni retacear la omnilateralidad del hombre, so pena de incurrir en un cuarteo desnaturalizador de la integral y verdadera fisonomía individual. De tal manera, entre las virtudes que como ninguna atesoraba Men-

doza, no llegaremos al cansancio de mostrar su entera consecuencia de lo dicho con lo hecho, que es incuestionablemente un requisito sine quanon, para identificar y definir, en síntesis, las más altas calidades de la especie.

Por eso, y por la sencera pedagógica del más fertilizante magisterio que reviste tal austeridad es que la enfatizamos en el autor de *El Lago enigmático*.

Y tal, vale la pena tanto de decirlo y de mostrar ahora, a las mentes mozas del hogar nacional, más que todo por las penosas y escalofriantes formas de vida pública que actualmente han cobrado vigencia en el país, llegando a liquidar aquella respetable decencia ciudadana. Y para muestra, basta un solo botón, muy conocido en los pugilatos parlamentarios de la democracia boliviana, en alguno de los cuales, jamás pudo Mendoza exaltar, por ejemplo, con olímpicos ditirambos al Presidente Montes y calificarlo finalmente como "Flor de la raza", para tratar de pulverizarlo después, con uno de tantos anatemas con los que se estigmatizó a la colectividad liberal que jure et facto, jefaturizó hasta sus últimos días: "los liberales tienen las manos tiznadas con los dineros de las ventas territoriales". Tal fue la execración con que Tamayo fulminó a Montes y al montismo en una patente inconsecuencia, incompatible con su auto-apreciación señorial. Y el tribuno no acabó, así, con sus endechas. Esa fue la primera — que sepamos — pero no la última. Después de parecidos requiebros y piropos, dedicados sucesivamente a Saavedra, a Siles y hasta a Villarroel, su versatilidad pretendió acabar con ellos, cual Júpiter tonante, descargándoles los rayos fulmineos del cojo Vulcano, en su arrogancia frustránea y por remate —inquisidor de los caídos— sólo cuando aquellos, como toro de bruces en el ruedo, estaban a las duras.

Perdiendo hasta el equilibrio de la sustentación bípeda y ofuscado por las querellas de nuestras facciones caudillezcas que jamás trascendieron más allá de Viacha o Pucarani, el apodícti-

co Tamayo, descendió hasta el agravio y el reniego lugareños: —! “Quiera el cielo que no hayan más presidentes paceños: Pando, Montes, Saavedra, todos bandidos!”— *Verba volant, scripta manent*, de lo que dijo en desdichado ex—abrupto de sus impulsos.

Entendemos que huelga, ante tan claras perlas, seguir exhumando las cuentas de su escabrosa fidelidad a aquellos otros ex—presidentes. Y así, después de tan vitanda ejecutoria en la llamada política boliviana, ¿no deviene aberrante, la prolífica temática sobre Sócrates, Esquilo, Tucídides, Píndaro, Cicerón Hesiodo, Aristófanes y otros astros del Empíreo? Quizá tal, sólo pueda explicarse tentativamente, a tenor del fatalismo que impugna el rigor científico, sólo por la añeja mescolanza de las sangres que en el fruto heterogéneo del atavismo híbrido, produjo aquel engendro autóctono de las tribus primitivas del aillu ay—mará en —Alecto, Meguera, o Tisífone— alguna de las furias del Tártaro plutónico.

En este acápite del obligado paralelo, en cambio, no podemos menos que acentuar nuestro solaz, por haber probado en forma palmaria e incontestable el integérrimo y rectilíneo sendero mendociano. Y sigamos desgranando en contra—punto las cuentas del rosario de sucesos y actitudes de estas dos cumbres, entre otras —aunque de diferente altor, por lo visto— de nuestra cordillera andina.

Cuando el desgarró y la dependencia de Bolivia, se hayan superado en un futuro próximo o lejano, con la vertebración ineludible del desquicio que, con el regionalismo aldeano y otros factores de la postergación nacional, lacera la vitalidad de la República; entonces, cuando advengan tiempos más felices y promisorios para esta parte del mundo de Colón, estamos seguros que la bolivianidad del porvenir ha de perpetuar en bronceos monumentos y en convivencia de sesgos verazmente fraternales, el homenaje que merece la pasión nacional que Jaime

Mendoza exteriorizó por todos y cada uno de los pueblos de Bolivia. Por ello, podemos decir que el patriotismo del Sembrador, asimismo, íntegro cual ninguno, hizo latir su enorme y entrañable corazón al unísono del de todos los bolivianos, como si en simbólica proyección de sus sueños de pujanza nacional, hubiera dejado con su conducta, el primer hito de compactación de las diferencias lugareñas, endemias de mayor destructividad y virulencia que todas las pestes medioevales. Tales las razones para su conocimiento material y objetivo de todos los confines de la heredad patria. Pues, recorrió, como ningún boliviano, ya lo dijimos, absolutamente cual ninguno, todos los recodos de la variada geografía nuestra, como si *—res non verba*, siempre en las pautas del Sembrador— hubiera querido enseñarnos que no hay como ver para querer; que no hay como ver para creer, en coincidencia con la milenaria sabiduría del Oriente. Ver, para creer, para conocer y para querer nuestro predio nacional, vezrazmente fabuloso y tan multifacéticamente dotado por la natura madre.

En el capítulo anterior, nos hemos referido en fehaciente probatura del valor civil que, sin paralelo en la vida pública boliviana, exhibiera Mendoza con ocasión del incidente habido en la Casa de Gobierno de La Paz, entre el Presidente Busch y el escritor Alcides Arguedas. Tan lastimoso desenlace para ambos personajes, repetimos, no tuvo sin embargo, sino el silencio —acomodaticio, anodino y tan poco varonil— de los “caballeros” coetáneos, coterráneos, vecinos notables de la urbe y correigionarios políticos de Arguedas. Esa conducta de avestruces, fue todavía más extrañable entre los dirigentes políticos de la época, tan drásticos, tan severos y tan prestos a cortar el hilo sólo por lo más delgado, con sus cruentas e inveteradas violencias anti—obreras, cuando se encontraban a las maduras, con las fruiciones y la impunidad del poder político y económico. Está transcrito, en cambio, el fotograbado de la carta—abierta que encabezó Mendoza, desde Sucre, en desagravio y solidaridad, al escritor Alcides Arguedas, junto con un numeroso grupo de in-

telectuales bolivianos que por alguna razón, estaban avecindados por entonces, en la cuna de Mendoza, y que tuvimos también la satisfacción de suscribirla, estudiantes aun de la escuela médica de Sucre, como éramos, entonces.

¿Cuál fue en cambio, que sepamos, la actitud de Franz Tamayo, — por lo menos conocido, si no amigo suyo,— coterráneo, hombre de letras y figura representativa de la inteligencia liberal de la Nación, como el autor de *Raza de bronce*?

Absolutamente ninguna. Sólo el mismo silencio, con la misma insensibilidad del “quién calla otorga” que se escucha en el pragmatismo sanchuno del vulgo letrado y del pasar vegetativo de *tutti quanti*, que son legión aunque reclamen la “representatividad de su sociedad”, vocablillo que el arribismo social, de otro lado, ha hecho sinónimo de alcurnia y de decencia, con desmedro de Cervantes.

Proclamado candidato presidencial, como seguro sucesor de Salamanca, en su discurso—programa publicado en *El Universal* de La Paz, en 1o. de octubre de 1934, Franz Tamayo subrayó su posición adversa y beligerante a la revolución rusa, en frases dignas de transcripción, para el cotejo que proseguimos: “Respeto a la libertad de los bolivianos. Mano fuerte contra el nihilismo turanio—mongol que sopla del este de Europa, que amenaza destruir una civilización milenaria, obra del genio greco-latino y del espíritu occidental, y que acaba dando al mundo el estupendo espectáculo de ciento treinta millones de seres humanos encorvados y agonizantes bajo el knut de la barbarie. Frutos podridos antes de madurar, nacieron seguramente en razas rezagadas y de ideologías que palpitan latentes en los profundos de toda humanidad, y que periódicamente a través no de siglos, sino de milenios, aparecen en la superficie de la historia como gérmenes de mal, corrientes regresivas hacia una animalidad primitiva, y que a los ojos del pensador altísimo hasta llegaría a justificarse como la presencia de un contrapeso o de

un reactivo necesario para despertar nuevos impulsos humanos, hacia las cumbres del ideal...”

Sin que haya por entonces entre nosotros, ninguna información fidedigna —a parte probablemente de la divulgación de los cinco decretos fundamentales y primerizos del poder soviético en uno de los cuales se liquidaba la explotación y la servidumbre campesinas— sobre las realizaciones de la construcción bolchevique, la vehemencia condenatoria de Tamayo, por lo transcrito, llegó hasta el paroxismo, calificando de barbarie lo que a la vuelta de menos de medio siglo —una vírgula de tiempo en la vida de los pueblos y las instituciones— vino a constituir el inicio de una nueva era en la historia universal, con la victoriosa y pedagógica construcción leninista de la nueva sociedad humana, en la sexta parte del planeta.

No obstante, la agresiva postura tamayana, sólo se explica por la herida reacción gamonal a que el “nihilismo” aymara— quechua, en un futuro próximo o lejano, de entonces, suprime el oprobio del pongueaje en los esclavizados aillus del altiplano boliviano, como reivindicación primaria del derecho de gentes y de los kulaks de Pucarani.

Prometer “respeto a la libertad de los bolivianos”, con escamoteo de la preciosa manumisión campesina, como se requería entonces,— tan cómico como inverecundo—resultaba y resulta todavía, teorizar con el planteo filosófico idealista, sobre la “libertad” abstracta, o la libertad de perecer de necesidad, cuando se está sometido —como aun subsiste la infinita mayoría de los trabajadores del agro— a regímenes de sub—alimentación, de miserable indumento y de viviendas neolíticas que constituyen una bofetada, en nuestros mismos días, a la “civilización milenaria, obra del genio greco—latino y del espíritu occidental”, que declamaba —“pensador altísimo”— la volubilidad y el misoncismo del pretor Tamayo.

¿Cuál fue en contrario la conducta de Jaime Mendoza ante la fraguada importación del fantasma comunista a tierras bolivianas en 1930?. Ya se ha glosado en el capítulo anterior la defensa vibrante y ecuanime, sin denuos antisoviéticos ni anticomunistas, interesados — como solo humanista de las más puras aguas que, sin ser comunista ni mucho menos— hizo de los universitarios que en aquella época fueron sindicados y perseguidos como agentes del partido bolchevique. !!!Cuánta inmensidad de espíritu en éste y cuánto de apego a los predios de la servidumbre campesina en aquel!!

Otro suceso que marca la vera travesía tamayana, agravada por la tragedia cruenta que vivía la Nación y por la trascendencia de lo que pudo decir en ese momento es el mutismo cartujano que mantuvo despues de la caída del Presidente Salamanca a fines de noviembre de 1934. Depuesto éste, por la ineptia insolente, por remate, de la jerarquía militar de esos tiempos que cometió— con la agravante de hacerlo frente al enemigo y en plena contienda internacional— uno de los tantos cuartelazos que han estancado el progreso del país, desde la misma soldadesca de los Melgarejo, los Morales, los Belzu, etc. etc., Franz Tamayo, presidente electo en 1934,— aunque lo fue a espaldas de la mayoría nacional, combatiente,— guardó otro de sus silencios mas punibles en la gravedad de esa hora. !!Cuánto no habría beneficiado, a la Bolivia de la segunda mitad del siglo una actitud máscula del canciller, legislador y epígono que fue de la administración Salamanca, como estrategia profiláctica de lo que la Nación habría de sufrir más tarde, en el rezago de su progreso económico, político, social y cultural!!!

Nunca, como entonces, seguramente esperó el país de Franz Tamayo, una catilinaria como las cuatro de Cicerón o las doce lapidarias de Juan Montalvo —que pudo emular guardando las relatividades circunstanciales— para poner coto a la omniciencia y a la prepotencia de los caudillos de ogaño. Nunca pu-

do, como entonces, componer algo tan aplastante, como *Para siempre*. Y nunca pudo ser tan luminoso, cuanto más execrante de la insubordinación castrense, co-artífice del descalabro chaqueño.

Finalmente, como colofón del cotejo que antecede, debe recordarse una vez más y ahí sí, *Para siempre*— los antecedentes y el advenimiento de la luctuosa campaña del Chaco. Es en ellos que surge, verazmente señera y sin paralelo o “acercamiento” alguno la figura profética de Jaime Mendoza,— como ya lo ha dicho el escritor Raúl Leytón —reiterada y públicamente adverso a la inutilidad y al suicidio de la guerra. Cuál fue, en contraste la conducta de Tamayo, elegido sucesor de Salamanca y cuando el ejército paraguayo ya golpeaba las puertas de nuestro emporio petrolero?—“La guerra la ganaremos! A talegazos, nó. A cañonazos, sí, etc.” y no sabía siquiera cuántos anacrónicos cañones poseía el remedo de ejército que teníamos, entonces.

Mendoza en cambio, hasta con peligro de su propia vida, como se ha documentado en la hora de la euforia bélica, y cuanto todos, civiles y militares de las minorías dirigentes, con desconocimiento irresponsable de las menguadas posibilidades nacionales y con actitudes de veras infantiles, pensaban que en menos de noventa días, se los podía sacar a los paraguayos del Chaco y poco menos que a latigazos hasta el río del mismo nombre, como dijo con escalofriante ignorancia de todo cuanto implicaba el dramático problema un personaje de la época.

Jaime Mendoza indiscutiblemente, como nadie, entonces, señaló el cataclismo que entrañaba la refriega cruenta, aun en la hipótesis de una victoria nuestra.

Pasado el lapso necesario que va cirniendo la verdad irrefragable del tiempo, ahora, solo ahora, vale decir a la hora nona, cuando se ha consumado el despojo y la nueva mutilación de la heredad nacional, y el sacrificio de cincuenta mil vidas jóve-

nes —cadáveres insepultos en el “infierno verde”, — recién ahora, decimos, todos aquellos, civiles y militares de la clase dominante, le otorgan la razón inobjetable que tuvo el Sembrador.

El infinito apego de Mendoza a la patria, no sólo se patentiza en la múltiple y variada producción que ha dejado respecto a todos los problemas nacionales, ni en la superlativa ejecutoria de ejemplo que ha rubricado, como la mejor lección para el aprendizaje de los ciudadanos de mañana. Se traduce todavía en otra singularidad que por tal, tampoco puede ser cotejada en el país.

Nos referimos con ello, cual ya lo dijimos, a su pasión viajera por todos los caminos de la geografía boliviana. Nadie como él ha recorrido, sin exageración ninguna, palmo a palmo, todos los recodos viales de Bolivia. Y lo ha hecho en todos los vehículos y recursos de transporte, desde las modestas acémilas en sus viajes al sur del país, en exploración de la cuna de Pacheco en Livilivi, o en sus frecuentes viajes a los Lípez y a las minas de Llallagua, hasta el ferrocarril del altiplano que ha debido recorrer innumerables veces, cuando no se ha trasladado aun de peatón, escalando las vertiginosas y nevadas alturas de ambas cordilleras, desde donde contempló la inmensidad de nuestra extensión territorial.

Análogos recorridos, le dió igualmente su inobjetable conocimiento de las selvas y territorios orientales, especialmente del nor—oeste del país, así como de las inexploradas, hasta entonces, y enormes parcelas de los departamentos de Santa Cruz y el Beni.

Todas las obras de su producción socio-geográfica, revelan con que diligencia y prolijidad ha debido tener la vivencia de todos los parajes de la patria. Ahí está su primorosa descripción de nuestras caudalosas cuencias hidrográficas, de las cadenas orográficas que circundan su macizo andino, en el oriente

y el occidente de la República, así como las fecundas posibilidades de nuestra dormida riqueza agro—pecuaria y mineral, en todos los ámbitos de la comunidad nacional.

Su visión y apreciación de las cosas del país, por otra parte, han estado siempre lejos del primitivo regionalismo que a veces ha hecho morboso caldo de cultivo en menguadas actitudes de algunos caudillejos lugareños, y como lo ha subrayado el prestigioso historiador Alberto Crespo Rodas, en la conferencia que sobre *La ruta atlántica*, dio en homenaje al Centenario del Hombre, es el ‘menos localista de todos los historiadores del país’ por la inspiración verdaderamente nacional de sus enfoques socio—geográficos.

Como Gregorio Marañón y Pío Baroja, empapados caminantes de todas las Españas, y como si en cada vuelta, de cada sendero hubiera un santuario para ofrendar el homenaje de su ferviente patriotismo a los dioses Lares o Penates, Mendoza recorrió todas las latitudes bolivianas en conocimiento apasionado de su tierra, como no lo hizo, ni lo ha hecho aun ningún vástago del macizo andino.

Y mucho más aun que el conocer de la Bolivia telúrica, el Hombre se consubstancializó tanto con las cosas y los hombres de nuestro ancestro incaico que estos han debido perfilar el estoicismo de su férrea personalidad, cuál revela el poema *Dolor amigo*, que hemos transcrito en parte, anteriormente, donde asimismo, pareciera que —quien más de una vez aludió a la “griega mitología”, — se hubiera adjudicado, como en la ensoñación agrípnica de sus poemas, la figura del legendario Zenón de Citio, como arquetipo para el despliegue polifacético y sugerente de su fecunda actividad humana. Como el fundador de la filosofía estoica en la fúlgida etapa de la erudición griega, Jaime Mendoza fue Maestro en el fervor de su enseñanza y en la eficacia inigualable de ésta, cuando se la sustenta, como él lo hizo, en la didáctica convincente del ejemplo. Maestro en la austeridad de

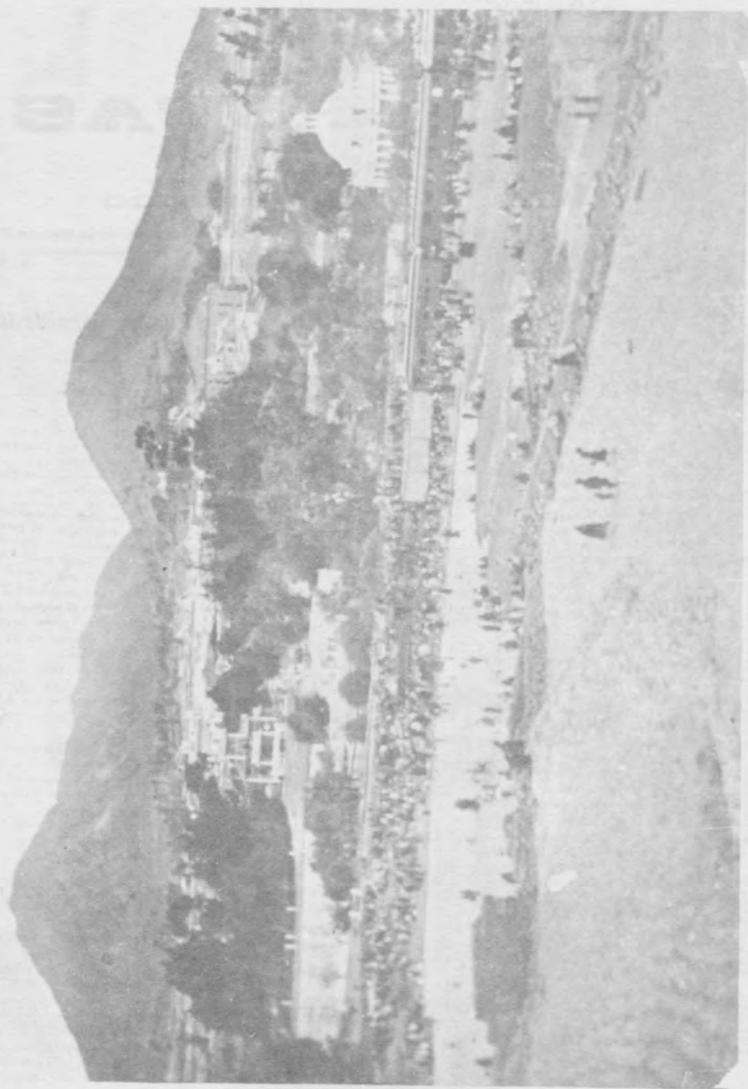
sus costumbres y en la consecuencia epónima de su palabra con su conducta; Maestro en la modestia y en la sencillez de su vida privada y en la paternidad de tanto apego a los suyos. Maestro, en fin, en su trato cariñoso, jamás discriminatorio, a los indígenas, a los desposeídos y a los niños pobres que tanto le preocupaban.

Por todo aquello, parafraseando a Armando Alba en—*Andanza y señorío de Jaime Mendoza*— el homenaje que tributó a su recuerdo, a los siete años de su deceso, podríamos decir de colofón respetuoso y admirativo, que su memoria pervivirá en la mente y el corazón de los hijos bien nacidos de Bolivia,—capaces de emular su honradez acrisolada— como un imperativo categórico por quien mereció tener el macizo andino, como condigno catafalco de su sueño eterno.



# ICONOGRAFIA

*Una vista de la ciudad de Suva, la villa de James Menzies*



*Una vista de la ciudad de Sucre, la cuna de Jaime Mendoza*

Dr. German Mendoza.

La Paz

# NUEVAS RUTAS



SEMANARIO

Director: GERMAN MENDOZA

Administración: Calle Bolívar N.º 151

Año I

Sucre (Bolivia)

Abril de 1919

N.º 3

## "NUEVAS RUTAS"

Sucre, abril 6 de 1919

### Vistas al pasado

Hoy más de treinta años, un presidente se levantó hacia por muchos de sus amigos, como un padre bondadoso y cariñoso, para una gran institución, que al decir de Alcide Argüelles, un héroe, una promesa, una fe en el porvenir de su patria.

Verdad es, amigos, todo lo que se dice, pero cuando miramos el trabajo hecho y el desarrollo de la república, vemos, en verdad, un grande, un dulce, un padre que nunca se cansa de repetir palabras de fe, de esperanza, de fe en el porvenir de la república, y en el porvenir de su patria.

Yo recuerdo por dos decenarios.

Y recuerdo, amigos, por los dos decenarios, el trabajo que se ha hecho, el desarrollo que se ha alcanzado, el progreso que se ha alcanzado, el porvenir que se ha alcanzado.

Y de todo esto, he hablado de Pacífico, y de todo esto, he hablado de Pacífico, y de todo esto, he hablado de Pacífico.

echados al viento.

Y alquilado está.

Peró, amigos, el tiempo que se va con las cosas, alquilado está, y mucho de haber se echado al viento.

Y alquilado está, el tiempo que se va con las cosas, alquilado está, y mucho de haber se echado al viento.

Y alquilado está, el tiempo que se va con las cosas, alquilado está, y mucho de haber se echado al viento.

Y alquilado está, el tiempo que se va con las cosas, alquilado está, y mucho de haber se echado al viento.

Y alquilado está, el tiempo que se va con las cosas, alquilado está, y mucho de haber se echado al viento.

Y alquilado está, el tiempo que se va con las cosas, alquilado está, y mucho de haber se echado al viento.

Y alquilado está, el tiempo que se va con las cosas, alquilado está, y mucho de haber se echado al viento.

Y alquilado está, el tiempo que se va con las cosas, alquilado está, y mucho de haber se echado al viento.

Y alquilado está, el tiempo que se va con las cosas, alquilado está, y mucho de haber se echado al viento.

Y alquilado está, el tiempo que se va con las cosas, alquilado está, y mucho de haber se echado al viento.

## Las universidades

Continuación

La Facultad de Artes, Faculty of Arts, consta de tres secciones: literatura y humanidades, historia moderna y lenguas asiáticas.

El fondo de los estudios en Oxford y Cambridge es de los cursos, griego y latín en el primer ciclo. En la Universidad de Buenos Aires, el profesor escuela en español es el segundo ciclo, y en el tercer ciclo, el tercer ciclo.

La Facultad de Artes, Faculty of Arts, consta de tres secciones: literatura y humanidades, historia moderna y lenguas asiáticas.

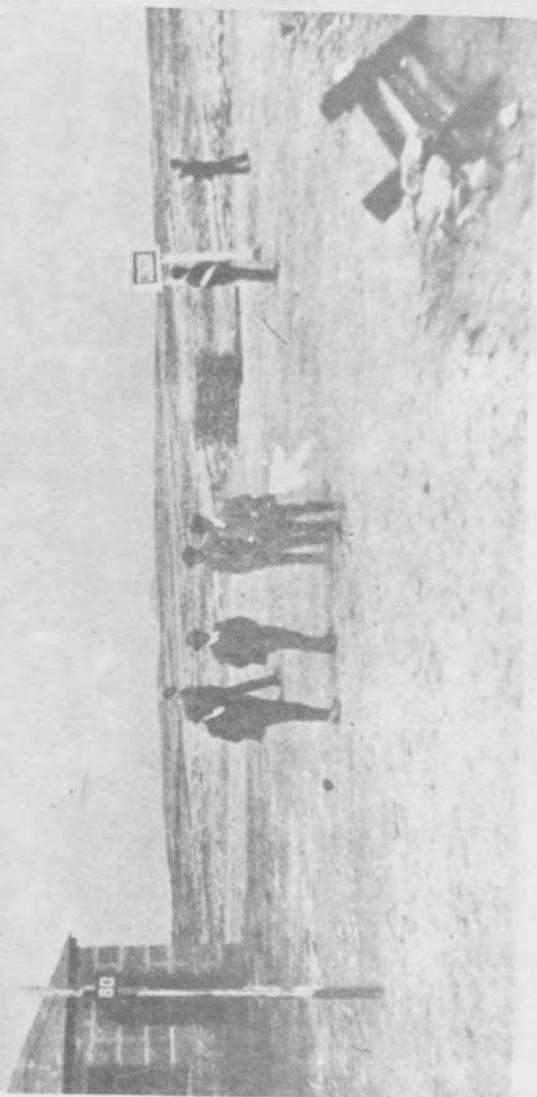
El fondo de los estudios en Oxford y Cambridge es de los cursos, griego y latín en el primer ciclo. En la Universidad de Buenos Aires, el profesor escuela en español es el segundo ciclo, y en el tercer ciclo, el tercer ciclo.

La Facultad de Artes, Faculty of Arts, consta de tres secciones: literatura y humanidades, historia moderna y lenguas asiáticas.

El fondo de los estudios en Oxford y Cambridge es de los cursos, griego y latín en el primer ciclo. En la Universidad de Buenos Aires, el profesor escuela en español es el segundo ciclo, y en el tercer ciclo, el tercer ciclo.

La Facultad de Artes, Faculty of Arts, consta de tres secciones: literatura y humanidades, historia moderna y lenguas asiáticas.

El fondo de los estudios en Oxford y Cambridge es de los cursos, griego y latín en el primer ciclo. En la Universidad de Buenos Aires, el profesor escuela en español es el segundo ciclo, y en el tercer ciclo, el tercer ciclo.



*Jaime Mendoza, "viajero consuetudinario", en la estación "El Cóndor", con otros pasajeros.*



*Jaime Mendoza en 1906 en Uncía, como componente del Club de Tiro de Blanco de esa localidad.*



*Jaine Mendoza, con un conjunto de amigos en Uncia. El está en el círculo*



*Avenida "Jaime Mendoza" de Sucre. Longitua: 3.670 metros. Comienza en la Calle Ildefonso Murguía (zona de Poconas) pasa por Charki-pata — intersección con la Avenida Destacamento 317 y termina en la Estación del F.C. Potosi-Sucre-Tarabuco.*



*Jaime Mendoza, de siringuero, picando un árbol de goma en el Nor-oeste, en 1902. Es la fotografía que aparece en la carátula de "Páginas Bárbaras".*

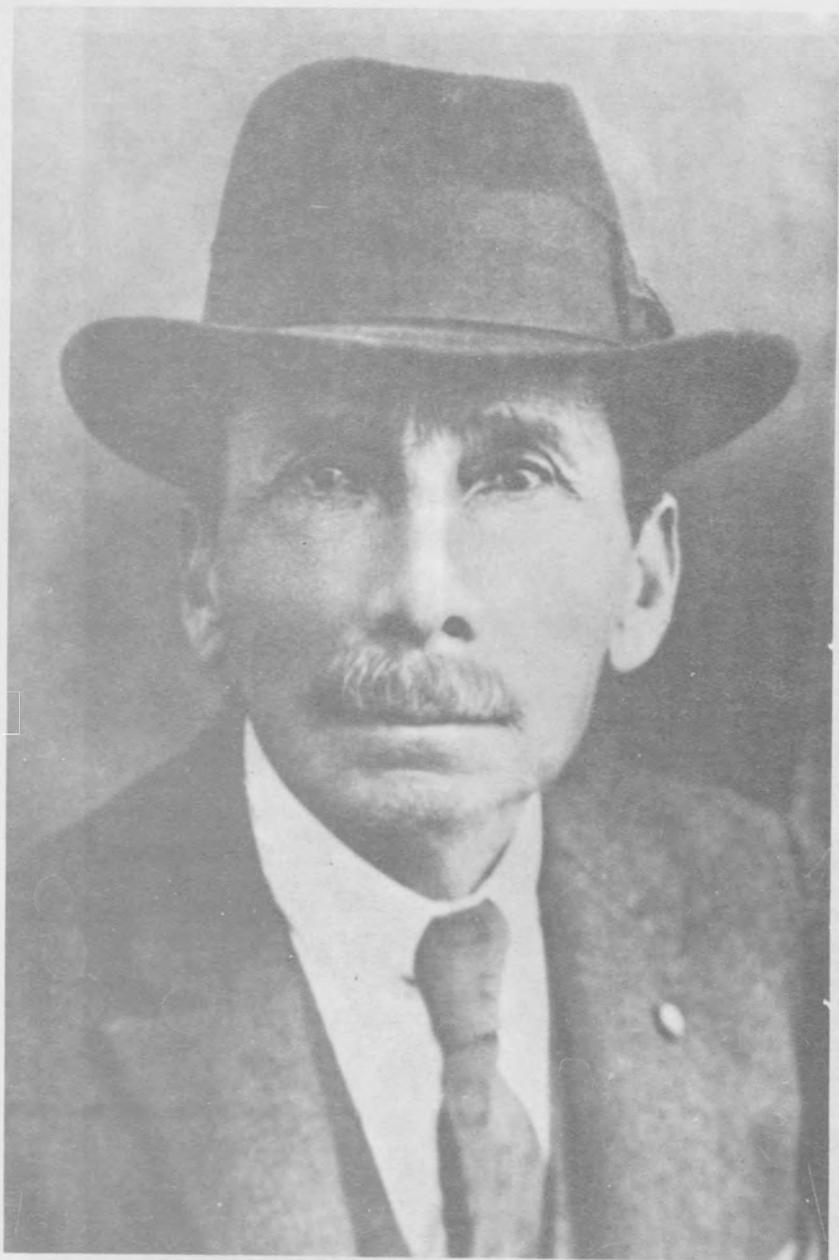
*Jaime Mendoza con el gorgón del Primer Puma en la  
fotografía que aparece en la carátula de "Páginas Bárbaras".*



*Jaime Mendoza, cuando escribió "En tierras del Potosí".*



*Jaime Mendoza, con el galardón del Primer Prem. en los Juegos Florales de Oruro, en 1926.*



*Jaime Mendoza a sus 58 años, durante las postrimerias de la Campaña del Chaco.*

Escritores, artistas, catedráticos y juventud libre de Chuquisaca  
amparan al escritor nacional Dr. Alcides Arguedas, víctima  
de una agresión en el Palacio de Gobierno de La Paz

## CARTA ABIERTA

Sucre, 9 de agosto de 1938.

### A Don Alcides Arguedas, en La Paz.

Quienes firmamos esta carta -escritores, artistas, catedráticos o, simplemente, modestos aprendices de la cultura, -podemos o no estar conformes, y seguramente muchos no lo estamos, con el pensamiento que desde hace años viene usted profesando en cuanto escritor y con su conducta en cuanto hombre público. Nos basta, empero, la consideración de que usted abnegadamente ha puesto mucho de su vida al servicio del Espíritu en nuestro país, para sentirnos impeciosamente obligados a escribirle en esta tan lamentable coyuntura, que es ya del dominio público. Y le escribimos para decirle que el inculcable ultraje de que le ha hecho víctima el Presidente de Bolivia Coronel Busch trasciende el orden meramente personal: es un ultraje a todos los que se sienten inspirados por un afán hermano del suyo y, más aún, por la calidad de quien lo ha inferido, es un bofetón brutal a la Nación entera.

La crisis del momento que atraviesa Bolivia, desarrollada en la carta de usted que ha suscitado este deplorable episodio, expresa, en su esencia, una verdad por todos sentida, desde el ilustre campo, hasta el más aislado intelectual; y desmasa la comprobación la reacción que ha motivado en quien por la especial posición que ocupa estaba rigurosamente obligado a meditarla y, esforzadamente, procurar los remedios que esa penosa situación nacional exige. Ciertos estamos de que nuestra voz expresa la protesta colectiva, y creemos y deseamos no ser los únicos que la exterioricen en Bolivia. Gente hay en todos los confines de la República que manifestarán el sentimiento de sus pueblos, como nosotros lo hacemos. Intelectuales, catedráticos, escritores hay en la Convención Nacional, en el Gabinete, etc., etc., cuya palabra esperamos también, en defensa de la verdad expresada con integridad y valentía. Útil, aunque desolador a la vez, será escuchar no más que su espontáneo silencio. De nuestra parte, hemos cumplido.

Saludamos a usted cordialmente

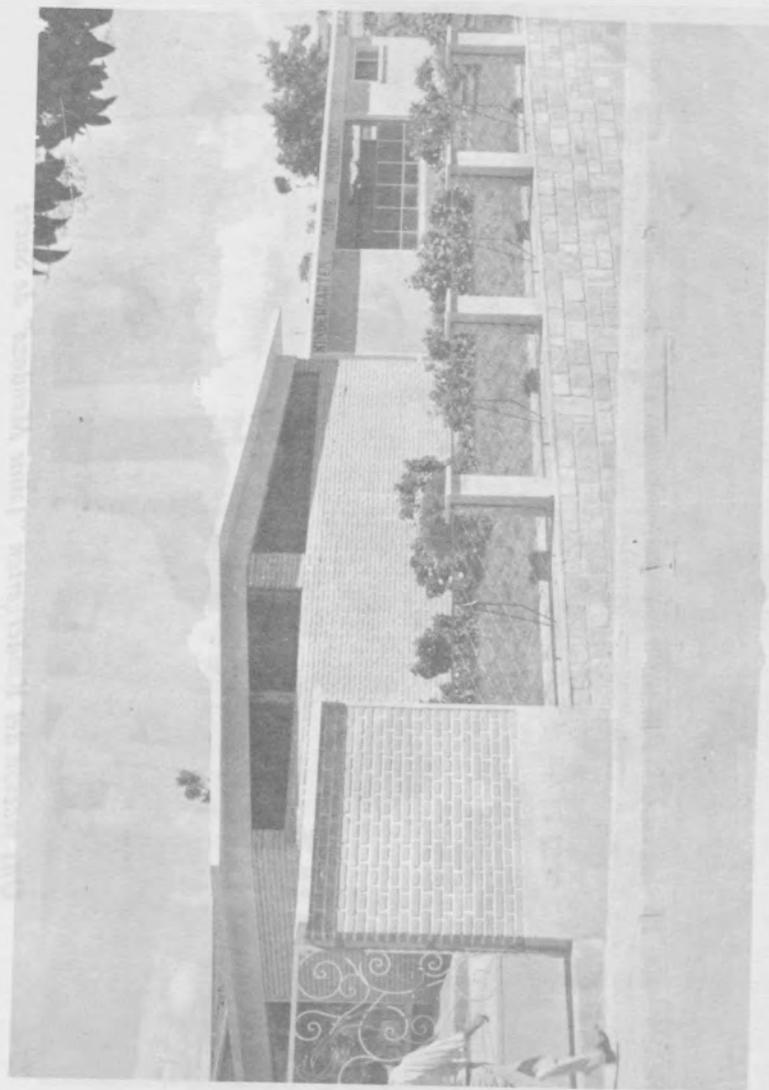
Jaime Mendoza, Adolfo Villar, Juan Francisco Prudencia, Carlos Alberto Salinas B., Daniel Gamero, Luis Zamora Norcoso, Rafael Gomez Reyes, Hector Arduz T., Raúl Romero, L. Orjés B. D. Ochoa, Faustino Suarez, Napoleón B. Arzuza, Carlos Morales y Gierzo, Manuel Duran P., Enrique Vargas Sivilla, Ramon Chumacero Vargas, Mario Estenssoro, Jacques Gutier, Rafael Garcia Rosquellas, Walter E. Chalar T., Gaston Adas E. Urua, Gunnar Bendala U., Oscar Prokling Kilo, Bernardo de la Cruz, José Felipe Castro, L., Humberto Guazala, Luis S. Wayer, Manuel Saca, José María Alvarado, Alfredo Samers, Luis J. Arduz, Ferns de Lara, Nicanor Tamara Adet, Antonio Brawa, Plácido Bolivia Birkery, J. J. Garcia Rivera.

*Boletín en que se publicó la "Carta abierta", enviada a Alcides Arguedas, en 1938, encabezada, entre los firmantes, por Jaime Mendoza, desde Sucre.*

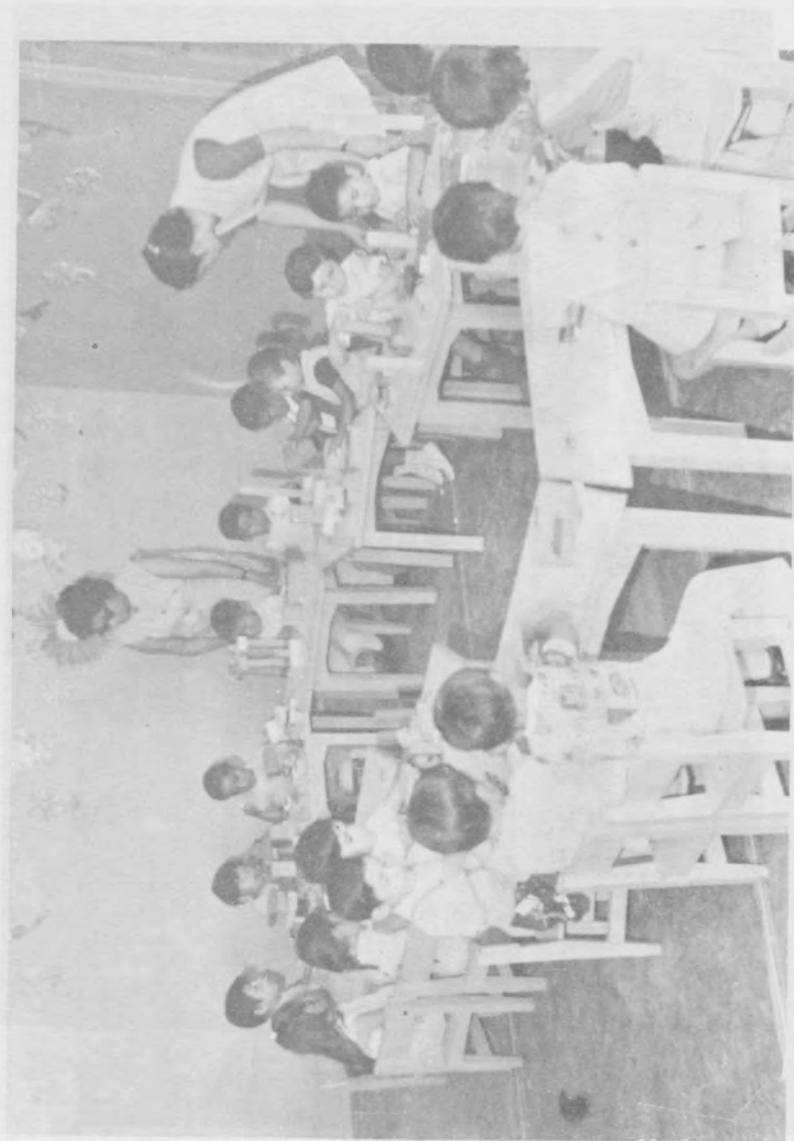


*Ultima foto de Jaime Mendoza*

El 14 de febrero de 1977, el Sr. Jaime Mendoza, quien se encuentra en el Hospital General de la Universidad de Chile, falleció a las 10:30 horas de la mañana. El Sr. Mendoza nació el 15 de octubre de 1902 en la ciudad de Santiago de Chile.



*Frontis del Kindergarten "Jaime Mendoza" de Sucre*



*Una sección del Kindergarten "Jaime Mendoza" de Sucre*

## REFERENCIAS

- 1.— ABECIA VALENTIN. Historia de Chuquisaca. Editorial Charcas. Sucre. 1939.
- 2.— ALVARADO JULIO. La personalidad de Jaime Mendoza. Kollasuyo. No. 2. La Paz. 1939.
- 3.— ARZE QUIROGA EDUARDO. El factor geográfico en la política sud-americana de Carlos Badía Malagrida. Presencia Literaria. La Paz, Domingo 7 de Julio 1974.
- 4.— BALCAZAR JUAN MANUEL. Mendoza "El Loco". La Razón. La Paz. Enero 1946.
- 5.— CASTAÑON BARRIENTOS CARLOS. Escritos y escritores. Editorial Universo. La Paz. 1970.
- 6.— CONDARCO RAMIRO. Acercamiento de Mendoza a Tamayo. Presencia Literaria. Domingo 23 y Domingo 30 de junio 1974. La Paz.
- 7.— COSTA DU RELS A. Prólogo de Páginas dispersas de Ignacio Prudencio Bustillo. Imp. López. Buenos Aires. 1946.
- 8.— COSTAS ARGUEDAS JOSE FELIPE. Jaime Mendoza y el fuego. El Diario. La Paz. Domingo 21 de julio de 1974.
- 9.— DIAZ ARGUEDAS JULIO. Jaime Mendoza el Gorki Boliviano. Presencia Literaria. Domingo 24 de julio de 1974. La Paz.
- 10.— FINOT ENRIQUE. Historia de la Literatura Boliviana. 2ª edición. Gisbert y Cía. La Paz. 1955.
- 11.— GARRET A. JORGE. Don Jaime Mendoza. Revista del "Centro Estudiantes de Medicina". T.I.— N° 1.— Editorial Charcas. Sucre. 1948.
- 12.— GUZMAN AUGUSTO. La novela en Bolivia. Edit. Juventud. La Paz. 1955.
- 13.— JAUREGUI ROSQUELLAS ALFREDO. La ciudad de los cuatro nombres. Imp. La Glorieta. Sucre, 1924.

- 14.— LEYTON RAUL. Jaime Mendoza: Hombre carismático. Suplemento Literario El Diario. La Paz, domingo 20 de octubre de 1974.
- 15.— LLANOS APARICIO LUIS. El creador de la novela social boliviana. Suplemento Literario. La Nación. Domingo 22 octubre de 1961.
- 16.— MARIN JUAN. Ensayos freudianos. Zig-zag. Santiago Chile. 1938.
- 17.— MENDOZA JAIME. En las tierras del Potosí. Imp. Taso. Barcelona. 1911.
- 18.— ————— Páginas bárbaras. Arnó Hnos. Edit. La Paz. 1914.
- 19.— ————— Los malos pensamientos. Imprenta Bolívar. Sucre. 1916.
- 20.— ————— Memorias de un estudiante. Tip. Ligera de Wáyar Hns. Sucre. 1918.
- 21.— ————— Figuras del pasado. Soc. Imp. y Lit. Universo. Santiago. 1924.
- 22.— ————— La Universidad de Charcas y la idea Revolucionaria. Sucre. Imp. Bolívar. 1924.
- 23.— ————— Ayacucho y el Alto Perú. Imprenta Bolívar. Sucre. 1925.
- 24.— ————— El factor geográfico en la nacionalidad boliviana. Sucre. Imprenta Bolívar. 1925.
- 25.— ————— El Mar del Sur. Imprenta Bolívar. Sucre. 1926.
- 26.— ————— La Ruta Atlántica. Imprenta Bolívar. Sucre. 1927.
- 27.— ————— Los héroes anónimos. Edit. López. Cochabamba-La Paz. 1928.
- 28.— ————— El Trípode psíquico. Revue Sud-americaine de Medicine et de Chirurgie. París. Masson. 1930.

- 29.————— El Niño boliviano. Revista de la Universidad de San Francisco Xavier. Sucre. No. 11. 1930.
- 30.————— La tesis andinista. Bolivia y el Paraguay. Imp. Bolívar. Sucre. 1933.
- 31.————— La tragedia del Chaco. Imp. y Lit Salesiana. Sucre. 1933.
- 32.————— El Macizo Boliviano. Edit. Don Bosco. La Paz. 1972.
- 33.— El Lago enigmático. Edit. Charcas. Sucre. 1936.
- 34.————— Apuntes de un médico. Esc. 11p. Salesiana. Sucre. 1936.
- 35.————— El Chaco en los albores de la conquista. Imp. y Lit. Salesiana. Sucre. 1937.
- 36.————— Voces de antaño. Imp. y Lit. Salesiana. Sucre. 1938.
- 37.————— Pisar fuerte en el Chaco. Imp. La Glorieta. Sucre. 1932.
- 38.————— El Ideal pacifista. Imp. La Glorieta. Sucre. 1932.
- 39.————— Manifiesto para el SEAR. México. Revista trimestral. Año I. No. 2. Noviembre de 1937. Editorial boliviana. La Paz.
- 40.————— Diversos sueltos de la prensa nacional, como **La Prensa, La Capital, El País** y otros de Sucre y **La Razón, El Diario, Última Hora de La Paz**, y otros.
- 41.— MENDOZA LOPEZ MAX. El "comunismo" de Jaime Mendoza. Suplemento Literario La Nación. Domingo 22 de octubre de 1961. La Paz.
- 42.— MENDOZA GUNNAR. Jaime Mendoza. Resumen biográfico. Presencia. La Paz, Domingo 27 de marzo de 1966.
- 43.— MORENO GABRIEL RENE. Ultimos días coloniales en el Alto Perú. Edit. Juventud. La Paz. 1970.

- 44.— ORTIZ SANZ FERNANDO. ¡Jaime Mendoza! ¡Grandeza y homenaje! El Diario. La Paz. Domingo 28 de julio 1974.
- 45.— PAREDES RIGOBERTO. Melgarejo y su tiempo. Ediciones Isla. La Paz. 1962.
- 46.— ROJAS CASTO. Historia financiera de Bolivia. Talleres Marinoni. La Paz. 1916.
- 47.— SOLARES DURAN MAX. La filosofía en Chuquisaca, ayer. SEMANA de Última Hora. La Paz. Viernes 28 de junio 1974.
- 48.— SUBIETA RODOLFO. Una gran novela boliviana. Presencia. Jueves 19 octubre de 1961. La Paz.
- 49.— TABORGA JESUS. Jaime Mendoza. Suplemento Literario. La Nación. La Paz. Domingo 21 enero de 1962.
- 50.— TORO RAMALLO LUIS. Una página de la historia de Bolivia. Gisbert. La Paz. 1975.
- 51.— VACA TOLEDO FERNANDO. Determinismo geográfico de Jaime Mendoza. Presencia Literaria. Domingo 23 de junio 1974. La Paz.
- 52.— VARGAS SIVILA ENRIQUE. Lo grande en la Literatura Boliviana. Revista del Instituto de Sociología Boliviana. Imp. Universitaria. Sucre. 1966.
- 53.— ————— En el cincuentenario de **En tierras del Potosí**. Inédito. Catamarca. Rep. Argentina. 1961.

## I N D I C E

PROLOGO .....	9
JUSTIFICACION .....	13
Capítulo Primero. INFANCIA Y JUVENTUD ..	19
Capítulo Segundo. EL MEDICO. LA CARRERA Y LA DOCENCIA MEDICAS .....	51
Capítulo Tercero. EL PSICOLOGO Y EL PSIQUIATRA	87
Capítulo Cuarto. EL NOVELISTA ...	125
Capítulo Quinto. EL POETA ..	149
Capítulo Sexto. EL HISTORIOGRAFO .....	173
Capítulo Séptimo. EN LA ARENA CIVICA .....	217
Capítulo Octavo. NOVISSIMA VERBA .....	285
ICONOGRAFIA .....	307
REFERENCIAS .....	325

